

JENNIFER L. ARMENTROUT

PURO
COVENANT

ediciones
Kiwi

Versión ebook 1.0

EDICIONES KIWI, 2012
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Título original: Pure
Publicado originalmente en Estados Unidos por Spencer Hill Press.

© 2012 Jennifer L. Armentrout
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: Istockphoto
© de la traducción: Verónica Blázquez
© Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

Me quedé mirando el techo del gimnasio mientras veía bailar pequeños puntitos negros ante mis ojos. Tío, no veas cómo me dolía el culo. Normal, después de aterrizar sobre él unas cincuenta veces. Lo único que no me ardía de dolor era la cara; aunque lo hacía por otra razón distinta.

No me estaba yendo muy bien la clase de «lucha callejera». El estilo de lucha mano a mano no era precisamente instintivo. Todos mis músculos gritaron de dolor cuando me levanté de la colchona y me puse frente a nuestro Instructor.

Se pasó la mano por el pelo, que empezaba a clarear. Al Instructor Romvi se le veía indignado con toda la clase.

—Si hubiese sido un daimon, ahora estaría muerta. ¿Lo entiende? Muerta, no viva, Señorita Andros.

Como si hubiese alguna otra definición de muerta que no conociese. Rechiné los dientes y asentí con la cabeza.

Romvi volvió a lanzarme una mirada mordaz.

—Es difícil creer que haya algo de éter en usted, Señorita Andros. En usted, la esencia de los dioses es un desperdicio, y por cómo lucha podría ser incluso una mortal.

¿No había matado ya *tres* daimons sedientos de éter? ¿Acaso eso no valía para nada?

—Póngase en guardia y mantenga los ojos atentos al movimiento de los músculos. Ya conoce el ejercicio —ordenó.

Me giré hacia Jackson Hands, un rompecorazones del Covenant y mi actual oponente. Tan moreno y con esos ojos oscuros y sexys, podía llegar a ser muy turbador.

Jackson me guiñó un ojo.

Entrecerré los míos. No podíamos hablar durante los combates. El Instructor Romvi pensaba que eso te alejaba del realismo de las peleas. En realidad, no era Jackson y su esplendor la razón por la que no dejaba de recibir sus patadas frontales y giratorias, sino esa.

La razón de mi fracaso total estaba apoyada en la pared de la sala de entrenamientos. Unas ondas oscuras caían sobre su frente por encima de esos ojos gris oscuro. Podría decirse que Aiden St. Delphi necesitaba un corte de pelo, pero a mí me encantaba ese look salvaje que llevaba últimamente.

Un instante después, nuestras miradas se encontraron. Aiden volvió a la posición a la que me tenía tan acostumbrada: esos brazos tan bien definidos cruzados sobre el pecho y las piernas abiertas. Observando, siempre observando. Ahora con su mirada me estaba diciendo que debería prestar atención a Jackson, no a él.

Sentía cómo algo se arremolinaba dentro de mí, otra cosa a la que me había acabado acostumbrando. Me pasaba cada vez que posaba mis ojos en él. No era solamente por la curva casi perfecta de sus pómulos o por cómo su sonrisa hacía que se insinuasen un par de hoyuelos en su cara. O ese cuerpo suyo perfectamente trabajado.

Salí de mi ensoñación justo a tiempo, bloqueando la rodilla de Jackson con un fuerte movimiento de brazo, y luego dirigí un golpe seco contra su garganta. Jackson lo neutralizó fácilmente. Íbamos dando vueltas en círculos, lanzándonos golpes y esquivándonos. Se echó atrás, dejando caer los brazos a los lados. Vi mi oportunidad y fui a por ella. Dándome la vuelta, apunté con la rodilla hacia su zona abdominal. Jackson se lanzó hacia un lado, pero no lo suficientemente rápido. Le di bien fuerte en el estómago.

Sorprendentemente, el Instructor Romvi aplaudió.

—Bien.

—Oh, mierda —Caleb Nicolo, mi mejor amigo y compañero de andanzas, gimió entre el resto del grupo de estudiantes que estaban apoyados en la pared.

Por norma, en las patadas defensivas, una vez hemos hecho contacto con nuestros oponentes, tenemos que ir a por el golpe final, o apartarnos, y yo no hice ni lo uno ni lo otro. Jackson se lanzó sobre mi rodilla, cayendo los dos al suelo. Golpeamos la colchoneta y, de algún modo —y no por accidente— Jackson acabó sobre mí. Su peso echó mi cabeza hacia atrás, sacando todo el aire de mis pulmones.

El Instructor Romvi gritó, pasando a otro idioma —rumano o algo así, daba igual, fuese lo que fuese, lo que dijo sonó como si estuviese maldiciendo.

Jackson levantó la cabeza y su pelo, que le llegaba hasta los hombros, ocultó su media sonrisa al resto de la clase.

—Siempre te toca abajo, ¿eh?

—Sí, aunque eso mejor díselo a tu novia. Apártate —le di un empujón.

Riendo, Jackson rodó y se puso de pie. Después de todo aquel incidente «mi madre asesinó a los padres de su novia», Jackson y yo no habíamos tenido mucha relación. De hecho, gracias a mi madre daimon ya muerta, tampoco tenía mucha relación con la mayoría de los demás estudiantes. Qué raro.

Roja de vergüenza, me puse de pie como pude y le eché una mirada rápida a Aiden. Su expresión podía parecer vacía, pero sabía que ya había hecho una lista mental con todos los errores que había cometido, sin embargo, él no era mi mayor problema ahora mismo.

El Instructor Romvi se acercó furioso, parándose delante nuestro.

—¡Ha sido absolutamente inaceptable! O te apartas o te des-haces del oponente.

Para que quedase claro, estiró el brazo, dándome de lleno en el pecho. Me tambaleé un poco y apreté los dientes. Cada célula de mi cuerpo pedía que le hiciese lo mismo a él.

—¡No se espera! Y usted —Romvi se giró hacia Jackson—, ¿piensa quedarse tumbado sobre los daimons por gusto? Hágame saber si le funciona.

Jackson se puso rojo pero no respondió. No volveríamos a hablar en las clases de Romvi.

—¡Y ahora, fuera de las colchonetas! Usted no, Señorita Andros.

Me quedé parada mirando a Caleb y Olivia, sabiendo que estaba perdida. Me devolvieron la mirada, con una expresión similar a la mía, resignada, sabiendo qué iba a pasar, porque en las clases con Romvi siempre pasaba lo mismo, me giré hacia el Instructor y

esperé un palizón épico.

—Muchos de ustedes no están listos para graduarse —Romvi iba caminando por el borde de la colchoneta—. Muchos de ustedes morirán la primera semana de trabajo... Usted, señorita Andros, usted es una vergüenza para el Covenant.

Romvi era una vergüenza para la raza masculina, pero no me oyó maldecir.

Lentamente daba vueltas a mi alrededor.

—Me sorprende que se haya enfrentado a los daimons y siga aún frente a mí. Hay quien piensa que tiene potencial, señorita Andros. Yo aún tengo que verlo.

Por el rabillo del ojo vi a Aiden. Estaba tenso, con la mirada puesta en nosotros. Él también sabía lo que tocaba, y no podía hacer nada, aunque quisiese.

—Demuéstrame que este es su sitio —dijo Romvi—. Demuéstrame que se ha ganado volver al Covenant por sus méritos y no por lazos familiares.

El Instructor Romvi era aún más capullo que el resto de Instructores. Era uno de esos pura-sangre que habían decidido meterse a centinelas en vez de ir por la vida viviendo de antiguas rentas. Como Aiden, los puros que elegían este tipo de vida eran una especie extraña, pero ahí terminaban los parecidos entre los dos. Romvi me odiaba desde el primer día de clase, y me gustaba pensar que con Aiden era justo lo contrario.

Romvi me atacó.

Para ser alguien tan mayor, Romvi se movía muy rápido. Me aparté colocándome al otro lado de las colchonetas e intentando recordar todo lo que Aiden me había enseñado durante el verano. Romvi se giró, dirigiendo su bota hacia mi abdomen. Le aparté la pierna y di un puñetazo con muchas, *muchas* ganas. Lo bloqueó. Y así seguimos, intercambiando y recibiendo golpes. Él iba a más, llevándome hacia los bordes de la colchoneta.

Con cada vuelta y cada patada, los golpes de Romvi se volvían cada vez más bestias. *Era* como luchar contra un daimon, porque pensé en serio que Romvi quería hacerme daño de verdad. Estaba aguantando bien, hasta que mi deportiva resbaló en el borde de la

colchoneta. Cometí un error táctico.

Me permití una distracción.

Romvi la aprovechó. Me alcanzó, y agarrándome de la coleta me tiró hacia delante.

—Debería estar menos preocupada por su vanidad —dijo, retorciéndome hasta quedar de espalda a las puertas—. Y cortarse el pelo.

Le atacué, dándole en el estómago, pero ni se inmutó. Usando mi propio impulso —y mi pelo— me estampó contra la colchoneta. Me incorpore a medias, agradecida de que hubiese acabado. Ni siquiera me importaba que me diera una paliza frente a toda la clase. Siempre y cuando... Romvi me agarró el brazo y lo levantó por encima de mí, poniéndome de rodillas.

—Escúchenme, mestizos. Morir en la batalla ya no es su peor pesadilla.

Abrí los ojos de par en par. *Oh, no. No, no, no. No se atrevera...*

Tiró hacia atrás de la manga de mi camiseta, hasta mostrar todo mi brazo.

—Esto es lo que pasa. Miren bien y detenidamente qué pasa cuando fallan. Les convertirán en un monstruo.

Noté cómo me ardían las mejillas y cómo mi cerebro parecía vaciarse. Había intentado de todas las maneras mantener las cicatrices fuera de la vista de mis compañeros. Me concentré en cualquier otra cosa que no fuesen las caras de los demás estudiantes mientras él seguía mostrando mis marcas a todo el mundo. Mi mirada recayó sobre su áspera y envejecida mano, y luego fue subiendo por su brazo lleno de cicatrices de lucha. La manga de su camisa se le había subido, mostrando un tatuaje de una antorcha del revés.

El Instructor Romvi no me había parecido nunca un tipo al que le gustasen los tatuajes.

Romvi dejó caer mi brazo, permitiéndome volver a bajar la manga. Deseé que se lo comiesen unos daimons hambrientos. Quizá pudiese parecer un monstruo lleno de cicatrices, pero no había fallado en nada. Había matado al daimon responsable de

dejarme así —mi madre.

—Ninguno de ustedes está listo para convertirse en Centinela, para enfrentarse a un daimon mestizo entrenado como ustedes — la voz de Romvi se oía por toda la sala—. No espero que ninguno muestre mejoría mañana. Se acabó la clase.

Luché contra la necesidad de saltar como un mono sobre la espalda de Romvi y partirle el cuello. No me haría ganar ningún fan, pero mi retorcido sentido de la satisfacción seguro que ayudaría a compensarlo.

De camino a la salida, Jackson se topó conmigo.

—Tu brazo parece un tablero de ajedrez. Qué sexy.

—Sí, eso es lo que dijo tu novia sobre tu po...

El Instructor Romvi se metió en medio, agarrándome de la barbilla.

—Su boca, señorita Andros, también podría mejorar.

—Pero Jackson...

—No me importa —dejó caer la mano, mirándome fijamente—. No voy a tolerar este tipo de lenguaje en mi clase. Esta es la última advertencia. La próxima vez irá directa a la oficina del Decano.

In-flipantemente-creíble. Vi a Romvi salir de la sala.

Caleb se me acercó dándole a Olivia su bolsa de deporte. Sus ojos, color azul cielo, brillaban con compasión.

—Es un capullo, Álex.

Moví la mano con desprecio, sin estar segura de si hablaba de Romvi o Jackson. Para mí lo eran los dos.

—Un día de estos, vas a saltar y lo vas a matar —dijo Luke mientras se pasaba los dedos por sus rizos color bronce.

—¿A cuál de los dos? —pregunté.

—A ambos —Luke sonrió dándome un golpecito en el brazo—. Solo espero estar aquí para verlo.

—Estoy contigo —Olivia cogió a Caleb del brazo. Aparentaban tener algo informal, pero yo lo veía de otra manera. Cada vez que Olivia tocaba a Caleb, que era muy a menudo, él se olvidaba completamente de lo que estuviera pasando, y se le ponía esa sonrisa boba en la cara.

Pero bueno, a muchos mestizos se les ponía esa cara cuando estaban cerca de ella. Olivia era impresionante. Su piel color caramelo era envidiada por la mayoría de las mestizas. Y su fondo armario también. Mataría por poner mis manos en su ropero.

Una sombra cayó sobre nuestro pequeño grupo, haciendo que se dispersase rápidamente. No necesitaba levantar la cabeza para saber que era Aiden. Solo él tenía poder para intimidar así a todo el mundo. Por respeto y miedo.

—Luego nos vemos —gritó Caleb.

Asentí vagamente, mirando las deportivas de Aiden. La vergüenza que sentía por lo que acababa de hacer Romvi hacía que me resultase difícil mirarle. Había trabajado mucho para ganarme el respeto de Aiden, para demostrarle que tenía el potencial que él y Leon creían que tenía el día que Marcus intentó echarme del Covenant.

Es gracioso cómo una sola persona podía acabar con todo eso en cuestión de segundos.

—Álex, mírame.

Obedecí, en contra de mi voluntad. Cuando hablaba así, no podía evitarlo. Estaba frente a mí, su cuerpo largo y fibroso. Hacíamos como si no hubiese estado a punto de entregarle mi virginidad la noche que descubrí que iba a ser la segunda venida del Apollyon. Aiden parecía llevarlo bien, sin embargo yo, no podía dejar de obsesionarme por ello.

—No has fracasado.

Me encogí de hombros.

—Pero no lo parece. ¿verdad?

—Los Instructores son más duros contigo por el tiempo que has perdido y porque tu tío es el Decano. La gente observa lo que haces. Prestan atención.

—Y mi padrastro es un Patriarca del Consejo. Lo pillo, Aiden. Mira, mejor acabemos con esto —mi voz sonó un poco más dura de lo que pretendía, pero Aiden ya había visto lo horrible que se había vuelto la clase. No necesitaba hablarlo con él.

Aiden me agarró el brazo y levantó la manga. Tuvo un efecto completamente distinto en mí. Algo se arremolinó en mi pecho,

extendiendo un estallido de calor por todo mi cuerpo. Los pura sangre estaban en una zona prohibida para los mestizos como yo, eso significa que lo que ocurrió entre nosotros era equivalente a tocar al Papa de Roma u ofrecer a Gandhi un bocadillo de jamón.

—No deberías avergonzarte de estas cicatrices, Álex. Nunca — Aiden, dejó caer mi brazo y me llevó al centro de la sala—. Vamos a dejarlo y así descansas.

Le seguí.

—¿Y qué pasa con tu descanso? ¿No tienes que patrullar esta noche? —Aiden estaba trabajando el doble, entrenándome y cumpliendo con sus deberes como Centinela.

Aiden era especial. Eligió ser Centinela y también decidió trabajar conmigo para que no estuviese tan retrasada respecto a los demás estudiantes. No tenía por que hacer ninguna de las dos cosas, pero su sentido de la justicia le impulsó a convertirse en Centinela. Ese deseo lo compartíamos. ¿Qué le hizo querer ayudarme? Me gustaba pensar que estaba irremediabilmente atraído por mí —como lo estaba yo por él.

Me rodeó, parándose para ponerme los brazos a media altura.

—Pones mal los brazos. Por eso acertaba Jackson todo el tiempo.

—¿Qué pasa con tu descanso? —insistí.

—No te preocupes por mí —se puso en guardia, empujándome con una mano—, preocúpate más por ti misma, Álex. Va a ser un año duro para ti, estás entrenando el triple.

—Tendría más tiempo libre si no tuviese que practicar con Seth.

Aiden se movió tan rápido que apenas pude bloquear el golpe.

—Álex, ya hemos pasado por esto.

—Ya lo sé —paré su puño.

Alternaba mis días entre Aiden y Seth, como todos los fines de semana. Era como si tuviesen mi custodia compartida, sin embargo aún no había visto a mi otra *mitad* en todo el día. Algo raro —normalmente siempre andaba merodeando.

—Álex —Aiden dejó su actitud ofensiva, estudiándome atentamente.

—¿Qué? —dejé caer los brazos.

Abrió la boca, como si estuviese pensando sus palabras dos veces.

—Últimamente se te ve un poco cansada. ¿Descansas lo suficiente?

Sentí el color subiendo a mis mejillas.

—Dioses, ¿tan mal me veo?

Respiró profundamente y fue soltando el aire poco a poco. Sus facciones se fueron suavizando.

—Álex, no es que te vea mal, no es eso. Solamente es que... has pasado por mucho y pareces cansada.

—Estoy bien.

Aiden puso una mano en mi hombro.

—¿Álex?

Mi corazón se agitó en respuesta a su roce.

—Estoy bien.

—Siempre dices lo mismo —su mirada recorrió mi cara—. Siempre dices eso.

—¡Lo digo porque no me pasa nada! —le di en la mano, pero puso la otra en mi hombro, dejándome atrapada enfrente suyo—. No me pasa nada —dije de nuevo, pero más bajo—. Estoy bien. Al cien por cien y sin ningún problema.

Aiden abrió la boca, seguramente para decir algunas palabras de apoyo, pero no dijo nada. Solo se me quedó mirando y aflojó la presión sobre mis hombros. Él sabía que estaba mintiendo.

No estaba todo bien.

Las pesadillas sobre aquellas horribles horas en Gatlinburg me impedían dormir por la noche. Casi todo el mundo en la escuela me odiaba porque creían que yo era la razón por la que atacaron el Lago Lure en verano. El constante seguimiento de Seth no hacía más que aumentar sus sospechas. De todos los mestizos, solamente Caleb sabía que yo estaba destinada a ser el segundo Apollyon —y destinada a *completar* a Seth como su supercargador sobrenatural o algo así. Sus continuas atenciones no me hacían ganar seguidores entre las mestizas. Todas las chicas querían a Seth mientras que yo solo quería deshacerme de él.

Pero cuando Aiden me miraba como ahora me olvidaba del mundo. No podía sacar mucho de la expresión de Aiden, pero sus ojos... bueno, sus ojos me decían que no estaba llevando tan bien todo eso de hacer-como-si-no-nos-hubiésemos-casi-enrollado. Aiden seguía pensando en ello; demonios, estaba pensándolo ahora. Quizá pensase en lo que habría pasado si Leon no hubiese interrumpido —igual o más que yo. Quizá se quedaba despierto en la cama recordando nuestros cuerpos juntos.

Yo al menos sí.

La tensión hizo subir la temperatura y mi cuerpo se templó de una forma deliciosa. Estos eran los momentos por los que la vida merecía la pena. Me preguntaba qué haría él si diese un paso adelante y acortase la distancia entre los dos. No me costaría nada hacerlo. ¿Pensaría que solamente iba buscando consuelo? Porque entonces vendría a consolarme —él era así. Y entonces, si echase la cabeza hacia atrás, ¿me besaría? Porque la verdad es que parecía querer hacer las dos cosas. Sujetarme, besarme y todo tipo de cosas maravillosas y prohibidas.

Di un paso adelante.

Sus manos se tensaron sobre mis hombros, y en su rostro se veía indecisión. Por un segundo —solamente uno— pensé que se lo había planteado en serio. Pero entonces extendió las manos, como una barrera con la que mantenerme alejada.

Las puertas se abrieron a nuestra espalda, y Aiden dejó caer las manos. Me di la vuelta, deseando dar un puñetazo en la cara a quien lo hizo. Me había acercado *tanto* para conseguir lo que quería...

El gran cuerpo de Leon llenaba toda la puerta, vestido con el típico atuendo de Centinela, completamente negro.

—Siento interrumpir, pero esto no puede esperar.

Leon siempre tenía algo importante que decirle a Aiden. La última vez que nos interrumpió fue justo dos segundos después de haberle dado luz verde a Aiden para llegar hasta el final.

Leon siempre llegaba en el peor momento.

Eso sí, la última vez que nos interrumpió, la cosa era bastante grave. Habían encontrado vivo a Kain, un Centinela mestizo que

había ayudado a Aiden a entrenarme. Un viaje de fin de semana al cercano Lago Lure, había acabado siendo fatal para todos los que estaban allí. Él sobrevivió al ataque daimon, pero volvió al Covenant como algo que pensábamos que era imposible: un daimon mestizo.

Ahora Kain estaba muerto, y yo vi cómo ocurrió. Me gustaba, y lo echaba de menos incluso después de haber matado a unos cuantos puros y haberme golpeado casi hasta matarme. Ese no era el Kain que yo conocía, al igual que mamá, se había convertido en una horrible versión de quien era en realidad.

Leon movió su enorme cuerpo hacia delante, pareciendo el ejemplo perfecto de alguien que toma esteroides.

—Ha habido un ataque daimon —Aiden se tensó.

—¿Dónde?

—Aquí, en el Covenant.

Capítulo 2

Oficialmente el entrenamiento se había cancelado.

—Ve directa a tu residencia, Álex, y quédate ahí —dijo Aiden antes de salir de la sala de entrenamiento.

En vez de eso fui a la cafetería.

Ni de coña iba a quedarme en la residencia mientras había por ahí un daimon enloquecido. Por un momento consideré la idea de seguirlos, pero mis habilidades de sigilo ninja eran bastante malas.

Tras cruzar el patio, vi que el cielo se había oscurecido y no presagiaba nada bueno. Subí el ritmo, porque cuando el cielo se ponía así, había que tener cuidado. Por esta zona, septiembre era estación de los huracanes, o tal vez solamente era que Seth estaba por aquí cerca y muy cabreado; su estado de ánimo tenía un efecto asombroso en el tiempo.

En la cafetería, todo el mundo estaba arremolinado en pequeños grupos, expectantes. Cogí una manzana y un refresco, y me di cuenta de que no había ni un solo puro en el comedor. Me senté al lado de Caleb.

Miró hacia arriba con los ojos brillando.

—¿Has oído?

—Sí, estaba entrenando cuando Leon vino a buscar a Aiden —miré a Olivia—. ¿Tenéis más detalles?

—Todo lo que he oído es que uno de los estudiantes más jóvenes, Melissa Callao, no fue hoy a clase. Sus amigos estaban preocupados y fueron a su residencia. La encontraron en la cama, con la ventana abierta.

Me acomodé en la silla, tratando de disimular el malestar que me comenzaba a rondar.

—¿Está viva?

Olivia clavó el tenedor en un trozo de pizza. Su madre pura sangre tenía un trabajo relacionado con el Consejo. Por suerte para nosotros, mantenía a su hija bien informada.

—La vaciaron casi por completo, pero está viva. No sé cómo su

compañera no lo supo, ni por qué a ella no la atacaron.

—¿Cómo demonios puede haber un daimon corriendo por aquí? —Luke levantó una mano y arrugó la frente intrigado—. ¿Cómo pudo pasar por los Guardias?

—Tuvo que ser un mestizo —dijo Elena desde el otro lado de la mesa. Con su pelo corto y sus enormes ojos verdes, parecía Campanilla, pero mucho más alta.

Hasta este verano creíamos que los mestizos no podían ser convertidos en daimons. Los puros estaban completamente llenos de éter y un daimon masticaría, roería y mataría para obtener esta esencia, como si fuese un drogadicto psicótico. Una vez vaciado de todo su éter, el daimon podía dejarlo morir o convertirlo, sumándolo a la horda daimon. Nadie pensaba que los mestizos tuviesen suficiente éter en su interior como para hacer el cambio al lado oscuro, pero para un daimon paciente, más interesado en crear un ejército que en comer, éramos tan buenos como los puros.

Era un asco que el único punto que compartiéramos con los puros fuese un destino peor que la muerte.

—Los mestizos que se convierten no cambian como los puros —Olivia jugueteó con el tenedor entre sus largos dedos—. Son inmunes al titanio, ¿verdad? —su mirada recayó en mí.

Asentí.

—Sí, hay que cortarles la cabeza. Asqueroso, lo sé —o Seth podía usar su magia de Apollyon. A Kain le alcanzó con *akasha*, el quinto y último elemento, y sirvió.

Caleb se frotó en un punto del brazo, donde yo sabía que le habían marcado. Paró en cuanto me vio mirándole,forcé una sonrisa.

—Si es un mestizo, podría ser cualquiera —Luke se echó hacia atrás, cruzando los brazos—. Quiero decir, pensad en ello. No necesitan magia elemental para esconder su apariencia real. Podría ser *cualquiera*.

Cuando los puros se convertían en pura maldad, se volvían reconocibles para los mestizos, muy reconocibles. Las cuencas de los ojos vacías y negras, la piel pálida y la boca llena de dientes afilados como cuchillas, no es un aspecto que permita que se mezclen

entre la multitud. Los mestizos tenían la rara habilidad de poder ver a través de la magia elemental que usaban los daimons pura sangre, pero los daimons mestizos seguían siendo igual después de ser convertidos. Al menos Kain sí.

—Bien, entonces tendría que ser un mestizo que haya sido atacado por un daimon —interrumpió una voz ronca—. Hmmm, ¿me pregunto quién podría ser? No es que nazcan de los árboles.

Levanté la cabeza y vi a Lea Samos y Jackson. Estábamos a mediados de septiembre y ella seguía estando súper morena, seguía estando tan guapa que me daban ganas de clavarle un tenedor de plástico en todo el ojo.

—Sí, tiene sentido —mantuve la voz neutra.

Esos ojos color amatista se clavaron en mí.

—¿Cuántos mestizos conocemos que hayan sido atacados recientemente?

Me quedé mirándola, bloqueada por la incredulidad y las ganas de tirarle algo.

—Déjala, Lea. Hoy no tengo ganas de escuchar tus tonterías.

Formó una cruel sonrisa con sus labios.

—Yo sé conozco a dos.

Caleb se levantó como un resorte, tirando la silla al suelo.

—¿Qué insinúas, Lea?

Los dos Guardias que estaban en la puerta se adelantaron un poco, observando la situación con interés. Olivia cogió a Caleb de la mano, pero él la ignoró.

—Vamos, Lea. Dilo.

Retiró un mechón de su pelo cobrizo por encima del hombro.

—Tranquilízate, Caleb. ¿Cuántas veces te marcaron? ¿Dos? ¿Tres? Hacen falta muchísimas más que esas para convertir a un mestizo —me miró directamente—, ¿no es cierto? Eso es lo que oí decir a los Guardias. Que los mestizos tienen que ser drenados lentamente, y entonces el daimon les da el beso de la muerte.

Respiré hondo. Lea y yo éramos enemigas. Hubo un momento en que mi corazón lloró un poco por ella, cuando sus padres fueron asesinados, pero parecía que fue hace siglos.

—No soy un daimon, guarra.

Lea ladeó la cabeza.

—Si parece un daimon, entonces...

—Lea, vete a dar por saco a alguien y a broncearte, en el orden que prefieras —Caleb volvió a sentarse—. Nadie quiere oír tus tonterías. Y eso es lo gracioso de ti, Lea. Crees que a todo el mundo le importa lo que tienes que decir, pero solamente les importa lo fácil que es vengarse de ti.

—O cómo los Instructores encontraron la semana pasada una botella de alcohol casero en tu habitación —añadió Olivia, con media sonrisa en sus labios—. No sabía que te iban esas cosas raras, o igual así es como haces que los chicos se te acerquen.

Reí. No había oído nada de *eso*.

—Guau. ¿Así que drogando a los chicos para que se acuesten contigo? Muy bonito. Supongo que es por eso que hoy en clase Jackson casi me monta la pierna como un perro.

Las mejillas de Lea ardieron en un tono entre marrón y rojo.

—Tú, estúpida zorra amante de los daimons, itú eres la razón por la que mi padre está muerto! Tendrías que haber...

Varias personas se movieron al mismo tiempo. Olivia y Caleb salieron disparados hacia el otro lado de la mesa, intentando sujetarme, pero yo, cuando quería, era muy rápida.

No pensé; simplemente lancé mi brillante manzana roja directa a su cara. Un lanzamiento como ese, hecho por un mestizo, convertía una manzana en un arma. Dio en el blanco, con un crujido.

Lea se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cara. Entre los dedos le chorreaba sangre, a juego con el color de sus uñas.

—¡Me has roto la nariz!

Todo el mundo en la cafetería se quedó quieto. Hasta los mestizos que servían dejaron de limpiar las mesas para mirar. Nadie gritó ni pareció demasiado sorprendido. Después de todo, éramos mestizos, una panda de violentos. Los sirvientes solían estar demasiado drogados como para preocuparse.

Sea como fuere, me había olvidado por completo de los Guardias cuando fui a por Lea. Chillé cuando uno de ellos me pasó un brazo por la cintura y me lanzó encima de la mesa. Todas las bebidas acabaron derramadas; toda la comida por el suelo y una carne

misteriosa manchaba mis pantalones de gimnasia.

—¡Parad ahora mismo!

—¡Me ha vuelto a romper la nariz! —Lea apartó las manos de su cara—. ¡No podéis dejar que se salga con la suya!

—Oh, cállate. Los médicos te la arreglarán. De todas formas, ya tienes media cara de plástico —intenté escabullirme del Guardia, hasta que me retorció el brazo tanto que el más mínimo movimiento me mataba de dolor.

—Quería mi éter —Lea me señaló con su mano cubierta de sangre—. ¡Su madre mató a mis padres, y ahora ella quiere matarme a mí!

Reí.

—Venga, por el amor de...

—Calla —me susurró el Guardia al oído—. Cállate antes de que te haga callar yo.

Las amenazas de los Guardias mestizos no eran algo que tomarse a la ligera. Me callé mientras el otro Guardia se hacía cargo de Lea.

La sangre palpitaba en mis oídos, y el pecho aún me latía con furia, pero me di cuenta de que quizá había reaccionado un poco exageradamente.

Y de que la había liado *mucho*.



Que los mestizos peleasen entre ellos no era nada nuevo. Las agresiones y la violencia controlada a veces salían de las salas de entrenamiento y se manifestaba en sitios como la cafetería. Cuando algún mestizo se metía en líos por pelearse, acababan con uno de los Instructores que llevaban las cuestiones disciplinarias.

Cada residencia tenía asignado uno. Mi planta tenía asignada a la Instructora Gaia Telis, una tía bastante guay que no era ni demasiado estricta ni un coñazo. Pero no me tocó la Instructora Telis. Cinco minutos después de romperle la nariz a Lea por segunda vez, acabé en la oficina del Decano Andros.

Este era uno de los muchos inconvenientes de que mi tío fuese

el Decano.

Me quedé mirando a los peces brillantes que iban de lado a lado del acuario y jugueteaba con el cordón de los pantalones mientras esperaba a Marcus. A veces me sentía como uno de esos peces: atrapada entre muros invisibles.

Las puertas abriéndose a mis espaldas me hicieron estremecer. Esto iba a ser una mierda tan grande como un daimon.

—Si descubre algo más, comuníquemelo inmediatamente. Eso es todo —la voz grave de Marcus llenó la sala. Los Guardias apostados al cada lado de la puerta parecían estatuas griegas de guerreros. Entonces se cerró la puerta de un golpe.

Salté.

Marcus caminó firme por la sala, vestido como si hubiese pasado el día en un campo de golf. Me lo esperaba sentado tras su mesa como sería propio de un decano, así que cuando se puso directamente en frente mío, agarrando los brazos de mi silla, me asustó un poco.

—Estoy seguro de que eres consciente de qué ha pasado hoy —el tono de voz de Marcus era a la vez frío y correcto. La mayoría de los puros sonaban así: elegantes, refinados—. Esta pasada noche atacaron a un puro.

Me eché hacia atrás todo lo que pude, fijando la vista en el acuario.

—Sí.

—No apartes la vista de mí, Alexandria.

Le miré mordiéndome el labio inferior. Sus ojos eran como los que tenía mi madre antes de ser convertida en daimon, de un tono brillante de verde, como esmeraldas.

—Sí, eso he oído.

—Entonces podrás comprender con qué tengo que lidiar ahora mismo —Marcus bajó la cabeza hasta estar frente a frente—. Tengo un daimon mestizo en mi campus, cazando estudiantes.

—¿Entonces es un mestizo convertido?

—Creo que ya sabías eso, Alexandria. Eres muchas cosas: impulsiva, irresponsable, y maleducada; pero no estúpida.

Prefería saber más sobre el daimon que seguir escuchando

mis defectos.

—¿Quién es el mestizo? Lo habéis atrapado, ¿verdad?

Marcus ignoró mi pregunta.

—Ahora, me veo forzado a abrir una investigación que, o lanzará o acabará con mi carrera aquí, todo porque mi sobrina mestiza le ha roto la nariz a una chica en la cafetería... con una manzana.

—¡Me acusó de ser un daimon!

—¿Y tu respuesta es tirarle una manzana a la cara tan fuerte como para romperle un hueso? —bajó la voz, más suave de lo normal. Marcus era como Chuck Norris con un polo rosa. Había aprendido a no subestimarle.

—Dijo que yo soy la razón por la que sus padres fueron asesinados.

—Te lo preguntaré una vez más: ¿Así que decidiste tirarle una manzana tan fuerte como para romperle un hueso?

Me moví, incómoda.

—Sí, supongo.

Exhaló despacio.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

Miré por la habitación mientras dejaba la mente en blanco. Dije lo primero que me pasó por la cabeza.

—No creí que la manzana le fuese a romper la nariz.

Apartándose de la silla, se inclinó sobre mí.

—Esperaba más de ti. No porque seas mi sobrina, Alexandria. Ni siquiera porque tengas más experiencia con los daimons que cualquier otro estudiante de aquí.

Me froté la frente.

—Todo el mundo va a estar pendiente de ti, toda la gente importante. Vas a darle a Seth un poder sin precedentes. No podemos permitir ningún mal comportamiento por tu parte, Alexandria. Y Seth tampoco.

No podía estar más enfadada. A los dieciocho años, algo llamado palingenesis me llegaría de repente, como si fuese una especie de pubertad sobrenatural. Llegaría el Despertar y le traspasaría mi poder a Seth. ¿Qué poder? Ni idea, pero él se convertirá en el Dios Asesino. Todo el mundo se preocupaba por Seth, ¿pero por

mí? Nadie parecía preocupado por lo que me pasaría a mí.

—La gente espera más de ti. Van a estar más pendientes debido a en qué te vas a convertir, Alexandria.

No estaba de acuerdo. Solo iban a vigilarme porque temían que la historia volviera a repetirse. La única vez que hubo dos Apollyons en la misma generación, el Primero se enfrentó al Consejo. Acabó con ambos Apollyons ejecutados. El Consejo y los dioses consideraban muy peligroso que existiesen dos Apollyons al mismo tiempo. Por eso, hace tres años, mamá me sacó del Covenant. Pensó que podría mantenerme a salvo, esconderme entre los mortales.

—En el Consejo no puedes comportarte así. No puedes ir por ahí peleándote e insultando a la gente —continuó—. ¡Hay reglas, reglas de nuestra sociedad que tienes que seguir! No se lo pensarán dos veces antes de mandarte a servir, y no importará de quién seas familia. ¿Entiendes?

Solté aire despacio, levanté la cabeza y vi a Marcus al lado del acuario, dándome la espalda.

—Sí, lo entiendo.

Se pasó una mano por la cabeza.

—Saldrás de la residencia para las clases, el entrenamiento y comer a las horas establecidas, eso es todo. De ahora en adelante, será como si no tuvieses amigos.

Estreché la mirada.

—¿Estoy castigada o algo así?

Me miró por encima del hombro, apretando los labios.

—Hasta más ver, y ni se te ocurra discutir conmigo. No puedes salir de esta sin un castigo.

—¿Pero cómo puedes castigarme?

Marcus se giró, despacio.

—Le has roto la nariz a una chica de un manzanazo.

De pronto no me apetecía discutir. Tampoco era para tanto. El castigo no me suponía nada. No es que mi agenda estuviese a rebosar.

—Vale, ¿pero vas a decirme si habéis encontrado al daimon?

Me miró un rato.

—No. Aún no lo hemos encontrado.

Me agarré a la silla.

—Así que... ¿aún sigue suelto?

—Sí —Marcus me hizo levantar y lo seguí hasta la puerta. Se dirigió a uno de los Guardias—. Clive, acompañe a la Señorita Andros a su residencia.

Gruñí por dentro. Clive era uno de los Guardias que sospechaba que se acostaba con Lea. Cada cosa que se hablaba en la oficina de Marcus de alguna forma le llegaba a Lea. Teniendo en cuenta que a Clive le gustaban las jovencitas que llevaban zapatos falsos de Prada, él era el sospechoso más probable.

—Sí, señor —Clive se inclinó.

—Recuerda nuestra conversación —dijo Marcus.

—Pero qué pasa con...

Marcus cerró la puerta.

¿Qué parte tenía que recordar? ¿El hecho de que era una vergüenza para él o que había un daimon por ahí suelto? Clive me agarró del brazo, clavándome sus dedos. Me retorcí, intentando zafarme de él, pero me agarró con más fuerza. Las marcas del daimon aún estaban sensibles en mi brazo.

—Supongo que estarás disfrutando —apreté la mandíbula.

—Supones bien —Clive me empujó hacia las escaleras. Los pueros eran ricos, en serio, tenían mucho más dinero del que nadie pueda imaginarse. Y aún así no había ni un solo ascensor en todo el campus—. Crees que te puedes salir con la tuya sin represalias, ¿verdad? Eres la sobrina del decano, la hijastra del Patriarca y el próximo Apollyon. Eres especial, ¿no?

Tenía la oportunidad de pegarle, pero con mi puño en vez de con una manzana. Logré soltarme el brazo.

—Sí, soy así de especial.

—Recuerda que aún eres una mestiza, Álex.

—Recuerda que soy la sobrina del decano, la hijastra del Patriarca y el próximo Apollyon.

Clive dio un paso adelante, con su nariz casi tocando la mía.

—¿Me estás amenazando?

Me negué a echarme atrás.

—No. Solo te estoy recordando lo especial que soy.

Se quedó mirándome un momento y luego dio una risotada ronca y corta.

—Igual hasta tenemos todos suerte y, volviendo *sola* a tu residencia, te conviertes en el aperitivo de un daimon. Buenas noches.

Me reí tan alto como pude y me gané como respuesta la puerta cerrándose de golpe. Bajé las escaleras corriendo, sin acordarme ya de Clive. Había un daimon en el campus y ya había atacado a una pura sangre, dejándola casi muerta. ¿Quién sabe cuánto tardaría el daimon mestizo en necesitar su próxima dosis? Mamá decía que un puro podía ser suficiente durante días para un daimon normal, ¿pero era igual para un daimon mestizo?

No me dijo nada sobre eso pero habló mucho acerca de sus planes para derrocar al Consejo y a los puros mientras estuve cautiva en Gatlinburg. Mamá y Eric, el único daimon superviviente de Gatlinburg, habían tramado convertir a mestizos y luego mandarlos de vuelta para que se infiltrasen en los Covenants. Parecía estar todo bien planeado... ¿O quizá era tan solo un ataque al azar?

Lo dudaba.

Lo que aprendí en Gatlinburg era la única razón por la que iba a asistir a la sesión del Consejo de noviembre, pero mi testimonio ahora parecía absurdo.

Seguí bajando hacia el segundo piso y de repente paré. Un cierto temor recorrió mi espalda, como si fuesen dedos helados, despertando el extraño sexto sentido que los mestizos llevábamos en la sangre. Miré por encima del hombro, casi esperando tener un asesino en serie mestizo detrás de mí... o como mínimo a Clive, a punto de tirarme por las escaleras.

Pero no había nada.

Entrenada a no ignorar ese sexto sentido que nos alertaba de cualquier cosa fuera de lo normal, admití que quizá no debía haber cabreado a Clive, después de todo, había un daimon merodeando. Bajé las escaleras de dos en dos y abrí la puerta de la planta baja.

Aún sentía cierto temor hormiguar a través de los dedos. No ayudaba nada que los largos pasillos solamente estuviesen iluminados por unas luces parpadeantes, lo que no hacía más que su-

marse a esta extraña sensación. ¿Dónde estaban todos los Instructores y Guardias? El silencio era sepulcral.

—¿Clive? —mis ojos devoraron cada rincón vacío del pasillo—. Si te estás quedando conmigo, te juro que voy a romperte la nariz.

Tan solo me respondió el silencio.

Cada pelo de mi cuerpo se erizó a modo de alerta. Un poco más adelante, las estatuas de las musas proyectaban sombras oscuras por toda la entrada principal. Miré hasta en el último rincón en busca de una posible amenaza y fui avanzando por el pasillo. Mis pasos resonaban de forma increíble, casi como si el sonido estuviese riéndose de mí. De pronto tuve que pararme, con la boca abierta de par en par. Había un nuevo añadido en la entrada de la Academia, algo que no estaba cuando me acompañaron a la oficina de Marcus.

Tres nuevas estatuas de mármol habían aparecido en el centro de la sala. Mujeres angelicales y hermosas, apiñadas unas con otras, con los brazos pegados al cuerpo y sus alas extendidas por encima de sus cabezas ladeadas.

Oh, dioses.

Había *furias* en el Covenant.

Enterradas hasta ahora, su llegada era señal de unos dioses muy descontentos. Caminé a su alrededor despacio, como si pudiesen liberarse de su coraza y desgarrarme miembro a miembro en cualquier momento. Imaginé que estaban ahí esperando, afilándose las garras que tendrían en su forma real.

Las furias eran diosas terribles que se usaban antiguamente para capturar a todos aquellos que habían hecho algo malo y no recibieron castigo. Ahora aparecían cada vez que algo amenazaba a los puros como conjunto... o a toda la humanidad.

Algo iba a suceder, o ya había pasado.

Apartando los ojos de sus serenas expresiones abrí las pesadas puertas. Una mano me agarró el brazo. Un gritito de sorpresa se escapó de mis labios, aunque sonó más como un chillido al inclinarme hacia atrás y levantar la pierna para dar una fuerte patada. Levanté la mirada unos segundos antes de hacer contacto.

—¡Mierda! —grité.

Aiden bloqueó mi rodilla y levantó las cejas.

—Bueno, es evidente que tus reflejos están mejorando.

Con el corazón a mil, cerré los ojos.

—Oh, dioses, me has dado un susto de muerte.

—Ya lo veo —me soltó el brazo y bajó su mirada hacia mis pantalones—. Así que es cierto.

—¿Que es cierto qué? —aún no podía calmar mi corazón. Para ser francos, pensaba que era un daimon a punto de morder lo que me quedaba de brazo.

—Que te has metido en una pelea con Lea Samos y le has roto la nariz.

—Oh —me enderecé, cerrando los labios—, dijo que me gustaban los daimons.

—Palabras, Álex, solo palabras —Aiden inclinó la cabeza a un lado—. ¿No hemos tenido ya esta conversación?

—No conoces a Lea. No sabes cómo es.

—¿Acaso importa cómo sea? No puedes ir peleándote con todo el que diga algo negativo de ti. Si hiciese lo mismo que tú, estaría peleándome todo el día.

Puse los ojos en blanco.

—La gente no habla mal de ti, Aiden. Todos te respetan. Eres perfecto. Nadie cree que *tú* seas un daimon. En fin, hay una nueva familia feliz en la entrada.

Frunció el ceño.

—Hay furias en la entrada, estatuas.

Aiden se puso una mano detrás de la cabeza y suspiró.

—Nos temíamos que pudiese pasar.

—¿Por qué están aquí?

—La seguridad del Covenant ha sido vulnerada y el Consejo aseguró que nunca pasaría. Era parte de su acuerdo centenario con los dioses, cuando se estableció el primer Covenant. Los dioses lo ven como si el Consejo no supiera resolver el problema de los daimons.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Y eso qué significa exactamente?

Hizo una mueca.

—Significa que si los dioses creen que los pura sangre han perdido el control, soltarán a las furias. Y eso no lo quiere nadie. Las furias perseguirán cualquier cosa que crean una amenaza; daimon, mestizo o...

—¿Apollyon? —susurré. Aiden no respondió, confirmando que yo tenía razón. Gruñí—. Genial. Bueno, pues esperemos que no pase.

—Estoy de acuerdo.

Me moví incómoda. Mi cerebro no podía procesar esta nueva amenaza.

—¿Y tú que haces por aquí?

Aiden me atravesó con la mirada.

—Iba a ver a Marcus. ¿Y tú qué hacías sola husmeando por aquí?

—Se supone que Clive tenía que escoltarme hasta la residencia, pero parece que al final se quedó en nada.

Entrecerró los ojos y suspiró. Movié la cabeza en dirección a las residencias mientras metía las manos en los bolsillos de sus pantalones oscuros.

—Venga, vamos, te acompañaré. No deberías andar sola por aquí.

Me aparté de las puertas.

—¿Porque sigue habiendo un daimon por el campus y las furias están listas para atacar?...

Me miró, arrugando la nariz.

—Sé que tu actitud indiferente no es más que una fachada. Posiblemente eso hizo que convirtieras una manzana en un arma mortal. Tú, más que nadie en el mundo, sabes lo serio que es esto.

Me ruboricé tras su reprimenda. La culpa me retorció el estómago en un nudo. Bajé la mirada hacia las marcas del camino.

—Lo siento.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas.

—Bueno, te aseguro que por nada del mundo voy a disculparme ante Lea. Así que ya puedes ir olvidándolo.

Aiden movió la cabeza.

—Sé que lo que dijo Lea te ofendió. Puedo hasta... entender tu

reacción, pero tienes que tener cuidado. La gente te está...

—Sí, ya lo sé. La gente me está observando, bla, bla, bla y más bla —entrecerré los ojos tratando de ver las sombras de los Guardias que patrullaban, pero las farolas aún no se habían encendido. Los edificios más altos, los de la escuela, las salas de entrenamiento y las residencias; proyectaban oscuras sombras sobre el camino—. Da igual, ¿tenéis alguna idea de dónde puede estar el daimon?

—No. Hemos buscado por todo y seguimos haciéndolo. Ahora mismo nos centramos en mantener a los estudiantes a salvo.

Paramos frente a las escaleras de mi residencia. El porche estaba vacío, signo de la inquietud general. Las chicas solían quedarse por aquí, esperando que algún chico pasase a animarlas.

—¿Melissa vio al daimon? ¿Pudo dar alguna descripción?

Aiden se pasó una mano por la frente.

—No recuerda prácticamente nada del ataque. Los médicos... bueno, creen que es del trauma. Una forma de protegerse a sí misma, supongo.

Aparté la mirada, agradeciendo la oscuridad. ¿Por qué no podía yo olvidar lo que pasó en Gatlinburg?

—Seguro que es algo más que eso. Es una pura. A nosotros nos entrenan para prestar atención a los detalles, para recoger toda la información que podamos, y a ella no. Es como... una chica normal. Y si el ataque sucedió de noche, seguramente pensase que era una pesadilla. ¿Despertarse y ver algo así? No quiero ni imaginármelo —paré. Me estaba mirando de forma rara—. ¿Qué?

—Vas por el camino correcto.

No podía quitarme de la cara una sonrisa tontorróna.

—Así de increíble soy. Lo sé.

Torció los labios como si quisiese sonreír.

—Y bien, ¿cuántos problemas tienes ahora encima?

—Estoy castigada, pero supongo será gran cosa —seguía sonriendo como una idiota.

—Pues no —parecía aliviado—. Intenta mantenerte al margen de los problemas y, *por favor*, no husmees por ahí fuera. Dudo que el daimon siga por aquí, pero nunca se sabe.

Inspiré profundamente y me crucé de brazos.

—¿Aiden?

—¿Sí?

Miré las botas de Aiden. Estaban brillantes, sin un arañazo.

—Está empezando, ¿verdad?

—Te refieres a lo que te dijo tu madre, ¿verdad?

—Dijo que iban a hacer esto. Y Eric sigue suelto. ¿Qué pasaría si él estuviese detrás de todo esto y...?

—Álex —se inclinó hacia mí. Estábamos cerca, pero no tan cerca como en el gimnasio—. No importa si es Eric o no. Nos aseguraremos de que no vuelva a pasar. No tienes nada de lo que preocuparte.

—No tengo miedo.

Aiden estiró el brazo y rozó mis dedos con los suyos. Fue un roce breve, pero aún así mi cuerpo se estremeció.

—No he dicho que tengas miedo de nada, eres demasiado valiente.

Nuestras miradas se encontraron.

—Todo está cambiando.

—Todo ha cambiado ya.



Esa noche no paré de dar vueltas en la cama. Mi mente no paraba. El ataque daimon, la agresión con la manzana, furias cabreadas, la inminente sesión del Consejo y todo lo demás no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Cada vez que me giraba, me cabreaba más la posibilidad de pasar otra noche en vela.

Los problemas para dormir empezaron una semana después de volver de Gatlinburg. Dormía durante una hora o así y una pesadilla se colaba en mis sueños. Mamá solía estar en ellas. A veces revivía la pelea con ella en el bosque; a veces no la mataba y otras veces solo estábamos Daniel, el daimon con manos demasiado cariñosas, y yo.

Y luego estaban los sueños en los que *quería* que me convirtiesen en un daimon.

Me puse boca abajo y hundí la cabeza en la almohada. En ese

momento, sentí un cosquilleo en la boca del estómago, como las mariposas tras el primer beso, pero mucho, mucho más fuerte.

Me incorporé y eché un ojo al reloj. Era más de la una de la madrugada y yo seguía completamente despierta. Y ardiendo, tenía mucho calor. Pensando que la calefacción se habría vuelto loca otra vez me levanté y abrí la ventana al lado de la cama. Entró un aire fresco y húmedo procedente del océano que me alivió un poco. No era como si estuviese a cien, pero ardía entera. Me pasé las manos por cara, me dolía de una forma que me recordaba a cuando estuve con Aiden. No en uno de nuestros entrenamientos, no; sino la noche antes de que encontrase a Kain, la noche que me eché desnuda en la cama de Aiden.

Sin embargo recordaba mucho más que solo la parte física. Palabras que no olvidaré ni en un trillón de años, *te metiste dentro de mí, te convertiste en parte de mí*. Nadie me había dicho nunca algo así, nadie.

Volví a suspirar mirando el reloj. Pasaron quince minutos, luego veinte y luego media hora. Al final dejé de prestar atención a la hora. Mi corazón latía con fuerza. Cerré los ojos y pude ver a Aiden, sentir el suave roce de sus dedos y volver a escuchar esas palabras. Y entonces, sin previo aviso, el picor desapareció. El aire fresco que entraba por la ventana de repente pareció algo increíble.

—¿Pero qué demonios? —me tumbé boca arriba—. ¿Qué son? ¿Sofocos? ¿En serio?

Tardé mucho en quedarme dormida.

Capítulo 3

Al día siguiente todo cambió.

En clase, Olivia y yo compartíamos el libro de trigonometría e intentábamos averiguar la diferencia entre seno y coseno. Teniendo en cuenta que nos íbamos a pasar la mayor parte de nuestras vidas adultas cazando y matando daimons, aprender trigonometría nos parecía bastante absurdo, así que realmente tampoco nos esmerábamos demasiado.

Dibujé un par de tetas monstruosamente grandes en el espacio libre que quedaba encima de la fórmula y escribí sobre ellas «Olivia». Inmediatamente tachó su nombre y puso «Álex».

Resoplé, mirando hacia delante justo a tiempo para ver cómo la Sra. Kateris, una pura sangre con tantas carreras como para dar clase en las universidades más prestigiosas, se daba la vuelta y nos miraba con el ceño fruncido.

—Genial —murmuró Olivia tapándose con la mano—. Si coge el libro y nos pregunta qué estamos haciendo, te juro que me muerdo. En serio.

Bostecé haciendo ruido.

—Bah, da igual.

La Sra. Kateris soltó la tiza y dio una palmada.

—Señorita Andros y Señorita Panagopoulos —hizo una pausa larga para que toda la clase se diese la vuelta y nos mirase—. ¿Les gustaría compartir...?

—Me gusta como dice tu apellido —le susurré a Olivia justo en el momento en que se abrió la puerta y entró un pequeño grupo de Guardias.

—¿Qué demonios? —Olivia se sentó más recta.

La Sra. Kateris dio un paso atrás y se limpió las manos en su falda.

Los Guardias inclinaron la cabeza en su dirección, como era costumbre al dirigirse hacia un puro importante, aunque en nuestro mundo lo eran prácticamente todos.

—Disculpe por interrumpir la clase, Sra. Kateris —dijo el primer Guardia. Casi no le reconocí. Era el Guardia del puente, el que me siguió por la isla, Crede Linard. Vaya, han debido subirle de rango.

La Sra. Kateris le dirigió una sonrisa molesta.

—No hace falta que se disculpe. ¿En qué puedo ayudarles?

—El Decano Andros requiere la presencia de los mestizos. Hemos venido a escoltarlos.

Todos los mestizos de la clase miraron a su alrededor, confundidos y preocupados. ¿Otro ataque?

La Sra. Kateris dio un paso atrás sujetándose las manos. El Guardia Linard se dirigió a la clase, con una expresión totalmente ausente.

—Por favor, sígannos.

Olivia cerró el libro con un golpe seco, pálida.

—¿Qué está pasando?

Cogí mi mochila del suelo pensando en las furias. Todo el mundo hablaba de ellas esa mañana, diciendo que molaban un montón. Nadie parecía entender qué suponían.

—No sé.

Algunos mestizos empezaron a hacer preguntas mientras salíamos de la clase, pero el Guardia Linard los miró con el ceño fruncido.

—Silencio.

Lo mismo estaba pasando en las demás clases. Las puertas se iban abriendo y los Guardias llevaban a los mestizos en fila india por el pasillo. Desde el piso de arriba se oían numerosas pisadas que seguían a nuestro grupo. Miré hacia atrás y vi a Caleb y Luke.

Volví a darme la vuelta e inspiré profundamente. Era algo serio y todos lo veíamos. La tensión flotaba en el aire, la sentíamos sobre la piel mientras continuábamos hacia el primer piso. Nos costó un buen rato bajar las escaleras. De nuevo, sentí el deseo de mencionar el hecho de que necesitábamos ascensores.

Finalmente, fuimos conducidos a través de la entrada de la escuela, pasando frente a las oficinas de administración, hasta llegar al centro del Covenant: el anfiteatro cubierto. Era el único sitio lo

suficientemente grande como para caber todos.

Una vez dentro de la sala a la que los estudiantes llamábamos simplemente «el auditorio», nos ordenaron tomar asiento y permanecer con nuestra clase. Olivia y yo acabamos en tercera fila. Caleb y Luke estaban por lo menos en la onceava, menudo chasco. Cuando tenían que soltarnos cualquier bombazo prefería estar sentada al lado de Caleb, y sabía que a Olivia le pasaba lo mismo.

Moví la pierna poniendo mala cara. Los asientos estaban hechos con alguna tipo extraño de piedra, y eran la cosa más incómoda en la que sentarse.

Olivia se movió inquieta:

—¿Tú qué...?

Desde el piso de abajo, el Guardia Linard iba de un lado a otro.

—Silencio.

Olivia levantó las cejas y yo me pregunté si Linard se daría por aludido si preguntaba quién estaba vigilando el puente. Exhalé haciendo ruido mientras escaneaba el mar de mestizos vestidos de verde. Un puñado de Guardias con uniformes azules nos vigilaban. Pero no había muchos con uniformes negros de Centinela, los cazadores de daimons.

Entonces mi mirada se fijó en un rubio alto que estaba apoyado en la pared, reconocí esos brazos bien musculados y cadera estrecha. Estaba con una pierna doblada, apoyando su bota en un mural de Zeus semidesnudo.

Seth.

Llevaba el pelo recogido con una cinta de cuero, mientras varios mechones cortos se le escapaban y jugueteaban alrededor de su barbilla. Tenía la piel de un color dorado excepcional en él, y una cara perfectamente formada, con los ojos de un extraño color ámbar bajo una curva exótica. A veces me preguntaba si los dioses habrían hecho con sus propias manos esos pómulos y labios burlonos, si habrían puesto ellos mismos ese hoyuelo de infarto en su barbilla o si esculpieron su mandíbula en granito. Nadie se le parecía.

Al fin y al cabo, él era el Primer Apollyon de nuestra generación. Según mi padrastro, Seth y yo estábamos destinados a estar

juntos durante un intercambio extraño de energía. Para mí, Seth era un coñazo.

Seth inclinó la cabeza en mi dirección y me guiñó un ojo. Me eché hacia atrás y me fijé en los Guardias de abajo. Él y yo no nos llevábamos muy bien. En nuestro último entrenamiento me dio, accidentalmente, con un rayo de energía pura y yo le tiré, accidentalmente, una piedra a la cabeza.

Igual tenía un problema con lo de lanzar cosas.

Tras un rato que parecía interminable, Marcus entró en el auditorio y todos los estudiantes se inclinaron hacia delante. Cerca de doscientos estudiantes, desde los siete a los dieciocho años, estábamos sentados ahí. Los más pequeños estaban sentados en el suelo, rodilla con rodilla. Seguramente no tenían ni idea de lo que estaba pasando.

Marcus no estaba solo. Le seguían Guardias del Consejo, vestidos completamente de blanco. El Consejo parecía la Corte Olímpica, ocho puros y dos Patriarcas, un hombre y una mujer. Solo los lugares con Covenant tenían un Consejo: aquí en Carolina del Norte, en Nueva York, Dakota del Sur y en Tennessee. El Consejo era como nuestro gobierno, establecían las leyes y llevaban a cabo los castigos. Los Patriarcas eran los únicos que se comunicaban con los dioses, pero si lo que dijo Lucian en verano era cierto, hacía siglos que los dioses no hablaban con los Patriarcas.

Todo esto era mucha ostentación para solo un Patriarca. No es que el Consejo entero estuviese en el auditorio, solo estaba Lucian y su maravilloso pelo negro como el azabache que le caía hasta la cintura, liso como una tabla. Alabar su pelo era lo único bueno que podía decir de mi padrastro. Bueno, y que me mandaba mucho dinero.

Los Guardias reverenciados se fueron incorporando lentamente. Me di cuenta de que Seth no se había movido ni un centímetro. Lucian dio un paso adelante, juntando las manos. Llevaba una especie de túnica-vestido totalmente blanca. Estaba ridículo.

—Ayer hubo un ataque daimon dentro de los límites del Covenant—la voz de Lucian resonaba por toda la sala—. Ha sido un ataque sin precedentes, y debemos resolverlo rápidamente. Por ahora

creemos que no habrá más... vulneraciones en la seguridad —

Sí, seguro que había visto ya las furias. Apuesto a que estaba deseando que no hubiese más vulneraciones.

»Sin embargo —continuó—, tenemos que seguir adelante y concentrarnos en la prevención.

Como una marea violenta salida del océano, la inquietud nos azotó a todos. Aguanté la respiración.

»El Consejo y el Covenant están de acuerdo en que hay que tomar medidas para asegurar que no vuelva a haber otro ataque.

Marcus dio un paso adelante, sonriendo de una forma que me hizo estremecer.

—Van a pasar muchas cosas durante el transcurso de la semana que viene. Va a haber nuevas normas, que serán incondicionales y de inmediata aplicación.

Aquí empieza, pensé enfadada. Resulta que hay un mestizo malo, pues se castiga a todos los mestizos. Era consciente de la gravedad del asunto, pero eso no lo hacía más fácil de digerir.

Marcus recorrió con la vista la sala, encontrándose con las miradas de los mestizos. Sus ojos se fijaron en los míos durante un momento y luego pasaron de largo.

—Hoy mismo, a las siete de la tarde, comenzará el toque de queda para todos los mestizos —por toda la sala se pudieron oír gritos ahogados. Abrí la boca de par en par—, a no ser que el mestizo vaya acompañado de un Guardia y esté participando en una actividad relacionada con las clases. No habrá excepciones. En ningún momento los mestizos podrán entrar en las habitaciones de los puros, a no ser que vayan acompañados por un Instructor o un Guardia. Ningún mestizo podrá abandonar la isla controlada por el Covenant sin permiso, y deberá estar siempre acompañado de un Guarda o Centinela.

—Oh, dioses —murmuró Olivia, frotándose las palmas de las manos contra los muslos—. ¿Pueden hacernos eso?

No respondí. Los puros podían hacer lo que quisieran, y tenía la sensación de que iba a ponerse peor.

—Habrá Centinelas apostados en las residencias, además de los Guardias del Covenant. Además, todos los mestizos tendrán

que pasar un examen físico. Estos —lanzó una mirada cortante hacia el piso superior, por donde se oían algunas maldiciones contenidas—, *estos exámenes serán obligatorios*. Una vez examinados todos, los exámenes continuarán según se necesiten.

Sentí que se me congelaba la sangre, agarrándose a la boca de mi estómago. Por supuesto que iba a haber exámenes físicos. ¿Cómo iban a saber si algún mestizo había sido convertido? Sus cuerpos, como el mío, mostrarían evidencias de numerosas marcas daimon. Era el único signo indicador de que un mestizo había sido convertido.

Me entraron ganas de vomitar.

—Los exámenes comenzarán mañana y se harán por orden alfabético —Marcus dio un paso atrás, dejando a Lucian de nuevo el centro del escenario.

—No nos gusta la idea de limitar vuestra libertad o imponeros situaciones incómodas —Lucian mostró las manos abiertas frente a él—. Nos preocupamos por nuestros mestizos, y esto es tanto por vuestro bien como para el de los estudiantes pura sangre.

Me tapé la boca, temiendo decir algo. ¿Beneficiarnos? ¿Restringiendo nuestros movimientos, obligándonos a presentarnos a *exámenes físicos*? No había diferencias entre nosotros y los mestizos que les servían, excepto que nosotros no tendríamos el placer de ir drogados y no ser conscientes de qué nos pasaba.

Aparté la mirada de Lucian y volví a encontrarme con los ojos de Seth. Cada rasgo de su cara se había endurecido, mostrando su disconformidad, sus ojos llameaban como el sol. Podía sentir su ira como si fuese mía.

Tras continuar con unas cuantas reglas más acerca de dónde podíamos entrar y algo sobre controles aleatorios en las residencias, la reunión llegó a su final. Me costaba concentrarme en lo que decían Marcus y Lucian. En mi interior, mi propia ira se desataba y la creciente tormenta apoyada contra la pared tenía toda mi atención.

Nos ordenaron salir del auditorio igual que entramos: una silenciosa fila india de mestizos. Brevemente pude ver la cara de Caleb. La incredulidad y la ira se mezclaban en sus rasgos mascu-

linos, haciéndole parecer mucho más mayor. Nadie había considerado qué suponía esto para Caleb y para mí. Encontrarían evidencias de ataques recientes de daimon en los dos. ¿Y entonces qué? ¿Nos pondrían un pura sangre sangrando delante nuestro para ver si atacábamos? Miré por encima del hombro, buscando a Seth. Estaba con Lucian, apartado de los Guardias de blanco, y parecían estar... discutiendo.



Durante la comida, repasamos las nuevas reglas en silencio. Había más Guardias de lo normal recorriendo el perímetro de la cafetería, e incluso algunos Centinelas haciendo guardia dentro, limitando lo que pudiéramos decir. Me pregunté qué pensarían todos esos Centinelas mestizos, sabiendo que ellos también formarían parte de los examinados.

Los puros solían estar mezclados con los mestizos durante el descanso, pero hoy era distinto. Los mestizos estábamos a un lado de la cafetería mientras que los puros se sentaban en las mesas más alejadas. Mi mirada aterrizó sobre Cody Hale y sus amigos. Cody a veces salía con mestizos, cuando no tenía nada mejor que hacer. Durante el verano, en varias ocasiones me entraron ganas de pegarle, pero pegar a un puro significa expulsión inmediata, y eso implica servidumbre.

Ahora mismo ese grupo tenía las cabezas juntas. De vez en cuando, Cody se pasaba la mano por su pelo castaño, impecablemente corto, miraba hacia nuestra mesa, y soltaba una risita. No era la única que se había dado cuenta.

El cabreo silencioso de Caleb se sentía hervir por toda la mesa. Desde el incidente de Gatlinburg no había visto mucho a Caleb. Mi tiempo libre consistía en entrenar y el suyo se limitaba a Olivia. Echando la vista atrás, deseé haber tenido más tiempo para él. Quizá entonces me habría dado cuenta de sus sutiles cambios, de la sombra de oscuridad que parecía rodearle y de lo rápido que se enfadaba.

—Tú solo ignóralos, cariño —Olivia hizo un gesto con la cabeza

hacia la mesa de Cody, forzando una sonrisa casual—. Cody es un idiota.

—No es solamente Cody —sonrió tenso—. ¿No has visto cómo nos miran el resto de puros? ¿Como si todos fuésemos a saltarles encima?

—Solo tienen miedo —Olivia le apretó la mano—. No te lo tomes como algo personal.

—Caleb tiene razón —Luke se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Hoy, en clase, un puro que conozco desde hace años pidió que lo cambiasen de sitio. Sam no quería sentarse a mi lado, ni al lado de ningún mestizo. Demonios, era como si no quisiese estar ni en la misma habitación que nosotros.

Me froté las sienes, se me había ido el apetito.

—Todos tienen miedo. Nunca antes ha habido un daimon en el campus.

—No es culpa nuestra —Luke me miró a los ojos—. ¿Y a qué tienen miedo? Por lo que ha dicho el Patriarca, parece que el daimon ya no está por aquí.

—En realidad nadie lo sabe —cogí mi refresco mirando a Caleb.

Apartó la mano. No habló durante el resto de la comida. Mientras salíamos de la cafetería, aparté a Caleb a un lado.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Sí, estoy bien.

Le rodeé con el brazo, obviando el hecho de que se había puesto tenso.

—Pues no lo parece. Me doy cuenta de...

—¿Te das cuenta de que somos los principales sospechosos, Álex? —Caleb se soltó—. ¿Que nada de esto es justo ni correcto? No quiero que te anden desvistiendo, ni a Olivia, buscando algún indicio de que vamos por ahí mordiendo puros en nuestro tiempo libre. Y sobre ti... —hizo una pausa, mirando el pasillo fuera de la cafetería. Luke y Olivia seguían andando, pero dos Guardias nos observaban, los mismos de ayer—. Ayer Lea se portó como una zorra, pero la gente...

—¿La gente está hablando? Caleb, la gente lleva hablando sobre mí desde que descubrieron que mi madre era un daimon. ¿Y qué? ¿A quién le importa? —le apreté la mano como había hecho Olivia—. ¿Por qué no te escapas y traes una peli?

Caleb volvió a soltarse, moviendo la cabeza.

—Tengo cosas que hacer

—¿Con Olivia? —dije en broma.

Eso le arrancó una especie de sonrisa.

—Vamos, vas a llagar tarde a clase. Tienes que practicar con Seth.

Gruñí en alto.

—Por favor, no digas su nombre. Me tiró bolas de energía a la cabeza como si fuese un juego.

—Parecía bastante cabreado durante la reunión.

—Pues sí —me acordé de él y su discusión con Lucian. Solo los dioses saben de qué discutían—. Da igual, ¿estás seguro de que no te quieres pasar?

—Esta noche no me apetece mucho. Además, esquivar a los Guardias normales ya era bastante difícil, ¿pero el doble? Me costaría incluso a mí.

Le puse ojitos, pero lo dejé marchar. El resto de la tarde fue pasando, pero me animé cuando vi a Aiden entrar para acabar con el entrenamiento de lucha callejera. Intenté contener la emoción, sin resultado.

—¿Dónde está Seth? —fui dando saltitos hasta Aiden.

Los ojos de Aiden brillaron juguetones.

—Está con el Patriarca. ¿Le preferías a él?

—¡No! —dije un poco demasiado emocionada—. ¿Qué hace con Lucian?

Se encogió de hombros y me llevó al centro de las colchonetas.

—No he preguntado. ¿Estás lista?

Asentí, y Aiden me pasó las cuchillas de mentira. La semana anterior me dejó practicar con las de verdad. Por desgracia, la emoción de poder practicar con ellas acabó eclipsada por el hecho de haberlas usado de verdad. Conocía el peso de las finas dagas en mis manos, la sensación que uno tiene mientras atraviesan la

carne de un daimon. Usarlas de verdad en la batalla había matado esa ingenuidad.

Aiden me dirigió en varias técnicas que habíamos aprendido haciendo Silat¹. Nos separamos mientras él sacaba los maniqués para poder apuñalarlos. Hice girar las dagas de plástico como si fuese una majorette.

—Las nuevas normas que nos han puesto son una mierda. Lo sabes, ¿no? ¿Exámenes físicos e inspecciones en las residencias?

Aiden acercó el brazo y me puso con cuidado un mechón de pelo tras la oreja. Siempre hacía cosas como esa, cosas que no debería hacer.

—No estoy de acuerdo con ninguna, pero hay que hacer algo. No podemos seguir como si no hubiese pasado nada.

—Ya sé que no podemos seguir como si no hubiese pasado nada, pero eso no significa que los puros tengan derecho a castigar a todos y cada uno de los mestizos.

—No estamos castigando a los mestizos. Estas reglas también se han puesto para proteger a los mestizos.

—¿Para protegernos? —le dije boquiabierta—. Porque todo lo que he escuchado hoy eran reglas que limitan qué podemos hacer. No escuché nada sobre que los puros tengan que someterse a vergonzosos exámenes o decirles que no pueden ni siquiera ir a la isla principal.

—Tú no estuviste en la reunión en la que les dieron las nuevas reglas a los puros, ¿verdad? —empezó a notarse cierta frustración creciendo en él, bajando sus oscuras cejas.

—Bueno, no, pero no he oído a ningún puro quejarse por nada. Aiden respiró profundamente.

—Entonces es que no has estado escuchando. No se les permite ir a ninguna parte si no van en grupo. No pueden salir de la isla a no ser que vayan acompañados por un Guardia o un Centinela...

—Guau —reí a duras penas—, ¿los pobre puros tienen que tener niñeras? Por lo menos no necesitan permiso para salir. Nosotros no tenemos ni esa opción.

—De todas formas ¿no estabas ya castigada sin poder hacer nada? Impedir a los mestizos salir de la isla es para mantenerlos

1 Artes marciales indígenas del sudeste asiático.

a salvo.

Agarré la daga, apretándola tan fuerte que pensaba que iba a destrozarla.

—Las nuevas reglas no son justas, Aiden. Tienes que verlo. Sé que eres un puro, pero puedes dejar de fingir delante de mí. No tienes que decir que estás de acuerdo solo porque debes.

—No estoy fingiendo, Álex. Y no tiene nada que ver con que sea un puro. Estoy de acuerdo en que se tienen que tomar medidas drásticas. Si los mestizos tienen que sacrificar unas cuantas semanas de juerga y de colarse en las residencias para asegurar...

—¿Sacrificar unas cuantas semanas de juerga? ¿En serio? ¿Crees que es eso lo que nos molesta?

Aiden avanzó hacia mí.

—Estás molesta porque estás siendo irracional y cabezota. Estás dejando que tus emociones te nublen la razón, Álex. Si te paras a *pensar* cinco segundos, verías que las reglas son necesarias.

Me aparté bruscamente hacia atrás, incapaz de recordar la última vez que me había hablado así. Una sensación asquerosa comenzó a formarse en mi pecho y se fue extendiendo.

—Entonces acláramelo —me temblaba la voz—. ¿Crees que está bien que nos restrinjan qué hacer y dónde ir? ¿Que puedan registrar nuestros cuartos cuando quieran? ¿Crees aceptable que nos fuercen a registrarnos *todo el cuerpo*? ¿Y que está bien que comiencen una caza de brujas cada vez que crean que hay otro daimon?

—¡Nadie está empezando una caza de brujas, Álex! Estoy de acuerdo en que hay que tomar algunas medidas, pero no estoy de acuerdo con...

La rabia me hacía hervir la sangre. Tiré la daga al suelo.

—Dioses, ¡no eres más que otro puro, Aiden! No eres distinto a los demás. Qué *irracional* por mi parte el haber pensado que lo eras.

Aiden se estremeció como si le hubiese pegado.

—¿Que no soy distinto a los demás? ¿Te estás oyendo?

—Qué más da. ¿A quién le importa, verdad? Solo soy una mestiza —lo aparté de un empujón antes de hacer algo irracional, como

llorar delante de él. Pero no logré ir muy lejos. Siempre olvidaba lo rápido que se podía mover Aiden.

Me bloqueó, y vi brillar sus ojos plateados.

—¿Cómo puedes decir que soy como los demás puros? Contéstame, Álex.

—Porque... ¡porque deberías saber que esas reglas no son justas para nosotros!

—Esto no tiene nada que ver con las malditas reglas, Álex. ¿Que soy como los otros puros? —soltó una risa grave y seca—. ¿En serio crees eso?

—Pero tú piensas...

Aiden me agarró el brazo, acercándose a su pecho. Ese contacto inesperado me frió el cerebro.

—Si fuese como cualquier otro pura sangre, ya te hubiese tenido sin pensar siquiera en las consecuencias que tendría para ti. Cada día tengo que luchar para no ser como ellos.

Alcé la vista hacia él, sorprendida por oírle decir eso tan claramente. Me quedé sin palabras, y eso que yo siempre tenía palabras. *Ya te hubiese tenido.* Estaba bastante segura de qué quería decir con eso.

—Así que no me digas que soy como otros puros.

—Aiden, yo...

—Olvidalo —me soltó, con una máscara de frialdad sobre su cara—. El entrenamiento ha terminado.

Aiden salió de la sala, y yo me quedé ahí de pie unos minutos. Nunca antes había discutido con él de verdad. No así. No estábamos de acuerdo en muchas cosas, como programas de televisión favoritos, por supuesto. A él le gustaban los clásicos como las películas en blanco y negro. Yo las odiaba. Hemos estado a punto de pegarnos por eso, pero nunca habíamos discutido acerca de *quién* somos.

Para colmo, cuando volví a la residencia, los Guardias estaban registrando mi habitación. No sé qué estaban buscando. ¿Tenía un daimon escondido en el cajón de los calcetines o alguna prueba de que iba a lanzarme sobre el siguiente puro y succionarle todo el éter escondida entre mi lencería? Me quedé de pie sin poder hacer

nada para pararlos, y cuando acabaron, lo habían dejado todo hecho un desastre. Me costó casi toda la tarde arreglar la habitación.

Después de ducharme y ponerme el pijama, caminé tranquilamente por la habitación. No dejaba de recordar la agradable conversación que tuve con Aiden y mi estómago volvió a dar un vuelco. Tenía que disculparme porque estuve fuera de lugar. ¿Y escucharle decir lo que dijo? ¿Eso de que si hubiese querido ser como otros puros me hubiese *tenido*?

Tan ensimismada estaba en mis pensamientos, que me di contra el marco de la puerta con esa parte tan sensible del codo. Maldije y me doblé sobre mí misma, jadeando. Y ahí, con ese dolor tan agudo recorriéndome el brazo, pensé en mamá. No sabría decir si parecía aliviada o no en el instante antes de desintegrarse. ¿Vi un brillo de alivio en sus ojos porque quería verlo? ¿Porque quería creer que había hecho lo correcto matándola?

Aiden creía que había hecho lo correcto. Y yo... bueno, yo ya no estaba tan segura.

Oí un suave golpe, luego otra vez, no se podía negar que alguien había llamado a la ventana de mi habitación.

¿Caleb? Igual había cambiado de opinión y venía con alguna peli. Emocionada por la posibilidad de estar un rato con él, fui hacia la ventana y subí la persiana.

—Mierda —reconocí esa cabeza rubia—. Seth.

Capítulo 4

Seth se dio la vuelta, señalando el cerrojo de la ventana.

—Abre —dijo.

Puse los brazos en jarra.

—¿Por qué?

Su mirada se volvió peligrosa.

—Ahora.

En contra de mi voluntad abrí la ventana. Tuve apenas un segundo para apartarme, antes de que saltase dentro como un maldito gato callejero. La habitación estaba oscura, pero podía distinguir el inquietante brillo de sus ojos.

—¿Qué quieres? ¡Hey! No cierres la ventana. No vas a quedarte.

—¿Quieres que la deje abierta para que el próximo Guardia que esté haciendo su ronda mire hacia aquí y me vea en tu habitación? —cerró la ventana y las persianas. Golpearon ruidosamente contra el alféizar.

—Les diré que te colaste —fui hacia la lámpara y la encendí. Estar en una habitación a oscuras con Seth no estaba en mi lista de cosas que hacer ahora mismo.

Seth sonrió.

—Quería disculparme por no haber ido hoy al entrenamiento.

Le miré con cierta cautela. Se apartó unos cuantos mechones de pelo de delante los ojos mientras me observaba casi con la misma expresión que yo a él.

—Disculpas aceptadas. Ahora ya te puedes ir.

—¿Te has hecho algo en el brazo?

—¿Eh?

Se inclinó, pasando sus dedos por el codo que me acababa de golpear.

—Esto.

Había un pequeño puntito que casi no se veía.

—¿Cómo narices has podido ver eso? Me di contra la puerta

hace un rato.

En los labios de Seth se formó una sonrisa maliciosa.

—Eres tan increíblemente grácil. ¿Le doy un besito a ver si mejora?

Sabía que solamente bromeaba a medias. Su presencia en el Covenant había causado mucho revuelo. Igual que sus... actividades extraescolares. Si la promiscuidad fuese deporte olímpico, Seth ganaría medallas de oro. O eso había oído. Me aparté de él.

—Gracias, pero paso.

Me siguió hacia la cama.

—Me han dicho que mis labios pueden hacer que una chica se olvide de cualquier cosa. Deberías probar.

Arrugué la nariz.

—¿Y por qué estabas con Lucian en lugar de en el entrenamiento?

—Álex, eso no es asunto tuyo.

De alguna forma me había quedado acorralada entre la cama y la pared.

—Es mi padrastro. Es mi asunto.

—Vaya lógica extraña la tuya.

Cerré los puños.

—Mira, ya te puedes ir. Ya te has disculpado. Adiós.

Sonrió aún más mientras miraba la habitación a su alrededor.

—Creo que me quedo. Me gusta.

—¿Qué? —baluceé—. No puedes quedarte. Va contra las normas.

Seth se rió bien fuerte.

—¿Desde cuando te preocupas por las normas?

—Soy una persona nueva.

—¿Y cuándo has cambiado? ¿Justo ahora? Porque he oído algo sobre tu pelea en la cafetería de ayer —sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa—. Que por cierto, fue una pasada.

—¿En serio? Nadie cree que fuese una pasada. Me dijeron que fui... irracional —me aparté de la pared y me dejé caer sobre la cama—. ¿Tú crees que soy irracional?

Seth se sentó a mi lado, con su pierna izquierda contra la mía.

—¿Es una pregunta con trampa?

Me moví rápidamente hasta el extremo de la cama.

—¿Entonces soy irracional?

Giró la cintura y se estiró en su sitio.

—Estás un poco loca. Tiras manzanas a la cara de la gente cuando estás enfadada. La mayor parte de las veces sueles explotar sin pensártelo dos veces. Me divierte que no lo veas. Así que sí eres irracional, espero que sigas así. Me encanta.

Fruncí el ceño.

—Todo eso suena genial. Gracias.

—Lo racional es mundano y aburrido. ¿Por qué ibas a querer ser así? —levantó un brazo y tiró suavemente del dobladillo del pantalón de mi pijama—. Ni siquiera lo tienes.

—¿Tener qué? —le aparté la mano. Como no podía ser de otro modo a Seth le atraía la parte inestable de mi personalidad. Él mismo estaba un poco loco. No tenía muy claro si era todo el éter que tenía dentro lo que le hacía ser así, o si es que estaba simplemente loco.

—Eres demasiado salvaje como para estar centrada y ser normal. O lógica —añadió en el último momento.

—Soy completamente lógica, totalmente. No sabes de qué estás hablando.

Me miró dándome a entender que sí, y se giró sobre su espalda.

—Creo que me quedaré aquí esta noche.

—¿Qué? —me puse de rodillas—. Absolutamente no, Seth. No vas a quedarte aquí.

Rió, con las manos sobre el estómago.

—Últimamente no duermo bien. ¿Y tú?

—Yo duermo genial —lo empujé por los hombros, pero ni se inmutó—. Seth, no te vas a quedar aquí, así que no cambies de tema.

Se giró un poco, cogiéndome las manos con las suyas.

—Mira, no hemos entrenado hoy. Me debes una hora de tu tiempo.

Intenté soltarme los brazos.

—Eso es ridículo.

Seth se levantó con un movimiento limpio.

—Y empieza ahora.

—¿Qué? —cerré las manos sin poder evitarlo—. Es tarde. Mañana tengo clase.

Sonrió y me soltó los brazos.

—Estarías despierta aunque yo no estuviese aquí.

Apartándome de nuevo, le di una patada en el muslo.

—Eres pesado de coj...

—Creo que vamos a trabajar en cómo controlar tu mala leche. Me moví para darle otra vez, pero me cogió por el gemelo.

—Suéltame.

Seth se inclinó, y dijo en voz baja.

—No vuelvas a pegarme.

Nos quedamos mirándonos a los ojos.

—Suél-ta-me.

Despacio, me fue soltando y se volvió a sentar.

—Quiero toda tu atención durante un momento —hizo una pausa, bajando las cejas—, bueno, si eres capaz.

—Lo que tú digas.

—¿Qué piensas acerca del ataque daimon?

Le miré. Todo él había cambiado en un instante.

—¿En serio? Creo que es solamente el principio. Quiero decir, por lo que sabemos, esto puede llevar sucediendo desde hace mucho tiempo.

Seth se giró y se sentó a mi lado. Una vez acomodado, asintió con aprobación.

—Hay algo que no sabes, pero no creo que haga daño que lo sepas.

Me incorporé rápidamente.

—¿Qué?

—El Consejo lleva un tiempo registrando incidentes que parecen ataques de daimons mestizos. Llevan apareciendo desde hace tres semanas, descubren de dos a tres ataques a la semana. Y está ocurriendo por todas partes.

—Pero... no han dicho nada —básicamente, Aiden no había di-

cho nada, y yo pensaba que me lo contaba todo—. ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes. Los Patriarcas no quieren que puros y mestizos lo sepan ahora. Temen que cunda el pánico.

—¿Entonces por eso has estado con Lucian? ¿Es él quien te está dando la información?

Seth simplemente levantó las cejas.

Me dejé caer contra el cabecero, suspirando.

—Pero no saber nada es estúpido. La gente tiene que saber qué está pasando. Mira lo que dijo mi madre. Está pasando.

—Lo sé —inclinó la barbilla hacia abajo, sus tupidas pestañas le ocultaban los ojos—. No creo que el Consejo quiera creerlo.

—Pero es tan estúpido, Seth. Tienen que concentrarse en eso en vez de intentar controlarnos.

—Estoy de acuerdo. Las reglas están mal —levantó los ojos, encontrándose con los míos—. Pero tú no tendrás que someterte a ellas.

—Eh... no parece que tenga otra opción.

—Los mestizos no tienen otra opción, tú eres diferente.

Me quedé mirándolo, sorprendida.

—No soy diferente, Seth.

Me mantuvo la mirada.

—Sí que lo eres. Te convertirás en Apollyon, lo que te hace muy diferente a los demás mestizos. No tendrás que someterte a los exámenes.

—¿Eso es sobre lo que discutisteis Lucian y tú tras la reunión? Su mirada era intensa, calculadora.

—Entre otras cosas, pero no tienes que preocuparte.

—¿Ah no? Pues hay que tener un par para discutir con el Patriarca, Seth.

Su expresión cambió de nuevo, volviendo a poner esa sonrisa engreída.

—Lucian me ha prometido que... no te harán exámenes.

Me encorvé hacia un lado, observándole con recelo.

—No sabía que tenías tanta influencia como para hacer que Lucian prometa algo.

—No tienes que preocuparte por los exámenes. Así que déjalo

estar.

—¿Y qué pasa con los demás mestizos? No tendrían que pasar por eso tampoco.

Apartó la mirada, suspirando suavemente.

—¿Puedo hacerte una pregunta, una pregunta seria?

—Claro —me miré las manos marcadas. Dudaba mucho que Lucian se preocupase tanto por mi como para cumplir esa promesa.

—¿Por qué quieres convertirte en Centinela? ¿Es tu sentido del deber o...?

Me costó un rato responder a esa pregunta.

—No es por proteger a los puros, si es a lo que te refieres. Para eso están los Guardias.

—Y tú no te ibas a hacer Guardia, por supuesto —dijo Seth casi para sí mismo.

—Los daimons matan sin razón alguna, incluso a mortales. ¿Qué tipo de criatura mata solo por diversión? Así que prefiero hacer algo más que quedarme sentada esperando a que ataquen.

—¿Y si pudieses elegir?

—¿El servicio? —le miré—. ¿En serio?

Puso los ojos en blanco.

—Me refiero a si tuvieses otras opciones que no tienen los mestizos. Como vivir una vida normal.

—Ya lo hice —le recordé—, durante tres años.

—¿Volverías a hacerlo?

¿Por qué estaba haciéndome estas preguntas?

—¿Y tú?

Seth resopló, burlón.

—No dejaría de ser Centinela por nada del mundo. O ser el Apollyon. Soy guay.

Reí y puse los ojos en blanco.

—Guau. Eres tan humilde...

—¿Por qué iba a ser humilde? Soy genial.

Ni me molesté en responder, estaba segura de que iba en serio. Nos quedamos en silencio durante un rato. Sabía que era consciente de que no había contestado a su pregunta pero, excepcional-

mente, no trató de forzarlo.

—¿Viste las furias en la entrada?

Asintió.

—Aiden me dijo que estaban aquí porque los Dioses sentían que el Consejo no esta haciendo bien su trabajo —jugueteeé con el dobladillo de mi camiseta—. ¿Crees... que tenemos que preocuparnos por ello?

—Uhm... si se liberan, podría ser.... un problema.

—Oh —no sé qué me hizo decir lo siguiente que salió por mi boca—. Le grité a Aiden durante el entrenamiento.

Seth me dio un toque en el brazo con su hombro.

—No sé si preguntar.

—Está de acuerdo con las nuevas reglas —bostecé—. Así que le grité.

—Y te dijo que estabas siendo irracional, ¿verdad?

—Pues sí, así que le grité aún más. Le dije que era como el resto de los puros.

—Bueno, es que es como el resto de los puros.

Me moví incómoda, intentando calmar el dolor en mi costado.

—En realidad no.

Seth me miró con el ceño fruncido.

—Álex, es un pura sangre. Que decidiese convertirse en Centinela no le hace diferente. Al final, Aiden estará del lado de los dioses. No del nuestro.

—Te refieres a los puros, no a los dioses —cansada, apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos. Nuestra hora casi había acabado, igual hasta podría dormir un poco esta noche—. Tú no le conoces, Seth.

—No tengo que conocerle para saber de qué es capaz.

Levanté las cejas, pero ignoré el comentario.

—Tengo que disculparme.

—No tienes que pedirle disculpas —se inclinó y me apartó el pelo de la mejilla—. Lo digo en serio. Serás el próximo Apollyon, Álex. No tienes que disculparte ante él, ante un puro, y ni siquiera ante un dios.

Después de unos momentos de silencio, dije:

—Sabes que tienes que irte, ¿verdad? Si me quedo dormida ¿te irás?

—Por supuesto —no podía verle, pero escuché una sonrisa en su voz. Seth siguió hablando, bombardeándome a preguntas, pero dejé de contestarle en cuanto el sueño me atrapó. Un sueño del que estaba casi segura que no me despertaría en una o dos horas. Al final me rendí, segura de que, cuando me despertase por la mañana, Seth se habría marchado.



Me sentía como si alguien me hubiese atrapado boca abajo en la cama. Pensé que era una parálisis del sueño de esas que leí una vez, pero entonces me di cuenta de que lo que me tenía atrapada a la cama era un brazo.

Y ese brazo pertenecía a Seth.

No se había ido y, al parecer, era cariñoso.

Su brazo yacía sobre mi espalda y con sus dedos agarraba la colcha. Sentí su respiración pausada sobre mi cuello, como si me quisiese apartar el pelo de su sitio. Bajo otras circunstancias, habría disfrutado de tener a alguien tan pegado a mí, porque el calorcito que salía de Seth sentaba bien, muy bien. Era Seth, pero por un momento, un momento muy breve, cerré los ojos y disfruté de la calidez.

Luego me escabullí, le pegué en el pecho hasta que se despertó y le grité por haberse quedado. Todo esto me hizo llegar tarde a la primera casa, y me dejó un cuerpo raro que no fue a mejor al cruzarme con Lea por el pasillo.

Hasta con un ojo morado y la nariz vendada, Lea estaba guapa. Nadie sabía poner caras de desprecio como ella. La ignoré casi todo el rato, sin saber cómo sentirme por ello.

En Verdades Técnicas y Leyendas, que era una mezcla entre historia y lengua, solía sentarme al lado de Thea, una pura muy callada que conocí en verano, pero hoy Deacon St. Delphi se sentó a mi lado.

Deacon me gustaba por muchas razones, ninguna de ellas era

que fuese el hermano pequeño de Aiden. Solía beber un poco demasiado, pero era divertido, muy divertido.

—Hey, hola —Deacon dejó caer su libro sobre la mesa.

—¿Por qué no se ha sentado Thea aquí?

Se encogió de hombros y varios rizos rubios cayeron sobre sus ojos grises, lo único que compartía con su hermano.

—Algunos puros te tienen miedo. Thea sabe que somos amigos, así que me pidió que le cambiase el sitio.

—¿Que Thea me tiene miedo? ¿Desde cuando? ¿Qué le he hecho?

—No eres tú personalmente. Muchos de los nuestros están asustados.

—Es bueno saberlo —me concentré en la pizarra. Nuestro profesor aún no había llegado.

—Tú has preguntado.

—Cierto.

—Además, tendrías que ser más simpática conmigo.

Le dirigí una media sonrisa.

—Contigo siempre lo soy, Deacon.

—Sí, pero deberías serlo más. Estoy perdiendo muchos puntos de popularidad por estar hablando contigo.

Le miré.

Deacon sonrió, y en su mejilla apareció un hoyuelo.

—No solamente contigo, sino con cualquier mestizo. Los puros no nos fiamos de ninguno de vosotros. Todo mestizo es sospechoso; estamos esperando que en cualquier momento uno de vosotros se abalance sobre nosotros y absorba todo nuestro éter.

—¿Y por qué hablas conmigo entonces?

—¿Acaso alguna vez me ha preocupado lo que piensan los demás puros? —lo dijo lo suficientemente alto como para que los puros de nuestro alrededor lo escuchasen. Me estremecí por dentro—. De todas formas, mi hermano cree que necesito una niñera mientras él va al Consejo. Seguro que piensa que, si no está detrás de mi culo, me va a dar una sobredosis o algo así.

—No piensa eso. Seguramente esté preocupado porque alguien *quiera* absorberte todo el éter.

Deacon arqueó una ceja.

—¿Siempre estás a la defensiva cuando se trata de mi hermano?

Aparté la mirada y sentí como me ponía roja.

—No. Es que se lo haces pasar mal, y todo lo que hace es preocuparse por ti.

—No sé. Piensa que soy un mierdecilla borracho, y resulta que lo soy —sonríó, pero le quedó un tanto falsa—. Da igual, el caso es que su cumpleaños está a punto de llegar. Va a cumplir veintiuno, pero actúa como si tuviese treinta.

—Porque con treinta años se es ya muy viejo —dije.

Por supuesto que no me había olvidado del cumpleaños de Aiden. Era el día antes de Halloween, una semana o así antes de que nos fuéramos al Consejo.

—El caso es que he pensado hacerle una fiesta. Deberías venir. Negué con la cabeza, sonriendo.

—Deacon, no puedo ir a ninguna parte. Ningún mestizo puede —también dudaba que Aiden estuviese de acuerdo con lo de la fiesta, pero no se lo dije. Creo que Deacon iba en serio con lo de querer hacer algo para Aiden, y no quise herir sus sentimientos.

—¿Y estás emocionada por ir al Consejo? He oído que esos sí que saben divertirse.

Se me revolvió el estómago.

—Emocionada no es la palabra que yo usaría.

Finalmente apareció nuestro profesor y empezó una densa charla sobre arquetipos y la creación del Consejo. A parte de querer estampar la cabeza contra la mesa, la clase fue pan comido. Igual que el resto de la mañana una vez acostumbrada a las miradas desconfiadas. No iban dirigidas solo a mí, sino a cualquier mestizo.

Los puros eran una panda de paranoicos.

A mitad del entrenamiento de Silat, varios Guardias entraron en la sala, dejándonos a todos helados. Dirigí una mirada nerviosa hacia Caleb y Luke cuando el primer Guardia empezó a leer nombres en un tono neutro. Mi nombre estaba entre los diez que llamaron.

El estómago me dio un vuelco al coger la bolsa y seguir a los demás mestizos fuera. Estaban pálidos y sus ojos mostraban desconfianza. En silencio, caminamos detrás de los tres Guardias hacia el centro médico. El malestar se acrecentó cuando vi que nos dirigíamos a la misma sala en la que estuvo Kain. Solo eso era suficiente como para hacerme querer huir de ahí.

Uno de los enfermeros, un puro con el pelo salpicado de canas, se dirigió hacia nuestro grupo. Una parte de mí deseó que realmente Lucian hubiese prometido a Seth que yo no tendría que pasar estos exámenes, pero tendría que haber sido más lista. No había ninguna relación entre nosotros, nada que le hiciese preocuparse por mí.

El puro sonrió, mostrando una hilera de dientes perfectos. Había algo en su sonrisa que me encogió el pecho. Había tres mestizas en el grupo, y su boca se torció en una sonrisa sucia. Casi me entraron náuseas.

—Os iremos llamando de una en una. Haremos que sea lo más rápido posible para vosotras —dijo el puro—. ¿Alguna pregunta?

Levanté la mano, con el corazón a mil.

—¿Sí? —sonó sorprendido.

—¿Qué pasa si nos negamos?

El puro miró un segundo hacia los Guardias que tenía detrás de mí y rápidamente volvió a mí.

—No tienes que preocuparte por nada. Se habrá acabado en unos minutos.

Asentí despacio, sintiendo cómo los ojos de las otras mestizas y de los Guardias se movían incómodos.

—Sí, pues no estoy de acuerdo con esto.

—Pero... no puedes decidirlo —dijo despacio.

—Sí que puedo y decido que no. Y si no te gusta, entonces me gustaría verte intentando lograr que lo haga.

Y en ese momento fue cuando los Guardias decidieron intentar lograr que lo hiciese. Y fue cuando decidí que iba a volver a pegarme con alguien.

Capítulo 5

Le di un codazo al primer Guardia en el estómago. La segunda intentó acorralarme en una esquina, pero mi patada giratoria la mandó volando hacia una camilla. El tercer y último Guardia vino a por mí, y no estoy segura de qué pasó, pero sé que perdí el control.

Una profunda y terrible ira me recorrió el cuerpo. El tiempo se aceleró de forma increíble. Agarré la mano del Guardia y le torcí el brazo hacia atrás, haciéndole girar sobre sí mismo. Plantándole mi pie en la espalda, lo estampé contra una mesa. El primer Guardia volvió hacia mí. Esquivó mi patada, pero me di la vuelta antes de que pudiese anticipar mi siguiente movimiento y mi pie dio contra su barbilla. El impacto lo lanzó hacia atrás.

La Guardia mestiza se lanzó a por mí. Salté la mesa de guantes médicos y algodones con increíble agilidad. En un segundo me di cuenta que *no debería* haber podido hacer eso, saltar limpiamente una mesa de metro y medio. Sobre todo sin mirar hacia atrás, pero mi talón impactó contra el carrito, estampándolo contra el pecho de la Guardia. Los tres Guardias se retorcieron en el suelo con diferentes dolores.

Las paredes blancas de la sala médica me daban vueltas cuando me giré, mirando al aterrado puro.

—¿Sigo sin poder decidirlo?

Se arrastró por la pared, con la cara tan blanca como su bata y las manos frente a él, como si *eso* pudiese pararme. Di un paso hacia él sin ninguna malicia. No quería pegar a un puro... otra vez. Salió disparado hacia la puerta gritando.

—¡Guardias! ¡Guardias!

Varios mestizos estaban asombrados, como si ellos tampoco pudiesen creerse lo que acababa de hacer. Dos de ellos parecían querer unirse a la pelea.

—No tenéis que hacerlo —dije en serio—. No os pueden obligar si no...

El primer Guardia cortó mis palabras. Recuperado, se puso en pie de un salto.

—Señorita Andros, ha tomado una mala decisión. Nadie la hubiese herido.

Me di la vuelta. Ahora no iban a venir de uno en uno. La ira disminuyó al dar unos pasos atrás y el tiempo dejó de moverse tan deprisa. Los tres vinieron a por mí a la vez. Intenté apartar a uno de ellos, pero otro me agarró el brazo. Le habría dado a él también, lo juro, pero me distrajo el montón de Guardias que entraron en la sala y los dos mestizos que bloquearon su entrada, iniciando una pelea decente. Casi sonreía, pero un latido más tarde, estaba atrapada contra las frías baldosas. Dos de los Guardias me sujetaban los brazos, mientras la mestiza estaba literalmente sentada sobre mí. Me retorcí, intentando liberarme.

—Para —me agarró la cabeza por ambos lados y la sujetó echándola hacia atrás. Le caía sangre de la nariz—. Deja de luchar contra nosotros. Nadie quiere hacerte daño.

Podía escuchar la pelea de la puerta.

—Pues ahora me estás haciendo daño —solté—. Me aplastas el hígado.

El revuelo causado por la pelea cesó rápidamente, y durante un momento solamente pude oír el sonido de mi corazón latiendo dolorosamente contra mis costillas.

—Vale. Ya está.

Me miró.

—Nosotros decidiremos cuándo estás.

—No. Yo decidiré cuándo está. Y ya estás soltándola —dijo una nueva voz. Una que era a la vez fría y dura, pero también extrañamente musical.

El peso sobre mi pecho desapareció de repente, como la Guardia. Salió volando a través de la habitación, golpeándose contra uno de los carros que estaban contra la pared. Me puse de rodillas tomando aire.

Seth dio un paso dentro de la sala, con los ojos brillantes de ira.

—Tú. Ayúdale a levantarse, ahora.

—Pero... tenemos órdenes. Se negó a cumplir —dijo el Guardia.

—No habéis prestado atención. El Patriarca dio la orden de que todos los mestizos fuesen registrados, pero no su *hijastra*. No creo que le guste saber que lo habéis desobedecido —Seth me miró—. ¿Por qué no le has ayudado aún?

El Guardia que había hablado se apresuró y me levantó con delicadeza.

—Disculpaos. Todos.

Sorprendida, miré a Seth. Iba en serio, quería que se disculpasen por hacer su trabajo. Y por cómo le veía, bueno, parecía que quería que lo sintiesen físicamente. Había algo inestable en sus ojos.

—Seth, no es...

—Calla, Álex. Quiero escucharles decir que lo sienten.

Levanté las cejas.

—Perdona...

—Lo siento, Señorita Andros —interrumpió uno de los Guardias, pálido como un daimon—. Ruego me disculpe.

Seth miró a los otros Guardias. La mujer cojeó, y se deshizo en disculpas. Cuando asentí, salieron en fila de la sala, dejándonos a solas.

—No tenías que obligarlos a disculparse, Seth. Solo estaban haciendo su trabajo. No tenías...

Se puso justo enfrente de mí, moviéndose tan deprisa que ni siquiera le vi. Me cogió de la barbilla con la punta de sus dedos, mirándome a la cara. Me dolía un poco la mejilla, pero suponía que no me saldría ningún moratón.

—Un «gracias» no estaría mal. Los detuve.

Me moví, incómoda.

—Gracias.

Seth arqueó una ceja y me echó la cabeza un poco hacia atrás.

—También podría sonar como si lo dijese en serio.

—Y lo digo en serio, pero les has avergonzado.

Me soltó la barbilla y parecía satisfecho al no verme hacer una mueca.

—Tú pegaste a los Guardias cuando solamente estaban haciendo su trabajo. Creo que estamos empatados.

Mierda. Seth tenía razón. Suspiré.

—¿En serio... Lucian les ordenó que no me registrasen?

—Sí, pero parece que no quedó suficientemente claro.

—¿Y qué pasa con los demás mestizos? No tendrían que pasar por esto —en vez de contestar, levantó el brazo y estiró el cuello de mi camiseta. Se debió bajar durante la pelea, mostrando las marcas que me cubrían el cuello—. Seth, ¿qué pasa con ellos?

Dejando caer la mano, se encogió de hombros.

—No lo sé. En mi mente solo tengo sitio para preocuparme por mí mismo y por ti.

Reí por lo bajo.

—Me sorprende que tengas sitio para pensar en alguien que no seas tú.

Volvió a poner esa sonrisa engreída.

—A mí también. De hecho creo que no me gusta.

Puso su brazo sobre mis hombros y me llevó hacia la salida, pasando al lado de los mestizos que esperaban fuera y por delante de los puros que nos miraban con odio.



Esa tarde Aiden acabó pronto el entrenamiento. No hablamos mucho, pero estaba segura de que había oído lo sucedido. Lo único bueno de la tarde fue cenar con Caleb. Las noticias ya le habían llegado y seguramente al resto del Covenant.

—¿Te ha traído muchos problemas? —preguntó Caleb.

Me encogí de hombros y unté una patata frita en mayonesa.

—La verdad es que ninguno. Lucian ha ordenado que no me examinen.

Caleb se encogió mientras yo me metía la patata llena de mayonesa a la boca.

—Estás tocada por los dioses. Lo juro.

—Tocada de más de una forma. ¿Dónde está Olivia?

—¿Puedes untar las patatas en algo normal, como ketchup?

Hundí mi patata en la mayonesa alegremente.

—¿Dónde está Olivia?

Caleb inclinó la silla hacia atrás sobre dos patas y suspiró.

—Está enfadada conmigo por lo de ayer. Esta mañana hemos discutido.

—Oh, ¿vosotros peleando?

—Eso parece. Es estúpido. Pero bueno, ¿hay más noticias sobre el daimon?

Le dije lo que me había contado Seth sobre el resto de ataques. Caleb tuvo la misma reacción que yo: incredulidad y rabia. A veces pensaba que los Consejos podrían funcionar mejor si estuviesen dirigidos por mestizos. Parecía que poseíamos más pensamiento crítico y sentido común.

Tras unos momentos, Caleb habló.

—Sabes, creo que lo hiciste fue increíble.

Me encogí de hombros, pensando en lo avergonzados que estaban los Guardias.

—Gracias. Pero ahora mismo no me parece tan increíble.

Caleb levantó las cejas.

—Bueno, ha hecho que todo el mundo hable y piense en ello. Ninguno de nosotros quiere seguir con esto. Creemos que fue muy valiente.

—No fue valiente. Estúpido quizá, pero no valiente.

—No —insistió—. Fue valiente.

—Caleb, sabes que los puros se volverán locos si empezamos a presionarlos de verdad. Un mestizo negándose a que le desnuden para examinarle es una cosa, ¿pero docenas? Para ellos eso es traición. Y ya sabes qué hacen si eres sospechoso de traición.

Un aire de determinación le dio un aspecto nuevo a sus ojos azules.

—Como ya he dicho, las cosas tienen que cambiar por aquí.

Me incliné hacia delante.

—Caleb, no te metas en líos.

—¿Por qué estás discutiéndome esto, Álex? Hoy te has levantado contra ellos, pero parece que piensas que ninguno de nosotros tendría que hacerlo. ¿Por qué? ¿Solo tú puedes hacerlo, y los

demás tenemos que acatar lo que ellos digan?

—No, no es lo que estoy diciendo. Solo digo que esto es serio, Caleb. No tiene que ver con meterse en las habitaciones o salir de la isla. Pueden expulsarnos, o peor.

—Pero tú no.

—Ya, bueno... yo soy diferente. Y no lo digo en plan soy súper guay. La única razón por la que no estoy metida en líos es porque Lucian intercedió, ¿por qué? No lo sé. Pero vosotros os meteréis en líos.

Incrédulo, levantó las manos y agitó la cabeza.

—Estás siendo demasiado...

—¿Demasiado qué?

Caleb frunció el ceño.

—No lo sé, demasiado racional tal vez.

Por un momento lo único que hice fue mirarle, y entonces me eché a reír.

—¿Sabes que eres la única persona que me acusa de ser *demasiado* racional?

En su cara apareció una sonrisa, recordándome al Caleb más joven y despreocupado, ese Caleb que no se emocionaba tomando posición en contra del Consejo de puros.

—Bueno, supongo que siempre hay una primera vez para todo. Sonreímos, pero mi sonrisa se desvaneció en seguida.

—Caleb, has cambiado.

Su sonrisa desapareció.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Simplemente eres diferente —no creí que fuese a responder, especialmente cuando se puso de pie.

Dio la vuelta a la mesa para sentarse a mi lado, y sus labios se tensaron un momento.

—Soy diferente.

—Lo sé —susurré.

Sonrió brevemente.

—Sabes, no dejo de pensar en cuando estuvimos... en esa bañía y no podía hacer nada para ayudarte. No sé cómo pensaba que sería luchar contra un daimon. Supongo que no tenía ni idea

—un músculo de su mandíbula se tensó mientras pasaba sus dedos sobre una marca en la mesa—. Solo podía pensar que tenía que haber hecho algo para que dejaran de hacerte daño. Tenía que haber luchado a pesar del dolor.

—Caleb, no —sujeté sus manos frías—. No podías hacer nada. Y toda esa situación enrevesada fue culpa mía.

Me miró, con los labios formando una sonrisa cínica.

—Nunca me había sentido tan... inútil en toda mi vida. No quiero volver a sentirme así.

—No eres inútil. Nunca lo has sido —me acerqué y rodeé sus tensos hombros con mis brazos.

Caleb al principio respondió un poco raro, pero luego descansó su barbilla sobre mi cabeza. Estuvimos así un rato.

—Tienes mayonesa en el pelo —murmuró.

Riendo, me aparté.

—¿Dónde?

Señaló.

—Eres un desastre comiendo.

Tras quitarme la mayonesa del pelo, me estudió.

—¿Qué pasa? ¿Tengo más mayonesa en el pelo?

—No —miró por la cafetería vacía—. ¿Cómo van las cosas entre... tú y Aiden?

Solté la servilleta. Normalmente Caleb sentía que no me gustaba hablar sobre Aiden.

—No sé. Todo está igual, supongo.

Puso su barbilla sobre mi hombro. Las puntas de su suave pelo me hacían cosquillas en la mejilla.

—¿Se ha enfadado mucho por lo de los Guardias?

—No me ha dicho nada de eso, pero apuesto a que sí.

—¿Habéis, ya sabes...?

—¡No! —me aparté hacia atrás, dándole suavemente en el brazo.

Caleb me miró con complicidad.

—No puede haber nada entre nosotros, ya lo sabes. Así que deja de mirarme así.

—Como algo prohibido te hubiese detenido alguna vez, Álex.

Solo... solo ten cuidado. No voy a darte un discursito.

—Bien.

Sonrió.

—Pero si alguien descubre lo que casi pasó entre vosotros...

—Ya lo sé —miré el resto de mis patatas—. No hay nada de lo que preocuparse, ¿vale?

Por suerte el tema cambió a cosas menos serias. Pronto tuvimos que volver a nuestras residencias y me sentí un poco mejor con todo una vez duchada. Sin embargo seguía preocupada por Caleb, temiendo que lo ocurrido en Gatlinburg le hubiese hecho daño.

Después de cambiarme volví a sentir esa extraña sensación de cosquilleo. Noté cómo el calor se arrastraba sobre mi piel justo antes de que empezase el intenso dolor en la tripa. En serio, intenté ignorarlo. Incluso cogí mi libro de Trigonometría, pero no podía concentrarme. Encendí la televisión, pero la fuerza de lo que me pasaba hacía casi imposible pensar en cualquier otra cosa que no fuese tener novio. Quizá era el modo que tenía mi cuerpo de decirme que necesitaba encontrar a alguien, alguien que estuviese disponible y no fuese un pura sangre.

Cuando finalmente se calmó, caí en un sueño inquieto que duró unas horas, hasta que me incorporé de repente sobre la cama, con el corazón a mil. Escudriñé entre la oscuridad de la habitación, intentando desesperadamente quitarme de la mente la imagen de la cara de Daniel.

Me di la vuelta y miré hacia la ventana. Pasó un segundo antes de que mi cerebro pudiese procesar la sombra oscura tras las cortinas. Tenía el corazón en la garganta. Me levanté de golpe, tirando las sábanas al suelo, y me arrastré hasta la ventana. La sombra seguía ahí, dándome escalofríos. ¿Era Seth intentando espiarme por la ventana?

Si lo era, iba a partirle la cabeza.

Pero también podría ser el daimon, porque aún no le habían pillado. Demonios, si lo era, no iba a entrar a mi habitación.

Subí las cortinas y di un salto atrás. Una cara pálida, claramente no era la de Seth, se me quedó mirando. Bajo la pálida luz

de la luna, casi me pareció un maldito daimon.

Pero era una Centinela. Creo que una chica rubia llamada Sandra. Aún así, ¿qué hacía mirando por mi ventana? Eso me acojonó un poco. Sin pensarlo dos veces, quité el seguro de la ventana y la abrí.

—¿Todo bien?

Los ojos de Sandra cayeron sobre las marcas de mis brazos desnudos antes de mirarme a la cara.

—Me pareció oír gritos desde esta habitación.

Me ruboricé al darme cuenta de que debía haber gritado en sueños.

—Lo siento. No pasa nada.

—Asegúrate de tener la ventana cerrada —sonrió—. Buenas noches.

Asintiendo, cerré la ventana y la aseguré. Aún sentía las mejillas ardiendo al volver a la cama y taparme hasta arriba. Aunque mis gritos infantiles habían traído hasta mi habitación a un Centinela y no a un daimon, la sensación de miedo se me quedó toda la noche.



Pasé el día a duras penas, un poco ida y mareada. No mareada en plan vomitar, sino mareada de nervios. Me quedé dormida junto a Deacon en clase. Me despertó antes de que el profesor me viese durmiendo. Mis manos temblaron al coger el refresco en la comida, lo que me hizo recibir un interrogatorio por parte de Caleb y Olivia, preocupados por mí.

A lo mejor había pillado algo. O quizá eran las pesadillas que llevaba teniendo desde hacía dos noches. No lo sabía, pero todo lo que deseaba era volver arrastrándome a mi cama y dormir.

En clase de lucha callejera me costaba seguir los movimientos de mi oponente. Luke se portó bien conmigo, tirándome al suelo solo un par de veces. Y mi día no estaba ni cerca de terminar.

Justo después vino el entrenamiento con Aiden, y también lo hice como el culo.

Hice un amago hacia la izquierda, pero sentía que mis movimientos eran torpes y demasiado lentos. La pierna de Aiden vino hacia mí, dándome en el muslo. El impacto me lanzó hacia delante, y caí de bruces contra la colchoneta. Todo mi peso cayó sobre las muñecas y solté un grito ahogado.

—¡Álex! ¿Estás bien? —Aiden se acercó y alargó su mano.

Ignorando el dolor me levanté.

—Estoy bien.

El brazo de Aiden seguía extendido, como si hubiese olvidado que lo había puesto así para agarrarme. Se quedó ahí quieto, mirándome.

—¿Qué te pasa hoy? A este ritmo vas a romperte el cuello.

Las mejillas me ardieron al coger las cuchillas del suelo.

—Estoy bien.

Quería disculparme por acusarle de ser como los demás puros en alguno de los momentos de pausa, pero las palabras «lo siento» no salían de mis labios, y Aiden volvía a atacar.

Hizo girar las cuchillas en sus manos.

—Otra vez.

Ataqué. Aiden bajó sus cuchillas sobre las mías y el sonido del metal resonó por toda la sala. Me hizo retroceder al intentar clavarle la hoja en el vientre. Con el antebrazo le pegué en el brazo, apartándolo de su objetivo.

—Bien —dijo—. Sigue moviéndote. No te quedes nunca quieta.

Me situé bajo su brazo, quedándome fuera de su alcance mientras estudiaba sus movimientos. Siempre había algo que te indicaba el próximo movimiento, la técnica. A veces era solamente un leve temblor en el músculo o un movimiento de ojos, pero siempre estaba ahí.

Aiden intentó pincharme, pero era un engaño. Lo vi un instante antes de que se agachase, lanzándome una patada baja a las piernas. Salté para esquivarla y fui a rematar. Para un mestizo no entrenado, ser pillado así, suponía terminar con la pelea. Pero Aiden estaba entrenado y era increíblemente rápido. Se levantó de un salto mientras al mismo tiempo cogía ambas hojas con una mano.

Salté, bajando las cuchillas. Aiden me atrapó en el aire, agarrándome del brazo. En un segundo tenía mi espalda contra él y dos dagas apuntando a mi garganta.

Agachó la cabeza y su respiración rozó mi mejilla.

—¿Qué has hecho mal?

Sentí su corazón contra su pecho. Así de cerca estábamos.

—¿Eh...?

—Me viste moviendo las hojas a una sola mano, era un movimiento vulnerable. Tenías que haber ido a por la mano que las sujetaba. De un golpe limpio me habrías desarmado.

Lo repasé y vi que tenía razón.

—Madre mía.

Inclinó su cabeza aún más y los mechones más largos de su pelo me acariciaron la mejilla. Ninguno de los dos se movía. Cerré los ojos mientras el calor me rodeaba. Creo que podría haberme quedado dormida apoyada contra él.

—Ahora ya lo sabes —me soltó—. Otra vez.

Y lo hice. Nos pusimos en guardia una y otra vez. Bloqueé unas cuantas de sus estocadas y él bloqueó todas las mías. Tras unas cuantas rondas, estaba agotada y empapada en sudor frío. Solo quería sentarme.

Aiden me presionó y yo le hice retroceder. Con cierta distancia entre los dos, me dirigí hacia la derecha, con los dedos tensos sobre el mango de la hoja. *Patada. Dale una patada*, me ordené a mí misma. Aiden esquivó mi lanzada, pero no mi patada. Soltó una de las dagas y golpeó el suelo. Le vi una expresión de sorpresa y orgullo en la cara justo antes volver a cargar contra mí con una hoja. Bloqueé sus ataques con los brazos temblorosos. Se dejó caer, poniéndose en posición para barrerme las piernas. Lo vi venir de lejos.

Pero no pude, no pude lograr que mis piernas se moviesen suficientemente rápido.

Todo se ralentizó, para asegurar que la ridiculez de lo que iba a pasar se pudiese captar perfectamente. Retrocedí hacia el borde de la colchoneta. Su larga pierna giró, atrapándome ambas piernas. Se me escaparon las cuchillas y caí de espaldas. Un segundo

después, di con la cabeza contra el suelo.

Me quedé ahí tumbada, aturdida y mareada.

La cara de Aiden apareció en mi campo visual, pero sus facciones estaban un poco confusas.

—Álex, ¿estás bien?

Parpadeé lentamente. Me dolía tanto la cabeza que hasta me molestaban los dientes, pero me incorporé. Inmediatamente Aiden, con dedos ágiles y amables, me miró la cabeza por si me había hecho daño.

—Eso... ha sido bastante estúpido.

—No es nada. Lo estabas haciendo muy bien. Hasta me has desarmado —se volvió a sentar; me cogió la cara con sus manos y me echó la cabeza hacia atrás. Sonrió—. Creo que no hay daños permanentes.

Intenté sonreír, pero no lo logré.

—Lo siento.

Arrugó la frente.

—Álex, no te disculpes. A veces pasa. No siempre puedes ser la más rápida.

—Vi tu movimiento, Aiden. Tenía tiempo más que suficiente para apartarme —bajé los ojos—. Estoy demasiado cansada.

Aiden se acercó más a mí, juntando sus rodillas contra mi muslo.

—Álex, mírame —suspirando, levanté la mirada. Me arregló el pelo con una pequeña sonrisa—. ¿Los entrenamientos están siendo demasiado?

—No...

—Álex, sé sincera conmigo. Estás todo el día entrenando. ¿Es demasiado?

Si continuaba tocándome el pelo, admitiría cualquier cosa.

—No es demasiado, Aiden. En serio que no. Es solo que... no estoy durmiendo demasiado.

Se giró para ponerse justo a mi lado y apoyó su otra mano en mi hombro. Inhalé su aroma único, a mar y hojas ardiendo. Teniéndole tan cerca, con una mano sobre mi hombro y la otra tocándome el pelo sin parar, podía hacer lo que quisiera conmigo

y creo que él lo sabía.

—¿Por qué no duermes, Álex? —preguntó en voz baja y suave. Las palabras me salieron solas.

—Tengo pesadillas, todas las noches y toda la noche.

—¿Pesadillas? —repitió. No sonó como si le pareciera gracioso, sino más bien como que no lo entendía.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—No sabes cómo fueron todas aquellas horas... en Gatlinburg, sin ser capaz de hacer nada. Y todas esas marcas, era como si estuviesen arrancando trozos *de mí*. No sabes qué habría hecho por conseguir que parasen, *solo parar*.

Aiden se tensó, cerrando un poco sus dedos sobre mi nuca.

—Tienes razón, Álex. No lo sé, pero ojalá pudiese saberlo.

—No sabes lo que dices —susurré.

—Claro que sí —volvió a pasarme los dedos por el pelo—, así quizás podría ayudarte de alguna forma. ¿Es de eso sobre lo que tienes las pesadillas?

—Algunas veces aparece mamá y otras los otros dos, Eric y Daniel. Son tan reales, ¿sabes? Como si estuviese ocurriendo de nuevo —apreté los labios, conteniendo la emoción que intentaba subirme por la garganta. Hablar de aquella noche y de lo que hicieron me retorció el estómago como si hubiese comido algo en mal estado—. Así que no, no duermo demasiado.

—¿Hace... hace cuanto que te sucede?

Me encogí de hombros.

—Más o menos una semana después de que sucediera.

—¿Por qué no has dicho nada? Es mucho tiempo guardándotelo todo para ti, Álex.

—¿Y qué tenía que decir? Tener pesadillas es muy de críos...

—No son pesadillas. Es estrés, Álex. Por todo lo que has pasado... —apartó la mirada con la mandíbula tensa—. Por supuesto que tienes pesadillas. Era un daimon, Álex, pero también era tu madre.

Me eché un poco hacia atrás para mirarle a la cara. Podía ver perfectamente la preocupación en su rostro, cómo sus ojos adquirirían un color gris tormenta.

—Lo sé.

Movió la cabeza.

—Y desde entonces estás haciendo cosas sin parar. No has tenido ni un momento para... desconectar. El ataque daimon seguramente lo ha empeorado. No sé por qué no había ni pensado en ello, por qué nadie lo ha hecho. Esto es demasiado. Tenemos que...

—Por favor, no se lo digas a Marcus. *Por favor* —empecé a ponerme de pie, pero me volvió a sentar en la colchoneta—. Si cree que me pasa algo, me sacará del Covenant —y lo haría. Si Marcus creyese que no sirvo, iría al servicio. Los mestizos no van al psicólogo. No tienen estrés postraumático. *Afrontan* las cosas. No pierden el sueño y la cagan en los entrenamientos—. Oh, dioses, Marcus va a echarme de aquí.

Aiden me volvió a coger la barbilla.

—No era eso lo que iba a decir. No te preocupes tanto, *Agapi*. No voy a decirle nada a nadie. Ni una sola palabra, pero eso no quiere decir que vaya a olvidarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sonrió, pero un poco triste.

—Bueno, necesitas descansar y tiempo para relajarte. No sé. Ya pensaré en algo.

Puse mi mano sobre la suya. Él soltó mi barbilla y entrelazó sus dedos con los míos. Mi pequeño corazón se puso increíblemente contento.

—¿Qué significa *Agapi*?

Aiden tomó aire.

—¿Qué?

—Me has llamado *Agapi*... unas cuantas veces. Suena bien.

—Oh. No... no me había dado cuenta —soltó su mano—. Es la lengua antigua. No significa nada en realidad.

Fue un tanto decepcionante. Me levanté a regañadientes, respiré profundamente y vi como Aiden se levantaba.

—Me encuentro bien.

Las puertas del gimnasio se abrieron de par en par, golpeando contra las paredes. Seth entró con paso firme, como si fuese el dueño del lugar.

—¿Qué está pasando?

Le miré.

—¿Tú qué crees?

Aiden recogió las cuchillas del suelo.

—Tengo que encontrar algún modo de atrancar las puertas.

Seth lanzó una mirada a Aiden.

—Me encantaría que lo intentases.

Aiden bajó los brazos mientras con sus manos acariciaba el mango de las cuchillas.

—¿No deberías estar haciendo algo? No me puedo creer que tu único cometido aquí sea ayudar a Álex unos cuantos días a la semana y merodear por la residencia de las chicas.

—De hecho, ese es mi único cometido. ¿No lo sabías? Estoy aquí solo para...

—Eh, ¿hemos acabado el entrenamiento, Aiden? —corté antes de que los dos empezasen a sacudirse.

—Sí —sus ojos seguían fijos sobre Seth.

Me dio la impresión de que Aiden sería capaz de apuñalar a Seth. Y de que Seth le lanzaría un rayo a Aiden.

—Vale. Gracias por el entrenamiento... y por todo.

Seth soltó una risita y levantó las cejas.

—De nada —respondió Aiden.

Gruñí por dentro y fui a recoger mi bolsa. De camino a la salida agarré a Seth de la camiseta.

—Vamos.

—¿Qué? —protestó Seth—. Creo que Aiden quiere salir conmigo.

—¡Seth!

—Vale —se dio la vuelta mientras se alisaba la camiseta.

No miré atrás. Una vez fuera del edificio, le lancé una mirada a Seth.

—¿Necesitabas algo?

Sonrió.

—Nop.

—Entonces, ¿has interrumpido mi entrenamiento sin ninguna razón? Y una mierda.

Seth me puso un brazo sobre el hombro.

—Di lo que quieras. Vamos a comer algo. Aún puedes hacer eso, ¿verdad? ¿O estás castigada sin poder entrar a la cafetería?

—Se supone que no debo quedar con amigos.

—Entonces supongo que es bueno que en realidad no seamos amigos.

Capítulo 6

Tras otro largo y aburrido día de clases, esperé a que llegara mi turno con Seth rezando para no volver a abrirme la cabeza. La noche anterior logré dormir decentemente gracias a que Seth apareció en mi habitación con un DVD. Me sentía bastante bien.

Mientras esperaba a que diera comienzo el entrenamiento, me acerqué al muro de destrucción masiva. Iba a coger la daga que Aiden había alabado, cuando me di cuenta de que algo faltaba en el muro.

Las armas colgaban de pequeños ganchos negros, y ahora había varios puntos vacíos. Durante todas las veces que había entrenado en esa sala, nunca había visto ningún hueco vacío. Las dagas y espadas que se guardaban aquí eran solamente para entrenar. Cada una requería una técnica distinta y se usaban varias veces a lo largo del día. ¿Las habrían quitado para limpiarlas? No es que aquí cogiesen mucho polvo.

—¿Está mi pequeña Apollyon lista para el entrenamiento?

Solté la bolsa y me giré. Seth se acercaba, con una sonrisa chulesca en la cara. Las gotas de lluvia le caían por del pelo y corrían por su cuello, dándole un aspecto aún más salvaje. Me olvidé de las armas que faltaban al ver la expresión de su cara. Estaba preparando algo, *seguro*.

—En realidad, no.

Seth crujió los nudillos.

—Como está diluviando ahí fuera, había pensado trabajar tus técnicas de lucha cuerpo a cuerpo, porque son pésimas. Ya lo sé, ya lo sé... estás hecha polvo tras descubrir que hoy no vas a poder practicar con los elementos, pero míralo por el lado bueno: vamos a rodar por las colchonetas. Juntos.

Levanté una ceja.

—Suena divertido.

Se paró detrás de mí y me puso las manos en los hombros.

—¿Te apuntas?

Me libré de sus manos y me quité la goma de pelo de la muñeca.

—Claro. Estoy perfectamente.

—No he dicho lo contrario.

—¿Podemos hacerlo sin hablar?

Seth hizo una mueca.

—Pero hay algo que quizá quieras saber.

—Lo dudo.

—Déjame preguntarte algo. ¿Te sientes mal por hacer que los mestizos se nieguen a realizarse los exámenes? Hoy he visto a cinco mestizos más, llenos de moratones.

Caleb no bromeaba cuando me dijo que varios mestizos tenían pensado negarse. Podría reconocerlos fácilmente. A pesar de que no había ninguna señal que indicase que el daimon seguía en el campus, los puros seguían manteniendo las reglas y los exámenes. Creo que tenía algo que ver con el hecho de que nadie sabía cuánto tiempo puede estar un daimon mestizo sin consumir éter.

—No les he obligado a hacer nada —refunfuñé.

—Están siguiendo tu ejemplo, y si recuerdo correctamente, ¿no les dijiste a los que estaban contigo que no tenían que hacerlo?

Me puse roja.

—Da igual. Cállate.

—Entonces vamos a jugar, Álex.

Consideraba que luchar cuerpo a cuerpo era «jugar» porque suponía revolcarse por ahí... y a veces incluso tirarse de los pelos. Y creo que Seth lo usaba como excusa para aumentar el roce entre nosotros. Como ahora mismo. De un manotazo le aparté la mano de mi culo.

—Qué perro eres.

—Y tus técnicas de grappling² son una mierda —me inmovilizó por tercera vez. Casi todo el pelo se le había soltado y le caía por la cara—. La mayoría de las chicas no sabéis. Básicamente es cuestión de fuerza. Los chicos tenemos más masa. Por eso, lo que necesitas es mantenerte en pie.

Girando la cadera logré soltarme de Seth y ponerme en pie de

² Nombre que recibe un modo de lucha cuerpo a cuerpo en artes marciales que no incluye golpes, sino que consiste en luxaciones, inmovilizaciones, etc.

nuevo.

—Sí, creo que lo he pillado.

Tumbado de lado, me hizo una señal con la cabeza.

—Así que anoche dormiste como un pequeño bebé Apollyon.

Me pregunto por qué.

Le miré. Seth había vuelto a pasar la noche en mi habitación.

—Me das asco.

Rió divertido.

—Eres tan difícil como yo.

—Lo que tú digas. ¿Y vas a contarme por qué ahora estás siempre con Lucian? ¿Es parte de tu club de *fans*?

—A mis *fans* les encanta escuchar mis batallitas —se puso de pie—, están obsesionados conmigo. ¿Qué puedo decir? Soy demasiado guay. Y no estoy siempre con Lucian.

Le agarré el brazo, retorciéndoselo contra la espalda en una llave de sumisión.

—Lo dudo mucho.

Seth se quedó quieto.

—¿Sabes qué, Álex?

Solté un poco el agarre.

—¿Qué?

Me miró desde por encima del hombro.

—Necesitas empezar a descansar más; la falta de sueño empieza a nublar te el juicio. Sí soy guay, y tu acabas de cometer un terrible error.

—¿Eh?

—Nunca debes dejar de hacer fuerza —entonces me hizo saltar por encima de su hombro y aterricé contra la colchoneta soltando un gruñido—. Oh, ¿te has caído?

—No —rodé y me puse de espaldas con una mueca de dolor—. He atacado al suelo.

Se agachó sobre mí, poniéndome una pierna a cada lado, y me cogió de la barbilla.

—¿Qué estuvisteis practicando Aiden y tú ayer?

Lo agarré de la muñeca tratando de rompérsela. Seth pareció leerme el pensamiento, porque entrecerró los ojos justo antes de

soltarme.

—Estábamos entrenando y, ¿por qué tienes que sentarte encima de mí para hablarme?

—Porque puedo y porque me gusta.

Quería pegarle.

—Bueno, pues a mí no me gusta. Así que quítate.

En vez de eso, se echó hacia delante, con su cara a pocos centímetros de la mía.

—No me gustan tus entrenamientos con Aiden. Así que no, no voy a quitarme.

Tenía la garganta seca.

—Lo que pasa es que Aiden no te gusta.

—Exacto. No me gusta. No me gusta cómo te mira, y desde luego no me gusta cómo me mira.

Intenté mantener una expresión vacía, pero sentía las mejillas ardiendo.

—Aiden no me mira de ninguna forma rara. Y a ti te mira así porque *eres* raro.

Rió.

—Ya, no creo que sea eso.

¿Podría estar notando Seth mis sentimientos por Aiden del mismo modo que notó mi miedo cuando estuve en Gatlinburg? Si eso era así, era algo muy, muy malo.

—¿Dónde quieres ir a parar?

Seth se apartó y se sentó a mi lado con las piernas cruzadas.

—No quiero llegar a ninguna parte. Por cierto, tengo algo que decirte.

Nunca me acostumbraría a los bruscos cambios de tema de Seth. Hacía que me doliese la cabeza.

—¿Qué?

—Anoche hubo un ataque en el Covenant de Tennessee. Fue un mestizo convertido. Apuñaló a un puro, lo vació de éter, y lo tiró por la ventana desde un séptimo piso.

—¡Oh, dioses! ¿Por qué no me lo has contado al principio del entrenamiento?

Me miró.

—Recuerdo perfectamente haberte dicho que tenía algo que querrías saber y me dijiste que lo dudabas.

—Bueno, podrías haberte explicado un poco mejor —volví a tirarme sobre la colchoneta—. Joder, ¿y qué están haciendo?

—Lo mismo que aquí, pero pillaron al daimon, había sido Guardia y, como el puro ha muerto, están tomando medidas más extremas.

—¿Como qué?

—Se habla de segregar a los puros de los mestizos.

—¿Qué? —chillé.

Seth se apartó rápidamente poniendo una cara rara.

—Ay. Joder, Álex, no puedo ni imaginarme cómo debes gritar mientras...

—¿En serio? —volví a incorporarme, poniéndome de rodillas—. ¿Cómo pueden hacer eso? Compartimos residencia con los puros. Y las clases. ¡Es igual en todas partes!

—Por lo que he oído, van a poner a todos los puros en una residencia y a los mestizos en otra, además de cambiar los horarios de las clases.

Puse los ojos en blanco.

—¿Van a hacer residencias mixtas? Bueno, eso va a estar bien. Todos van a estar acostándose los unos con los otros.

—Parece mi sitio ideal —sonrió—. Igual puedo pedir un traslado.

—¿Te tomas algo en serio alguna vez? —me puse en pie.

Seth se levantó, mirándome desde arriba debido a su altura.

—A ti te tomo en serio.

Le miré y di un paso atrás.

—Esto es serio, Seth. ¿Qué pasa si empiezan a hacer algo así aquí? ¿Qué pasa si empieza a cambiar todo?

La siempre presente, y molesta, mezcla de chulería y diversión, desapareció de esos extraños ojos dorados, revelando una seriedad que no pensé que pudiese llegar a ver nunca en Seth.

—Álex, ya ha cambiado todo. ¿No te das cuenta?

Tragué saliva y me abracé a mí misma, pero no fue suficiente para parar la repentina sensación de frío que me recorría todo el

cuerpo como si estuviese fuera, bajo el aguacero que estaba cayendo.

Aiden había dicho lo mismo.

—Somos dos —dijo Seth en voz baja—. Todo cambió el momento en que naciste.



Pasé los dedos por el teclado. Esta era una de esas noches en las que cuestionaba toda mi vida, y me estaba poniendo de los nervios.

Maldije a Seth.

Todo cambió el momento en que naciste.

Intenté no pensar en todo lo que suponía ser un Apollyon. Normalmente hacía como que no era nada, pero no significaba que lo hubiese superado, simplemente sabía que no podía hacer nada al respecto. Sin embargo había veces, como me había pasado antes con Seth, en que me aterraba la idea de convertirme en una cosa que la gente esperaba como *algo* milagroso pero que a la vez les mataba de miedo.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador, obligándome a dejar de preocuparme por todo lo referente al Apollyon y lo que ocurría en los Covenants. Jugué unas cuantas partidas al buscaminas y al solitario, cualquier cosa que mantuviese mi mente en blanco, y funcionó perfectamente... por poco tiempo.

Al instante, otra pregunta me vino a la mente. ¿Por qué había intercedido Lucian a mi favor? ¿Y por qué le estaba dando tanta información a Seth? Sí, era el Apollyon, pero Lucian era el Patriarca y Seth tan solo era un mestizo. ¿Por qué iba a dejar que Seth estuviese al tanto de tantas cosas?

Y luego estaba todo el asunto del Consejo. Tenía la sensación de que no tenía muchos seguidores en el Consejo, y que estar allí iba a ser tan asqueroso como un daimon.

Todo junto me provocó dolor de cabeza.

De pura frustración apoyé la cabeza sobre el teclado. Un agudo zumbido resonó en la silenciosa habitación, pero lo ignoré has-

ta que me vino la inspiración. Y no tenía nada que ver con el Apollyon, el Covenant o Lucian.

Tenía que ver con Aiden.

Levanté la cabeza y me mordí el labio mientras abría una página web. La semana pasada estuve buscando por Internet el regalo perfecto para el cumpleaños de Aiden. No era solamente un regalo de cumpleaños, sino también de reconciliación. Pensé en comprarle algo, no sé, especial. No se me había ocurrido nada, pero acababa de tener una idea.

Tenía que ver con lo que vi en su cabaña aquella noche, un montón de libros, cómics, y una colección de púas de guitarra de colores. En ese momento pensé que era algo raro para coleccionar, pero por lo menos no coleccionaba nada asqueroso, como pieles muertas. La cuestión es que sabía de un color que no tenía: negro, pero no quería comprarle una púa vieja asquerosa. Quería, necesitaba, algo especial.

Una hora después, encontré una tienda online de púas extrañas, y supe que había encontrado el regalo perfecto. Tenían una hecha de piedra ónix, y al parecer era una púa súper extraordinaria, no tenía ni idea de por qué. Aunque comprarla iba a ser más difícil, ya que por alguna razón, no tenía cuenta en el banco.

Al día siguiente atrapé a Deacon al salir de clase.

—¿Puedes hacer algo por mí?

—Por mi mesticilla favorita hago lo que sea —hizo un pequeño gesto de asentimiento cuando vio que Luke le hacía gestos desde el otro lado de la clase.

—¿Mesticilla? En fin, olvidémoslo. Tienes tarjeta de crédito, ¿verdad?

Se apartó un rizo de los ojos y sonrió.

—Un montón.

Le puse un trozo de papel en las narices, en el que había garabateado el nombre de la web y el número de referencia de la púa.

—¿Puedes pedir esto por mí? Te lo daré en metálico.

Deacon miró al papel y levantó la cabeza para mirarme.

—¿Quiero saber de qué va?

—No.

—Es para mi hermano, ¿verdad?

Sentí cómo me ponía roja.

—Pensé que no querías saberlo.

Dobló el papelito y se lo metió en el bolsillo, moviendo la cabeza.

—Y así es. Esta noche lo pido.

—Gracias —susurré avergonzada.

Aunque miraba al frente, no veía nada de lo que la profesora escribía en la pizarra. Solo esperaba que a Aiden le gustase la púa, que la *disfrutase*. Me tensé ante la idea de tener las palabras disfrutar y Aiden en una misma frase.

Solo porque fuese a comprarle una pequeña púa no significaba nada. Y solo porque me muriese por sus huesos no significaba que... le amase. Los mestizos no aman a los puros. Entonces, ¿de dónde había salido esa idea?

Ignoré a Deacon durante el resto de la clase y estuve rara durante todo el día. Ni siquiera las discusiones graciosas de Caleb y Olivia durante la comida lograron sacarme de ese estado. Tampoco ver a Lea tropezándose en el pasillo.

El entrenamiento con Aiden tampoco me hizo cambiar el ánimo. La mirada tensa y preocupada de Aiden seguía todos mis movimientos. Supuse que estaba esperando que cayese dormida y me rompiese la cabeza o algo así.

Pero no pasó nada.

Hacia el final del entrenamiento, se había relajado algo la tensión en su cara y sonrió cuando recogió mi bolsa del suelo.

—Mañana quiero hacer algo distinto.

—¿Vas a dejarme libre el entrenamiento del domingo? —solo bromeaba a medias. La idea de pegarme todo el día en la cama sonaba bastante bien.

—No. No estaba pensando en eso, la verdad.

Fui a cogerle mi bolsa, pero la apartó. Sonreí.

—¿En qué estabas pensando?

—Sorpresa.

—Oh —me espabilé—, ¿qué es?

Aiden rió.

—No sería sorpresa si te lo dijese, Álex.

—Puedo hacerme la sorprendida mañana.

—No —volvió a reírse—. Eso lo estropearía.

—Bueno, pero más vale que sea bueno —fui a por mi bolsa de nuevo, pero Aiden me agarró la mano. Sus dedos contra los míos. Nuestras manos encajaban a la perfección. O eso pensaba. Un montón de mariposas me revoloteaban en el estómago. Levanté la mirada y quedé atrapada. Siempre sabía en qué estaba pensando Aiden por el color de sus ojos.

Normalmente, eran de un tono gris pálido, pero cuando cambiaban y se ponían plateados sabía que estaba a punto de hacer algo, algo que seguramente no debería hacer, pero que yo quería que hiciese. Como ahora mismo, que habían pasado a tener el color del mercurio.

—Estará bien —Aiden bajó la mirada hacia mis labios—. Te lo prometo.

—Vale —susurré.

—Ponte algo de ropa cálida mañana, pero no de entrenamiento.

—¿No de entrenamiento? —repetí como una tonta.

—Quedamos aquí a las nueve —puso con cuidado la bolsa sobre mi hombro y sus dedos tardaron lo suficiente como para dejarme sin aliento. Minutos después de que saliese de la sala, mi piel seguía vibrando por ese breve y maravilloso contacto.



Después de coger algo de comer en el comedor, Olivia y yo volvimos a la residencia. No habíamos llegado a la cafetería a tiempo para comer. Al parecer ella y Caleb habían vuelto a discutir.

—No sé qué más hacer —agarró la lata tan fuerte que pensé que la iba a aplastar—. Está constantemente cambiando de ánimo.

No sabía cuánto le habría contado Caleb a Olivia de lo que le ocurrió en Gatlinburg, así que estaba un tanto limitada acerca de qué podía contar.

—Sé que le gustas de verdad —decidí que esa era la mejor tática.

tica—. Durante el verano no dejó de hablar de ti.

Una brisilla jugueteó con sus rizos, que acabaron sobre su cara.

—Sé que le gusto, pero últimamente ha estado tan... no sé, como ido. Solo le preocupa Seth. Dioses, es como si le amase.

Me concentré en como el horizonte y el cielo se unían, intentando no reírme.

—Por desgracia creo que Caleb admira a Seth.

Olivia dejó de andar.

—No entiendo por qué todo el mundo está tan entusiasmado con Seth.

—Yo no.

—Entonces debemos ser las únicas mestizas en todo el mundo que no creemos que sea increíble —de repente chilló, asustando a varias gaviotas—. ¡Es que no lo entiendo! ¡Seth es arrogante, maleducado y se cree el mejor de todos!

Me quedé mirándola, dándome cuenta de que no se me daban bien estas conversaciones de chicas. No tenía idea de cómo habíamos pasado de Caleb a Seth.

—¿Caleb está ahora con él?

Se le pasó un poco el enfado, suspiró, moviendo la cabeza.

—No. Estuvimos juntos en la sala de entretenimiento antes de cenar y le pregunté si había pensado dónde aceptaría un puesto de Centinela. Ya sabes, una pregunta no muy seria, pero importante.

Asentí y me cambié la lata de mano, intentando quitarme el pelo de la cara sin mucho éxito.

—Me refiero a que siempre decimos que no hay nada serio entre nosotros, pero creo que sí —volvió a andar—. Nos graduamos esta primavera, y nos darán opciones. Esperaba que Caleb y yo pudiésemos elegir el mismo sitio o al menos estar cerca para poder seguir viéndonos.

—Vale... ¿y qué pasó?

—Me dijo que no lo había pensado, y yo estaba como «*¿pero qué demonios?*». Si yo le importase, tendría que haberlo pensado, ¿no? Así que se lo dije —su expresión se volvió más sombría—, ¿y sabes lo que dijo? «*¿Qué más da elegir un sitio que otro?*». Bueno,

vaya, gracias por la información, capullo. Eso da igual. Lo importante es intentar acabar juntos, ¿no?

—Olivia, creo que no tiene nada que ver contigo. Ahora... —me moví un poco. De repente sentía calor a pesar de que era un día bastante fresco—. ¿Te contó lo de...

No pude ignorar el sofocante calor que me inundaba, así que paré y respiré hondo. Todo mi cuerpo estaba en tensión y dolía.

—¿Álex? —Olivia se acercó—. ¿Estás bien? Se te ve acalorada.

No. Oh. No. No debería estar pasándome de día y delante de Olivia. Era tan injusto. Y además de todo eso, estaba perdiendo la...

Unas risitas de placer se oyeron por el patio. Fueron seguidas por una risa muy masculina y satisfecha. Se oyeron más sonidos, sonidos que indicaban que alguien estaba o sufriendo mucho, o disfrutando mucho.

—¿En serio? —Olivia me puso su comida en las manos—. Por el amor de los dioses, hay clases vacías y camas para hacer estas cosas.

Antes de que pudiese pararla, abrió la puerta del patio. Supongo que si ella no tenía sexo nadie podía.

—Olivia...

—¡Hey! —gritó mientras se acercaba a ellos—. ¡Hey! ¡Vosotros, pervertidos, id a una habitación!

Olivia desapareció tras un rosal enorme. Puse los ojos en blanco y fui detrás de ella. Entré al patio como si estuviese en otro mundo. El olor de la mezcla de flores y plantas, tan dulces y penetrantes, mezclado con el amargor de las hierbas, invadió mis sentidos. Había algo único en las plantas de aquí, ya fuese invierno o verano, siempre estaban verdes. Abono de los dioses o algo similar, supongo.

Había estatuas griegas a lo largo del camino, como un recordatorio de que los dioses estaban siempre vigilando. En el suelo había grabadas unas runas y otros símbolos que tenían que ver con los dioses. A quien hizo esos dibujos, sea quien sea, no le hubiese venido mal alguna clase de dibujo, pero aun así, este sitio era parecido al jardín del Edén.

Y alguien estaba disfrutando de su fruta prohibida.

—A ver chicos, tenéis que... *oh*.

Olivia se paró tan en seco que casi me doy contra ella. Estaba al lado de una planta de belladona, esa planta que el oráculo había comparado con los «besos de los que caminan entre los dioses» o alguna locura por el estilo. No sé por qué me fijé primero en el tono púrpura de los pétalos, igual era alguna clase de instinto natural de protección.

Y luego vi a Elena.

Aunque nunca la había visto con tan poca ropa. Tenía la falda levantada, la camisa desabrochada, y... no quería ver mucho más. Luego vi a su acompañante.

—¡Oh, dioses! —grité, deseando haber tenido las manos vacías para poder taparme los ojos, o arrancármelos.

Me encontré con la mirada divertida de unos ojos dorados.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó Seth como si no hubiese pasado nada.

Me di la vuelta y cerré los ojos. Sentía como me ardía la cara.

—No. Para nada —dijo Olivia—. Sentimos interrumpir.

—¿Seguro? Siempre hay sitio para una, o dos, más.

—¡Seth! —gritó Elena, aunque no sonaba del todo incómoda ante esa posibilidad.

Volví por donde habíamos venido, con Olivia siguiéndome. Las risas de Seth nos siguieron hasta el patio. No volvimos a hablar hasta llegar a la puerta de la residencia. El shock parecía haber calmado mis calores, porque ya no los tenía. Por muchas razones, estaba agradecida.

—Bueno —dijo Olivia un poco insegura.

—Sí...

Cerró los labios.

—Odio a Seth. Me parece un capullo, pero tiene un culo bonito.

—Sí...

—¿Sabes qué? Creo que voy a ir a ver a Caleb. Ahora mismo.

Reí por lo bajo.

—Claro, ve.

Capítulo 7

No me sorprendió que esa noche Seth llamase a la ventana de la habitación. Sinceramente, el toque de queda era una mierda, estar encerrada en la habitación y sin poder dormir bien me creaba un estado de aburrimiento mortal, así que agradecía sus visitas. Sobre todo cuando venía para ver una película y me quedaba dormida.

Pero hoy era distinto.

Aún no había decidido qué iba a ponerme mañana, y era algo bastante importante. Aiden solo me había visto con la aburrida ropa de deporte. Necesitaba algo mono, un poco sexy, pero tampoco podía parecer forzado. Tenía el armario entero sobre la cama. Y, por supuesto, acababa de verle a Seth sus, ehm... partes más privadas, así que no me apetecía mucho verle la cara esta noche.

Volvió a llamar, cada vez más fuerte. Gruñí, fui hacia la ventana y la abrí. Por suerte estaba vestido.

—¿Qué?

Seth se apoyó en la ventana, autoinvitándose a entrar.

—Bonito pijama.

—Cállate —cogí una sudadera de la cama y me la puse, deseando haberme puesto un pijama largo en vez de unos shorts y una fina camiseta de tirantes.

—Ya sabes que no me importan tus marcas. Te hacen parecer peligrosamente sexy.

—No me estoy tapando las marcas, ya lo sabes.

—Sí y no. Te avergüenzas de las cicatrices porque eres increíblemente presumida para ser una chica que quiere ser Centinela. Pero también estás incómoda estando medio desnuda delante mío...

—¡No estoy medio desnuda! Y no estoy incómoda delante de ti. Y no soy presumida.

—Se te da muy mal mentir —se sentó en mi cama.

Vale. Estaba mintiendo. La vanidad no era el peor de los pe-

cados y sí, Seth me incomodaba por muchas razones, pero ese no era el tema.

—¿Por qué estás aquí?

—Quería ver si estabas bien.

Arrugué la frente.

—¿Por qué?

Miró a su alrededor y se fijó en la ropa esparcida por todas partes.

—¿No sabes qué ponerte?

—Eh... Solo estaba ordenando el armario.

—Ya veo.

Suspiré y me froté la frente, cansada.

—¿Qué quieres? Como puedes ver estoy bastante ocupada.

Arqueó una ceja.

—Lo sé. Qué vida más emocionante, ordenando tu armario un viernes por la noche.

—Ya ves, no todos tenemos una vida tan emocionante como la tuya, Seth.

Sus labios dejaron escapar una sonrisa de satisfacción.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que estás loca por mí.

Me lo quedé mirando y levanté los brazos, esperando una explicación mejor.

—Estás enfadada por lo de esta tarde —al echarse hacia atrás, apartó varias opciones potenciales para mañana—. ¿Te pusiste celosa, Álex?

Casi doy con la boca contra el suelo. Me llevó un momento responder.

—No entiendo por qué crees que me puse celosa.

Seth me miró con complicidad.

—Quizá estabas celosa de Elena...

—¿Qué? —cogí un jersey que me había comprado justo antes de que nos prohibiesen salir—. ¿Yo, celosa de Elena y su pelo de Campanilla? No creo.

Alargó el brazo y me quitó el jersey de la mano.

—Uh. Que mala eres, ¿no?

—Para nada. Si hubiese sabido de tu complejo de Peter Pan, os habría presentado antes —intenté recuperarlo, pero lo enrolló en una pelota y lo lanzó al otro lado de la habitación—. ¡Argh! ¡Eres insoportable!

—Admite que estabas celosa. Es el primer paso, y el segundo es hacer algo para remediarlo.

Le miré.

—No podría importarme menos lo que hagas, o con quién lo hagas, en tu tiempo libre —entonces me vino algo a la mente—. Espera. ¿Sabes qué? Hay algo que no va bien.

—Dime.

—Todo el mundo no deja de decirme que todo lo que hago no es más que un reflejo de ti, ¡pero tú te estás *tirando* a gente en el jardín! ¿Desde cuándo eso está bien?

—Haces que suene asqueroso —sonrió como un gato, si es que eso se puede—. No critiques sin saber. Oh, espera. No has probado *nada*, ¿verdad mi virgen Apollyoncita?

Intenté pegarle lo más fuerte que pude, pero se anticipó a mis movimientos y me agarró la mano. Sus ojos brillaron peligrosamente según tiraba de mí. Mi propia inercia me hizo tropezar y acabé cayéndome hacia delante.

Seth se echó hacia un lado y me rodeó con sus brazos.

—Siempre pegando —dijo riendo—. Creo que tendríamos que trabajar tus modales.

Tenía la cara aplastada contra una pila de camisetas que habían acabado en el montón de «posibles».

—Hey, venga. Me estás arrugando toda la ropa, caraculo.

—Tu ropa está bien. Quiero hablar.

Traté de darle un codazo, pero me agarró.

—¿En serio quieres hablar ahora?

Me agarró más fuerte.

—Sí.

—¿Y tenemos que estar tumbados así por alguna razón?

—No sé, me hace sentir bien. Sé que te hace sentir bien. Y no lo digo como tú te crees —hizo una pausa y sentí su pecho sobre

mi espalda—. Nuestros cuerpos se relajan cuando estamos juntos.

Hice una mueca porque no compartía sus razones para nada.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro —pude escuchar una sonrisa en su voz—. Hablemos sobre tu mal dormir.

—¿Cómo? —logré retorcerme lo suficiente como para poder soltar un brazo y ponerme de espaldas—. Yo... duermo bien.

—Duermes unas pocas horas. Y luego te despiertas. Pesadillas, ¿no?

Le miré.

—¿Por qué tienes que dar siempre tanto repelús?

Sus labios temblaron ligeramente en una media sonrisa, pero rápidamente cambió su expresión a la habitual de engréido.

—Cada vez que te pasa algo, me jodes bien. Me despiertas todas las noches, y ahora no duermo a no ser que esté contigo.

Intenté escaparme, pero me agarró.

—Bueno, lo siento. No sé cómo evitarlo. Si lo supiese no interrumpiría tus preciosos sueños.

Seth rió por lo bajo.

—Supongo que es porque la conexión entre nosotros se está haciendo más fuerte al pasar más tiempo juntos. Estos días estás hecha un desastre emocionalmente, y me paso la mitad del tiempo deseando tomarme un calmante.

Sentí la necesidad de darle una patada.

—No estoy hecha un desastre emocionalmente.

No se molestó en responderme.

—¿No te parece extraño que los únicos momentos en que duermes de un tirón toda la noche sean cuando me quedo contigo?

Sí que me parecía extraño, y frustrante.

—¿Y qué?

Seth se inclinó hacia delante.

—Tu cuerpo se relaja en mi presencia y te deja descansar. Todo gracias a eso que tanto te gusta, la conexión que compartimos. Si te alteras demasiado, me necesitas. Funcionará en ambos sentidos cuando despiertes.

Me aparté de él tanto como pude, que no era mucho, la verdad.

—Oh, por el amor de los dioses, tiene que ser una broma.

—Álex, va tan en serio como un ataque daimon.

Yo sabía que iba en serio, simplemente no quería admitirlo. La idea de que él pudiese sentir lo mismo que yo me ponía enferma. Si quisiese llorar, él lo sabría. Y lo mismo si quisiera pegarle a alguien o estuviese liándome con alguien, él lo sabría y...

Al darme cuenta de eso, una sensación extraña se apoderó de mi estómago.

—Espera. Espera un segundo, Seth. Si puedes sentir mis emociones o lo que sea, entonces yo tendría que poder sentir las tuyas.

—Sí, pero no...

Me moví tan rápido que me solté de sus brazos y me puse de pie.

—Oh. Dioses. Sí que te *he sentido*.

Seth levantó las cejas lentamente.

—Ni de coña, sé cómo protegerme para no transmitirte todos mis deseos como haces tú.

—Oh, no. Estás muy equivocado —me ruboricé con solamente pensarlo. Esas noches en las que me sentía arder y todo el cuerpo me hormigueaba, y el momento justo antes de toparnos con Elena y él, no eran mis hormonas descontroladas—. Oh, qué mierda.

Sus ojos centellearon de curiosidad y se incorporó, dejando las manos sobre las rodillas.

—¿De qué estás hablando?

—Te he sentido unas cuantas veces, por la noche. Como cuando estás haciendo... tus cosas.

Soltó una risa corta, y de repente pareció entenderlo. Abrió la boca de par en par.

—¿Haciendo mis *cosas*?

—Sí —dije en un gruñido de frustración. ¿Acaso tenía que de-
letreárselo?—. Olvídalo, no he dicho nada.

—No puedo. ¿Qué sentiste?

Esto era un asco. Era vergonzoso y empezaba a ser raro.

—Ya sabes, haciéndolo. Te he sentido... haciéndolo.

Seth se me quedó mirando durante tanto rato que pensé que se le había olvidado cómo hablar. Entonces, justo cuando empe-

zaba a preocuparme, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír de forma escandalosa.

Le miré boquiabierta.

—¡No tiene gracia!

—Oh, probablemente sea lo más divertido que he oído en mucho tiempo —paró lo suficiente como para tomar aire—. Es genial.

—No es genial. ¿Qué tipo de conexión es esta? ¿Una línea directa a Villaperversión? —di un paso al frente, no podía parar—. Es desagradable. Raro. ¡Deja de reírte, Seth!

—No puedo —dijo como pudo—. ¿De todos los momentos en los que podías conectarte conmigo, tuvieron que ser justo esos? Joder, Álex, no sabía que fueras una mirona.

Le pegué en el brazo. No fue un golpecito amistoso, esperaba que le saliese un buen moratón, aunque quería darle más, pegarle una patada en la cabeza.

—Leches. Y eres violenta. ¿Sabes qué me pone...

Volví a pegarle, pero esta vez Seth estaba preparado. Esquivó mi puño y me cogió por la cintura. Antes de que pudiese soltarme, me tiró contra la cama, de espaldas. Esta vez se puso sobre mí, con las manos apoyadas al lado de mi cabeza. Una bonita sonrisa hizo que desapareciese un poco la frialdad de su expresión. No toda, pero un poco.

—Esto no tiene precio.

—Eres tan molesto...

Pareció divertirse aún más. Se rió tan fuerte que pude sentirlo retumbar en mi interior. No igual que la risa de Aiden. La risa de Aiden me hacía sentir ligera y con mariposas en el estómago. La de Seth me hacía sentir rara, avergonzada y rara. Y parte de mí quería volver a oírla, o sentirla. Y eso estaba mal, muy mal, porque no le veía de esa forma. Al menos mi cerebro no, pero mi cuerpo, por otro lado, parecía tener un punto de vista totalmente diferente al respecto.

Mi cuerpo debía sentirse bastante triste y solitario.

—¿Sabes? —Seth sonrió—. Seguramente no deberías habérmelo contado. Voy a aprovecharme de... Álex, ¿qué *haces*?

Al principio no entendí a qué se refería, pero al bajar la mirada

vi que tenía mi mano contra su estómago, enrollando mis dedos en su camiseta. ¿Cómo narices había llegado mi mano ahí? Porque estaba segura, segurísima, de que yo no lo había hecho.

Seth parecía a punto de decir algo estúpido, como siempre, pero se quedó muy, muy quieto. Parecía que ni respiraba. Despacio, levanté la mirada y vi lo que suponía. Por todo el lado de su cara se extendían unos dibujos serpenteantes. Las marcas intrincadas bajaban por su cuello y desaparecían bajo la camiseta, apareciendo de nuevo en su brazo izquierdo y llegando hasta la mano.

Y Seth, bueno, Seth ya no se reía. Sus extraños ojos me atraparon, lanzando un color rojizo. Bajó la cabeza; los mechones sueltos de su pelo me rozaron la mejilla. Eché la cabeza hacia atrás, pero seguía estando cerca, demasiado cerca. Así que hice lo único que podía hacerse en situaciones así. Le clavé la rodilla en el estómago, bien fuerte.

Se apartó de mí, cayendo de espaldas y riendo de nuevo.

—Joder, Álex, ¿por qué has hecho eso? Duele, ¿sabes?

Me aparté de la cama, distanciándome de él todo lo posible.

—Te odio.

—No me odias —echó la cabeza hacia atrás, mirándome a los ojos—. Supongo que tenía que pasar. Cuanto más tiempo pasemos juntos, más nos conectaremos. Es lo que pasa con los Apollyons.

—Vete por ahí, ¿vale?

Seth se puso boca abajo y apoyó la cabeza en las manos.

—Me encantaría. Ahora mismo me iría con Elena.

Solté un gruñido y puse los ojos en blanco.

—Nadie te lo va a impedir.

—Cierto, pero entonces te quedarías dormida después de dar una vuelta o leer algún libro increíblemente aburrido y volverás a tener pesadillas con mamá, y entonces yo estaré despierto toda la noche —arqueó una ceja—. Necesito un sueño reparador.

Le miré.

—No te vas volver a quedar aquí, Seth. Tú ya tienes cama, de hecho tienes varias. Vete.

—Las últimas veces no te importó.

—Porque... bueno, las otras veces fue diferente —le solté mien-

tras me pasaba una mano por el pelo. Me di la vuelta y me puse a recoger ropa del suelo—. No sabía que ibas a quedarte. Lo hiciste por tu cuenta.

Seth suspiró.

—No te gusta nada de esto, ¿verdad?

—No, no me gusta no tener el control. Ya lo sabes —recogí otra camiseta. Tampoco me gustaba que mi cuerpo reaccionase ante él aunque mi corazón no—. Y necesito tener el control sobre... —solté la ropa y me puse recta—. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en verano, la noche que estuviste en mi habitación?

Parecía confuso.

—La verdad es que no.

Respiré profundamente, buscando una paciencia que no tenía.

—Me prometiste que te irías si las cosas se te iban de las manos. ¿Lo recuerdas?

Seth apretó los labios.

—Sí, me acuerdo.

—¿Aún piensas lo mismo? —di un paso al frente, poniéndome delante de él—. ¿Piensas igual?

—Sí, claro. Te hice una promesa y yo mantengo mis promesas —Seth me cogió de la mano. Dio un tironcito suave y me puso a su lado. Fue breve el alivio que sentí—. ¿Sabes qué encuentro interesante?

Le miré con curiosidad.

—¿El qué?

Giró la cabeza hacia mí.

—Nunca has mostrado el más mínimo interés en conocerme mejor. No sabes nada sobre mí.

—Eso no es verdad.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—Ni siquiera sabes cómo me apellido, Álex.

Bueno, no necesitaba un apellido. Seth era solo *Seth*.

—Ni siquiera sabes de dónde soy, si era mi madre la pura sangre o mi padre —continuó—. Apuesto a que no sabes ni cuántos años tengo.

Empecé a protestar, pero Seth tenía razón. Nos conocíamos desde hacía como cuatro meses, semana arriba, semana abajo, y no sabía nada de él. En todo el tiempo que habíamos pasado juntos, entrenando o en mi habitación, nunca habíamos hablado de nada personal. Y nunca me había ni molestado en preguntar. Arrugué la frente. ¿En serio era tan egocéntrica?

Seth suspiró.

—Solo tienes una cosa en la cabeza.

Le miré con dureza.

—No puedes leerme el pensamiento, ¿verdad?

—No, pero eso no quiere decir que algunas de las cosas que piensas no sean obvias sin leerte la mente —se giró hacia mí—. Todo lo que piensas, todo lo que sientes, se refleja en tu cara. Eres malísima escondiendo tus sentimientos. O lo que piensas. Como he dicho antes: solo tienes una cosa en la cabeza, ya sea volver al Covenant, luchar contra tu madre o contra tu destino, o esa persona... *especial* en tu vida.

—¡No tengo a nadie especial en mi vida! —sentí como empezaba a ponerme roja—. No tengo ni idea de dónde te sacas estas cosas.

Dibujó una media sonrisa en su cara.

—Tengo diecinueve.

Parpadeé.

—¿Eh?

Seth puso los ojos en blanco.

—Que tengo diecinueve años.

—Oh. *Oh*. Solo diecinueve, guau. Pensaba que eras más mayor.

—Vaya, no sé si sentirme ofendido o halagado.

—Supongo que halagado.

Pasaron unos segundos antes de que volviese a hablar.

—Soy de una isla enana al lado de Grecia.

—Ah, eso explica tu voz, el acento. ¿De qué isla?

Seth se encogió de hombros y no respondió. Parece que el tiempo de compartir y de preocuparse por el otro había terminado. ¿Por qué nunca me había preocupado por conocer mejor a Seth? Después de todo iba a tener que estar con él mucho tiempo.

Me mordí el labio.

—¿Crees que soy egocéntrica?

Se le escapó una risa de sorpresa.

—¿Por qué preguntas?

—Porque has dicho que solo pienso en una cosa. Y todo lo que has nombrado tiene que ver conmigo, como si no pensase en nada o nadie que no sea yo.

Seth hizo un ruido extraño y se levantó.

—¿Quieres que sea honesto?

—Sí.

Pasaron unos segundos hasta que me miró.

—A veces, Álex, tienes más de pura que de mestiza —abrí la boca de par en par, sorprendida por lo que acababa de decir de *mí*. Se pasó una mano por la cabeza—. Mira, tengo que hacer algunas cosas. Luego nos vemos.

No dije nada cuando salió por la ventana de nuevo. Me senté en la cama; la diversión de buscar algo bonito que ponerme mañana había perdido todo su atractivo.

Tienes más de pura que de mestiza.

Era algo horrible que decirle a un mestizo, como si fuera una vergüenza para todos en quien no se puede confiar, una vendida, una farsante y una falsa. Que si pudiese elegir entre ser pura o mestiza, elegiría ser pura.



Parecía que esa noche algo había anidado entre mi pelo, porque nada de lo que me hacía, ni con la rizador, ni con la plancha, daba el resultado que esperaba. Un lado se quedaba ondulado y el otro liso como una tabla.

Igual estaba siendo demasiado crítica conmigo misma, pero creía en serio que los cercos oscuros alrededor de mis ojos hacían parecer que estaba en la primera fase de una infección zombi. Me ponía demasiado brillo de labios, y luego me lo tenía que quitar para volvérmelo a poner. El montón de base que había puesto sobre ese asqueroso grano enorme de la frente lo hacía parecer aún

más grande.

Finalmente pude separarme del espejo del baño cuando logré ponerme el brillo de labios. Me puse un par de vaqueros ajustados, pero no de marca como los que llevaba Olivia sino más bien de los baratuchos. Escogí un jersey rojo oscuro con un poco de escote, y los tacones mortales que le había cogido a Olivia.

Antes de salir corriendo a mi cita con Aiden, me vino a la mente la posibilidad de que fuésemos a hacer trabajo de campo. No era una cita, así que, ¿qué demonios estaba haciendo?

Y si era un entrenamiento, parecería estúpida con los tacones y se me saldrían las tetas. Aunque pueda sonar bastante entretenido para la mayoría de la gente, dudaba que a Aiden le fuese a gustar. Así que, sin tiempo que perder, me puse unas bailarinas de cuadros y una parte de arriba más apropiada, un jersey de ochos negro.

Y por supuesto, llegué tarde a la sala de entrenamiento.

—Lo siento —dije en cuanto vi la cabeza de Aiden al lado de la pared de la muerte, sin aliento por haber atravesado todo el patio corriendo—. Tenía... tenía algo que hacer.

Todas las excusas que había ensayado de camino se desvanecieron en cuanto vi bien a Aiden. Llevaba un par de vaqueros desgastados, de esos que parecen tan cómodos que te dan ganas de ponértelos también tú. También llevaba puesto un jersey negro, y dioses, *oh, dioses*, le sentaba tan bien, como si lo hubiesen hecho expresamente para ajustarse a sus hombros, su pecho, sus brazos...

Necesitaba tranquilizarme.

Lo sabía, pero pocas veces veía a Aiden vestido de otra forma que no fuese con ropa de entrenamiento o uniforme. Llevaba puesto algo diferente la noche que mandé aquellos barquitos hacia el mar, pero no le había prestado atención. Tenía la cabeza en otras cosas.

Y ahora la tenía en algo totalmente distinto.

—No pasa nada —dijo—. ¿Estás lista?

Asentí como una tonta. De repente me sentí como un elefante en una cacharrería.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté, avergonzada al oír cómo se me entrecortaba la voz.

O Aiden no se dio cuenta, o hizo que como que no lo había hecho.

—Es una sorpresa, Álex —empezó a andar—. ¿Vienes o qué?

Corrí hacia él, mis sospechas se confirmaron cuando me llevó de camino hacia fuera.

—Vamos a salir del Covenant, ¿verdad?

Se apartó el pelo de la cara intentando no sonreír. Aiden sacó del bolsillo y agitó unas llaves en frente de mí.

—Sí.

—¡Trabajo de campo! Lo sabía —en silencio, di las gracias a todos los dioses por haber tenido el suficiente sentido común como para haberme cambiado de zapatos.

Aiden me miró extrañado.

—Supongo que puedes llamarlo trabajo de campo.

Le seguí hasta uno de los Hummers negros, sintiéndome un poco mal por haberle arruinado la sorpresa.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Seguir el rastro a algún daimon hasta su guarida? —me monté en el asiento del copiloto y esperé a que se pusiera tras el volante—. Aunque tengo que admitir que no soy muy buena rastreando. Soy más...

—Ya lo sé —encendió el motor y sacó el mastodóntico coche del parking—. Eres una chica más de acción que de estar sentadita y callada.

Sonreí a pesar de que dudaba que fuese un halago.

—Bueno, debería practicar un poco lo de ser silenciosa como un ninja.

Volvió a aparecer una fugaz sonrisa.

—¿Pero lo demás no? No tanto. En realidad no creo que necesites muchos entrenamientos más. Así tendrías más tiempo para ti misma, para descansar.

Ahora sí que sonreí... apenas tres segundos. No más entrenamientos significaban no más Aiden. La sonrisa me desapareció en cuanto le miré. De repente, un reloj gigante apareció entre los dos, en una rápida cuenta atrás hasta quedarme sin Aiden en mi día a

día.

Un pensamiento deprimente.

—¿Qué pasa?

Miré hacia delante, tragándome el nudo de la garganta.

—Nada.

Cuando nos paró el primer grupo de Guardias, supuse que se preguntarían qué hacía Aiden con una mestiza. Pero nos dejaron pasar sin hacer preguntas. Lo mismo pasó en el segundo puente, el que nos sacaba de Deity Island hacia Bald Island.

—No puedo creer que te hayan dejado sacarme de la isla sin hacer ni una sola pregunta —dije mientras Aiden conducía por las calles de la isla de los mortales—. ¿Qué ha pasado con las reglas?

—Yo soy un pura sangre.

—Y yo una mestiza, se supone que no puedo poner un pie fuera del Covenant, y mucho menos de Deity Island. No es que me queje ni nada, solo me sorprende.

—Asumen que vamos a hacer trabajo de campo.

Le miré.

—¿Y no es así?

Sonriendo, Aiden encendió la radio. Puso una emisora de rock y yo me lo quedé mirando. Tan convencida que estaba antes, ahora ya no lo estaba tanto. No dio más explicaciones cuando le volví a preguntar, así que al final decidí dejar de preguntar y empezamos a hablar de cosas normales. Cosas como mis clases, un episodio de una serie de la que nunca había oído hablar en la que un tío fingía tener un infarto en todos los episodios y que a Aiden le parecía gracioso. Yo sin embargo, no estaba tan convencida de que tuviese gracia.

Hablamos sobre cómo ayer casi le gano en el entrenamiento y de que estaba pensando comprarse una moto. Algo que yo apoyaba totalmente porque, en serio, ¿qué podía hacer que Aiden fuese más sexy de lo que ya era?

Una moto.

—¿Qué tipo de motos estás mirando?

Se le puso esa cara de ensoñación, casi la misma que se me ponía a mí cuando veía chocolate... o a él.

—Una Hayabusa —adelantó a un montón de coches sin inmutarse.

—¿Una moto súper deportiva? —fui a cambiar de emisora. Aiden al parecer pensó lo mismo, porque sus dedos rozaron los míos. Me aparté, colorada.

Aiden se aclaró la garganta.

—Es más que eso. Es, bueno, a ver cómo te lo explico. Si tuviese que elegir entre salvar una Hayabusa o al Patriarca, sería una decisión muy difícil.

Me eché a reír.

—Oh, dioses, no puedo creer que hayas dicho eso.

Sonrió.

—Ya ves.

—Es increíble.

La sonrisa creció, mostrando los profundos hoyuelos de sus mejillas. Por un momento, dejé de reír, dejé de sonreír, cielos, dejé hasta de respirar. Luego vi las señales de la autopista de Asheboro, y ahí sí que dejé de respirar unos segundos.

Estábamos a cincuenta kilómetros de Asheboro.

—Conozco Asheboro —susurré.

—Lo sé.

Pude sentir sus ojos mirándome, pero no podía apartar la mirada de la ventanilla. Los árboles que bordeaban la carretera mostraban un variado abanico de marrones, rojos y amarillos. La última vez que estuve cerca de Asheboro fue un verano, y las colinas estaban verdes. Hacía siete años de eso.

Apartándome de la ventana, miré a Aiden. Estaba concentrado mirando a la carretera.

—Sé dónde vamos.

—¿Ah sí?

Estaba desbordada de emoción e incredulidad. Di un saltito sobre el asiento.

—Esto no es trabajo de campo.

—Considéralo como un entrenamiento en tomarse un día libre, en tener un día normal.

—¡Me llevas al zoo! —chillé, saltando de nuevo. El cinturón de

seguridad me devolvió a mi sitio.

No pudo contener la sonrisa. Le ocupaba toda la cara y llenaba sus ojos.

—Sí, vamos al zoo.

—Pero, ¿por qué? —me moví inquieta en el asiento y puse la cara contra la ventanilla. *Mi* sonrisa era absurdamente enorme—. No me lo merezco.

Pasaron unos segundos.

—Sí, sí que te lo mereces. Creo que te mereces un descanso de todo. Has estado trabajando muy duro, con doble y triple tarea. Y no te quejas.

Me giré para mirarle.

—Sí que me quejo. Estoy todo el día quejándome.

Rió moviendo la cabeza.

—Tienes razón.

La emoción me impedía dejar de soltar frases estúpidas.

—Pero he tenido muchos problemas. Le tiré una manzana a Lea a la cara. Me peleé con los Guardias. Copié en mi examen de trigonometría.

Aiden me miró, con el ceño fruncido.

—¿Copiaste en el examen de matemáticas?

—Eh, olvídalo. Pues eso, guau, que estoy muy sorprendida.

—Álex, necesitas escaparte de todo de vez en cuando. Necesitas un descanso, uno de verdad. Como yo —hizo una pausa, concentrándose en la carretera—. Pensé en que podríamos escaparnos juntos.

Pensé que mi corazón podría haber explotado en ese preciso instante. Lo importante que era lo que estaba haciendo, sus implicaciones no me pasaban desapercibidas. Esto era mucho, era mucho para los dos. Los puros y los mestizos no se escapaban para tener un día relajante. Puede que coexistiéramos juntos, pero vivíamos en mundos diferentes. Teníamos que hacerlo. Eran las reglas de nuestra sociedad. Aiden estaba arriesgando mucho haciendo esto. Si por casualidad alguien nos veía, se metería en muchos problemas. Igual no en tantos como yo, pero demonios, a mí no me importaba. Me importaba que él quisiera hacerlo *por mí*.

Esto tenía que significar algo, algo maravilloso.

Aiden me miró, con los ojos brillando de... ¿de qué? No lo sabía, pero en ese instante Solo podía pensar en lo que sentía por él. Hasta entonces, no quería admitir que fuese nada más que estar un poco pillada por él porque, en serio, ¿quién no lo estaba? Pero lo que estaba creciendo en mi pecho, lo que hacía que pareciese que el corazón se me iba a salir, no era que estuviese pillada. No era solamente atracción física.

Era amor.

Amaba a Aiden, amaba a un pura-sangre.

Capítulo 8

Le miré, tomando consciencia de mi nuevo estado. *Amaba a Aiden*. Le quería, en serio.

Oh, dioses, estaba bien jodida.

Vi como Aiden se ponía rojo a pesar de su moreno natural.

—Me refiero a que todos necesitamos un día fuera de nuestro mundo. Necesitamos momentos en los que tomarnos un respiro y olvidarnos de todo —me miró, con una sonrisa irónica en el lugar de la anterior—. Pero bueno, hoy es un día normal. No vamos a hablar ni de entrenamientos ni de ataques daimon.

—Vale —inspiré profundamente para calmarme y me ordené a mi misma recuperar el control. Justo entonces vi la señal del zoo y volví a pegar la cara al cristal.

—No podremos quedarnos mucho rato, solo unas cuantas horas, o los Guardias sospecharán. También tenemos que guardarlo en secreto. No podemos dejar que nadie se entere.

Asentí.

—Por supuesto, no diré ni una palabra. No puedo creer que te hayas acordado de esto —tampoco podía creer que estuviese enamorada de un pura sangre.

De repente puso expresión mucho más seria.

—Recuerdo todo lo que dices.

Me aparté de la ventana. Me acordaba perfectamente del día en que le conté que me encantaban los animales y los zoos. Fue en la sala de curas, cuando frotó el mejunje aquel por mis moratones. Pero la verdad es que no esperaba que él recordase aquel día, o cualquier otro. Y si realmente recordaba todo lo que le había dicho, entonces...

Apreté los puños. Había sido una gilipollas, había dicho muchas cosas malas. Muchas. Tomé aire.

—Lo siento.

Aiden me miró.

—¿Por qué?

Bajé la vista hacia mis manos, mientras la culpa me comía por dentro. ¿Cómo podía no haberme disculpado antes?

—Siento haber dicho que eras como los demás pura sangre. No debería haberlo dicho. Porque no lo eres, no eres para nada como ellos.

—Álex, no te disculpes. Estabas enfadada. Y yo también. Lo pasado, pasado está.

La culpa desapareció un poco mientras iba mirando por la ventana, pero un antiguo recuerdo inundó mi corazón. A mamá le encantaba este sitio. Las vistas me produjeron una mezcla de tristeza y felicidad. Suspiré, quería ser feliz, pero me sentía mal por ello.

Había árboles desperdigados por la sinuosa carretera que llevaba a la entrada. Mamá se sabía el nombre de los árboles, yo no. A lo lejos, pude distinguir el tejado del edificio principal.

—Pero aún así, te molestó —dije mientras Aiden paraba el Hummer. El parking estaba lleno, aun estando en la época que estábamos, debido a que aún hacía buen tiempo. El zoo estaría hasta los topes. Me quité el cinturón de seguridad—. Sé que lo hizo.

Aiden paró el motor y sacó las llaves. Levantó la mirada de sus manos, y me atravesó con la mirada.

—Pues sí.

Me mordí el labio, quería volver a disculparme.

—No quiero que me veas así —se le escapó una risa corta y se quedó mirando al volante mientras sujetaba las llaves con fuerza—. Lo gracioso es que lo que dijiste no tendría por qué haberme molestado. Soy un puro, así que debería ser como todos. No tendría que importarme que me hubieses visto así, tendría que importarme cómo me ven los demás pura sangre.

—Seguro que también piensan que eres maravilloso —me puse roja tras decirle eso, porque sonaba estúpido—. Pero bueno, que le den a lo que piensen los demás. ¿A quién le importa, no?

Sonriendo, me miró y sentí que se me paraba el corazón.

—Sí, ¿a quién le importa? Estamos en el zoo. Que les den.

—Sí, que les den.

Aiden echó la cabeza ligeramente hacia atrás, soltando un sus-

piro de alivio.

—¿Tienen gofres?

—Creo que sí. Yo quiero una hamburguesa y un perrito caliente —hice una pausa—. Y un helado de esos enormes. Y, y quiero ver a los grandes felinos.

—Cuánto pides —murmuró, sonriendo—. Bueno, entonces más vale que empecemos.



La primera parada de honor le correspondió a un hombre corpulento y medio calvo que tenía más grasa en la camiseta que en la sartén. Hacía gofres. A Aiden le gustaban mucho. Mientras esperaba en la fila detrás de él, vi a un vendedor haciendo hamburguesas. Salí corriendo en esa dirección y después, Aiden me dijo que nunca me había visto correr tan rápido.

Cuando finalmente pasamos de largo la comida y entramos en el parque de verdad, me entraron unos mareos. La suave brisa traía con ella el extraño aroma atrayente de animales y gente. Los rayos de sol se hacían paso a través del denso follaje del parque, proporcionando breves momentos cálidos según nos acercábamos a las atracciones.

Seguramente parecía estúpida dando saltitos al andar y por la forma en que no dejaba de sonreír a todo el mundo. Pero es que estaba muy contenta de volver a estar en el mundo exterior, con Aiden. Además, ver cómo los mortales respondían ante su presencia era muy entretenido. Puede que fuera su inusual altura o su porte divino lo que hacía que se parasen a mirarlo mujeres y hombres. O podía ser por la forma en que reía, echando la cabeza hacia atrás y soltando esa risa profunda y sonora. De cualquier forma, me hacía gracia ver cómo hacía lo que podía para ignorarles.

—No te mezclas mucho con los nativos, ¿no? —le pregunté según nos adentrábamos en el claro del Bosque y veíamos como un gorila sentado en una roca se quitaba las pulgas. Muy entretenido todo.

Aiden sonrió.

—¿Tan obvio es?

—Un poquito.

Se acercó a mí, bajando la voz.

—Los mortales me asustan.

—¿Cómo? —reí incrédula.

Sonriendo por la cara que había puesto, me dio un toquecito con la cadera.

—En serio. Son criaturas imprevisibles, no sabes si van a abrazarte o a apuñalarte. Se guían por las emociones.

—¿Y nosotros no?

Aiden pareció pensar en ello.

—No. A ellos, bueno, a nosotros, nos enseñan a controlar nuestras emociones. A no dejar que sean ellas las que guíen nuestras acciones. Todo en nuestro mundo, en ambos mundos, tiene que ver con la lógica y con la continuidad de la raza. Ya lo sabes.

Le miré, viendo como las duras líneas de su rostro se habían relajado. Ahora parecía más joven y despreocupado. Me gustaba verlo así, con los ojos deslumbrantes y risueños, y su boca curvada en una permanente sonrisa. Viéndole ahora, era difícil imaginarse que fuera más mortífero que cualquier animal del parque.

—Pero tú parece estar cómoda a su alrededor —señaló con la cabeza hacia un grupo al otro lado de la valla. Unos padres con sus dos hijos. La pequeña le estaba dando a su hermano medio cono de helado—. Tú tienes más experiencias con ellos que yo.

Asentí, volviendo a mirar hacia la jaula. Otra bestia peluda se acercó a la que estaba en la roca. Igual ahora pasaba algo interesante.

—Me integré, pero nunca encajé. Pueden sentir algo en nosotros, por eso nadie se nos acerca demasiado.

—No te imagino integrándote.

—¿Por qué? Creo que hice un buen trabajo pasando desapercibida durante tres años.

—Aún así no puedo. No hay nadie como tú, Álex.

Sonreí.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo es —volvió a darme un toque, y mi sonrisita se convir-

tió en una enorme sonrisa, como las que Caleb le lanzaba a Olivia cuando no se estaban tirando los trastos a la cabeza—. Eres increíblemente inteligente, Álex. Divertida y...

—¿Guapa? —añadí medio en serio.

—No, guapa no.

—¿Mona?

—No.

Hice una mueca.

—Pues vale.

La risa de Aiden me dio escalofríos.

—Iba a decir «increíble». Eres increíblemente guapa.

Tomé aire con dificultad, con las mejillas coloradas. Eché la cabeza hacia atrás y nuestras miradas se encontraron. No sé cómo, no sabía que estuviésemos tan cerca. Aiden estaba muy cerca. Tan cerca que podía sentir su cálido aliento contra mi mejilla, acelerando mi pulso.

—Oh —susurré. No era la más acertada de las respuestas, pero era lo mejor que podía decir.

—En fin, ¿y qué es lo que tienes con los zoos? —Aiden estiró los brazos por encima de su cabeza.

Solté un suspiro y mi mirada voló hasta la familia, fijándome en la niña pequeña. Tenía unas coletitas súper monas y me estaba sonriendo. Le devolví la sonrisa.

—Me gustan los animales —dije al final.

Aiden me miró, con un mirada de... no sé, de anhelo.

—¿Y por eso casi te ahogas en el coche?

Me encogí avergonzada.

—Te has dado cuenta, ¿eh? A mi madre también le encantaban los animales. Una vez dijo que nos parecíamos mucho a los que están en las jaulas. Bien alimentados y cuidados, pero aún así, enjaulados. Nunca estuve de acuerdo con eso.

—¿Ah no?

—No. Los animales están a salvo aquí. En el exterior, se estarían matando entre ellos o serían cazados por furtivos. Sé que han perdido su libertad, pero a veces hay que sacrificar algunas cosas.

—Lo ves desde una perspectiva extraña.

—Quieres decir que es una perspectiva extraña para una *mez-tiza*. Lo sé. Pero todos tenemos que sacrificar algo para conseguir otra cosa.

Aiden me cogió de la mano, apartándome del camino de una mujer que empujaba un carrito. Estaba tan ensimismada mirán-dole que no había visto a la mujer, ni oído a su bebé. Bajé la mira-da, seguía cogiéndome la mano. Ese simple gesto inesperado me provocó oleadas de calor por todo el cuerpo.

Aiden me guió entre la creciente muchedumbre de visitantes. Apartaba a la gente como si fuese el Mar Rojo. La gente simple-mente se apartaba de su camino según íbamos de un área a otra.

—¿Puedo preguntarte algo? —le pregunté.

—Claro.

—Si no fueses un puro, ¿qué estarías haciendo ahora? Quiero decir, ¿qué querrías hacer con tu vida?

Aiden bajó la vista hacia nuestras manos y luego hacia mí.

—¿Justo ahora? Estaría haciendo muchas más cosas de las que me están permitidas.

El calor recorrió todo mi cuerpo y nubló mi mente. Casi me había convencido a mí misma de que me había inventado yo esa respuesta y que la falta de sueño me había terminado volviéndome loca. Las alucinaciones auditivas eran una mierda.

Sus dedos se entrelazaron con los míos con más fuerza.

—Pero seguro que tu pregunta iba por otro lado. ¿Que qué es-taría haciendo ahora si fuese simplemente un mortal? Pues la ver-dad es que no lo sé. No me lo he preguntado nunca.

Tuve que mentalizarme para que me saliesen las palabras de nuevo.

—¿Nunca lo habías pensado? ¿En serio?

Aiden esquivó a una pareja haciendo fotos.

—Nunca he tenido que hacerlo. Cuando era más pequeño, ya sabía que seguiría los pasos de mis padres. El Covenant me pre-paró para ello. Di todas las clases necesarias: política, aduanas y negociación. Básicamente las clases más aburridas que puedas imaginarte. Y entonces, tras el ataque daimon, todo cambió. Pasé de querer seguir a mis padres a querer hacer algo para asegurar

que otra familia no tuviese que pasar por lo mismo que Deacon.

—Y que tú —añadí en voz baja.

Él asintió.

—No sé qué haría si me despertase mañana y pudiese elegir.

Bueno, se me ocurren unas cuantas cosas, ¿pero una profesión?

—Puedes elegir. Los puros podéis elegir lo que queráis.

Me miró arrugando la frente.

—No, no podemos. Ese es uno de los mayores malentendidos entre nuestras razas. Los mestizos pensáis que podemos elegir lo que queremos, pero estamos tan limitados como vosotros, solo que de otra forma.

Realmente no me lo creía, pero no quería discutir y fastidiar el momento.

—Entonces... ¿no sabes qué harías?

Negó con la cabeza, así que le di una sugerencia.

—Policía.

Aiden levantó las cejas.

—¿Crees que podría ser policía?

Asentí.

—Quieres ayudar a la gente y no creo que seas corruptible. Ser centinela y policía es casi lo mismo. Luchar contra los malos. Mantener la paz y esas cosas.

—Supongo que tienes razón —sonrió. Una mortal de mi edad se tropezó al pasar por nuestro lado. Aiden pareció ignorarla—. Hey, tendría placa. Ahora no tengo.

—Yo también quiero una placa.

Aiden se echó a un lado, riendo.

—Pues claro que quieres una. ¡Hey! Mira eso —señaló hacia la curva.

—¡Los felinos!

Me cogió la mano por completo, como si una parte inconsciente suya me respondiese.

Varios metros de espacio vacío y vallas separaban al león de los visitantes. Al principio no lo había visto, y luego salió de detrás de una roca, moviendo su melena de lado a lado. Su pelaje amarillo anaranjado me recordaba a los ojos de Seth. De hecho, la forma en

que el león se paró en frente de todo el mundo y bostezó, mostrando sus dientes afilados, también me recordó a Seth.

—Es precioso —susurré, deseando poder acercarme más. No era uno de esos pirados que escalaban para entrar al recinto del león, pero sí que quería tocar uno, uno criado por humanos, uno domesticado que no fuera a arrancarme la mano en cualquier momento.

—Parece estar aburrido.

Nos quedamos ahí un rato, mirando cómo caminaba tranquilamente por la hierba momentos antes de subirse de un salto a una roca para quedarse ahí tumbado, con la cola moviéndose de un lado a otro. Finalmente, una leona se decidió a salir. Le dije a Aiden que ellas eran las mejores, recordando algo que vi en el *National Geographic* en el que decían que las hembras molaban más que los machos, pues eran más importantes. En unos pocos minutos, dos de ellas se acercaron al macho de la roca.

Gruñí cuando se tumbaron al lado del macho.

—Ala, venga. Echadle de la roca.

Aiden rió divertido.

—Creo que tiene dos novias.

—Qué machito —susurré.

Salimos de la Sabana, adentrándonos en la sección de Norte América. Esta parte parecía estar casi vacía en comparación con la otra. Supongo que los mortales se aburrían viendo osos y otros bichos comunes. Aiden parecía fascinado con ellos, y yo pude ver un lince. Me solté de Aiden y me acerqué a la valla. Corría una suave brisilla. Estábamos mucho más cerca del animal que en las otras áreas, tan cerca que pareció captar nuestro olor.

Hasta entonces, había estado observando a alguna presa invisible, pero se paró, inclinando la cabeza en nuestra dirección. Pasó un segundo o dos, y juro que me miró a los ojos. Sus bigotes largos y finos se movieron cuando olfateó el aire.

—¿Crees que sabe qué somos? —pregunté.

Aiden se apoyó contra la valla.

—No lo sé.

En la isla no se nos permitía tener mascotas. Algunos puros

podrían usar compulsiones para controlar sus acciones, por lo tanto los daimons también. Era poco habitual y hacía falta que fuese un puro muy poderoso, pero era un riesgo que nadie corría. Yo siempre quise tener una mascota, un gato.

—Mamá decía que sí que podían —dije—. Decía que los animales podían sentir que éramos diferentes a los mortales, especialmente los felinos.

Se quedó en silencio un rato, seguro que le estaba dando vueltas, encajando mentalmente las piezas de una especie de puzzle.

—¿A tu madre le gustaban los gatos?

Me encogí de hombros.

—Creo que tenía algo que ver con mi padre. Siempre que veíamos, volvíamos aquí justo antes de salir —miré por encima de mi hombro, señalando con la cabeza a los maltrechos bancos—. Nos sentábamos ahí y mirábamos a los lince.

Aiden se acercó, pero no dijo nada.

Sonreí.

—Eran las únicas veces que mamá hablaba sobre mi padre. La verdad es que nunca decía mucho, excepto que tenía unos cálidos ojos marrones. Me pregunto si él tendría alguna relación con los animales —agarré la valla—, y bueno, la última vez que estuvimos aquí, me contó que estaba muerto y me dijo su nombre. Me puso el nombre por él, ¿lo sabías? Supongo que por eso Lucian odiaba cuando mamá me llamaba Álex. Al poco tiempo me empezó a llamar Lexie. Mi padre se llamaba Alexander.

Pasó un rato sin que ninguno de los dos dijésemos nada. Aiden habló primero.

—Por eso te gusta tanto el zoo.

—Sí, me has pillado —reí.

—No es nada de lo que tengas que avergonzarte, querer estar cerca de algo que te recuerde a tus seres queridos.

—Ni siquiera le conocí, Aiden.

—Pero aún así —dijo—, era tu padre.

Observé al lince unos segundos más. Caminaba alrededor de su recinto, había perdido toda curiosidad por nosotros. Sus potentes músculos se movían bajo su pelaje moteado. Había algo increí-

blemente grácil en la forma en que se movía.

—Odio tener que hacer esto, pero tenemos que volver, Álex.

—Lo sé.

Empezamos a andar por el parque de vuelta. Aiden estaba mucho más callado esta vez, sumido en sus pensamientos. No tardamos mucho en llegar a las puertas principales. De camino al Hummer los enormes árboles creaban una atmósfera casi surrealista.

Antes de darme cuenta, estaba sentada en el asiento del copiloto y Aiden había puesto las llaves en el contacto, pero no había encendido el coche. Se giró sobre el asiento, mirándome, y la expresión en su cara hizo que me diese un vuelco el corazón.

—Sé lo valiente que eres, Álex, pero no tienes que serlo siempre. No pasa nada por dejar que alguien sea valiente por ti. No se pierde la dignidad por eso. Tú no. Ya has probado que tienes más dignidad de la que un puro pueda tener.

Me pregunté a qué venía eso.

—Tienes que ir pedo por el azúcar o algo así.

Aiden rió.

—Simplemente es que tú no ves lo mismo que yo, Álex. Incluso cuando haces alguna estupidez o cuando estás por ahí, sin hacer nada, es difícil no darse cuenta de eso. Un pura sangre sería lo último en lo que me fijaría —cerró los ojos, sus largas pestañas le abanicaron las mejillas al abrir los ojos, de un intenso color plateado—. Creo que no tienes ni idea.

El mundo que había fuera del coche dejó de existir.

—¿Que no tengo ni idea de qué?

—Desde que te conocí, he querido romper todas las reglas —Aiden se giró, pude ver como todos los músculos de su cuello se tensaron. Suspiró—. Algún día te convertirás en el centro del mundo de alguien. Y ese alguien será el hijo de puta con más suerte en el mundo.

Sus palabras crearon una mezcla extraña de sensaciones. Tenía calor, mucho calor. El mundo podía acabarse en ese mismo instante. Aiden me miró con los labios entreabiertos. La intensidad en su mirada y el hambre en sus ojos me marearon un poco.

—Gracias —mi voz sonaba quebrada—. Gracias por haber he-

cho todo esto por mí.

—No tienes que agradecermelo.

—¿Cuándo voy a poder darte las gracias por algo?

—Cuando haga algo que se las merezca realmente.

Esas palabras tocaron algo en mi interior, y no sé quién se movió primero. ¿Quién se inclinó sobre el freno de mano, quién fue el primero en cruzar esa barrera invisible entre los dos? ¿Quién fue el primero en romper las reglas? ¿Aiden? ¿Yo? Todo lo que sabía era que ambos nos movimos. Las manos de Aiden me cogieron la cara, y las mías estaban sobre su pecho, donde su corazón latía tan fuerte como el mío. En un instante, nuestros labios se encontraron.

Este beso no se parecía en nada al primero. Su fuerza nos dejó a ambos sin aliento. No hubo un solo momento de duda o indecisión. Solo había deseo, necesidad y un millar de otras cosas poderosas que me arrastraban hasta la locura. Sus labios me abrasaban, puso sus manos sobre mis hombros, bajando por mis brazos. La piel me ardía bajo el jersey, pero oh, era mucho más que un simple beso. Era la forma en que me tocaba. Ni mi corazón ni mi alma volverían a ser los mismos. Era casi sobrecogedor darse cuenta de algo tan poderoso, algo que trajo consigo un estado de necesidad que me llevó a sumergirme en lo desconocido.

Aiden se apartó, descansando su frente contra la mía. Respiraba con dificultad. Lo que salió de mi boca no era algo que hubiese planeado. Esas dos palabras simplemente escaparon de mi garganta, casi inaudibles.

—Te quiero.

Aiden se echó hacia atrás, con los ojos de par en par.

—No. Álex. No digas eso. No puedes... *No puedes* quererme.

Hice un amago de tocarle, pero volví a llevarme las manos al pecho.

—Pero no puedo evitarlo.

Estaba tenso, como si estuviese experimentando un terrible dolor. Entonces cerró los ojos y se inclinó, apoyando sus labios en mi frente. Estuvo así un momento antes de apartarse de nuevo. Al mirarle, vi cómo su pecho subía y bajaba con fuerza.

Aiden se frotó los ojos con las palmas de sus manos y soltó aire

con fuerza.

—Álex...

—Oh, dioses —susurré mirando hacia el capó del coche—, no tendría que haber dicho eso.

—No pasa nada —Aiden se aclaró la garganta—. Está bien.

¿Bien? No parecía que estuviese bien. Y *está bien y no pasa nada* no era exactamente lo que quería escuchar. Quería que dijese que él también me quería. ¿No era eso lo que se decía tras una declaración de amor? No «*está bien*». Sabía que se preocupaba por mí y que yo le gustaba en el sentido físico, pero no iba a decir esas dos palabras.

Y eran muy importantes. Lo cambiaban todo.

Le pedí a mi corazón que dejase de dolerme tanto. Quizá solamente estaba callado por la sorpresa. Quizá no sabía cómo decirlo. Quizá también lo sentía pero no podía decirlo.

Quizá tenía que haber cerrado mi boca.



Me quedé dormida en el viaje de vuelta, lo que sirvió para varias cosas. Logré una siesta reponedora y evité lo que podría haber sido el viaje más incómodo de toda mi vida. Me hice la dormida mientras cruzábamos los puentes.

Aiden estuvo sereno, como si no me hubiese besado y yo no le hubiese profesado todo mi amor. Incluso salió del coche y me abrió la puerta antes de que me hubiese quitado el cinturón siquiera. Era todo un caballero, o solo era tan atento para deshacerse pronto de mí.

Tras una torpe despedida, me dirigí hacia mi residencia. Acoraté por el patio, esperando evitar las zonas más concurridas. No dejaba de recordar todo lo que Aiden había dicho y hecho.

Sus besos aún me provocaban escalofríos por la espalda. La forma en que me había besado tenía que significar algo, porque la gente no *besa* así. Quería algo conmigo y había planeado todo eso del zoo. Tenía que sentir algo, algo muy fuerte por mí.

Pero no había dicho que me quería. Realmente no había dicho

nada después de que yo lo dijera.

Le di una patada a una piedra suelta, mandándola hasta un arbusto cercano. Era bastante probable que estuviese exagerando. Solía hacerlo muy a menudo. Repasando todo lo que había hecho Aiden en las últimas horas, sus actos habían probado que se preocupaba por mí y eso superaba con creces que no hubiese dicho que me quería.

Fui hacia un rosal y corté una flor. Por alguna razón, estas rosas no tenían espinas. No tenía ni idea de cómo podían crecer así, pero qué leches, no tenía ni idea de nada. Cerré los ojos e inhalé su aroma. A mamá le encantaban los hibiscos, pero a mí las rosas. Me recordaban a la primavera y a todo lo nuevo.

—Niña, esa rosa no va a calmar tu corazón. ¿Continuar? ¿Dejarlo pasar? ¿Seguir el camino que tu corazón ha elegido? Nada es fácil cuando el corazón reclama protagonismo.

Los ojos se me abrieron de par en par.

—Tiene que ser una broma.

Una risa seca y rasposa que sonaba como si estuviese a solo un paso de la muerte, confirmó quién estaba detrás de mí. Me giré. En medio del camino, doblada sobre un viejo bastón, estaba la abuela Piperi, el oráculo. Tenía el pelo como la última vez que la vi, como si todo su peso pudiese aplastarla.

Sonrió, estirando al máximo su delgada piel. Era un tanto grotesco y extraño.

—¿Sabes por qué un corazón reclama su protagonismo? Por supervivencia. El corazón pide protagonismo para asegurar la supervivencia de los suyos.

De nuevo estaba en frente del oráculo y no dejaba de soltar tonterías.

—¿Por qué no me dijiste que mi madre era un daimon? —agarré con fuerza el tallo de la rosa en mi puño—. ¿Por qué no me contaste la verdad?

Piperi inclinó la cabeza hacia un lado.

—Niña, yo solo digo verdades y te doy verdades.

—¡No me dijiste nada!

—No, no —movió la cabeza—. Te lo dije todo.

Le grité.

—¡Solo me dijiste un montón de tonterías sin sentido! Podías haber dicho «Hey, eres la segunda venida del Apollyon. Tu madre es un daimon y va a intentar convertirte. ¡Y oh, por cierto, va a intentar matar a tu amigo!».

—¿Y acaso no te dije eso, niña?

—¡No! —grité y tiré la rosa al suelo—. Eso no es lo que me dijiste.

Piperi chasqueó la lengua.

—Entonces no me escuchaste con esos oídos. La gente nunca lo hace. Solo oyen lo que quieren oír.

—Oh, dioses. Mujer, para empezar tú eres la razón por la que mi madre se fue de aquí. La convirtieron en un maldito daimon. Si no le hubieses dicho lo mío...

—Tu madre quería salvarte, salvarte de tu destino. Si no lo hubiese hecho, no serías más que un recuerdo y un miedo olvidado hacía tiempo. Igual que todos los que tenéis mezcla de razas. Lo que quieren de vosotros, lo que han planeado —volvió a mover la cabeza y cuando me miró, en su cara no había más que dolor y pena—. Te temen, temen lo que supones. Te lo dije, niña. Te dije que tu camino estaba lleno de cosas oscuras que tienes que hacer.

Parpadeé.

—Eh... vale.

Piperi dio unos pasos, parando enfrente de mí. Solo me llegaba hasta los hombros, pero recordaba lo fuerte que era. Di un paso atrás. Rió, pero esta vez su risa terminó con un sonido silbante. Dioses, esperaba que no cayese muerta allí mismo. Levantó la cabeza, regalándome una enorme sonrisa desdentada.

—¿Quieres saber algo sobre el amor, niña?

—Oh, vamos —gruñí—. Me das ganas de suicidarme.

—Pero el amor, niña, el amor es la raíz de todo lo bueno, y la raíz de todo lo malo. El amor es la raíz del Apollyon.

Cambié de pie.

—Oh, sí, creo que es hora de despedirme. Espero que tengas un buen camino de vuelta a la guarida de la que has salido.

Con su mano libre me agarró la mía. Su piel era fina como el

papel, seca y asquerosilla. Intenté soltarme, pero me cogía fuerte, tenía una fuerza sobrenatural. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Escúchame, niña. El destino tiene sus planes. Las cosas no pueden deshacerse. El destino ha mirado el pasado y el futuro. La historia se repite, pero ha llegado el momento de pulsar «stop». Para cambiarlo todo.

—No sé de qué hablas. Lo siento. No tiene...

—¡Escúchame!

—¡Estoy escuchando! ¿Pero por una vez podrías construir frases coherentes?

Los dedos de Piperi se deslizaron sobre los míos y me soltó. Pude oír cómo le silbaba el pecho.

—No tengo nada más. Tienes que ver qué te he enseñado. Escuchar lo que he dicho. Nada es lo que parece. El mal se esconde entre las sombras, tramando sus planes mientras vosotros teméis a los daimons.

La miré enfadada.

—Yo no temo a los daimons.

Sus ojos negros me atravesaron.

—Deberías temer a los que siguen las tradiciones. A los que no buscan el cambio y no pueden permitir que las cosas sigan así. Y vaya camino, qué camino han elegido los Poderes. El final está cerca. Él —miró hacia el cielo—, se ocupará de ello.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, por el amor de los dioses, esto no tiene ningún sentido.

Volvió a mover la cabeza.

—No lo entiendes. Escúchame —Piperi me dio en el pecho con uno de sus dedos huesudos—, tienes que elegir entre lo que está predestinado y lo que es desconocido.

—¡Ay! —di un paso atrás. Volvió a darme un golpecito—. ¡Hey! ¡Para ya!

—¡Arriégate o sufre las consecuencias! —se paró de repente, abriendo los ojos mientras escudriñaba por el silencioso jardín a su alrededor—. No aceptes regalos de aquellos que quieren destruirte.

—Ni caramelos —murmuré.

Piperi ignoró mi sarcasmo.

—Tienes que apartarte de aquellos que no te traen más que dolor y muerte. ¿Me oyes? Él no te aporta nada más que muerte. Y siempre ha sido así. Tienes que conocer la diferencia entre necesidad y amor, entre destino y futuro. Si no lo haces, todo lo que tu madre sacrificó no habrá servido para nada.

Eso me llamó la atención, quizá porque era lo más coherente que me había dicho nunca.

—¿Quién es él?

—Él no es lo que parece. Los tiene a todos engañados, *se* tiene engañado. El pobre no lo ve. Él no lo ve y ha marcado su destino —suspiró—. Está jugando a dos bandas. Tú no lo sabes, no lo podrías saber. Él... —dio unos pasos hacia atrás y el bastón se le cayó de las manos, golpeando contra el suelo de mármol y rompiéndose en una docena de trozos.

Me abalancé para agarrarla, parecía que fuese a caer de cabeza. Me sorprendió ver que no lo hizo... y mucho más cuando se dobló sobre sí misma y fue desapareciendo hasta que no quedó más que una pila de polvo.

Capítulo 9

—El oráculo ha fallecido —Lucian andaba de un lado a otro, mirándonos a todos. Estaba ridículo con esa túnica blanca ondeando sobre su cuerpecillo—. Otro tiene que tomar su poder.

Me dolía la cabeza.

Al parecer, que muriese el oráculo no era gran cosa. La Abuela Piperi ya era vieja, seguramente debí encontrármela el día de su muerte o algo así, qué suerte.

Leon levantó uno de sus enormes brazos y se pinzó el puente nasal. Esta improvisada reunión no estaba yendo bien. Había venido directamente al despacho de Marcus después de que la Abuela Piperi se desvaneciera, y desde allí, Marcus llamó a todos. Por desgracia, Lucian vino con Seth. Y peor aún, por alguna razón, Aiden *ya estaba* en el despacho de Marcus.

Marcus tomó aire.

—Álex, ¿qué ha pasado exactamente?

—Ya te lo he contado todo. Me la encontré en el jardín. Un segundo estaba hablando y al siguiente, simplemente se desvaneció...

—¿Se desvaneció? —Seth se rió. Estaba apoyado en una esquina, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa maldita sonrisa pegada a la cara—. ¿En serio?

—Sí, se desvaneció. Estaba ahí y al instante se convirtió en una pila de polvo.

—Nosotros no nos *desvanecemos*, Álex. Eso no ocurre.

—Bueno, pues ocurrió. Me dio un golpecito en el pecho con sus dedos huesudos y dijo alguna tontería. Luego se desvaneció.

Seth levantó las cejas y volvió a reír.

—¿Qué has estado haciendo hoy? ¿Te has fumado algo?

Dirigiéndome a Marcus, levanté las manos. No tenía ni idea de por qué Seth estaba siendo un capullo conmigo. Había empezado en el mismo instante en que había entrado a la sala, y a estas alturas ya quería matarlo.

—¿Tiene que estar él aquí?

—Él está donde lo necesite —dijo Lucian—. Y lo necesito aquí.

—Por lo menos, ¿puede callarse? —echaba de menos la versión maja de Seth. Esta era una mierda—. No hay ninguna necesidad de que comente todo lo que sale de mi boca.

—Comento todo porque suena como si hubieses fumado crack —siguió Seth—. ¿Dónde has estado todo el día?

—Seth —dijo Aiden. Fue lo primero que dijo desde que la reunión había empezado. Se había puesto el uniforme de Centinela, y me estaba costando horrores no mirarle—. ¿Puedes estar callado durante cinco segundos?

Los ojos de Seth llameaban.

—¿Por qué tiene que estar aquí? *Solamente* es un Centinela.

—Él estaba aquí antes que ninguno de vosotros —respondió Marcus con una sonrisa tensa—. Y Seth, por favor, trata de contener tus comentarios.

Seth se acomodó contra la pared, levantando las manos a modo de rendición.

—Claro, claro. Continúa *Alexandria*. Vuelve a contarnos cómo se *desvaneció*.

—Ya lo he explicado —dije—. Es bastante fácil de entender. Hasta para ti. ¿O es que esta mañana te has levantado con el pie izquierdo?

—Álex —dijo Aiden entre un suspiro—. Háblale solo a Marcus. Me tensé.

—Lo siento. Si vuelve a decirme una sola palabra, voy a coger esa daga de la pared y se la voy a clavar entre los ojos.

Seth se incorporó.

—Vaya, qué valiente para ser una pequeña Apollyon en formación. Si quieres intentarlo, me apunto.

—¡Seth! —gritó Marcus dando un golpe contra la mesa y haciendo temblar varios libros.

No pude aguantarme más.

—¿Sabes qué? Apuesto que tu madre quiso ahogarte cuando naciste.

—¡Alexandria! —dijo Marcus desde el otro lado de la mesa—.

¿Podrías...

—Hay una razón por la que las madres se convierten en daemons e intentan matar a sus hijas.

Salí corriendo hacia el otro lado de la sala, yendo directa a por la daga tras el escritorio de Marcus, pero Aiden me interceptó. Pensé en esquivarlo, pero seguro que trataría de hacer todo lo posible para impedir que matase a Seth.

—No —me ordenó Aiden en voz baja—. Tú ignóralo.

—No me digas lo que tengo que hacer —le solté—. Quiero la daga para abrirle en canal.

—¿Abrirme en canal? —Seth rió—. ¿Qué eres? ¿Un Apollyon matón de barrio que viene a apuñalarme?

Lucian se sentó en uno de los sillones de cuero.

—Tanta pasión entre los dos —murmuró—. Supongo que era de esperar. Los dos sois uno. Dejad que se vayan, así podremos seguir con esta conversación sin más interrupciones, aunque sean bien entretenidos.

Paré, y Seth también. De hecho, todo el mundo en la sala paró y miró a Lucian.

—¿Qué?

Sonrió como si tuviese un gran secreto y giró la muñeca con elegancia.

—Dejad que se vayan. Alexandria ya nos ha contado qué ha pasado. El oráculo ha fallecido y otro ha llegado. Dejad que sigan con su pelea de enamorados en privado.

Hasta Seth se quedó sorprendido por eso. Yo tuve una respuesta más vocal, una que hizo que Marcus me mirase como si me quisiese meter en un cuarto oscuro y no volverme a dejar salir nunca más.

—Aún no sabemos qué le ha dicho el oráculo a Alexandria —dijo Leon desde una esquina. Casi había olvidado de que estaba aquí.

—Ya nos ha dicho lo que ha podido. ¿Cómo era, cariño? —Lucian me miró con una sonrisa tontorróna en la cara—, ¿dijo que el destino podía cambiarse? ¿No son buenas noticias? El oráculo se refería a los dos Apollyons.

Le miré enfadada.

—¿Por qué tienes que hacer que todo gire alrededor del Apollyon?

Lucian volvió a mover la mano.

—Dejad que se vayan.

La mirada de Aiden saltaba de uno a otro.

—No creo que sea buena idea ahora mismo. Uno puede herir de gravedad al otro.

Me pregunté si realmente pensaba así o si lo que le molestaba era la idea de que los dos «arreglásemos» nuestra «pelea de enamorados» en privado.

Marcus suspiró.

—Creo que es una idea excelente, porque no estamos llegando a nada con los dos en la misma habi...

—Creía que Lucian necesitaba que Seth estuviese aquí —interrumpió Aiden, con los ojos como témpanos de hielo.

Algo completamente estúpido salió de mi interior. ¿Aiden estaba celoso?

—¿Sabes qué? —lancé una mirada desafiante a Aiden—. Vámonos. Venga, Seth. Vamos a seguir con nuestra *pelea de enamorados*.

Seth se apartó de la pared y arqueó una ceja.

—Claro, *amor*, suena fantástico. No olvides coger una daga para que puedas sacarme un ojo. Oh, vaya —fingió poner una cara amable—, solo un Centinela entrenado puede llevar una daga.

Le miré con desprecio y me di la vuelta para salir de la sala. La cabeza me dolía un montón y, aunque había aceptado salir de la sala, no quería seguir hablando con Seth. Logramos llegar hasta el primer piso antes de que finalmente se desatase la tormenta.

Seth me agarró del brazo y me metió en uno de los despachos vacíos, cerrando la puerta detrás suyo.

—Pequeña mocosa, ¿qué narices has estado haciendo todo el día?

Solté mi brazo y fui hasta el otro lado de la oficina. Seth me siguió, y me acordé del león de antes. Solo le faltaba mover la cola de un lado a otro. No pude evitar reírme. La imagen de Seth con

cola era bastante divertida.

Seth paró en seco y me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué es tan divertido?

Me calmé.

—No, nada.

—¿Qué has estado haciendo todo el día, Álex?

—¿Y qué has estado haciendo tú? —me aparté, dejando espacio entre los dos—. ¿Y por qué parece que no te importa que haya muerto el oráculo?

—Álex, era muy vieja. Como poco unos cuantos cientos de años. Tenía que pasar. Lucian tiene razón, otro tiene ahora los poderes y bla, bla, bla...

—¡Murió delante mío! Fue un tanto inquietante.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Quieres que te haga una fiesta de condolencia? Seguro que puedo hacer que venga alguien a consolarte.

—Dioses, ¿tanto te costaría ser un poco majo? Oh, espera. Sí. Así que perdona, pero tengo cosas que hacer —me dirigí hacia la puerta, pero Seth me agarró del brazo. Estaba ardiendo—. Seth, vamos. Me duele mucho la cabeza y...

Me miró a la cara.

—¿Qué has estado haciendo hoy?

Empezaba a sentirme incómoda.

—He estado entrenando. ¿Qué otra cosa iba a estar haciendo?

—¿Entrenando? —Seth rió con dureza—. ¿Dónde?

—Aquí —dije inmediatamente.

Seth entrecerró los ojos.

—Mentirosilla, miré en la sala de entrenamiento y no estabas.

Oh, mierda.

Una sonrisa de suficiencia cruzó su cara.

—También miré en todas las demás salas, en el gimnasio, en la playa, en tu habitación. No estabas en ningún sitio.

Oh, mierda por dos.

—Así que no me mientas —me acorraló hasta que me di con la mesa—. Tienes la cara roja, tu pulso se ha acelerado, y se te da muy mal mentir.

Me agarré al borde de la mesa.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

Seth se agachó hasta ponerse a mi altura.

—¿Ah no?

—No.

—Voy a preguntártelo una vez más, Álex. ¿Qué has estado haciendo hoy?

—¿O qué? —pregunté— ¿Qué vas a hacerme? ¿Y por qué te importa si quiera?

—Porque hoy has estado sintiendo unas emociones escandalosamente fuertes.

—Dioses, este día nunca acaba —murmuré. Las sienes me palpitaban con fuerza, y estaba segura de que tenía suficiente rabia en mi interior como para quitarme a Seth de encima—. ¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque se suponía que hoy estabas entrenando con Aiden, y no tenías por qué haber sentido todas esas... —Seth abrió los ojos como platos y juro que no había visto nunca sus pupilas tan dilatadas. Para no haber parado de llevarme hacia sí mismo, me soltó muy rápidamente—. Oh. No, no, no.

Empecé a sentir miedo y frío.

—¿Qué pasa?

—Tú no... —se pasó la mano por la cara—, espera, ¿qué digo? Claro que *harías* algo tan increíblemente estúpido.

Me apoyé contra la mesa.

—Eh... vaya, gracias.

Seth se echó hacia delante, cogiéndome por los hombros. Protesté, sin poder evitarlo.

—Por favor, dime que me equivoco. Dime que no estás ton-teando con un maldito pura sangre. Mierda, Álex. ¿Él? Dioses, eso explicaría muchas cosas.

Todo lo que tenía en la cabeza pareció vaciarse. Mi cerebro tenía esa maravillosa habilidad de hacerlo cuando necesitaba pensar rápido.

Rió bruscamente.

—Ahora por lo menos ya sé por qué me odia. Por qué siempre

está encima de ti. Pensaba que solo era en un sentido figurado, no literal. ¿En qué demonios estás pensando? ¿En qué está pensando él? ¡Vas a arruinarlo todo! Tu futuro, mi futuro, ¿y para qué? ¿Para sentirte más pura?

Me quité de encima sus manos por enésima vez.

—¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo! No estoy haciendo nada con Aiden.

—¡No te atrevas a mentirme sobre algo así! —me apuntó con el dedo y sentí la necesidad de rompérselo—. No puedes hacer esto, Álex. No voy a dejar que esto continúe —Seth se dirigió hacia la puerta.

—No. ¡No! ¡Seth, para! Por favor —esta vez le agarré yo, apartándolo de la puerta—. Por favor, escúchame. ¡No es lo que piensas!

Sus ojos casi brillaban de lo enfadado que estaba.

—¡No tiene nada que ver con lo que *pienso*, es por lo que he *sentido* hoy!

—Por favor. Escúchame solamente un segundo —le clavé los dedos en el brazo—. No puedes decir nada. Ellos...

—No voy a decir nada al Consejo, pequeña idiota. Te mandarían a la servidumbre en un abrir y cerrar de ojos —me apartó entre maldiciones—. Sabes, creo que quizá sí sea diferente a los demás puros, pero lo que es seguro es que no actúa de forma diferente. Que le den al mestizo; esclavicemos al mestizo. Eso es lo que dicen, Álex.

—¿Qué estás haciendo? No puedes...

—Voy a tener una charlita con Aiden.

Corrí delante de Seth y me pegué a la puerta.

—¡De ningún modo vas a hablar con él! Te pelearás con él.

—Es bastante posible. Ahora sal de mi camino.

—No.

—Sal de mi camino, Álex dijo en un gruñido. Las marcas del Apollyon empezaron a surgir por toda su piel.

—Vale —respiré apoyada contra la puerta—. Te diré la verdad, ¿vale? Pero por favor no hagas nada... estúpido.

—No creo que debas darme lecciones sobre cómo evitar hacer

estupideces.

Conté hasta diez. Este no era momento para perder la paciencia.

—No ha pasado nada entre Aiden y yo. ¿Vale? Me gusta, ¿de acuerdo? Sé que está mal —cerré los ojos, deseando que las palabras no hiciesen tanto daño—. Sé que es estúpido, pero no hay nada entre nosotros.

—Lo que hoy he sentido no ha sido *nada*, Álex. Sigues mintiéndome.

—Vale, nos besamos, pero ¡para! —empujé a Seth cuando intentó apartarme de la puerta—. Escúchame. Nos besamos, pero no ha sido nada. Fue una estupidez, un error. No es nada por lo que enfadarse, ¿de acuerdo?

Bajó la mirada, mirándome con los labios apretados. Después cerró los ojos y se hizo un tenso silencio entre los dos.

—Tú... le quieres, ¿verdad?

Me lo quedé mirando, con el corazón a mil.

—No, no, claro que no.

Seth asintió, pasándose una mano por la cara.

—Álex... Álex, estás loca.

Obviamente, no me creyó. Tenía que hacerle entender a Seth que no hacía falta hacer nada al respecto. No podía de ningún modo ir a por Aiden. Solo los dioses sabían lo que Seth podía hacer, o lo que Aiden haría. Ya casi podía verles peleándose en la playa; una cosa llevaría a la otra, y al final el Consejo acabaría enterándose. Los puros me drogarían para contener al Apollyon de mi interior y yo me pasaría el resto de mi vida fregando suelos. Aiden nunca se lo perdonaría, no podía dejar que algo así llegase a pasar. Y luego estaba el idiota este que tenía en frente. Si Seth atacaba a un puro, ese sería su fin. El Consejo iría contra Seth, y a pesar de que estaba deseando estrangularle, no quería... bueno, no quería que nada le ocurriese.

Llámalo instinto de supervivencia.

—No pasa nada —dije—. Solo prométeme que no harás nada.

Seth me miró durante tanto tiempo que empecé a ser consciente del silencio que nos rodeaba. El tatuaje empezó a desapare-

cer de nuevo y a él se le veía increíblemente tranquilo.

—No vas a hacer nada ¿verdad?

—No —Seth me cogió y apartó mi mano del pomo de la puerta—, no voy a decir nada.

Sentí como un hermoso y dulce alivio recorría mi cuerpo. Respiré profundamente.

—Gracias.

—¿No vas a preguntarme por qué?

—No —negué con la cabeza—. A caballo regalado no le mires el diente.

—¿Pero sabes lo que eso quiere decir?

—En realidad no —dije—, pero sonaba bien.

Seth arqueó una ceja, y me apartó de la puerta.

—Venga, vámonos.

Miré hacia nuestras manos por un segundo.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a entrenar, ya que parece que hoy no has hecho nada de eso.



—¿Se desvaneció en la nada? Joder, que locura.

Miré a Caleb, deseando que pudiese desvanecerse en la nada.

—¿Qué le pasa a todo el mundo con la terminología? Juro a los dioses, que si alguien vuelve a preguntármelo, me vuelvo loca.

—¡Puf! —dijo Olivia en voz baja, sonriendo.

Le lancé una mirada de odio.

—Ja, ja. Que graciosa.

—Lo siento —cogió a Caleb del brazo. Al parecer habían hecho las paces, otra vez. Me alegraba por ellos, me gustaba cómo se miraban cuando no peleaban—. De todos modos, seguro que fue un poco raro.

—Raro es decir poco.

—Era tan vieja como el polvo —dijo Caleb—, pero aún así, esa vieja bruja era divertida.

Divertida no era una palabra que yo usaría para describir a la

Abuela Piperi. Me dejé caer sobre la silla y cerré los ojos mientras Olivia y Caleb hablaban sobre la fiesta a la que se escaparon la otra noche. Sentí una pizca de celos y rencor. No me habían invitado. Quizá Caleb también pensaba que yo tenía más de pura que de mestiza. Bah.

Volví a pensar en Piperi. Incluso unos días después, seguía tan distraída pensando en que casi descubren a Aiden y nuestra inexistente relación, que no me había parado a pensar demasiado en lo que dijo antes de morir.

Nuestra conversación no tuvo mucho sentido, no me sorprendía. Lo único que saqué en claro de todo aquello fue eso del chico que no era lo que parecía, que tenía engañados a todos. Si no hubiese desaparecido un segundo después, quizá hasta me hubiese dicho su nombre, habría ayudado bastante. Esa parte de la conversación no se la había contado a nadie. Era como que quienquiera que fuese, no era amigo mío, pero aún así no podía estar segura. Después de eso, debí quedarme dormida, porque me desperté asustada tras escuchar mi nombre.

—Señorita Andros.

Abrí los ojos y vi a Leon en la puerta.

—¿Sí?

—No deberías estar aquí.

Qué raro. ¿Cuándo habían mandado a Leon que fuese mi niñera? Solo le veía por el campus cuando tenía que dar alguna noticia urgente y horrible.

—Vamos —dije lloriqueando.

Caleb se asomó por encima del sofá.

—No molesta a nadie.

Leon ni siquiera miró a Caleb.

—Arriba.

Caleb se giró hacia mí.

—Un día de estos te dejarán salir a jugar, y entonces todo se habrá arreglado en nuestro mundo.

Me levanté de la silla y moví los ojos en dirección a Caleb.

—Leon, ¿puedo quedarme a jugar con mis amigos? —hice réir a Olivia.

La cara de Leon seguía inexpresiva.

—Quizá te dejasen jugar si estuvieses una semana entera sin meterte en líos.

—Supongo que eso es un no —Caleb levantó la mirada sonriente hacia mí—. Así que ya sabes qué hacer, no te metas en líos durante una semana, Álex. *Una semana entera.*

Le di una colleja al pasar por el sofá. Él intentó darme, pero Olivia le paró.

—¡Adiós! —dijo Olivia canturreando mientras se acurrucaba contra Caleb.

Les dije adiós con la mano y seguí a Leon. Me sentía un poco incómoda a su lado. El tipo medía casi dos metros y estaba tan fuerte como un luchador profesional. Además yo no tenía ni idea de cuánto sabía Leon. Recordé lo poco sorprendido que se mostró cuando Marcus dijo que yo era el Apollyon.

Pensé en algo que decir pero estaba en blanco, hasta que vi una estatua de Apolo.

—Hey, te pareces a Apolo. ¿Te lo habían dicho alguna vez? Solo te falta tener el pelo rubio y las hormonas revolucionadas. A lo mejor era tu tata-tata-tata-tata-tata abuelo o algo así.

Leon miró hacia la estatua de mármol.

—No. Nadie me lo había dicho.

—Oh. Es extraño, porque que te pareces. Me pregunto si tendrás algo más en común con Apolo.

—¿Como qué?

—Ya sabes, ¿no le gustaban a Apolo los chicos guapos? —solté—. Bueno, espera, ¿no le gustaba todo lo que podía andar? Vamos, hasta que acababan convertidos en árboles o flores.

—¿Qué? —Leon se paró completamente y me miró—. Algunos mitos son reales, pero la mayoría están exagerados.

Levanté las cejas.

—No sabía que eras un fan de Apolo. Lo siento.

—No soy un fan de Apolo.

—Vale, entonces nada.

—¿Sabes qué me parece interesante, Alexandria? —preguntó.

—No. La verdad es que no —el frío de la noche me dio un es-

calofrío.

—Que te encontraras con el oráculo justo antes de que muriese.

Eché un vistazo a mi alrededor, mirando el campus casi vacío, recorrido únicamente por Centinelas y Guardias. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

—No tengo ni idea. Supongo que tengo suerte o algo.

—¿Tanto como para encontrártela dos veces?

Le miré extrañada. Parece que sabía algo más de lo que yo no era consciente.

—Supongo.

Leon sintió, mirando por el camino que llevaba hacia la residencia femenina.

—¿Sabías que el oráculo solo se encuentra con quien quiere encontrarse? ¿Que muchos, muchos pura sangre pasan toda su vida sin verla ni una sola vez?

—No —me abracé a mí misma y me pregunté dónde se había metido el verano. Estábamos casi a finales de octubre, pero normalmente no hacía *este* frío.

—Eso es que tendría algo muy importante que decirte —dijo Leon—, supongo que sería algo más que el hecho de poder cambiar la historia.

Aminoré el paso cuando las palabras del oráculo me volvieron a la mente. *Él no es lo que parece. Los tiene a todos engañados.* Juega a dos bandas. Miré hacia Leon, consciente del camino que estaba tomando la conversación. No sabía nada de Leon, excepto que tenía una maravillosa habilidad para aparecer cuando no le quería cerca, y que era fan de Apolo.

—Eso es todo lo que me dijo.

Leon paró frente a las escaleras de la residencia y cruzó sus enormes brazos sobre el pecho.

—Parece que es un tanto confusa.

—Piperi es, era, siempre confusa. Nada de lo que me haya dicho nunca ha tenido demasiado sentido.

Inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió. Creo que era la primera vez que lo veía sonreír.

—Es lo que tienen los oráculos. Te dicen la verdad, pero tienes que escucharla con atención.

Levanté las cejas.

—Bueno, pues supongo que yo no la escuché.

Leon me miró serio.

—Estoy seguro de que lo harás en su momento —luego se dio la vuelta y desapareció por el camino.

Me quedé ahí parada un ratito, viendo cómo se alejaba. Había sido la conversación más larga que había tenido con este tío, y estaba casi a la altura de las del oráculo. Nada tenía sentido.

También me dejó un poco intranquila. Siempre hubo algo raro en Leon, algún rasgo de otro mundo que no acababa de entender. ¿Podría ser él el hombre misterioso del que hablaba el oráculo?

Me dio un escalofrío mientras me dirigía hacia las escaleras. Ojalá no lo fuese. Ninguno de nosotros podría luchar contra esa enorme mole.

Capítulo 10

Estaba hecha un manojo de nervios.

Tenía que ver con la cajita que llevaba en la bolsa de deporte. Deacon había sido muy majo envolviéndome la púa para regalo, pero ahora me sentía estúpida dándosela a Aiden, sobre todo después de todo lo que pasó entre ambos en el zoo.

Pero ya la tenía y debía dársela. Si no, igual a Deacon se le escapaba en algún momento y entonces sería mucho peor. Además, solo era una púa de guitarra, no era como si fuese a gritarle *te quiero* ni nada así. Que tampoco es que importase mucho porque ya se lo había soltado.

El entrenamiento con Aiden me lo pasé entre atontada e hiperalerta. No dejaba de perder oportunidades en las que decirle feliz cumpleaños o darle la maldita caja. No me atrevía.

¿Y si se reía de mí? ¿Y si la odiaba? ¿Y si me miraba y me decía «¿Para qué narices es esto?» y tiraba la caja al suelo? ¿Y si luego la pisaba?

No podía dejar de pensar todas las formas en que podía ir mal. ¿Tanto me importaba su reacción? Desde nuestro viaje al zoo y mi lamentable declaración de amor, Aiden había mantenido ciertas distancias conmigo. Pocas veces le había pillado mirándome con un mínimo de interés, y me preguntaba en qué estaría pensando en esos momentos.

Aiden volvió a lanzarme una mirada extraña, y me puse roja.

Nunca me había odiado tanto a mí misma.

Naturalmente, me quedé sin tiempo. Con el corazón a punto de salirse de mi pecho, me agaché y rebusqué por mi bolsa de deporte hasta encontrar la cajita blanca. Deacon incluso le había puesto un lazo negro, no sabía que se le daban tan bien estas cosas.

—Álex, ¿qué haces?

Con la caja en la mano, me levanté.

—¿Vas a hacer algo... especial esta noche?

Soltó la colchoneta que estaba enrollando.

—La verdad es que no. ¿Por qué?

Me moví nerviosa, con la caja escondida.

—Es tu cumpleaños. ¿No deberías celebrarlo?

Se le veía sorprendido.

—¿Cómo sabías que era hoy? Espera —sonrió triste—, te lo ha dicho Deacon.

—Bueno, tu cumpleaños es el día antes de Halloween. Difícil de olvidar.

Aiden se sacudió las manos.

—Iremos a cenar con algunos amigos, pero nada especial.

Sonreí mientras me acercaba a él.

—Bueno, eso ya es hacer algo.

—Sí, algo es.

Simplemente dale la estúpida caja, Álex.

—Bueno... hoy no tienes que trabajar, ¿no?

Dale la maldita caja, Álex, y deja de hablar.

Aiden sonrió fugazmente y me miró.

—No. Tengo la noche libre. Álex, te tengo que decir...

Di un paso al frente poniéndole las manos delante. Casi le estampo la cajita contra el pecho.

—¡Feliz cumpleaños! —parecía y me sentía como la tonta más tonta del mundo.

Bajó la mirada hacia la cajita y luego me miró. Cogió la cajita.

—¿Qué es?

—Es solo un regalito. Nada grande —dije rápidamente—. Es por tu cumpleaños. Bueno, obviamente.

—Álex, no tenías por qué hacerlo —le dio la vuelta, acariciándola con sus maravillosos dedos—, no tenías que comprar nada.

—Lo sé —me aparté el pelo de la cara—, pero quería hacerlo.

—¿Puedo agitarlo?

—Sí, no va a romperse.

Sonriendo, agitó la caja. La púa chocó contra las paredes. Me miró una vez más y soltó el lazo negro. Aguantando la respiración, le vi abrir la tapa con cuidado y mirar dentro. Aiden entrecerró los ojos y abrió un poco la boca. No sabía qué quería decir esa expresión. Despacio, sacó la púa de la caja.

Aiden cogió la púa de piedra entre sus largos dedos, con cara de incredulidad.

—Es negra.

—Pues sí. Es negra. Eh... vi que tenías de todos los colores excepto el negro —siguió mirando la púa con cara de bobo. Crucé los brazos, con unas ganas repentinas de llorar tremendas—. Si no te gusta, estoy segura de que la puedes devolver. La compré por internet. Se puede...

—No —Aiden me miró a los ojos. Los suyos eran de un color gris oscuro, bordeados por un hilo de plata—, no. No quiero devolverla —le dio la vuelta a la púa, acariciándola con el pulgar—. Es perfecta.

Me puse roja. Aún seguía queriendo llorar, pero ahora por algo bueno.

—¿En serio?

Aiden dio un paso al frente, con los ojos vidriosos. Me cogió la cara. No sabía qué iba a pasar después, solamente sabía que estaba pillada por él, irremediabilmente.

—Estáis aquí —Marcus estaba en la entrada de la sala—. Os he estado buscando por todas partes.

Aiden fue bastante ágil al guardarse el regalo en el bolsillo y girarse tranquilamente. No pude verle la cara, pero sabía que no mostraba emoción alguna. Tan solo sus ojos dirían algo, y Marcus nunca sería capaz de adivinarlo solamente por su color, tal y como yo hacía.

De todas formas, también estaba segura de que mi cara lo diría todo. Fui corriendo hacia mi bolsa de deporte y me quedé embobada con el asa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Aiden como si nada.

—Se ha hecho un poco tarde para estar entrenando, ¿no?

—Estábamos recogiendo.

—Alexandria, ¿qué haces? —preguntó Marcus.

Maldije entre dientes y me colgué la bolsa al hombro mientras me acercaba hacia mi tío. Llevaba un traje de tres piezas. Nadie en todo el campus vestía tan bien como él.

—Nada, solo estaba cogiendo mis cosas.

Levantó una ceja con elegancia.

—¿Has llegado tarde a la clase y has entretenido a Aiden? Deberías tener más respeto por su tiempo.

Le lancé una mirada enfadada, pero logré mantener la boca cerrada.

—No pasa nada —respondió Aiden rápidamente—. No ha llegado demasiado tarde.

Marcus asintió.

—Bueno, me alegro de haberos encontrado juntos.

Levanté las cejas y sentí la necesidad de reír descontroladamente. A Aiden no le pareció tan gracioso.

—Le he dado unas cuantas vueltas a lo que pediste y estoy de acuerdo con tu sugerencia, Aiden.

Los músculos se tensaron en la cara de Aiden.

—Aún no he podido hablarlo con Álex.

Marcus frunció el ceño.

—No te preocupes por eso. Lo has hecho estupendamente. Tengo que admitir que no pensé que pudiese coger el ritmo, pero tenías razón. Podemos dar por terminados los entrenamientos adicionales.

Di un paso al frente, pero no sentí el suelo bajo mis pies.

—¿Terminar mis entrenamientos?

—Aiden cree que ya no necesitas entrenamientos extra, y estoy de acuerdo con él. Seguirás trabajando con Seth, esto te dará algo de tiempo libre y así Aiden también podrá volver a su trabajo como Centinela.

Miraba a Marcus, escuchándole pero sin entenderle del todo. Luego me giré hacia Aiden. Estaba como ausente. Sabía que tenía que sentirme bien por esto, porque era un gran paso en la dirección correcta y Marcus me había felicitado, pero no podía ignorar el enorme vacío que comenzaba a abrirse paso en mi pecho. Aiden y yo no volveríamos a vernos si dejábamos de entrenar juntos.

—Aiden, ¿lo has hablado con Seth? —preguntó Marcus—. ¿Habéis hablado sobre qué áreas puede mejorar?

—Sí, Seth ya sabe qué cosas puede trabajar más —la voz de

Aiden sonaba increíblemente vacía y plana.

¿Ya lo había hablado con Seth? Respiré, pero el aire se me escapaba de los pulmones. Se me encogió el pecho de una manera extraña y mi cerebro intentaba decirme que ya sabía que este día acabaría llegando. Pero no pensaba que llegaría *tan pronto*.

—Bueno, no quiero entretenerte. Disfruta de tu cena esta noche —Marcus hizo una pausa, como acordándose de que todavía estaba yo ahí. Se dio la vuelta, sonriendo educadamente—. Buenas noches, Alexandria.

No esperó a mi respuesta, lo cual estuvo bien porque no tenía nada que decirle. En cuanto me aseguré de que no podía oírnos, me giré hacia Aiden.

—¿No volveremos a entrenar?

Aiden seguía sin mirarme.

—Iba a contártelo. Creo que...

—¿Que ibas a contármelo? ¿Por qué no lo hiciste antes de ir a ver a Marcus?

—Fui a ver a Marcus la semana pasada, Álex.

—¿Después... de volver del zoo? ¿Por eso estabas en su oficina cuando entré yo?

Y Aiden seguía sin mirarme desde que Marcus soltó la bomba.

—Sí.

—No... no lo entiendo —agarré la correa de la bolsa como si fuese un salvavidas—. ¿Por qué no quieres seguir entrenándome?

—Álex, ya no necesitas que entrene más —su cuerpo empezó a tensarse—. Ya estás al mismo nivel que el resto de los estudiantes.

—Si eso es cierto, ¿por qué has tenido que decirle a Seth qué cosas debo mejorar? ¿Por qué no podíamos trabajarlo nosotros?

Aiden se dio la vuelta, pasándose una mano por el pelo.

—Necesitas tiempo libre. Vas todo el día cansada, y tenía que hacer algo al respecto. Necesitas trabajar con Seth mucho más que conmigo. Él puede trabajar contigo en los elementos, prepararte para cuando despiertes.

Tenía un extraño zumbido en los oídos que le añadía más surrealismo a toda la escena.

—Eso no es cierto. No necesito a Seth.

Aiden miró hacia mí.

—No me necesitas a mí.

Necesité varios intentos hasta lograr que las siguientes palabras salieran a través del nudo de mi garganta.

—Sí. No volveré a verte si no entrenamos.

—Me verás en el Consejo, Álex, y me verás por aquí. No seas absurda.

Ignoré la frialdad de su voz.

—¿Y después de eso? No volveré a verte —se me quebró la voz, sonando igual de triste que humillante.

—Bueno, creo que es... es lo mejor.

Sentí como si se hubiese metido dentro de mí y me hubiese aplastado los pulmones hasta convertirlos en una masa sin vida. Respiré profundamente e intenté calmarme, pero tenía un dolor clavado en el pecho. Dolía mucho, como si fuese a estallar de verdad. No podía hacer más que mirarle.

—Es... ¿es por lo que te dije en el zoo? ¿Es por eso que no quiero seguir entrenándome?

El cuerpo de Aiden volvió a tensarse, igual que su mandíbula.

—Sí, tiene que ver con eso.

Mi corazón empezó a partirse.

—¿Porque... porque te dije que te quería?

Hizo un sonido con la garganta.

—Y porque yo no... —hizo una pausa y apartó la mirada—. Yo no siento lo mismo por ti. *No puedo*. ¿Vale? No puedo permitirme quererte. Si lo hiciese, te lo quitaría todo, *todo*. No puedo hacerte eso. No te lo haré.

—¿Qué? Eso no...

—Sí que importa, Álex.

Intenté cogerle el brazo, pero Aiden se apartó. Dolido, me abracé a mí misma.

—Estás diciendo...

—Para —se volvió a pasar una mano por el pelo.

La crudeza de sus palabras me atravesó.

—¿Entonces por qué me dijiste esas cosas en el zoo? ¿Por qué dijiste que te preocupabas por mí? ¿Que querías romper las reglas

por mí? ¿Por qué me dijiste todo eso?

Aiden me miró con sus ojos de un color gris oscuro y di un paso atrás. No se parecía en nada al Aiden que yo conocía. Aiden nunca me miraba tan fríamente, tan distante.

—Me preocupo por ti, Álex. No... no quiero ver que te ocurra nada malo o verte herida.

—No —negué con la cabeza—. Es más que eso. Tú... me cogiste de la mano —la última parte no fue más que un susurro lastimoso. Se estremeció.

—Eso fue... un error estúpido.

Ahora me estremecí yo, y no pude evitar que las palabras salieran de mi boca.

—No. Yo te gusto...

—Por supuesto que me *gustas* —dijo con una voz dura—. Soy un hombre y tú eres una chica guapa. No puedo evitarlo. Que me gustes en sentido físico no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

Abrí la boca, pero no dije nada. Al parpadear, unas lágrimas cálidas rodaron por mis mejillas.

Aiden cerró los puños.

—Eres una mestiza, Álex. No puedes quererme, y los pura sangre no pueden amar a los mestizos.

Di unos pasos hacia atrás atropelladamente, sintiendo como si me hubiese dado una bofetada. Estaba muy avergonzada, humillada. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto sobre qué sentía por mí? Lo había entendido *todo* al revés. Soltando un bufido de rabia, me di la vuelta cuando Aiden cerró los ojos y bajó la cabeza.

Me encontraba mal y fui hacia mi habitación, aturdida. Lo peor era la vergüenza. No podía ver más allá, ni pensar en nada más. Trataba de luchar contra el ardor en mis ojos. Llorar no iba a solucionar nada, pero joder, era lo único que quería hacer. Me dolía el pecho como si me lo hubiesen abierto y arrancado el corazón.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto, no me sorprendió mucho encontrarme a Seth sentado en el sofá. No me sorprendió, pero me enfadó. Tendría que ir pensando en atrancar la ventana del cuarto.

No me miró.

—Hey.

—Por favor, vete —dejé caer la bolsa al suelo.

Seth apretó los labios mientras seguía mirando al frente.

—No puedo.

En mi interior no tenía más que pura rabia. No podía, no podía perder las formas delante de Seth.

—No estoy bromeando. Sal de aquí.

Me miró, con los ojos del color de una cálida puesta de sol.

—Lo siento... pero no puedo irme.

Di un paso al frente, cerrando los puños.

—No me importa qué estás sintiendo a través de mí y cómo te esté afectando. Vete, por favor.

Seth se levanto despacio.

—No voy a irme. Te vendría bien un poco de compañía.

Puede que la conexión entre mis emociones y Seth fuese lo que más odiase en toda mi vida.

—No me fuerces, Seth. Vete o haré que te vayas.

En un segundo lo tenía frente a mí. Me cogió los brazos y se puso a mi nivel, mirándome a los ojos.

—Mira, puedo irme de la habitación. Vale. Vas a seguir sintiéndote como el culo, lo que significa que yo voy a sentirme como el culo.

Tomé aire con dificultad, sin poder escaparme de él. Las lágrimas me ardían en los ojos y se me atragantaban, a punto de ahogarme.

Respiró profundamente.

—Sé que me mentiste cuando me dijiste que no... le querías. ¿Por qué te estás haciendo esto? Aiden es como todos los demás puros, Álex. Seguro que hay momentos en los que no lo parece, pero es un pura sangre.

Aparté la mirada, mordiéndome el labio hasta que saboreé la sangre. Una hora antes no habría estado de acuerdo con eso, pero Aiden había dicho exactamente lo mismo.

—¿Y qué pasaría si él también te quisiese, Álex? ¿Qué pasaría entonces? ¿Te conformarías con ser algo que tuviese que *esconder*? ¿Te conformarías con mentir a todo el mundo y ver cómo él

actúa como si no se preocupase por ti? Y luego, cuando os pillaran, serías feliz dando tu vida por él?

Todas eran muy buenas preguntas, preguntas que me había repetido a mí misma una y otra vez.

—Eres demasiado importante, demasiado especial como para echarlo todo a perder por un puro —Seth suspiró y me cogió de las manos—. He traído una peli, esa con los vampiros que brillan. Pensé que te podría apetecer.

Le miré en silencio. Estaba como siempre, una estatua viviente. Perfección sin humanidad, pero aquí estaba.

—No te entiendo.

No respondió y me hizo sentar en el sofá. Puso la película y volvió, con el mando a distancia en la mano.

—Estoy un poco raro hoy —dijo al final mientras jugueteaba con el mando.

Le miré y se me escapó una risita. ¿Raro? Más bien lo que le pasaba era que tenía un trastorno de personalidad o algo. ¿Pero quién era yo para juzgarle? Yo también debía estar loca, ¿no? Me había enamorado de un puro. Eso estaba en lo más alto de la lista de síntomas de cualquier enfermedad mental.

Pensar en Aiden me provocó un fuerte pinchazo en el pecho. Pensé que me había dejado el corazón en el gimnasio, sangrando sobre el suelo. Intenté concentrarme en la película, pero mi cerebro no estaba por la labor. Empecé a rebobinar en mi mente mi conversación con Aiden, todas en realidad. ¿Cómo podía pasar de ser un tío por el que daría mi vida, en quien podía confiar y apoyarme, que hacía latir a mil por hora mi corazón con la más ligera sonrisa o halago, a ser alguien tan frío como pensaba que era Seth?

Y sin embargo era Seth el que estaba ahora sentado a mi lado.

Igual él no era tan frío como parecía y Aiden no era tan perfecto como yo creía. Quizá mi opinión estaba tan equivocada como mi gusto en tíos.

Seth volvió a suspirar, esta vez mucho más alto que antes. Despacio y como si nada, me cogió y me echó sobre él. Acabé con la cara contra su muslo y su brazo sobre mí.

—¿Qué estás...

—Shh, estoy viendo la película.

Intenté incorporarme, pero no pude. Su brazo pesaba una tonelada. Unos cuantos intentos infructuosos después, me rendí.

—Y bueno... eh, ¿eres un tío de los del Team Edward?

Resopló.

—No. Soy más bien Team James o Team Camioneta de Tyler, pero parece que ninguno de ellos gana por lo que veo. Ella sigue viva.

—Sí, eso parece.

Seth no volvió a decir nada más y, en un momento dado, mi cuerpo se relajó y parte del dolor disminuyó. Seguía ahí, pero la presencia de Seth lo había apagado, la conexión Apollyon hacía su trabajo. Igual era por eso por lo que Seth había venido. O quizá solo era porque quería ver en vivo mi estupidez.

Capítulo 11

La semana siguiente fue una mierda.

Y lo fue de un modo totalmente distinto al que estaba acostumbrada. Ya me había pillado por otros chicos antes, pero nunca antes había amado a nadie excepto a mi madre y a Caleb, pero era un amor distinto.

Este amor dolía como mil demonios.

Era raro no ver a Aiden después de clase, era como si me faltase algo, como si me hubiese olvidado de algo importante. Los días que debía haber estado entrenando con él, intentaba pasar el tiempo con Caleb y Olivia, pero normalmente acababa siempre enfurruñada en mi cuarto hasta que aparecía Seth.

Echaba de menos a Aiden, lo echaba muchísimo de menos. Cada segundo era doloroso y me estaba volviendo como una de esas chicas a las que el mundo se les acababa cuando un chico las rechazaba. Yo estaba viviendo en ese estado deprimente, deprimente y odioso.

—¿Vas a salir de la cama en algún momento? —Caleb estaba sentado con la espalda contra el cabecero de la cama. Sobre sus piernas permanecía cerrado un libro de Lengua Clásica. Unos cuantos días atrás le había contado mi humillante historietita. Igual que a Seth, no le había sorprendido el resultado. Aun así, estaba bastante cabreado porque hubiese estado fantaseando todo este tiempo con la idea de tener una relación con Aiden. Y eso me hacía sentir aún más estúpida.

Como no respondí, me dio un golpecito con la rodilla.

—Álex, son casi las siete y aún no te has movido de ahí.

—No tengo nada que hacer.

—¿Al menos te has duchado? —preguntó Caleb.

Me di la vuelta, hundiendo la cara en la almohada.

—No.

—Es un tanto asqueroso.

—Ahá —fue mi única respuesta. Un segundo después su móvil

empezó a sonar con ese tono agudo desde la mesilla, y el libro se cayó al suelo. No me moví. Caleb pasó por encima mío, clavándome el codo en la espalda.

—¡Dioses! —grité contra la almohada—. Ay.

—Shhh —dijo Caleb, que seguía espachurrándome y clavándome sus codos huesudos en la espalda mientras miraba los mensajes en su móvil.

No podía mover más que la cabeza hacia los lados.

—Mierda, pesas como una tonelada. ¿Quién es? ¿Olivia?

Caleb rodó hacia un lado y me crujió toda la parte baja de la espalda. La verdad es que me sentó bastante bien.

—Sí, y dice que le gustaría saber qué es ese olor que le está llegando hasta su habitación.

—Cierra el pico.

—En serio, quiere saber si te has duchado —se puso boca abajo—. ¿Sabes? Eres bastante cómoda. Empiezas a tener relleno extra, Álex.

—Qué va, idiota.

Rió.

—Olivia dice que si queremos ver una película.

—No sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? Es una pregunta bastante fácil.

Intenté encogerme de hombros.

Caleb gruñó.

—Mira, me he pasado el día aquí sentado mientras tú mirabas el techo como una idiota. Vas a salir de la cama, vas a ducharte, y vamos a ver una peli en *tu* habitación. Luego Olivia y yo nos iremos a tener sexo salvaje. Y punto.

—Puaj, esa es una imagen que no me gustaría tener en mi memoria. Gracias.

—Pues eso. ¿Qué piensas? ¿Te apuntas?

Puse los ojos en blanco.

—Es casi la hora del toque de queda.

—¿Pero qué dices? —tiró el móvil junto a mi cabeza y lo siguiente que sé, es que estaba sentado sobre mi espalda, con sus dos manos sobre mis hombros—. Hace siglos que no hacemos

nada divertido, Álex. Y tú necesitas diversión YA.

—Me estás matando —chillé—. No puedo... respirar.

—No te estoy diciendo que hagamos un trío. Me refiero a que nos metamos en la cafetería a escondidas, cojamos algo de beber y comer, y veamos una película.

Levanté la cabeza de la almohada.

—Mierda, ¿no quieres un trío? Mi vida ya no tiene sentido.

—Piensa únicamente en los puntos más importantes de lo he dicho. Y además de todas estas reglas de mierda, tú estás castigada —continuó Caleb mientras su móvil me vibraba junto a la oreja—. La semana que viene te vas al Consejo y estarás unas cuantas semanas fuera. Necesitamos hacer esto. Lo necesitas. Es nuestra última oportunidad.

—¿Vas a mirar el móvil? Empieza a molestarme.

Se echó hacia delante, apoyando su cabeza contra la mía.

—¿Dónde está la vieja Álex que yo conocía y quería, mi salvaje amiga pirada?

Gruñí, incapaz de quitármelo de encima.

—Venga, Caleb.

—Venga, vamos a divertirnos. ¿Tienes algo mejor que hacer?

¿Algo mejor? Quedarme tumbada toda la noche y sentir pena por mí misma, y... eso era una mierda. Salir con Caleb y Olivia me vendría bien. Por un rato podría olvidarme de Aiden, de cuánto le quería y cómo me había rechazado.

Cerré los ojos.

—¿Crees que... he sido una estúpida por, ya sabes, todo lo de Aiden?

Caleb se echó hacia delante, pegando su mejilla contra la mía.

—Sí, lo has sido y lo eres. Pero aún así te quiero.

Reí.

—Bien, vale.

Rodó para quitarse de encima y se puso de lado.

—¿En serio?

—Sí —me incorporé—. Pero primero tengo que ducharme.

—Gracias a los dioses. Apesta.

Le pegué en el brazo y me levanté de la cama.

—Y aun así huelo mejor que tú, pero te sigo queriendo.

Caleb se tumbó del todo.

—Lo sé. Sin mí estarías perdida.

Olivia soltó tres paquetes de palomitas con mantequilla para microondas, un paquete de regaliz y un montón de caramelos sobre mi mesita.

—¿Te dedicas a guardar comida o algo? —cogí uno de los regalices rojos.

Ella rió mientras sacaba del bolsillo de la sudadera unas cuantas bolsas de gominolas ácidas.

—Me gusta estar bien abastecida. Ahora ya solamente necesitamos bebidas.

—Y aquí es donde entramos Álex y yo —Caleb abrazó a Olivia por la cintura.

Masqué el regaliz mientras miraba de reojo las chokolatinas. Hasta los dioses saben que la semana pasada asalté la máquina expendedora. No necesitaba más chocolate.

—Necesitamos una bolsa —me di la vuelta y volví a mi habitación. Hurgué por el armario hasta encontrar una bolsa azul que podría servir. Con el regaliz entre los labios, enrollé la bolsa y volví al saloncito.

Parecía que Caleb se hubiese perdido en la boca de Olivia de lo intenso que era su beso. Puse los ojos en blanco, me saqué el regaliz de la boca y se lo tiré a Caleb a la cabeza. Se dio la vuelta, pasándose una mano por el pelo. Miró hacia el suelo y vio el trozo de regaliz.

—Qué asco —dijo—. Eres una cerda, Álex.

Riendo, Olivia se apartó de Caleb.

—Sabías un poco agridulce, cariño.

—Oh, dioses —gimoteé mientras me enrollaba el pelo aún húmedo en un moño—. Qué cursi.

Me hizo un corte de mangas mientras se tiraba sobre el sofá. Hoy llevaba el pelo en una gruesa trenza que le caía por encima del hombro. Estaba segura de que los pantalones gastados y la sudadera que llevaba hoy valían un pastón.

—Muy bien. La misión, si aceptáis, es volver con una bolsa

llena de delicias líquidas en lata. Será una misión peligrosa pero provechosa. ¿La aceptáis?

Miré a Caleb sonriendo.

—No sé. Es peligroso. Hay Guardias y Centinelas observando desde las sombras que nos impedirán llegar hasta la nevera de los refrescos. ¿Lo hacemos, Caleb?

Cogió una goma de su muñeca y se sujetó en una coleta su pelo rubio, que le llegaba hasta los hombros.

—Tenemos que ser valientes y fuertes, astutos y rápidos —hizo una pausa dramática—. No podemos fallar en esta misión.

—Oh, me gusta cuando te pones serio en plan machote. Es sexy —Olivia se acercó y le dio un beso a Caleb en la mejilla, que acabó convirtiéndose en un largo morreo.

Mientras tanto yo seguía ahí, un tanto incomoda, intentando fijarme en cualquier cosa que no fuesen ellos dos. No funcionó.

—Olivia, rezo a los dioses por que no te hayas olvidado tu dosis de hoy. Y es que estáis *tan* a puntito de ponerlos a hacer hijos...

Caleb se apartó un poco, completamente rojo.

—Vale, ¿algún deseo?

—Cualquier cosa con mucha cafeína —respondió Olivia aliándose la camiseta. Sus ojos brillaron—. No tardéis demasiado y que no os pillen.

Reí.

—¿Pillarnos? Qué poca fe tienes.

Olivia nos despidió con la mano y se sentó a jugar con el mando a distancia. Yo hice que Caleb me siguiera hasta la habitación. Abrí la ventana que tanto usaba Seth y cogí la bolsa.

—¿Estás listo?

Caleb asintió con las mejillas aún sonrosadas.

—Después de ti.

Pasé las piernas por encima del alféizar y me quedé ahí durante unos instantes, observando la zona. Una vez vi que no había nadie cerca salté el metro y medio de altura que había hasta el suelo, aterrizando en cuclillas. Me levanté.

—Todo despejado, mi amado.

Sacó la cabeza.

—Te ha salido un pareado.

—Pues sí, qué observador —di un paso atrás cuando Caleb fue a saltar por la ventana.

—¿Por dónde vamos?

Me di la vuelta, yendo hacia la parte trasera de la residencia.

—Por aquí. Hay mucha más sombra aquí atrás, no hay luces.

Caleb asintió y nos pusimos en camino hacia la cafetería. El aire frío se agarró a mi pelo aún húmedo y me bajó un escalofrío por el cuello.

Nos quedamos en la sombra, rodeando el edificio. Ninguno de los dos hablaba demasiado, ya que sabíamos que los Guardias y Centinelas tenían una capacidad auditiva increíble para pillar a los estudiantes que se escapaban.

Al llegar a la esquina me asomé para mirar. Era difícil ver algo con tanta oscuridad. Me pregunté cómo podrían los Guardias ver a un daimon por ahí.

Caleb se puso a mi lado e hizo un gesto con la mano que no supe descifrar. Parecía un guardia de tráfico.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —susurré confusa.

Sonrió.

—No lo sé. Me pareció que era momento de hacerlo.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí.

—¿Listo?

—Sip.

Salimos a cruzar el espacio libre que había entre la residencia femenina y las instalaciones de entrenamiento. A medio camino, Caleb me empujó contra un arbusto con espinas. Le maldije entre dientes mientras me iba cayendo pero Caleb fue más rápido y saltó a salvo unos cuantos metros más adelante. Me esperó apoyado contra la pared del gimnasio, riendo suavemente.

Le pegué en el estómago.

—Capullo.

Empecé a quitarme espinas de los pantalones.

Después de eso seguimos bordeando los edificios y llegamos hasta el edificio médico. Parecía que estuviésemos jugando a una

especie de rayuela extraña. Después, teníamos que bordear el edificio donde guardaban todas las armas y uniformes y ya estaríamos en la parte trasera de la cafetería. Desde ahí Caleb sabía cómo entrar en la cafetería aunque estuviese la puerta cerrada. La había asaltado unas cuantas veces.

Una sombra se movió en frente nuestro, confundiéndose con la noche. Según se fue acercando, nosotros nos apretamos contra el edificio y esperamos hasta que el Guardia desapareció tras la esquina del edificio médico. Que casi nos pillasen alimentó la emoción de estar haciendo algo prohibido. Sabía que a Caleb le estaba pasando lo mismo. Sus ojos azules parecían brillar y su sonrisa maliciosa se hizo más grande aún.

Un ruido repentino, como un grito ahogado, rompió el silencio. Nos miramos confusos. Cuando me miró, vi que a Caleb se le había quitado un poco la sonrisa. Me apreté contra él, intentando escuchar algo más, pero no había más que un denso silencio. Despacio, fui hacia uno de los lados e intenté mirar por la oscuridad.

—Parece que no pasa nada —susurré.

Corrimos por el camino, frenando un poco según llegábamos a la parte trasera del comedor, siempre alerta por si había más Guardias. Respiré hondo e inmediatamente me arrepentí de haberlo hecho. Un asqueroso olor a comida podrida subió por mis fosas nasales. Había un montón de bolsas de basura negras por el suelo, al lado de unos cubos de basura repletos.

—Dioses, aquí atrás apesta.

—Ya lo sé —Caleb se apoyó en mí, mirando alrededor—. A lo mejor eres tú lo que huele mal.

Le clavé el codo en el estómago. Caleb se dobló sobre sí mismo, gimiendo. Di la vuelta al contenedor y me paré. La lucecita de la puerta trasera que usaban los sirvientes parpadeaba, lanzando una luz amarillenta y mortecina sobre los cubos de basura. No estábamos solos en ese sitio. Otra sombra se movió por delante, más pequeña que la del Guardia que vimos antes. Levanté la mano para hacer callar a Caleb.

Se incorporó para mirar por encima de mi hombro.

—Mierda —susurró.

La sombra se estaba moviendo directamente hacia nosotros. Me eché hacia atrás, empujando a Caleb contra la pared. Un segundo justo antes de que la sombra nos alcanzase, pude imaginarme fácilmente la cara de Marcus cuando me llevasen a su despacho a la mañana siguiente. O peor aún, igual se lo contaban ahora. Oh, dioses, sería épico.

Caleb respiraba pesadamente y me clavaba los dedos en el brazo. Miré alrededor buscando desesperadamente algún agujero en el que esconderme. Nuestra única opción era meternos en el contendor, y eso sí que no lo íbamos a hacer. Prefería enfrentarme a mi tío furioso que eso.

La sombra se hizo visible cuando llegó hasta el contendor. Abrí la boca de par en par.

—¿Lea?

Lea dio un salto hacia atrás, dando un grito. Se recuperó rápidamente del susto y se giró hacia nosotros. La gravilla suelta rechinaba bajo sus deportivas.

—En serio —susurró—, ¿por qué no me sorprende veros entre la basura?

Caleb salió de detrás de mí.

—Qué original, Lea. ¿Se te ha ocurrido a ti sola?

—¿Qué haces aquí? —me aparté del contendor y su asqueroso olor.

Sus labios se curvaron.

—¿Qué hacéis *vosotros*?

—Seguro que está volviendo de tirarse a alguno de los Guardias —Caleb estiró el cuello mientras vigilaba en la oscuridad.

—¡No estoy haciendo eso! —chilló, asustándonos—. ¡Odio cuando decís esas cosas! ¡No soy una puta!

Levanté las cejas.

—Bueno, eso depende totalmente de...

Lea me dio con las manos en el pecho, empujándome unos cuantos pasos atrás. Recuperé el equilibrio antes de tropezarme con unas bolsas de basura, solté la bolsa azul al suelo, y me tiré a por ella. Mis dedos rozaron su sedoso pelo justo cuando Caleb me rodeó la cintura con un brazo y me apartó de ella.

—Oh, dioses, vamos —Caleb rechinó los dientes—. No tenemos tiempo para esto.

—¿Me has empujado? —fui a por ella de nuevo, sin resultado—. ¡Voy a arrancarte el pelo mechón a mechón!

Lea entrecerró los ojos y se pasó el pelo por encima del hombro.

—¿Y qué vas a hacer, rarita? ¿Volver a romperme la nariz? Como quieras. Si vuelves a meterte en una pelea, te vas de aquí.

Reí.

—¿Quieres probar esa teoría?

Sonrió y me levantó el dedo.

—Igual es eso lo que quieres, para poder ir por ahí con tus amigos daimon.

—¡Eres una *puta*! —pensé en pegarle a Caleb únicamente para poder poner mis manos sobre su delgado y bronceado cuello. Parece que lo sintió, porque me agarró con más fuerza—. Siento lo que les pasó a tus padres, ¿vale? Siento que mi madre estuviese involucrada en eso, pero no tienes por qué ser tan...

Unos pasos al otro lado del callejón nos hicieron callar y el corazón se me paró. Una Centinela estaba al final, observándonos. Llevaba el pelo rubio y largo recogido en una tensa coleta, lo que le daba a su cara un aspecto más afilado. Bajo la tenue luz, sus ojos parecían dos agujeros vacíos. Un escalofrío me recorrió toda la espalda y agudizó mis sentidos.

Caleb gruñó, me soltó, y yo me arreglé la camiseta mientras le lanzaba a Lea una mirada de odio. Era ella la responsable de que nos hubiesen pillado. Si no hubiese estado merodeando por aquí no nos habrían pillado, ya estaríamos dentro con la bolsa llena de refrescos.

—Sé que esto parece bastante malo, pero...

—Estaban merodeando por aquí —dijo Lea con las manos en las caderas, cortando a Caleb.

La miré, deseando chafarle la cabeza.

—¿Y qué demonios estabas haciendo tú?...

La Centinela inclinó la cabeza hacia un lado mientras sus labios se abrían en una estrecha sonrisa. Y ahí fue cuando la recono-

cí. Era Sandra, la Centinela que había venido hasta mi ventana la noche que grité en sueños.

Lea nos miró con los ojos de par en par.

—Vale. Esto es raro —murmuró lo suficientemente alto como para que la oyésemos solamente nosotros. Cruzó los brazos y movió la cabeza—. Aquí atrás apesta, ¿vale? —dijo la voz más pija que podía tener—, así que, ¿podemos acabar con esto rápido?

Caleb casi se ahoga de la risa.

Sandra se volvió hacia él mientras desfundaba la daga del Covenant. Sus dedos acariciaron el borde de la hoja mientras sus ojos seguían fijos en Caleb.

—Eh... —Caleb dio unos pasos hacia atrás. Su expresión me decía que tenía ganas de reír, pero era suficientemente listo como para no hacerlo—, no hace falta sacar una daga para esto. Solo estábamos dando una vuelta por aquí.

—Sí, somos mestizos felices, nada de daimons —Lea me lanzó una mirada maliciosa—. Bueno, dos de nosotros.

—Te voy a hacer daño de verdad —solté mirando hacia ella.

Lea puso los ojos en blanco y se volvió hacia la Centinela.

—No tengo nada que ver con... ¡oh, dioses!

—¿Qué pasa? —seguí la mirada totalmente asustada de Lea.

Sandra no estaba sola. Detrás de ella había tres daimons puros, con sus caras monstruosas marcadas por unas venas oscuras y las cuencas de los ojos vacías.

Casi no podía creerme lo que estaba viendo. Mi cerebro intentó hacer que me moviese. El grito ahogado y el comportamiento extraño de la Centinela cobraron sentido de repente. No había marcas visibles en ella, pero sin duda sabía que era un daimon, quizá fuese incluso el daimon responsable del ataque hace unas semanas. ¿Cómo es que no lo habían comprobado? Ese misterio iba a tener que esperar.

—Oh, tío —susurré.

—Hemos escogido una mala noche para escaparnos —el larguirucho cuerpo de Caleb se tensó y se puso alerta.

Uno de los daimons puros dio un paso al frente, sin molestarse si quiera en usar magia elemental para camuflarse. Me pareció ex-

traño, pero de nuevo, no es que yo fuese una experta en daimons.

—Dos mestizos y... —olfateó el aire—. Otra cosa. Oh, Sandra, excelente trabajo.

Dioses, ¿Seth me había pegado ya algo? ¿Ahora podían *olerme*?

—¿Hablan? —dijo medio ahogada, como si el saberlo la horro-
rizase. Nunca había visto a un daimon, y menos aún hablado con él.

—Mucho —respondió Caleb.

El puro inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Los matamos?

Sandra, que seguía mirando a Caleb, levantó la daga.

—No me importa. He esperado demasiado tiempo ya, así que uno de ellos es todo mío.

El daimon rió.

—Necesitarás más de uno si secas a un mestizo, Sandra. No son como los puros, pero la chica... es diferente.

—Ya hemos matado a los Guardias del puente —la mirada del otro daimon pasaba de Lea a mí mientras su boca parecía esbozar algo como una sonrisa. Solo pude ver sus dientes afilados—. Ahí podías haber conseguido más éter. Mata al chico, nos llevaremos a estas dos.

El estómago me dio un vuelco. Me contuve desde mis adentros, haciendo que el terror que me atenazaba se calmase. ¿Luchar contra daimons sin titanio? Loco y suicida, pero aún tenía que haber Guardias y Centinelas patrullando, *tenía que haberlos*. Nos oírían y vendrían.

Claro está, si estos cuatro no los habían matado ya a todos. Pero no podía pensar eso, porque sabía que Aiden y Seth estaban por ahí en alguna parte, y no podían fallar en una noche así, no en una noche en la que Caleb y yo solamente queríamos coger unos refrescos y ver unas pelis con Olivia.

Lea se acercó a mí, con el pecho latiendo a mil.

—Estamos bien jodidos.

—Quizá —me agaché y cogí la tapa de un cubo de basura. Me enderecé y le apreté el brazo a Lea. Escuché cómo cogía aire y sen-

tí cómo se tensaba. Sabía que estaba haciendo lo mismo que yo, guiarnos por nuestro instinto y años de entrenamiento. Le solté el brazo.

Caleb se puso en frente de mí.

—Cuando haya un hueco, sal corriendo.

No podía quitarle el ojo a los daimons.

—No voy a dejarte.

Según dije esas palabras, los daimons volaron hacia nosotros.

Capítulo 12

Y cuando digo que volaron, no es de broma.

Me agaché en cuanto el daimon pasó sobre mi cabeza. Me levanté bajo su brazo y clavé mi puño en su garganta hasta escuchar el asqueroso crujido del cartílago cediendo. Cayó detrás de mí chillando y agarrándose la garganta.

—¡Mierda! —oí gritar a Caleb y un cuerpo cayendo al suelo. Aterrada, miré por el callejón y suspiré aliviada al verlo sobre un daimon.

Lea giró sobre sí misma y le dio al daimon una patada en el pecho. Se tambaleó y volvió a darle. Demonios, Lea era rápida, estable y muy buena. El daimon contra el que estaba luchando no tenía ni la más mínima oportunidad de recuperarse de los golpes. Los acertaba *todos*.

Le di la vuelta a la tapa y vi que el daimon de la laringe rota se levantaba. Le pegué en la cabeza y me fijé en el bollo que había dejado su cabeza en la tapa. No estaba mal. Al daimon que no había hablado le di también en toda la cabeza. Parecía que estuviese jugando al juego ese de golpear al topo.

Lo malo es que el callado se levantó y me agarró del hombro. Tiró de mí hacia delante. Tambaleándome, solté la tapa al intentar deshacerme de él. El daimon me cogió del otro brazo y tiró más fuerte, causándome punzadas de dolor en los hombros. Clavé los pies al suelo, pero la gravilla me hacía resbalar.

Detrás de él, Lea salió corriendo y se le tiró encima. Lo agarró con las piernas por la cintura, cogió su cabeza y le retorció el cuello. Se oyeron crujidos de hueso. El daimon me soltó y cayó al suelo, convirtiéndose en una masa sin forma.

—Joder, Buffy —dije con los ojos bien abiertos. Parte de mí seguía sin creerse que me hubiera ayudado y salvado la vida—. Gracias. Te debo una.

Lea me sonrió.

—Primero tendremos que escapar...

Una enorme corriente de aire le dio desde atrás, estampándola contra la pared. Cayó al suelo de medio lado, gimiendo.

—¡Lea! —fui hacia ella, pero la Centinela daimon me cortó el paso. Jadeando, derrapé hasta parar. Caleb estaba luchando contra el daimon que había lanzado a Lea por los aires, pero la mestiza estaba acabando conmigo. Luchar contra ellos, especialmente contra uno entrenado como Centinela, no tenía nada que ver con luchar contra los daimons puros.

Esta daimon mestiza lo sabía.

Sonrió con frialdad y dio un paso al frente.

—Es hora de dejarnos de jueguecitos, niña. No puedes ganarme.

La sangre se me heló en las venas. Lanzó su mano hacia delante y me dio en el pecho. Cuando caí al suelo, no vi más que una luz blanca cegadora. Cuando me puse en pie la gravilla me hizo cortes en las palmas de las manos, estaba tambaleándome, mareada.

Lea se levantó y fue corriendo hacia la daimon mestiza. Deseaba poder apretar el botón de stop y rebobinar. No podía moverme rápido. No podía gritar fuerte. Quizá, si hubiese tenido una segunda oportunidad, habría podido parar a Lea, pero todo se movía y cambiaba a una velocidad increíble.

Lea llegó hasta la daimon mestiza y le clavó el puño en la barbilla, lo que hizo que echase la cabeza hacia atrás, pero nada más. Lentamente se acercó a Lea y detuvo su segundo golpe. Le retorció el brazo. El sonido de sus huesos crujiendo resonó por encima del de mi sangre latiendo en mis sienes. Fui hacia ella, pero no pude llegar.

Tiempo... no había el suficiente en todo el mundo.

Lea se puso blanca, pero no gritó. Ni un sonido, y yo sabía que eso tenía que estar doliéndole. Ni siquiera cayó al suelo ni rechistó. Ni siquiera cuando la daimon mestiza levantó el brazo con la daga del Covenant en la mano.

Caleb salió corriendo a mi lado como un rayo, con determinación y rabia. Agarró a la Lea por la cintura, soltándola del daimon y sacándola fuera del alcance de la daga.

Y la daga encontró un nuevo hogar.

Un chico y una chica, uno con un brillante y corto futuro...

—¡No! —un grito desgarró mi garganta y mi alma.

La hoja se clavó en el pecho de Caleb, entera, hasta la empuñadura. Mientras se tambaleaba, se miró el pecho. Toda su camiseta estaba empapada y parecía como si alguien le hubiese tirado un cubo de pintura negra encima.

Lo cogí por la cintura mientras empezaba a caer.

—¡Caleb! No. *¡No!* Esto no debería estar pasando. Solo íbamos a pillar unos refrescos. Solo eso. *¡Por favor!* Caleb, despierta.

Pero no despertó. Una parte de mi cerebro, que aún parecía funcionar, me dijo que la gente que muere no vuelve a despertar. No se despiertan nunca más. Y Caleb estaba muerto. Se había ido antes incluso de tocar el duelo. El dolor, intenso y real, me desgarró por dentro, llevándose consigo una parte de mi alma.

El universo dejó de existir. No había daimons, no estaba Lea. Únicamente Caleb, *mi* mejor amigo, *mi* compañero, el único que me *entendía*. Con dedos temblorosos recorrí sus masculinos pómulos hasta el cuello, donde ya no le latía el pulso. Una parte de mi mundo acabó en ese instante, para siempre, con Caleb. Lo acerqué a mí, juntando mi mejilla con la suya. Pensé que quizá, si lo sujetaba suficiente y lo deseaba mucho, todo esto no sería más que otra pesadilla. Despertaría a salvo en mi cama, y Caleb seguiría vivo.

Unas manos se hundieron en mi pelo, tirándome hacia atrás. Tuve que soltar a Caleb y caí de espaldas. Aturdida y vacía, miré a la daimon. Había sido una *mestiza*, una Centinela, que había jurado matar daimons. No a los suyos.

Me cogió la cabeza, golpeándome contra el asfalto. Ni siquiera lo sentí. Una ira oscura me llenaba por completo. Se movía por todo mi interior, tan potente que me hizo perder el control. Ella iba a morir, y le iba a doler.

Le cogí la cara y le clavé los pulgares en los ojos. Ella se soltó, gritando y tratando de zafarse de mis manos. Alguien gritaba sin parar... y yo apretaba más fuerte. Sangre y lágrimas se mezclaron resbalando por toda mi cara. No podía parar. Solo la veía a ella clavándole la daga en el pecho a Caleb.

Solamente sentía dolor. No sabía si físico o mental. No para-

ban de golpearme violentas oleadas de dolor. Y entonces la daimon salió volando y alguien se agachó a mi lado. Unas manos firmes y fuertes me sujetaron las muñecas con delicadeza y me ayudaron a levantarme. Sentí ese olor familiar a mar y hojas ardiendo.

—Álex, cálmate. Te tengo —dijo Aiden—. Cálmate.

Era yo la que estaba gritando, emitiendo un sonido aterrador, terrible. Y no podía parar. Aiden me giró, poniéndome contra la mugrosa pared. Se dio la vuelta y clavó la daga bien profundo en el pecho de un daimon.

Me deslicé hasta el suelo y me eché a un lado. La mestiza estaba avanzando por la misma pared.

Tenía ríos de sangre corriendo por su cara, pero aún podía *sentirme*. Una luz azul salió de la nada, tragándose todo a mi alrededor. La daimon mestiza salió volando hacia atrás, golpeándose contra el suelo, detrás de Caleb. El aire se llenó de gritos y de olor a carne quemada.

Unos brazos me rodearon, levantándome. En cuanto sus manos tocaron las mías, supe que era Seth. Me arrastró fuera del estrecho callejón, detrás del comedor, hacia la oscuridad del patio. Durante todo el camino estuve luchando contra él, soltando puñetazos y arañazos. Unos Centinelas y Guardias pasaron corriendo a nuestro lado, pero llegaban demasiado tarde.

Llegaban demasiado tarde.

Cuando Seth me soltó, intenté pasar por su lado, pero me cogió de los hombros.

—¡No puedo dejar a Caleb así! ¡Suéltame!

Seth negó con la cabeza y sus ojos ámbar brillaban en la oscuridad.

—No vamos a dejarle ahí, Álex. No le...

Le di un puñetazo en el estómago. Él gruñó, pero poco más.

—¡Entonces sácalo! ¡Sácalo de ahí!

—No puedo...

Volví a pegarle. Seth ya había tenido suficiente, así que me cogió las muñecas con una sola mano y las sujetó entre los dos.

—¡No! ¡Tienes que dejarme que vaya a por él! ¡Tú no lo entiendes! Por favor... —mis palabras terminaron en un sollozo.

—Déjalo, Álex. No vamos a dejar el cuerpo de Caleb detrás del comedor. Tienes que calmarte. Tengo que asegurarme de que estas bien —como no contesté, maldijo entre dientes. Sentí sus manos en mi cabeza, eran rápidas y amables—. Te está sangrando la cabeza.

No podía responder. Aunque mis ojos estaban abiertos y Seth estaba enfrente de mí, Solo veía la cara de susto de Caleb. No lo vio venir.

Ni yo.

—¿Álex? —Seth me envolvió entre sus brazos.

El mundo comenzó a aclararse un poco más.

—¿Seth? —susurré—, Caleb se ha ido.

Murmuró algo mientras me secaba con sus dedos las lágrimas que no dejaban de brotar de mis ojos. No volví a hablar durante un tiempo.



Seth me llevó al centro médico. Los médicos me examinaron y determinaron que solamente tenía que lavarme y tomar un descanso, muy necesario. Alguien me lavó toda la sangre de las manos, y se intercambiaron miradas de preocupación.

Cuando acabaron, me quedé donde me habían dejado. Las paredes blancas comenzaron a ponerse borrosas. Seth volvió justo cuando me empezaba a recostar. Le miré y no sentía nada en mi interior.

Se puso a mi lado, unos mechones le caían sueltos por la cara.

—Aiden y los demás se han encargado de los daimons. Solo eran tres y la mestiza, ¿no? —hizo una pausa y se pasó una mano por el pelo—. Mataron a dos de los Guardias del puente e hirieron a otros tres Centinelas en el Covenant. Has tenido... suerte, Álex. Mucha suerte.

Me miré las manos. Seguía teniendo sangre entre las uñas. ¿Sería mía, del daimon o de Caleb? Seth me cogió la mano y me llevó hacia el pasillo.

Paró un momento.

—Tienen... el cuerpo de Caleb. Ahora se están ocupando de él. Me mordí el labio hasta notar la sangre. Solo quería sentarme y que me dejaran sola.

Seth suspiró y me sujetó la mano con más fuerza según salíamos del centro médico. No le pregunté a dónde íbamos. Ya lo sabía, pero Seth sintió que tenía que asegurarse de que lo entendiese.

—Te has metido en muchos problemas —me guió a través de la oscuridad del campus. Era casi media noche, y había Guardias por todas partes. Algunos patrullaban y otros se habían juntado en grupillos—. Para que lo sepas, Marcus ya ha soltado algo. Lucian estaba despierto y los dioses saben que no le gustó nada. Van a querer saber por qué estabas fuera de tu residencia.

Tenía todo el cuerpo medio dormido. Quizá era por eso que Marcus no me preocupaba. Iba a trompicones detrás de Seth. Nos paramos cuando abrió las puertas de la Academia y se vio la estatua de las tres furias. ¿Por qué no se habían soltado? El Covenant había vuelto a ser vulnerable.

Se dio cuenta de lo que estaba mirando y me apretó la mano.

—Ningún puro ha sufrido daños, Álex. No les... no les importa. Pero Caleb había muerto.

Seth me apartó de las estatuas. No fui consciente de toda la gente que se había juntado a las puertas de la oficina de Marcus. En cuanto entré en la sala, Marcus empezó a hablar. Lucian se quedó en pie, algo nuevo. Los dos me gritaban a la vez, y luego se iban turnando cuando el otro se quedaba sin palabras o sin aliento. Lo que dijeron fue un poco lo de siempre: Que era irresponsable, imprudente y estaba fuera de control. No dejé de prestarles atención como solía hacer normalmente. Escuché todo lo que decían, porque era cierto.

Según estaba ahí sentada, mirando a mi tío y viendo por primera vez en mucho tiempo alguna emoción en su cara, aunque fuese ira, recordé otra advertencia críptica que me había hecho la Abuela Piperi.

Matarás a los que amas.

Tenía que haberme quedado en la habitación como debía. Si habían puesto un toque de queda, era por algo. La seguridad del

santuario del Covenant había sido violada una vez. Lo había olvidado, o simplemente no había pensado en ello, ni me había importado.

Nunca me paraba a pensar.

—No creo que nada de esto esté ayudando —Seth estaba de pie detrás de mí, que estaba sentada—. ¿No veis que está afectada? Quizá deberíais dejarla descansar y mañana hacer las preguntas.

Lucian se puso a caminar por la sala.

—¡Pues claro que nada está ayudando! ¡Podrían haberla matado! Podríamos, *podrías*, haber perdido al Apollyon. Siendo el Primero, tendrías que saber qué hace ella. ¡Es tu responsabilidad!

Sentí cómo Seth se tensaba a mis espaldas.

—Lo entiendo.

—¿Y tú? —me dijo Lucian gruñendo—. ¿En qué estabas pensando? Ya sabías que hubo un ataque daimon. ¡No era seguro para ti ni para ningún otro estudiante el estar por ahí fuera de noche!

No había nada que decir. ¿Acaso no lo entendían? La había cagado, la había cagado mucho, y ahora ya no había nada que pudiese hacer al respecto. Cerré los ojos y miré hacia otro lado.

—¡Mírame cuando te hablo! Eres igualita que tu...

—¡Ya basta! —Seth se puso al otro lado de la silla que casi vuelca—. ¿No veis que no tiene sentido decirle nada ahora mismo? ¡Necesita tiempo para recuperarse de la pérdida de su amigo!

Varios Guardias del Consejo dieron un paso adelante, preparados para intervenir. Ninguno de ellos parecía querer hacerlo. Estoy segura de que recordaban lo que les pasó a los Guardias en casa de Lucian el verano pasado.

Vi cómo Lucian aguantaba su enfado y cedía. Tuve un momento de lucidez a pesar de todo. ¿Por qué había cedido Lucian? Apollyon o no, Seth era solamente un mestizo y Lucian el Patriarca. Era más que extraño, pero antes de que pudiese ser consciente de ello, desapareció de mi mente, como todos los pensamientos que me venían.

Seth se quedó donde estaba, entre mí y el resto de personas en la sala. Era como un muro de ira, y nadie se atrevía a dar un paso al frente.

En ese momento, entendí por qué todo el mundo tenía miedo de que estuviésemos allí los dos. Seth por sí mismo era una fuerza a la que tener bien en cuenta. Ya lo temían. ¿Pero Seth después de que yo despertase?

—Está bien —Marcus se aclaró la garganta. Comenzó a andar a grandes zancadas, con un ojo atento a Seth—. Estas preguntas pueden esperar a un momento mejor.

—Me parece lo correcto —respondió Seth bastante tranquilo, pero miraba a Marcus como un ave de presa.

Esquivando a Seth, Marcus se paró y se inclinó frente a mí. Le miré.

—¿Entiendes ahora que todo lo que haces, cada decisión que tomas, hasta la más pequeña, tiene enormes consecuencias?

Pues sí, y también entendía que hablaba no solo de Caleb, sino también de Seth. Sin embargo Marcus se había equivocado en algo la última vez que me sermoneó. Mis acciones no se reflejaban únicamente en Seth, eran un catalizador que marcaba las reacciones de Seth.

Capítulo 13

El dolor no había desaparecido aún cuando abrí los ojos y vi que el sol seguía brillando. Y tampoco se pasó cuando el sol comenzó a descender y las estrellas tomaron sitio en el cielo.

Había estado en silencio y sin mostrar ninguna emoción hasta que llegué a mi habitación y vi los restos de nuestra fiesta de cine. Alguien había sacado a Olivia de la habitación, pero cuando vi el regaliz que le había tirado a Caleb a la cabeza unas horas antes, me desmoroné. Solamente recordaba a Seth cogiéndome del suelo y llevándome de nuevo a la cama.

En algún momento de la tarde, Seth se fue. Volvió antes de la hora de la cena e intentó hacer que comiese algo, pero yo había tocado el fondo oscuro que seguía los episodios como este. Quizá nunca había llegado a superar la muerte de mamá y la pérdida de Caleb lo había sacado todo a la superficie. La verdad es que no lo sabía, pero cuando pensaba en ella, pensaba en Caleb y nuestros barquitos.

No hacía más que dormir, y es que en el sueño profundo no podían alcanzarme ni las pesadillas ni la realidad. En los pocos momentos que estaba despierta y consciente de lo que estaba pasando a mi alrededor, echaba de menos a Caleb y a mi madre. Necesitaba uno de sus abrazos. Necesitaba que ella me dijese que todo iba a ir bien. Pero no iba a ocurrir nunca, y mi corazón no podía soportar la idea de estar de luto también por Caleb.

Seth se quedó a mi lado, convirtiéndose en esa feroz criatura protectora que no iba a dejar que Marcus ni cualquiera de los Guardias entrase en mi habitación. Me tenía al tanto de todo lo que pasaba fuera de mi habitación. Los mestizos estaban volviendo a ser examinados, pero creían que Sandra era la culpable del primer ataque. Era una Centinela, por lo que había estado yendo y viniendo a la isla muchas veces, tantas que ella se les había escapado cuando examinaron a los Centinelas y Guardias. Todo este tiempo habían sospechado que era un alumno, y al final era un Centinela.

También intentó decirme que lo que le pasó a Caleb no fue culpa mía. Como eso no funcionaba, empezó con la táctica del «Esto no es lo que Caleb hubiese querido». Y luego confió en lo único que normalmente me molestaba, los insultos y bromas ingeniosas. Creo que al tercer día me dijo que olía mal.

De vez en cuando Seth parecía no saber qué hacer. Se estiraba, me pasaba un brazo por encima, y esperaba. Me costó un rato darme cuenta de que todo el dolor que sentía se lo estaba pasando a él. Seth tampoco sabía cómo lidiar con ello, y al principio del cuarto día ya era como si él también hubiese perdido a su mejor amigo. Así que nos quedamos ahí los dos, en silencio y con dolor en el alma.

Como dos caras de una misma moneda.

En un momento dado, en mitad de la noche, Seth se inclinó sobre mí.

—Sé que no estás dormida —unos segundos después, me apartó unos mechones de la cara—. Álex —dijo con suavidad—, mañana por la tarde es el funeral de Caleb.

—¿Por qué... por qué no lo hacen al amanecer? —pregunté con la voz quebrada.

Seth se acercó más.

—Los Guardias que mataron serán enterrados al amanecer, pero Caleb no era más que un estudiante mestizo.

—Caleb... se merece un funeral al amanecer, se merece esa tradición.

—Lo sé. Sé que se lo merece —Seth suspiró con tristeza—. Tienes que salir de la cama, Álex. Tienes que ir.

Intenté ignorar el dolor agudo que me atenazaba, pero seguía atravesándome.

—No.

Eché su cabeza junto a la mía.

—¿No? Álex, no puedes decirlo en serio. Tienes que ir.

—No puedo. No voy a ir.

Seth continuó sacando el tema hasta que la frustración y el enfado le pudieron. Saltó de la cama. Me puse de espaldas y me pasé las manos por la cara. Me pareció que estaba sucia.

A los pies de la cama, Seth hizo lo mismo con sus manos.

—Álex, sé que esto, todo esto te está matando, pero tienes que hacerlo. Se lo debes a Caleb. Te lo debes a ti misma.

—No lo entiendes. No puedo ir.

—¡No seas ridícula! —me gritó sin importarle que pudiese despertar a toda la planta—. ¿Sabes cómo te arrepentirás de esto? ¿Acaso quieres que eso también te carcoma por dentro?

Había una línea muy fina entre la ira y la pena, una que sobrepasé en ese momento y pasé al lado de la rabia. Me levanté y me puse de rodillas.

—¡No quiero ver cómo levantan su cuerpo en el aire y lo queman! Su cuerpo, ¡el cuerpo de Caleb! —se me quebró la voz a la vez que mi corazón—. Van a quemar a *Caleb*.

Y así sin más, la ira desapareció de la cara de Seth. Dio un paso al frente.

—Álex...

—¡No! —levanté el brazo, ignorando cómo me temblaba—. No lo entiendes, Seth. ¡No era tu amigo! ¡Casi ni lo conocías! ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que Caleb te admiraba. Te *idolatraba*, ¿y alguna vez le hiciste algo de caso? ¡Claro que alguna vez hablaste con él, pero no le conocías! No te molestaste en hacerlo.

Seth se frotó la mandíbula.

—No lo sabía. Si hubiese pensado...

—Estabas demasiado ocupado tonteando con las chicas o siendo un capullo arrogante —en cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí de haberlas dicho. Me senté de nuevo, con el corazón latiendo tan rápido que hasta dolía—. No puedes hacer nada...

—Estoy intentando hacer algo —sus ojos brillaron con viveza, de un color ámbar—. ¡No sé qué más hacer! He estado contigo...

—¡No te he pedido que te quedases conmigo! —grité tan fuerte que me dolía la garganta. Tenía que calmarme. Si seguía así, los Guardias acabarían viniendo a la habitación—. Solamente vete. Por favor. Déjame sola.

Me miró durante lo que me pareció una eternidad y luego se fue, cerrando de un portazo. Me tiré en la cama, con las manos

sobre mis ojos.

No tenía que haber dicho esas cosas.

Durante todo este tiempo me había preocupado no tener el control. Irónicamente, desde el primer día había estado fuera de control. No podía controlar mi ira ni mis impulsos por hacer todo lo que quería. ¿Cómo me había engañado todo este tiempo? Tener el control significaba actuar correctamente, al menos la mayoría de las veces. Pero yo iba a lo loco, inconsciente. Había dejado que mi corazón decidiera cuando dudé en contactar con el Covenant en el momento en que mamá y yo nos fuimos. No había ninguna lógica. Mi corazón destruyó cualquier amistad que pudiese haber tenido con Aiden. Y mi corazón y mi egoísmo me hicieron escaparme con Caleb. Si nos hubiésemos quedado en mi habitación, o si no hubiese estado atontada una semana entera, Caleb no habría sentido la necesidad de animarme. No habríamos ido a por bebida.

No habría muerto.

No sé cuánto tiempo me quedé ahí tumbada enredada entre las sábanas. Mi mente viajaba recordando mi infancia con Caleb, los tres largos años sin él, y cada momento que pasé con él cuando volví al Covenant. Me di la vuelta y me hice un ovillo. Le echaba de menos, echaba de menos a mamá. Las dos muertes estaban relacionadas conmigo, con decisiones que tomé o no tomé. Acción. Inacción. Las palabras de Marcus volvieron para darme caza, una y otra vez. *Todo lo que haces...*

En el quinto día, el día del funeral de Caleb, el sol salió antes y brillaba más fuerte de lo que recordaba en una mañana de noviembre. En menos de cuatro horas, los restos mortales de Caleb se habrían perdido para siempre. Cinco días desde su muerte, ciento veintidós horas desde la última vez que le había tocado y escuchado reír, más de siete mil minutos para acostumbrarme lentamente a un mundo en el que él ya no estaba.

Y solamente unas pocas horas desde que me diese cuenta de que nunca he tenido el control.

Me incorporé, aparté las sábanas a un lado y saqué las piernas de la cama. Me mareé un poco al ponerme de pie, pero fui al baño y me quedé mirando mi reflejo en el espejo.

Estaba horrible.

Uno de los daimons me había dejado moratones enormes por toda la mandíbula y el pómulos. Tenía el pelo enredado y como a pegotes. Una fina línea roja bordeaba mis ojos. Despacio, sin ganas, me desprendí de mi asquerosa ropa y la tiré al suelo. En la ducha, apoyé la frente contra el frío azulejo, dejando la mente en blanco.

Frías gotas de agua cayeron al suelo cuando salí de la ducha y me enrollé una gran toalla blanca al cuerpo. Justo cuando, sin pensar, metí el peine entre los pegotes de pelo, me vino algo a la mente.

A media luz, las cicatrices de mi cuello se veían brillantes y rugosas. Siempre llevaba el pelo suelto y camisetas de manga larga para esconder los parches rojos de mis brazos. Las cicatrices no parecían curar como deberían. Hacía todo lo posible por esconder las cicatrices. Cicatrices que eran el resultado de mis propias acciones imprudentes y descuidadas. Tan horribles.

Me volvieron a la mente las palabras del Instructor Romvi. *Debería estar menos preocupada por su vanidad.*

El peine de púas grandes se me cayó de las manos. Salí del baño corriendo hacia la cocina, directa hacia la cesta que estaba al lado del microondas. Escarbé entre servilletas, clips y otras cosas que nunca usaba. Entre ellas, encontré un par de tijeras naranjas. Según las cogía, dudé que pudiesen cortar la mayor parte de las cosas, pero servirían.

Volví al baño y me cogí el pelo, pasándolo por encima del hombro. Mis propios ojos me miraron desde el espejo. El pelo húmedo me llegaba casi a la cintura. Sin pensarlo dos veces, puse las tijeras justo por encima de mis hombros desnudos.

Una mano apareció de la nada, quitándome las tijeras de la mano. Tan rápido, tan inesperado, que grité y di un salto hacia atrás. Ahí estaba Seth, todo vestido de negro. Me agarré la toalla y le miré.

—¿Qué estás haciendo? —Seth sujetaba las tijeras como si fueran una serpiente a punto de querer hundirle los colmillos en el cuello.

—Soy... soy presumida.

—¿Y por eso te ibas a cortar el pelo? —sonó incrédulo.

—Sí, ese era el plan.

Pareció querer cuestionarlo, pero se dio la vuelta y metió las tijeras en un cajón.

—Vístete. Ahora. Vas a ir al funeral de Caleb.

Agarré la toalla con más fuerza.

—No voy a ir.

Ignorándome, Seth entró en mi cuarto.

—No pienso discutirlo más contigo. Vas a ir a este funeral, aunque tenga que arrastrarte hasta ahí.

La verdad es que me lo creía, y por eso me asustó más que, al intentar cerrar la puerta del baño con cerrojo, Seth apareció justo a mi lado. Apartó mi mano de la puerta y me arrastró fuera del baño.

El cansancio y el hambre me habían ralentizado, y me sujetaba con fuerza la toalla. Por esas razones acabé pegada a su pecho, los dos en el suelo junto a la cama. Podía sentir su corazón latiendo fuertemente contra mi hombro y su aliento en mi mejilla.

Las manos de Seth me agarraban con fuerza los brazos, impidiendo que le pudiese dar un codazo en la cara.

—¿Por qué... por qué actúas siempre así? ¿Por qué? ¿Por qué te has hecho esto? Se podría haber evitado todo.

La repentina presión que sentí en la garganta me advirtió que el enorme vacío seguía ahí, en mi interior.

—Lo sé. Por favor... por favor, no te enfades conmigo.

—No estoy enfadado contigo, Álex. Bueno, igual un poquito sí —se movió ligeramente, apoyando su cabeza contra la mía. Pasó un rato hasta que volvió a hablar—. ¿Cómo has podido hacerte esto? Tú, precisamente tú, deberías haber sabido que eso estaba mal. Tenías que haberlo pensado dos veces.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas de nuevo.

—Perdón. No queríamos...

—Podías haber muerto, Álex, o aún peor —Seth soltó un suspiro enfadado y sus dedos se tensaron sobre mis brazos—. ¿Sabes qué pensé cuando sentí tu pánico?

—Lo siento.

—Sentirlo no habría servido de nada si te hubiese perdido, ¿y para qué? —me cogió la cabeza y me la giró para que no tuviese más remedio que mirarle a la cara. Sus ojos buscaron los míos—. ¿Por qué? ¿Es por lo que pasó con Aiden?

—No —las lágrimas ya rodaban por mis mejillas—. Lo hice porque soy estúpida. Solo queríamos pillar algo de beber. No pensé que fuese a pasar nada. Si pudiese cambiarlo, lo haría. Haría cualquier cosa.

—Álex —Seth cerró los ojos.

—Lo digo en serio. ¡Haría cualquier cosa por cambiar lo que pasó! Caleb no se lo merecía. Sabía que estaba mal. Si nos hubiésemos quedado en la habitación, aún seguiría vivo. Lo sé.

—Álex, por favor.

—Sé que hice algo estúpido —mi voz se quebró—, y si pudiese retroceder en el tiempo, lo haría. Me cambiaría por él. Lo haría...

—Para —susurró mientras me secaba las lágrimas con el pulgar—, por favor, deja de llorar.

Parecía que mi interior comenzaba a retorcerse y hacerse un nudo gigante.

—Lo siento tanto. Me gustaría poder volver atrás. Quiero una segunda oportunidad, porque no puedo seguir así.

—Tienes que seguir así porque no vas a tener una segunda oportunidad, Álex. Nadie la tiene. Solamente puedes seguir adelante, y el primer paso es ir a su funeral.

Respiré profundamente.

—Lo sé.

Seth me levantó un poco la barbilla con la punta de sus dedos. Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba puesto nada más que una toalla. Bajó la mirada un momento y en ese momento todo su cuerpo pareció tensarse. Puede que fuese por las emociones extremas que se habían desatado en los dos o por la conexión que compartíamos, pero de repente sentí calor en cada centímetro de mi cuerpo.

Es extraño como el cuerpo puede olvidar todas estas cosas horribles tan rápidamente, o igual es el alma la que funciona así,

buscando el calor y el roce, como para probar que seguimos en el mundo de los vivos. Me recosté, apoyando mi mejilla contra su hombro. Cerré los ojos.

—Estás temblando —murmuró Seth.

—Tengo frío.

Puso las manos sobre mis hombros.

—Tienes que ponerte algo de ropa. No deberías estar así vestida.

—Eres tú quien ha entrado aquí. No es mi culpa.

—Aún así. Ponte algo de ropa.

Me mordí el labio y me eché hacia atrás. Seth me miró, con los ojos brillantes.

—Vale, pero primero me tienes que soltar.

Sus manos se tensaron sobre mi espalda y por un segundo... bueno, parecía que no iba a soltarme. No estaba muy segura de qué pensar sobre eso. Seth me soltó, pero primero apoyó su frente contra la mía.

—Ahora hueles mejor. Creo que vamos haciendo progresos.

Torcí la boca.

—Gracias.

Parte de la tensión en su cuerpo pareció haberse esfumado.

—¿Estás lista?

Respiré hondo, y me sentí como nunca en muchos días.

—Sí.



Cuando era pequeña, mi madre me dijo que solamente una vez muertos, un puro y un mestizo serían vistos como iguales. Ambos esperarían en las orillas del río Estigia a que sus almas fuesen llevadas al más allá.

Cuando Seth y yo llegamos todo el mundo estaba ya en fila en el cementerio. Los puros estaban al frente, delante de los mestizos, algo que no tenía sentido. Caleb era uno de los nuestros, no de los suyos. ¿Entonces por qué tenían que estar ellos más cerca de él? Aiden diría que era la tradición.

Pero seguía estando mal.

Deambulamos por el grupo del final, esquivando miradas curiosas e incluso unas cuantas de repulsa. Me intenté convencer a mí misma de que no estaba buscando a un puro de pelo oscuro en concreto, mientras mi mirada se dirigía todo el rato al grupo del principio. Aiden era la última persona que quería ver.

Seth paró, y yo también. No habíamos vuelto a hablar desde que salimos de la habitación, pero no dejaba de mirarme. Creo que temía que me diese la vuelta. Me eché el pelo aún húmedo hacia atrás y levanté la mirada hacia él, mordisqueándome el labio.

—Vas a darme las gracias, ¿verdad?—Seth sonó simpático.

—Bueno... iba a hacerlo. Pero ahora no estoy tan segura.

—Vamos. Quiero oírtelo decir. Seguramente será tu primera y última vez.

El intenso brillo del sol me hizo entrecerrar los ojos. A lo lejos, podía ver la pira y el cuerpo envuelto en sábanas blancas.

—Gracias por quedarte conmigo. Siento haberme portado como una imbécil contigo.

Seth descruzó los brazos y me dio un toquecito con el codo.

—¿Acabas de llamarte...

—Sí, porque lo soy —suspiré—. No merecías que te gritara cuando... lo de Caleb.

Se acercó un poco más cuando Lucian empezó a moverse para ponerse frente a la pira. Como Patriarca, tenía que dar el discurso de despedida, hablar la vida eterna y todo eso.

—Me merezco muchas cosas —dijo Seth.

—Pero eso no —aparté la mirada de la escena frente a mí. Me puse a mirar unas flores de jacinto que había al lado. Su densa espiga de flores era de un rojo intenso, y las flores parecían pequeñas estrellas. Eran el símbolo de la pena y el luto, estaban por todas partes en el cementerio, recordándonos a todos la tragedia del amor de Apolo por el hermoso Jacinto. Mucho tiempo atrás, cuando los dioses andaban por la Tierra libremente, la gente que acababa muriendo de forma trágica, si eran jóvenes y bellos, se convertían en flor, ya fuesen hombres o mujeres, se habían ganado el favor de un dios.

Qué retorcido.

Seth se acercó un poco más, rozándome el brazo.

—Ya sabes, la conexión que tenemos entre nosotros no me dejó otra opción.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, gracias de todas formas.

Lucian empezó con el discurso de despedida, hablando del espíritu y la fuerza de Caleb. El dolor que sentía en el pecho comenzó a crecer y sentí el aire fresco, impregnado de un dulce aroma, sobre mis mejillas húmedas. Cuando encendieron la pira, se retorció todo en mi interior y no pude evitar que un escalofrío me recorriese todo el cuerpo. Me di media vuelta, agarrándome a algo cálido, mientras el aire se llenaba con los sonidos de la madera crujiendo y leves sollozos.

No sé qué dolía más: el hecho de que nunca más volvería a verlo o que nunca más volvería a escuchar su risa contagiosa. Con cada cosa que recordaba, sentía una punzada de dolor.

Hasta que la multitud no comenzó a dispersarse no me di cuenta de que eso cálido a lo que me estaba agarrando era un cuerpo, y que ese cuerpo pertenecía a Seth. Me puse roja y me solté de su abrazo. Había llorado sobre él como nunca en mi vida.

—Lo necesitaba...

Agradecí que se quedase con eso y no dijese nada más, lo vi marcharse hacia las puertas del cementerio. Me volví a secar los ojos y me di la vuelta.

Me quedé helada.

Olivia estaba justo enfrente, vestida con unos pantalones negros y un jersey. Tenía la piel mucho más clara; sus ojos, que normalmente eran cálidos y enormes, estaban ahora fríos y llenos de ira. Por su cara corrían las lágrimas sin parar.

Di un paso hacia ella, queriendo consolarla.

—Olivia, lo...

—¿Por qué no hiciste algo? —su voz se quebró en mil pedazos—. Eras su mejor amiga. ¡Podías haber hecho algo! —dio un paso al frente, señalándome con su brazo tembloroso.

Luke se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Déjalo. Álex no tiene...

—¡Eres el Apollyon! —gritó Olivia, acabando la frase con un sollozo—. ¡Sí, lo sé! ¡Caleb me lo contó, y te he visto pelear! —se dio la vuelta hacia Luke, con ojos suplicantes—. Tú has visto lo rápido que se mueve. ¿Por qué no hizo nada?

Lo sabía, *sabía* que no había nada que pudiese haber hecho. Yo no era el Apollyon, aún no, ¿pero oírla decir eso? Bueno, era como escuchar la voz de Marcus en mi cabeza. *La gente espera más de ti, debido a en qué te vas a convertir.*

—Lo siento Olivia. Lo...

—¡No digas que lo sientes! ¡No traerá a Caleb de vuelta! Me estremecí.

—Ya lo sé.

—Olivia, vamos. Volvamos a tu habitación —Luke me lanzó una mirada de disculpa mientras se la iba llevando.

Elena se acercó a ellos, cogiendo a Olivia de la mano.

—No pasa nada. Todo irá bien.

Olivia se derrumbó sobre Luke y apoyó la cabeza sobre su pecho. Se veía claramente el peso que su pérdida estaba causando en ella.

El dolor clavó sus garras en mi pecho. Me di la vuelta, con un torrente de lágrimas en mis ojos. A ciegas, me aparté de ellos a duras penas, adentrándome más en el cementerio. No miré hacia arriba y no me sequé los ojos hasta que no me choqué contra alguien.

—Oh, lo sient... —paré a media disculpa.

No era una persona contra lo que me había chocado, sino una estatua. Una risita escapó de mi garganta cuando miré hacia arriba. La cara labrada en piedra era asombrosa, y reflejaba en ella una pena descomunal. La escultura estaba hecha de tal manera que el personaje estaba ligeramente inclinado hacia delante, con un brazo estirado hacia delante y la palma abierta, como haciendo señas. Miré hacia la base, donde estaba grabado el nombre de Thanatos. Bajo su nombre, un símbolo, una antorcha boca abajo.

Ya lo había visto antes... en el brazo del Instructor Romvi.

Capítulo 14

Suspiré y me metí las manos en los bolsillos de la sudadera, mirando hacia el cielo nocturno. Las estrellas rompían la oscuridad y algunas brillaban más que otras. La última vez que había mirado hacia el cielo fue detrás del comedor, mientras sostenía el cuerpo frío de Caleb.

Caleb.

Antes de que me volvieran a consumir, contuve las oleadas de pena y arrepentimiento pensando en algo que me llevaba rondando desde su funeral. ¿Por qué narices iba a tener Romvi tatuado en el brazo el símbolo de la muerte no violenta? ¿Acaso no era ese mismo dios el que el antiguo libro hacía responsable de las muertes de Solaris y el Primer Apollyon? No estaba segura de que fuese importante, pero la imagen no dejaba de venirme a la mente.

—¿Estás bien?

Sentí que todos los músculos de mi cuerpo se bloqueaban. Me recordé a mí misma que solamente nos iba a costar once horas llegar a las Catskills³, once horas metida en un coche con el chico al que amaba, el tío al que prácticamente había suplicado que me amase también. Más o menos así me sentía. Iba a ser fácil. Sí, muy fácil.

—¿Álex?

Me di la vuelta. Aiden estaba metiendo mi maleta en la parte trasera del Hummer y me miraba por encima del hombro. Aparté la mirada.

—Sí, solo estaba pensando.

—¿Estas son todas tus cosas?

Asentí con la cabeza y di una patadita al suelo. Tenía que actuar como si nada, o esto acabaría siendo el viaje en coche más largo de mi vida.

—¿Qué tal... está Deacon?

Pasaron unos segundos hasta que respondió.

3 Las vastas Montañas Catskill están al sureste del estado de Nueva York, a poco más de 150km de la ciudad.

—Bien —cerró la puerta del maletero—. Quería que te dijese que lo siento mucho por... lo que ha pasado.

Me giré hacia él, pero con la mirada fija en su hombro, que era un hombro bien bonito, y me fijé en que tenía una cadenita de plata colgando del cuello bajo la sudadera. Era raro, Aiden nunca llevaba nada.

—Dale las gracias.

Aiden asintió con la cabeza y fue hacia su lado del coche, pero de repente paró y me choqué contra su espalda. Se giró y me cogió el brazo. Nuestros ojos se encontraron durante una fracción de segundo, y luego me soltó el brazo.

Dio un paso atrás.

—No sé en qué estabais pensando —se calló y miró hacia Leon, que esperaba en la entrada del Covenant.

—Solo queríamos coger unas bebidas de la cafetería —tragué saliva, pero el nudo de mi garganta no desaparecía—. Íbamos a ver unas pelis.

—¿Estamos listos? —preguntó Leon—. Deberíamos ir saliendo ya si queremos llegar a las Catskills antes del atardecer.

—Sí —Aiden se dio la vuelta, pero volvió a mirarme—. ¿Álex?

Lentamente, levanté la mirada hacia él. Resultó ser un fallo de proporciones épicas. Todo tipo de dolores se despertaron en mi pecho.

Recorrió toda mi cara con su mirada.

—Yo... siento lo de Caleb. Sé lo mucho que significaba para ti. No podía apartar la mirada, no podía decir ni una palabra.

Miró hacia atrás y cuando volvió a mirarme sus ojos brillaban con un color plateado bajo la tenue luz.

—No... no vuelvas a hacer algo así nunca más. Por favor. Prométemelo.

Me habría gustado preguntarle qué le importaba si me tiraba frente a un daimon, pero no me salieron esas palabras. Lo hicieron otras.

—Lo prometo.

Aiden me miró durante un momento más y luego se dio la vuelta. Después de eso, nos montamos en el Hummer. Yo me sen-

té atrás y Aiden se puso en el asiento de delante. Leo conducía y el otro Guardia se sentó a mi lado.

Apoyé la cabeza contra el asiento, cerré los ojos y me pregunté cómo había podido acabar en el coche mientras Seth se iba en el jet privado con Lucian, Marcus y los miembros del Consejo. Habían salido por la mañana. Los mestizos, incluso los centinelas, no solían ir en avión, pero habían hecho una excepción con Seth.

Los viajes en coche solían convertirme en una irritante niña de cinco años, especialmente los astronómicamente largos, pero estaba demasiado cansada como para pensarlo. Con todo lo que dormía, seguramente debería poder estar despierta durante días, pero me quedé frita en seguida.

Me desperté dos horas después, cuando paramos a echar gasolina en *Mitad-De-La-Nada*, Virginia. Leon y el Guardia entraron a la casucha. Todo estaba realmente oscuro, rodeado de bosques y granjas. Lo único que se oía eran las vacas mugiendo en la distancia. Rodeé el coche y me encontré con Aiden apoyado en el parachoques. Me miró al ponerme a su lado. Sus ojos tenían casi el mismo color que la luna llena.

—Si quieres algo de comer, Leon o el Guardia te lo comprarán —Aiden hizo rodar una botella de agua entre sus manos.

—No tengo hambre —seguí andando hacia delante, dándole la espalda.

—No queremos parar si no es necesario.

—Me parece bien —me subí al bordillo y me puse a hacer equilibrios.

A medio camino, miré hacia la tiendecita, si es que a eso se le podía llamar así. Parecía una pizzería vieja y el cartel rojo de neón parpadeaba en la puerta diciendo «ABIERT». Leon estaba en el mostrador.

—Esto... ¿Ha confirmado ya Marcus que la Centinela fuese responsable del primer ataque?

—No hay forma de poder confirmarlo, Álex. Eso creemos. Están volviendo hacer otra ronda de reconocimiento —hizo una pausa al ver cómo me ponía en tensión—, para asegurarse de que fue ella.

Llegué al final del bordillo.

—Supongo que ahora entiendo por qué esos reconocimientos eran tan importantes. Se les pasó y mira qué ha sucedido. Los Guardias del puente seguro que no se esperaban nada cuando la vieron aparecer.

—No. Y los daimons parece que se están volviendo más listos. Entraba y salía mucho del campus, lo que la convertía en la candidata perfecta. Además sus marcas no eran visibles.

Me doblé hacia atrás, me sostuve sobre las manos y aterricé perfectamente sobre el estrecho bordillo. En otra vida seguro que fui gimnasta. Me di la vuelta hacia él y vi que me estaba mirando.

Apartó la mirada, como si fuese un extraño, con una expresión casi triste en la cara. Se apartó del parachoques y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Parece que Seth y tú os lleváis mucho mejor.

Arrugué la frente por el súbito cambio de tema.

—Sí, supongo.

Aiden se paró frente a mí.

—Es un gran progreso pasar de querer clavarle un puñal en el ojo a lo de ahora.

Aunque yo estaba sobre el bordillo, Aiden seguía siendo más alto que yo. Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué te importa?

Levantó un poco las cejas.

—Era solamente un comentario, Álex. No tiene nada que ver con que me importe o no.

Sentí que las mejillas me ardían y asentí.

—Ya, supongo que no tenía que haber sacado el tema de qué importa o no —salté del bordillo y fui hacia el surtidor.

Aiden me siguió.

—Os vi a los dos en el funeral. Él fue allí por ti. Creo que está bien, no únicamente por ti sino por él. Me parece que eres la única persona por la que se preocupa Seth, aparte de sí mismo.

Me entraron ganas de reír y paré, pero me dio... vergüenza. Como si me hubiesen pillado haciendo algo que estaba mal, pero es que no era así. Comencé a andar de nuevo, sin saber muy bien

dónde quería llegar Aiden con esto.

—Seth se preocupa por sí mismo. Y ya está.

—No —Aiden siguió mis movimientos y llegó hasta donde yo estaba—. No se ha separado de tu lado. Seth no dejaba que nadie, ni siquiera yo, se acercase a ti.

Me giré, sorprendida.

—¿Te pasaste a verme?

Aiden asintió.

—Varias veces, de hecho, pero Seth estaba convencido de que necesitabas tiempo para lidiar con todo. Eso no suena a alguien que solamente se preocupa por sí mismo.

—¿Y por qué viniste a verme? —di un paso hacia él. En mi interior volvía a despertarse la emoción y la esperanza—. Me dijiste que no te preocupabas por mí.

Dio un paso atrás, cerrando la mandíbula.

—Nunca he dicho que no me preocupase por ti, Álex. Dije que no podía amarte.

Me estremecí, maldiciéndome por haber permitido que se abriese en mí esa pequeña ventana a la esperanza y que se descontrolase. Sonreí levemente, fui hacia el Hummer y cerré la puerta de golpe. Por desgracia, Aiden me había seguido.

Se sentó en el asiento de delante y se dio la vuelta.

—No intento pelear contigo, Álex.

Mis sentimientos heridos se apoderaron de mí.

—Entonces igual deberías intentar no hablar conmigo. Sobre todo cuando parece que me quieres entregar a otro tío.

Los ojos de Aiden se avivaron, llameando en la oscuridad.

—No estoy intentando entregarte a nadie. Nunca fuiste mía.

Me incliné hacia delante, clavándome los dedos en las piernas mientras hablaba en un susurro cargado de dolor.

—¿Que nunca fui tuya? ¡Haberlo pensado antes de desnudarme en tu habitación!

Tomó aire y sus ojos cambiaron a un gris oscuro.

—Fue una pérdida temporal de la cordura.

—Oh —solté una carcajada cruel—. ¿Y esa pérdida temporal de la cordura te ha durado varios meses? ¿Fue la que te hizo decirme

todo eso en el zoo? ¿Fue la...

—¿Qué quieres que te diga, Álex? ¿Que siento... haberte seguido el juego? —hizo una pausa, como queriendo calmarse—. Pues sí. ¿De acuerdo? Lo siento.

—No quería que dijese eso —susurré con el estómago del revés.

Aiden cerró los ojos y movió la cabeza.

—Mira, ahora mismo no necesitas nada así. No después de todo lo de Caleb e ir al Consejo. Así que, para.

—Pero...

—No voy a hacer esto, Álex. Ahora no. Ni nunca.

Antes de que pudiera contestar, Leon y el Guardia volvieron, dando fin. Me hundí en el asiento y miré hacia la cabeza de Aiden. Sabía que él podía sentir cómo le atravesaba con la mirada, porque se quedó sentado tenso, con los ojos mirando al frente.

En un momento dado me aburrí y me asomé por el respaldo del asiento para sacar mi reproductor de música. Intenté volver a dormir, pero tenía la mente demasiado ocupada pensando en Caleb, la discusión con Aiden y si Seth era tan egocéntrico como yo pensaba o no.



Después de nueve horas infernales, llegamos a una carretera sinuosa rodeada de enormes pinos y abetos tan espesos que me recordaban a una granja de árboles de Navidad. Estábamos adentrándonos en las Catskills, tierra de nadie. A un kilómetro y medio, una monótona valla salió de la nada, rodeando lo que supuse que sería el perímetro del Covenant de Nueva York.

Resoplé.

—Bonita seguridad.

Aiden se dio media vuelta.

—Aún no has visto nada.

Le ignoré y me incliné hacia delante, viendo únicamente una valla de alambre y árboles. Igual era una de esas vallas que electrocutaban a la gente, pero la verdad es que esperaba algo más.

Y entonces vi a los Guardias apostados frente a la penosa valla, armados con lo que parecían armas semiautomáticas. Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando levantaron las armas y apuntaron hacia el coche. Leon redujo la velocidad según los cuatro Guardias se acercaban a nosotros con cuidado.

—Álex, suéltate el pelo —dijo Aiden en voz baja.

No supe por qué, pero el tono tan serio en su voz me dijo que era mejor hacerle caso. Me deshice el moño y dejé que el pelo me cayese por encima. Leon bajó todas las ventanas, y al mismo tiempo, los Guardias miraron por todo el coche, buscando en nosotros... marcas *visibles*.

Me encogí, pero pude ver la mirada del Guardia de piel oscura recorriéndome una y otra vez. Sentía las marcas ardiendo sobre mi piel, bajo todo el pelo. No tenía muy claro qué habrían hecho si hubiesen visto mis marcas. ¿Dispararme?

Finalmente, le hicieron una señal al Guardia que se había quedado atrás. La enorme puerta vibró y se abrió con un chirrido. Solté todo el aire que había aguantado sin darme cuenta.

—¿Tengo que llevar el pelo suelto estando aquí?

Aiden me miró, con sus labios formando una tensa línea recta.

—No. Pero es mejor no provocar a un Guardia de gatillo fácil. Era una afirmación lógica.

Pasamos la puerta y seguimos por la carretera medio kilómetro más hasta que los árboles comenzaron a clarear. Me apoyé sobre el asiento de Aiden cuando el Covenant de Nueva York apareció ante nosotros.

Bueno, apareció el muro de mármol de más de seis metros de alto.

Tras pasar otra ronda de Guardias bien armados, entramos por fin en el recinto. No era muy distinto al de Carolina. Había estatuas de dioses por todas partes, aunque las nuestras estaban sobre la arena y las suyas salían de la hierba más verde que jamás había visto.

El primer edificio que vi fue una mansión, algo que no esperaba ver en medio de las Catskills. Una vez oí que los Rockefeller tenían una casa por aquí, pero no sería nada comparada con esta

monstruosidad. Cuando paramos frente a la casa de piedra, llegué a contar seis pisos, varias salas totalmente acristaladas, y posiblemente una sala de baile con cúpula acristalada. Empecé a seguirlos fuera, pero Aiden me paró.

—Álex, espera un momento.

Me quedé clavada con la mano sobre el tirador.

—¿Qué pasa?

Aiden se giró por completo y esos ojos... dioses, sus ojos siempre me atraían, tan llenos de calor que casi podía saborear sus labios sobre los míos. Qué pena que sus palabras echasen a perder ese momento.

—No hagas nada que pueda llamar la atención.

Mis dedos se tensaron.

—No pensaba hacerlo.

—Lo digo en serio, Álex —sus ojos perforaron los míos—. Aquí nadie va a ser tan permisivo como tu tío o tu padrastro. Me imagino que no van a tener paciencia cuando te toque el turno. Hay gente en el Consejo que... bueno, no son *fans* tuyos precisamente.

Noté un dolor punzante en el pecho, resultado de su tono profesional. No tenía ni idea de dónde había ido el Aiden tierno, el que juró que siempre estaría ahí para mí, el que amablemente me sacó del borde del abismo durante los entrenamientos. Dioses, había tantos momentos más, pero todos ellos habían desaparecido.

Aiden había desaparecido. Como Caleb, pero de otra forma. Los había perdido a los dos. Se me pasó gran parte del enfado. Miré hacia la ventana y suspiré.

—No esperaba que lo fuesen. Me comportaré. No tienes que preocuparte por mí.

Empecé a volver a abrir la puerta.

—¿Álex?

Lentamente, me giré hacia él. En ese momento Aiden no estaba tan a la defensiva y su mirada reflejaba un profundo dolor. Pero había algo más, algo como incertidumbre. Sin embargo, se recompuso poniéndose una perfecta máscara de indiferencia, borrando todo rastro de emoción.

—Solamente ten cuidado —dijo con voz extrañamente vacía.

Habría querido decirle algo, pero la intensa actividad del exterior del coche lo hizo imposible. Los sirvientes, rebaños de sirvientes mestizos, llegaron al Hummer, abriendo todas las puertas y sacando el equipaje. Un chico con el pelo claro me abrió la puerta dócilmente. En la frente tenía tatuado un círculo cruzado por una raya. Miré a Aiden y vi que seguía con su mirada fija en mí. Me dirigió una sonrisa forzada antes de salir del coche. No pude evitar preguntarme si la duda que había visto en sus ojos tendría algo que ver conmigo.



Me asignaron una habitación en la quinta planta, una que conectaba con la de Marcus. O al menos eso es lo que dijo el portero mestizo de la mansión justo antes de desaparecer entre las sombras. En realidad no tenía ni idea, así que simplemente seguí al chico rubio. No vi hacia donde mandaron a Aiden y Leon, pero seguro que les dieron habitaciones en los pisos de abajo, unas habitaciones enormes e increíbles.

Cruzamos el grandioso vestíbulo y fuimos hacia un pasaje cubierto de cristal. A la izquierda estaba la entrada a lo que parecía el salón de baile, pero no me llamaron la atención sus luces parpadeantes. Justo en medio del pasaje estaba la misma estatua que teníamos en el vestíbulo del Covenant de Carolina del Norte.

Furias.

Me tragué un grito y pasé al lado de las estatuas para alcanzar al sirviente mestizo. Su presencia permanecía incluso después de atravesar el pasaje, persistiendo en el fondo de mis pensamientos. Anduvimos un buen trecho más hasta que no pude con ese silencio.

—Y... um... ¿te gusta estar aquí? —le pregunté al entrar a un pasillo estrecho lleno de pinturas al óleo.

El chico no dejó de mirar la alfombra oriental.

Vale... ¿había algún tipo de norma que prohibiese hablar? Miré las pinturas, repasando mentalmente la lista de dioses según pasábamos a su lado: Zeus, Hera, Artemisa, Hades, Apolo, Déme-

ter, Thanatos, Ares, espera. ¿Thanatos? Paré para mirar la pintura más atentamente.

Tenía alas y una espada. De hecho Thanatos parecía un ángel bastante guay, pero tenía la misma mirada triste que el Thanatos del cementerio. En la mano izquierda llevaba una antorcha llameante del revés. ¿Por qué Thanatos, que no era uno de los dioses Olímpicos, tenía una imagen suya aquí?

Aparté la mirada al escuchar cómo se abría una puerta. Miré hacia atrás. El sirviente mestizo sujetaba la puerta abierta, con la mirada gacha.

Apreté los labios, recorriendo con la vista las cuatro paredes blancas frente a mí. Llamarlo armario habría sido demasiado bueno, para esta... esta cosa que consideraban una habitación. Entré mientras el sirviente ponía mi equipaje frente a la puerta.

Había una cama, una cama de matrimonio cubierta con una manta marrón que tenía pinta de picar mucho y una almohada baja. Una diminuta mesilla sostenía una lámpara oxidada que habría tenido tiempos mejores. Tardé dos segundos en cruzar la habitación y echarle un ojo al baño.

Tenía el tamaño de un ataúd.

Vi el suelo arañado, el espejo sucio y manchas de óxido rodeando el soporte de la cortina del baño.

—Tiene que ser una broma —susurré.

—¿Esperan que duermas en esta habitación, en esa cama?

Me sobresalté al escuchar la voz de Seth y me di con la cadera en el lavabo.

—¡Ay! —me froté la cadera mientras me giraba.

Seth estaba a los pies de la cama, con su siempre presente expresión burlona mezclada con un cierto desprecio. Únicamente había pasado un día desde la última vez que le había visto, pero curiosamente se me había hecho mucho más largo. Llevaba el pelo suelto, cayéndole por la cara. También llevaba vaqueros y un jersey negro liso, algo raro en él.

Me alegré bastante de verle.

—Sí, esta habitación es una mierda —salí del baño.

Seth fue hacia una puerta que había al otro lado de la cama y

echó el cerrojo.

—Supongo que este no es el armario, ¿no?

—No, es la puerta que da a la habitación de Marcus.

Arqueó una ceja.

—¿Te han dado la habitación de servicio de Marcus?

—Genial —miré a mi alrededor y me di cuenta de que no había ni un solo armario ni nada en la habitación. Tendría que dejar la ropa en la maleta todos los días. Yuhuuuu—. ¿Por qué la has cerrado?

Seth me dirigió una sonrisa maliciosa.

—No quiero que Marcus entre y nos encuentre aquí a los dos. ¿Qué pasa si queremos acurrucarnos juntos en estas frías noches neoyorkinas?

Arrugué la frente.

—No nos vamos a acurrucar juntos.

Me puso un brazo sobre el hombro, y me llegó su olor a menta y a algo salvaje.

—¿Y abrazarnos?

—Eso tampoco.

—Pero tú eres mi cariñito. Mi pequeña Apollyon cariñitos...

Le pegué en un costado.

Riendo, Seth me dirigió hacia la puerta.

—Ven, quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

Quitó el brazo y me cogió la mano.

—El Consejo empieza la primera sesión hoy a la una. Creo que tendríamos que ir a verlo.

—Suena aburrido —dejé que me sacase de la habitación. No es que tuviese nada mejor que hacer.

—También podemos entrenar —Seth me llevó hacia las escaleras y bajó los peldaños de dos en dos—, tengo ganas de bronca, hace mucho que no le lanzo bolas de fuego a nadie.

—Eso me parece más interesante que ver a un montón de puros postulando lo geniales que son ellos y sus leyes.

—¿Postulando? —Seth miró hacia atrás, sonriendo—. No puedo creer que hayas usado la palabra «postular».

—¿Qué pasa? —solté—. Es una palabra real.

Seth levantó una ceja y continuó bajando las escaleras. Nos cruzamos con varios sirvientes vestidos con andrajos. Todos ellos miraban hacia abajo pero vi que una vez nos pasaban levantaban la vista.

Seth me agarró la mano.

—Vamos. Nos lo vamos a perder.

Fuera, el viento cortante me atravesaba el jersey y me daba escalofríos. Por primera vez, agradecía la mano de Seth. La sentía increíblemente caliente.

—De todo modos, la sesión del Consejo seguro que es interesante. Es una vista.

—Yo pensaba que la mía era la única vista.

—No —Seth me llevó a través del ala oeste de la mansión—. Hay varias vistas. Tú eres una de tantas.

Iba a empezar a contestar, pero cerré la boca. Un laberinto de muros de mármol hasta la cintura nos separaba del coliseo griego. Magníficas flores brillantes brotaban de las plantas que los cubrían. Gruesas ramas de una planta trepadora recorrían las estatuas y bancos, cubriéndolo todo a nuestro alrededor de un rojo y verde vibrantes.

—Guau.

Seth rió.

—Si sigues por este camino, te lleva directamente al Consejo. Miré los diversos caminos que salían como ramificaciones del principal.

—¿Es un laberinto de verdad?

—Sí. Pero no lo he probado.

—Parece divertido, ¿no? —le miré—. No había estado nunca en un laberinto.

Una sonrisa de verdad reemplazó a la de soberbia que solía tener.

—Quizá si te portas bien, y quiero decir muy bien, podamos venir a jugar en el laberinto.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, ¿en serio?

Asintió.

—También tienes que comerte toda la cena.

Ni siquiera me molesté en contestarle. Me perdí con el paisaje. ¿Cómo demonios podían los puros mantener durante todo el año las flores así? Tenía que ser magia, alguna magia antigua. Cuanto más nos adentrábamos por el camino, las plantas eran más grandes, y según nos acercábamos al final, Seth caminó más despacio.

—Tendremos que meternos a escondidas —dijo—. Se supone que no podemos escuchar los Consejos.

—¿Y si nos pillan?

—No nos pillarán.

Era raro confiar en Seth, sobre todo porque... confiaba en él. No del mismo modo en que habría puesto mi vida en las manos de Aiden, pero casi casi.

Detrás de varias columnas de piedra, Témis, la Diosa de la Justicia Divina, se encontraba a la entrada del coliseo. Era bastante alucinante, con esa espada en una mano y una balanza en la otra, pero su presencia me parecía un tanto irónica, los puros no tenían ni idea de justicia equilibrada.

El edificio parecía sacado directamente de la Antigua Grecia. El Covenant de Nueva York estaba tan escondido que podían permitirse diseños que normalmente no se encontraban en los barrios llenos de supermercados y restaurantes de comida rápida. Lo más cercano que teníamos en el Covenant de Carolina era el anfiteatro donde se hacían las sesiones.

Seguí a Seth y nos metimos por la entrada lateral que usaban los sirvientes. La mayoría de los mestizos con los que nos cruzábamos bajaban la mirada, llevando en sus manos cálices y platos con pequeños aperitivos. Me costaba mucho mirarlos, más de lo que pensaba. En casa no solíamos ver a tantos. Los mantenían apartados de nosotros, como si el Covenant de Carolina no quisiese que viéramos cómo era el otro lado.

¿Qué pensarían los sirvientes al verme, o a cualquier otro mestizo que no estuviese en el servicio? ¿Acaso eran capaces de pensar? Si yo fuese una de ellos y me quedase algún tipo de pensamiento crítico, sería bastante hostil hacia los mestizos «libres».

La extraña sensación que tenía en la boca del estómago comenzaba a ser demasiado fuerte como para ignorarla, así que empecé a farfullar mientras Seth me llevaba a través de varias puertas.

—¿Escaleras? ¿Más escaleras? ¿Qué les costaba poner un maldito ascensor?

Seth empezó a subirlas.

—Igual piensan que los dioses no estarían contentos con los ascensores.

—Eso es una estupidez —el largo camino en coche me había dejado las piernas como si fuesen de gelatina.

—Solamente tenemos que subir ocho pisos. Te lo prometo.

—¿Ocho? —vi a dos sirvientes más bajando por las escaleras con las manos vacías. Una de ellas era una mestiza de mediana edad que llevaba un vestido liso gris. Llevaba unas sandalias finas sin calcetines. Tenía la piel de los tobillos como amoratada y roja, como si se hubiese frotado. Me estremecí y miré al sirviente que iba detrás de ella.

Un escalofrío repentino me recorrió toda la piel.

El mestizo era más mayor, con el pelo marrón oscuro rizado y mejillas curtidas por el sol. Unas finas líneas le surcaban las comisuras de unos amables ojos marrones... que me miraban directamente.

Sus ojos no eran los ojos vidriosos de un sirviente.

Eran despiertos, inteligentes, atentos. Había algo familiar en él, algo que yo tendría que *saber*.

Capítulo 15

—Venga, vamos —dijo Seth metiéndome prisa y tirando de mi mano—. Nos lo vamos a perder.

Con cierto esfuerzo, volví a concentrarme en la espalda de Seth y seguí subiendo escaleras. La línea de los hombros de Seth parecía tensa. En el rellano del cuarto piso, paré un segundo para mirar hacia atrás.

El sirviente mestizo de abajo nos estaba mirando. Nuestros ojos se encontraron durante un segundo, el mestizo dio un paso atrás y cerró los puños. Luego se dio la vuelta y desapareció por las escaleras.

—Qué raro —murmuré.

—¿Eh?

¿No se había dado cuenta de lo despierto que estaba ese sirviente? Seth me miró con cara extrañada, así que supongo que no.

—Nada.

Seth abrió un poquito una puerta.

—¿Estás lista?

—Supongo —aún seguía pensando en ese sirviente.

—Tenemos que pegarnos a la pared, pero deberíamos poder verlo todo desde aquí —me ayudó a entrar.

Subí a lo que parecía ser un balcón que sobrevolaba el Consejo. Me eché hacia delante pero Seth me tiró hacia atrás.

—No —me dijo pegado a mi oreja—. Tenemos que estar pegados a la pared.

—Perdón —me moví para soltarme de él—. ¿Me puedo sentar?

Sonrió juguetón.

—Pues claro.

Me deslicé por la pared y estiré mis piernas doloridas. Seth hizo lo mismo, intentando estar lo más cerca posible de mí. Le di un pequeño codazo, pero él sonrió.

—¿Y ahora qué?

—¿No estás súperinteresada en escuchar lo que dice el Con-

sejo?

Miré hacia el Consejo debajo nuestro, jugueteando con el cordón de mi sudadera. «Interesada» no era la primera palabra que me venía a la mente; «aterrada» me parecía más adecuada. Estos puros podían ser la diferencia entre la fortuna o la ruina de un mestizo. Me incliné hacia delante, mirando hacia la multitud a través de los barrotes del balcón.

Un mar de rojos, azules, verdes y blancos se movían por toda la sala, sentándose con los que llevaban túnicas del mismo color. Miré hacia los blancos y vi una pelirroja que se movía entre la multitud de puros tan elegante como una bailarina.

—Dawn Samos —susurré. Le sentaban bien hasta esas sábanas blancas.

Seth se inclinó.

—¿La conoces?

—Es la hermana de Lea. ¿Crees que habrá venido con Dawn? —hice una pausa, recordando cómo Lea había luchado a mi lado—. Me... me gustaría hablar con ella.

—No ha venido, pero se pasó por tu habitación después... del incidente.

—¿En serio? —sorprendida, miré hacia los puros—. Me sorprende. ¿Estaba... estaba bien?

—Tenía un brazo roto y unas cuantas moraduras, pero se pondrá bien.

Asentí y miré cómo Dawn se sentaba y estiraba la túnica. No dejaba de mirar a su alrededor buscando a alguien. Antes de poder estudiar algo más a los puros de Consejo, me di cuenta de que los que no eran miembros del Consejo también estaban esperando. Por el final estaban Marcus y una hermosa mujer de pelo azabache que únicamente había visto una vez.

—Laadan, la mujer que está con Marcus es Laadan. Es la pura que más o menos dio la idea de darme la oportunidad de quedarme en el Covenant —me eché el pelo hacia atrás—. Me había olvidado que estaba aquí.

Seth me dio un golpecito en la pierna.

—He oído hablar de ella. No parece mala persona.

Una cabeza familiar se sentó junto a Laadan. Aiden se había puesto unos pantalones blancos y una camisa blanca arremangada hasta los codos, enseñando sus potentes antebrazos. Las puntas de su pelo se rizaban por el cuello, dándole un cierto aire salvaje. Se giró hacia Laadan y le dijo algo. Esta le tocó el brazo y Marcus movió la cabeza.

Algo me sorprendió, y es que Marcus iba vestido como siempre: pantalones oscuros y una chaqueta de traje, pareciendo más un corredor de bolsa que un semidiós. Laadan llevaba un vestido de terciopelo rojo. Miré hacia la gente del fondo y me di cuenta de que muchos iban vestidos del mismo color que los que llevaban túnicas.

—¿Por qué Aiden va de blanco?

—Le deben un asiento en el Consejo.

Miré a Seth.

—¿Qué significa eso?

Seth arqueó una ceja.

—Como el asiento de su padre aún está libre y así quedará, se le debe un asiento en el Consejo.

—¿Y? Él no lo quiere.

—Eso no importa. Aiden tiene que mostrar su respeto por los miembros actuales del Consejo. Por eso va de blanco. ¿El resto de los que van vestidos así? O son los siguientes en la línea de sucesión o entrarán en campaña para tomar asiento cuando alguno quede libre.

Me giré hacia Aiden. Estaba echado hacia atrás, con un brazo sobre el asiento vacío a su lado.

—Nunca me lo había dicho.

—¿No tendrías que haberlo sabido ya antes?

—La verdad es que no presto atención en las clases de Política.

Seth rió entre dientes.

—Probablemente tome el asiento algún día, cuando siente cabeza. Todos los puros lo hacen.

Me abracé.

—¿Qué quieres decir con «*cuando siente cabeza*»?

Seth miró hacia el infinito.

—Nada en especial.

Pero sí. Las palabras que no había dicho flotaban entre nosotros. La mayoría de los puros pensaba que cazar y matar daimons era algo que estaba por debajo de su clase social, pero las puras lo veían como algo peligroso y emocionante, sexy. En mi interior se hicieron varios nudos. La idea de que él estuviese con otra me daban ganas de darle una patada a algo, o a alguien.

Un silencio repentino cayó sobre toda la gente cuando entraron los Patriarcas de los cuatro Covenants. Reconocí a Lucian y a la Matriarca Nadia Callao, una mujer muy alta que solamente había visto unas pocas veces en Carolina. Se sentaron juntos, igual que los demás. Uno de ellos, un hombre con el pelo oscuro que comenzaba a pintar canas en las sienes, la cara redonda y profundos ojos azules, se puso en el centro de la tarima elevada. Llevaba una pesada túnica verde adornada con hilo de oro y sobre su cabeza una corona de laurel dorada.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—El Patriarca Gavril Telly. Esta casa es suya. La mujer de verde es Diana Elders, la otra Matriarca de Nueva York, pero Telly es el jefe de los Patriarcas. Él está al mando.

Telly abrió la sesión con una plegaria en griego antiguo. El idioma era bonito, casi musical, pero duró tanto que me eché hacia atrás y bostecé.

Seth sonrió.

—No te quedes dormida encima de mí.

—No puedo prometértelo.

Pero no me quedé dormida. El Patriarca Telly en un momento dado comenzó a dirigirse al público hablando con un fuerte acento. No podía situar de dónde era, pero tenía en la voz el mismo tono que Seth, Solo que con mucha más autoridad.

—Tenemos varias cuestiones urgentes que tienen que hablarse durante esta Sesión del Consejo —la voz de Telly llenaba cada rincón de la sala—. La más importante es que estamos aquí para hablar de... la desagradable situación que surgió este pasado verano.

—Van a hablar de Kain, ¿verdad? —me incorporé un poco, de-

seosa de ver lo que dirían los puros de esto.

Seth se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas de las que pueden hablar.

Telly caminó a lo largo de todo el estrado, con su larga túnica ondeando tras él. Levantó un brazo, señalando hacia el tramo justo bajo nosotros. Intenté asomarme un poco, pero Seth me agarró de la sudadera y me sujetó. Dos Guardias se pusieron a la vista, escoltando a una mujer vestida únicamente con una túnica gris que le llegaba hasta las rodillas. Ni siquiera llevaba zapatos. La llevaron hasta el borde del estrado y le obligaron a ponerse de rodillas.

Una cierta desconfianza comenzó a aflorar en mi estómago. Por lo que podía ver, aquella mujer de piel oscura no era un daimon. Parecía una mestiza normal, quizá una Guardia o Centinela. Tenía las piernas bien fuertes, como si hubiese pasado años entrenando y luchando.

Levantó la cabeza desafiante, y entre los puros se desató un murmullo silencioso.

—Kelia Lothos —Telly levantó el labio superior—. Has sido acusada de romper la Orden de Razas por tener contactos inapropiados con un pura sangre.

Abrí los ojos de par en par. Caleb me había hablado de ella y su novio pura sangre, Héctor. Me giré hacia Seth.

—¿En serio? ¿Lo que más les apremia es que una mestiza tenga relaciones con un puro?

Me devolvió su mirada color ámbar.

—Eso parece.

Negué incrédula y volví a ver el drama que se estaba desarrollando en el piso de abajo.

—Malditos Hematoi.

—¿Cómo se declara? —preguntó Telly.

Kelia comenzó a ponerse de pie, pero los Guardias la obligaron a permanecer de rodillas.

—¿Acaso importa cómo me declare? Ya me habéis declarado culpable.

—Tienes derecho a defenderte —la Matriarca Diana Elders se levantó, acercándose al centro del estrado lentamente. Su expre-

sión estaba marcada por una suave amabilidad—. Si sientes que no eres...

—¡No es culpa suya! —salió una voz de entre el público y un puro vestido de verde se puso en pie. Era moreno como Jackson—. Ella no ha hecho nada malo. Si hay que culpar a alguien, es a mí.

—Ahora empieza todo —murmuró Seth.

Le ignoré, anonadada ante este pura sangre que salió en defensa de Kelia. Era mejor que ver un culebrón.

Telly se dirigió hacia la parte izquierda del estrado.

—Héctor, aquí nadie piensa que sea culpa tuya. Los mestizos pueden ser tan bellos como los puros... y manipuladores como un daimon.

Héctor, el amante pura sangre de Kelia, comenzó a bajar por el pasillo.

—Sí, es bella, ¿pero manipuladora? Nunca. La quiero, Patriarca Telly. Y eso no es culpa suya.

Telly se burló desde el borde del estrado.

—Un mestizo y un pura sangre no pueden enamorarse. La idea es absurda y asquerosa. Ha incumplido la ley. Debería haberlo pensado antes de actuar como una puta cualquiera.

—¡No hable así de ella! —la cara de Héctor se puso roja de ira.

—¿Cómo osas hablarme así? —Telly comenzó a subir—. Continúa con cuidado, o tu próxima acción podrá ser confundida con una traición.

Kelia se giró. En sus ojos podían verse la preocupación, el miedo y el amor. Verlos me partía el corazón.

—Héctor, por favor, déjalo. Vete.

Los ojos oscuros de Héctor miraron a Kelia, mostrando los mismos sentimientos que ella.

—No. No puedo dejar que ocurra. No has hecho nada malo. Yo nunca debería haber...

—Héctor, por favor, vete —le pidió Kelia—. No quiero que... me veas así.

—No voy a marcharme —dijo Héctor—. ¡No eres culpable de nada!

—¡Soy culpable de amarte! —se soltó de los Guardias. Pare-

cían estar demasiado aturcidos ante esa explícita demostración de amor como para hacer nada—. ¡No hagas esto! ¡Me prometiste que no lo harías!

¿Prometer qué? Lo que Héctor estaba haciendo era heroico, romántico, y bonito hasta el desmayo. ¿Cómo es que no quería que el hombre al que amaba se rebelase ante el Consejo por ella?

Héctor se lanzó escaleras abajo, y finalmente los Guardias le cerraron el paso. Se pusieron entre la mestiza y el puro.

Héctor paró, con los puños apretados.

—Baja del estrado.

—¿Va a permitir que esto continúe, Patriarca? —preguntó Lucian, que habló por primera vez desde que había comenzado la sesión.

Telly exhaló lentamente.

—Kelia Lothos, ¿cómo se declara?

Todos los puros miraban entre emocionados y horrorizados, ansiosos por ver qué respondería Kelia. Pero fue Héctor quien lo hizo.

—Se declara no culpable.

Una Matriarca más mayor se puso de pie. La túnica roja engullía su menudo cuerpo. Me recordaba a la Guardiania de la Cripta a la que vi con siete años.

—Ya basta. ¡Sentenciad a la mestiza a servidumbre y sacad a este puro de la sesión!

Un trueno que sonó *dentro* del edificio me hizo apartar de los barrotes y pegarme a Seth. Sobre nosotros, el aire comenzaba a ponerse más denso y oscuro. Por imposible que parezca, comenzaron a formarse unas nubes de aspecto peligroso, y provenían de Héctor. Estaba usando el elemento tierra, creando una tormenta en el interior.

Héctor miró hacia un sorprendido Telly.

—No dejaré que la apartéis de mí.

En el piso inferior se desató el caos. Héctor lanzó una descarga y una nube sobre nosotros brilló con un relámpago, cargando el aire de energía eléctrica. Los Patriarcas se pusieron en pie, asustados y enfadados.

—¡Por favor! ¡Podemos discutirlo como personas normales!
—gritó Diana—. ¿No podemos...

Otro trueno silenció sus palabras. Como era de esperar, los Guardias que sujetaban a Kelia no parecían querer atacar a un puro. Nos entrenaban desde pequeños a no hacerlo, ni siquiera en casos extremos como este. Se echaron atrás, temerosos, cuando Héctor cogió a Kelia y la apretó contra su pecho.

—¡La mestiza es culpable! —gritó Telly—. ¡Suelta a la mestiza y dásela a los Maestros! Acaba con...

Héctor puso a Kelia detrás de él y la nube crujió, lanzando relámpagos por toda la sala. Los puros se levantaron de sus bancos, empujándose los unos a los otros para escapar corriendo de esa locura. Preocupada por Aiden, lo busqué entre la multitud. Estaba en el centro, al lado de Laadan, con una expresión vacía, como si llevase una máscara de acero.

—Mataré a todo aquel que se atreva a llevársela —dijo Héctor con voz baja y firme.

—¿Te rebelarías contra los tuyos por una mestiza? —Telly estaba pálido de rabia.

Héctor no dudó.

—Sí. Lo haría por la *mujer* a la que amo.

Telly dio un paso atrás.

—Acabas de sellar tu destino.

No entendí esas palabras. *Nunca* castigaban a los puros por ir con mestizos. Solo se les castigaba por cosas como usar compulsiones o poderes elementales contra otro puro, pero...

La nube se oscurecía cada vez más, Seth me tiró del brazo, pero yo me sujeté a los barrotes del balcón.

—¡Guardias! —gritó Telly, y Guardias salidos de todos los rincones bajaron como una nube blanca. Todos ellos eran mestizos excepto uno.

El Guardia pura sangre tenía los ojos color barro mojado. Miró a Telly con sus dedos agarrando una daga del Covenant. Los demás Guardias habían llegado hasta los dos amantes, intentando soltar a Kelia de Héctor. Ella gritaba y trataba de pelear, soltándose solo para acabar en el suelo.

Por encima, la nube se oscurecía cada vez más. Un rayo salió de ella, impactando contra el suelo al lado de Telly.

—¡Redúcidle! —dijo Telly.

—¡No! —gritó Kelia—. ¡Para, Héctor! ¡Por favor!

El puro llegó hasta Héctor antes de que este pudiese lanzar otro rayo. Un grito de terror creció en mi garganta, pero Seth lo amortiguó con su mano. El Guardia pura sangre, el único que podía abatir a otro puro, clavó la daga de titanio en la espalda de Héctor y la retorció. Un sonido como de succión atronó todo el edificio y la amenazante nube se dispersó.

Seth me apartó de los barrotos.

—No puedes gritar, ¿de acuerdo? Dudo que les parezca bien el que estemos aquí. Prométeme que no vas a gritar —me soltó en cuanto asentí con la cabeza—. Tenemos que salir de aquí.

Casi no escuché a Seth. Mi corazón latía de rabia y miedo, y le clavé los dedos en el brazo. Los gritos de Kelia llenaron el aire hasta que cesaron repentinamente. Todo me parecía imposible, horrible y cruel.

Seth me lanzó una mirada cansada.

—Supongo que fue buena idea que Aiden entrase en razón.

La sangre se me heló en las venas y el aire escapó de mis pulmones. Me giré hacia él.

—Sabías que iba a pasar esto. ¡Me has traído aquí a propósito! Sus ojos rojizos brillaron.

—No sabía que iba a llegar tan lejos.

—No te creo —le empujé—. ¡Sabías qué iban a hacer!

Seth apartó la mirada y sus mejillas se sonrosaron.

—*Solo sé cuál habría sido el futuro de Aiden si hubieseis continuado con esa locura.*

Volví a empujarle, y esta vez, Seth me soltó.



Me pasé el primer día en Nueva York enclaustrada en mi deprimente habitación. No quería estar aquí, ni en ningún otro sitio. Tenía el estómago cerrado por nudos de rabia, estaba furiosa con

Seth.

Pero también estaba furiosa conmigo misma.

Me tiré en el borde del duro colchón Solo sé cuál habría sido el futuro de Aiden si hubieseis continuado con esa locura.

Aunque odiase admitirlo, Seth tenía razón.

Aiden era el tipo de hombre que habría hecho exactamente lo mismo que Héctor. Si Aiden me hubiese amado y yo hubiese acabado como Kelia, él habría luchado contra una horda de Guardias y habría acabado con una daga clavada en la espalda.

Bajé la cabeza y respiré a duras penas. Mi corazón anhelaba a Aiden como si fuese el aire que respiro, pero al mismo tiempo entendía, y lo hacía de verdad, que, aunque Aiden también me amase, nunca podríamos estar juntos.

¿Qué fue lo que me dijo aquel día en el gimnasio? Que si me quisiese me quitaría todo lo que tengo. Lo que acababa de ver probaba que yo también le quitaría todo a él, hasta la vida.

Alguien llamó suavemente a mi puerta y me sacó de mis pensamientos. Anduve los apenas dos metros que había hasta la puerta y la abrí.

Ahí estaba Seth, con los brazos cruzados.

—Álex...

Cerré la puerta y eché el pestillo. Puede que Seth tuviese razón, pero aún así no quería verle. Si le viese regodeándose, no podría evitar el darle un puñetazo. Me senté en la cama y miré hacia la puerta.

Pasó a penas un minuto, y el pomo giró, primero a la izquierda y luego a la derecha. Entrecerré los ojos y me incliné hacia delante. Se oía el inconfundible sonido de una puerta abriéndose por dentro.

—¿Pero qué demonios? —me puse en pie de un salto.

La puerta se abrió de par en par y Seth entró en la pequeña habitación.

—He roto la cerradura.

Abrí la boca.

—Arrogante hijo de...

—Shhhhh —cerró la puerta y observó la habitación con mala

cara—. Sigo sin creerme que te hayan metido en este cuchitril. Tendré que comentárselo a Lucian.

—¿Y a Lucian qué le importa?

Caminó hasta mí, se agachó y apretó el colchón con la palma de la mano.

—Lucian se preocupa por ti más de lo que piensas —se estiró y sonrió—. Deberías venir a mi habitación. Te gustaría.

Puse los ojos en blanco.

—Ni en sueños.

Seth pareció un poco decepcionado, pero entonces miró hacia mi baño.

—Tengo un jacuzzi en mi baño.

—¿En serio?

—Síp.

Me tentó la idea de tomar un baño largo y caliente, pero negué con la cabeza.

—Seth, la verdad es que ahora mismo no quiero hablar contigo.

Se tiró sobre la cama y sonrió.

—Bueno, no tenemos por qué hablar.

Incliné la cabeza hacia un lado, gruñendo.

—¿Alguna vez te importa qué quiero hacer?

—Siempre me importa lo que quieres hacer —dijo serio—. Por cierto, me gustaba el pijama de la otra noche. Este pantalón largo y la camisa de franela no son muy seductores que digamos, me gustaban más esos otros pantaloncitos cortos.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—La habitación está helada y no pienso —fui hacia la cama y cogí la manta— tocar esto. Seguro que tiene pulgas —me giré hacia él—. ¿Qué quieres, Seth?

Bajó la mirada.

—Siento que hoy hayas tenido que ver eso.

No era lo que me esperaba.

—Pero necesitabas verlo —continuó mientras levantaba la mirada hacia mí—. Sé que... le quieres. No lo niegues, Álex, lo sé. Y sé que diga lo que diga, Aiden se sigue preocupando por ti más de lo

que debería.

Abrí la boca para negarlo, porque Aiden me había de dicho que no de muchas formas diferentes, pero paré. ¿Acaso importaba si Aiden se preocupaba por mí? Me senté al lado de Seth, mirando hacia la alfombra deshilachada.

—Creo que lo sabes, Álex —dijo suavemente—. Ya te lo he dicho alguna vez. En algún momento acabarían pillándoos. Nadie, ni siquiera yo, podría parar al Consejo. Sabes qué habría hecho Aiden.

—Lo sé. Exactamente lo mismo que Héctor, solo que no pensaba que le hiciesen eso a los suyos.

—Este sitio es otro mundo. He estado aquí unas cuantas veces. Son de la vieja escuela. No es difícil molestar al Patriarca Telly, y no es para nada entusiasta de los mestizos... ni del Apollyon.

Levanté la cabeza, mirándole.

—¿Qué quieres decir?

Seth juntó los labios.

—No es que me hayan dicho nada, es simplemente un presentimiento.

—¿Será él quien me interrogue durante la sesión?

—No lo sé —entonces Seth sonrió—. No tienes que preocuparte por él.

En realidad no le creí, pero estaba demasiado cansada como para seguir insistiendo.

—Odio este sitio.

Se inclinó y me apartó el pelo del cuello, dejando ver mis marcas.

—Solo llevas aquí un día, Álex.

—No me hace falta pasar más de uno para saberlo —giré la cabeza y me di cuenta de que nuestras caras estaban a unos pocos centímetros de distancia—. A ti... ¿te gusta este sitio?

Seth cerró los ojos, abanicando sus mejillas con las largas pestañas.

—No es el peor sitio del mundo —estuvo en silencio un rato y me miró a los ojos—. Te has dado cuenta de que Aiden es una causa perdida, ¿no?

Pestañeé y miré hacia otro lado. De repente me entraron ganas de llorar, porque era cierto.

—Supongo que eso te llena de satisfacción, ¿no?

—No soy una persona horrible, Álex.

La dureza de sus palabras me hizo volver a él.

—No he dicho que lo fueses.

Seth sonrió tenso.

—¿Entonces por qué piensas que me gustaría verte dolida? Y sé que lo estás.

Ahora me sentía culpable.

—Mira, lo siento. Es que estoy un poco fuera de mí.

Se relajó.

—Es la segunda vez que te disculpas. Guau.

—Y será la última.

—Puede —se echó hacia atrás, tumbándose de lado. Dio una palmada a su lado—. Esta cama es un asco. ¿Seguro que no quieres algo mejor?

Suspiré.

—Seth, no puedes quedarte.

Se encogió de hombros.

—No veo por qué no.

—Mi tío está justo al lado.

—¿Y? —volvió a dar una palmada sobre la cama—. Ni siquiera está en su habitación. Está abajo, con el resto de los puros. Tienen una fiesta de inauguración.

—Da igual —me senté a su lado—. Esto de compartir cama tiene que acabarse.

Seth me miró con cara inocente.

—¿Por qué? Acaba con las pesadillas, ¿no?

Cualquier respuesta murió en mis labios. Maldito sea.

—No has tenido más desde hace un tiempo. ¿Qué te dije sobre necesitar...

—Oh, cállate.

Seth rió y me habló de su primera vez en el Covenant de Nueva York. Yo le hablé de algunas de las ciudades en las que mamá y yo habíamos vivido. Un rato después, se le cerraron los ojos y se aca-

baron las historias. ¿Qué narices hacía ahora con él?

Me eché en un lado, con cuidado de no despertarlo. Me quedé mirando hacia la pared roñosa durante lo que me pareció una eternidad. Mi mente no paraba quieta, algo raro. Normalmente la presencia de Seth me sumía en el sueño.

Hoy la cosa era distinta. Echaba de menos a Caleb, odiaba este sitio y, ahora más que nunca, deseaba que todo pudiese ser distinto entre Aiden y yo. Esta noche me sentía más sola que nunca. Igual era que aquí todo parecía mucho más real, mucho más frío y fuerte. Ver cómo mataban a Héctor había destruido cualquier atisbo de esperanza que pudiese quedar en mí de que este precioso cuento de hadas con Aiden pudiese acabar bien.

A mi lado, la respiración de Seth se fue haciendo cada vez más pausada y rítmica. Me puse de espaldas y le miré.

Seth me miraba, no estaba dormido. Parecía curioso e incluso un poco confuso. En esta cama minúscula, al estar de espaldas le dejaba poco sitio. Aún así, se había puesto un brazo como almohada y tenía el otro pegado al cuerpo. Me mordí el labio y me incorporé. Eché la mano atrás y le ofrecí la almohada. La cogió, mirándome confuso. Nos miramos y entonces Seth pareció comprender algo. Esperaba que fuese a decir alguna guarrada.

Pero no dijo nada. En silencio, levantó la cabeza y se puso la almohada debajo. Luego se puso boca arriba y estiró el brazo derecho. Me pasé una mano por la cara y cerré los ojos con fuerza. *¿Qué estaba haciendo?*

No lo sabía. Estaba cansada y odiaba este sitio. La habitación estaba helada, la manta asquerosa en el suelo, yo *necesitaba* a Aiden... y dejé de ponerme excusas. Me tumbé, apoyando la cabeza en el hueco entre su hombro y su pecho. Mi corazón latía de forma extraña.

Seth se quedó quieto durante un minuto, quizá dos. Luego bajó el brazo agarrándome por la cintura y me acercó más a él. Mi cuerpo se acomodó al suyo y puse una mano sobre su pecho. Bajo mi palma, su corazón latía tan fuerte como el mío.

Capítulo 16

—¿Te encuentras mal?

—¿Eh? —Levanté la vista de mi plato intacto.

Marcus me miraba extrañado.

—No has comido nada de desayuno.

Miré a Aiden. Él también me estaba mirando. Y Seth. Laadan también me miraba, pero con ese aire nostálgico en ella, como si en realidad no me estuviese viendo.

El desayuno estaba siendo muy incómodo.

Volví a mirar a Aiden y no pude evitar que me viniese a la mente la imagen del Guardia apuñalando a Aiden por la espalda. Podía sentir su sangre resbalando por mi cara.

Aiden soltó el vaso de zumo de naranja.

—¿Álex?

—Sí... la verdad es que anoche no dormí mucho —pude sentir los ojos de Seth clavados en mí—. Por estar en un sitio nuevo y eso.

—¿No te gusta tu habitación? —preguntó Marcus.

—¿Has visto mi habitación? —pensé en meterme un montón de huevo a la boca, pero por cómo Aiden me miraba por encima del borde de su vaso, no parecía buena idea—. Si es que esa caja puede considerarse una habitación.

Marcus se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas.

—No he visto tu habitación, pero estoy seguro de que no es tan...

—Marcus, ¿a qué hora son las sesiones hoy por la mañana? —preguntó Laadan.

Distraído, miró el reloj.

—Deberían empezar en breve.

Le lancé a Laadan una sonrisa de agradecimiento, y ella me guiñó un ojo mientras se bebía el vaso de champán. Beber champán a estas horas de la mañana me parecía algo sofisticado y guay, igual que el increíble vestido verde que llevaba, recatado y con unas pequeñas mangas redondeadas.

La silla de Seth chirrió sobre las baldosas de mármol.

—Álex, es hora de entrenar.

Aiden miró a Seth.

—No ha comido nada.

—Así por lo menos comerá en la comida —replicó Seth.

Las facciones de Aiden se endurecieron.

—Quizá podrías dejarle unos minutos para que se acabe el desayuno antes de empezar a entrenar.

—Ummmm... estoy teniendo una sensación de déjà vu, solo que en ese momento decías que me mantuviese alejado de tus entrenamientos, y yo te dije lo raro que...

—Qué gracioso —Aiden hizo una mueca—. A mí me pasa lo mismo; solo que yo te dije que deberías...

—Oh, por el amor de los dioses, estoy preparada para el entrenamiento —me levanté de la silla.

Aiden se giró, estrechando los ojos. Cogí mi vaso de zumo y di un trago, mientras Laadan lo miraba todo divertida.

—¿Contento?

—¿Suelen hacer esto a menudo? —preguntó, dando un sorbo a su copa.

Marcus se acalaró la garganta.

—¿Tengo que responder?

—¿Qué? —Seth frunció el ceño, endureciendo su belleza—. ¿Qué es lo que...

—Decano Andros, le estaba buscando. Quiero comentarle algunas cosas, oh, ¿es esta la infame Alexandria?

Me tensé al reconocer la voz. El *Patriarca Telly*. Miré a Seth un instante, y luego me obligué a darme la vuelta. Verle después de ordenar la muerte de Héctor me ponía enferma. Sonreí, aunque seguramente pareció más una mueca que otra cosa, pero al menos lo intenté.

Telly me recorrió con una mirada de reproche.

—¿Así que es por esto por lo que hay tanto revuelo?

Iba por mal camino.

—Eso parece.

Sonrió levemente.

—Bueno, ha habido mucho alboroto acerca de tus logros y muchos rumores que dicen que ya has matado algún daimon. Tengo curiosidad por saber si es cierto. ¿A cuántos has matado?

Levemente sentí cómo Seth se movía. Era raro saber dónde se encontraba.

—A tres.

—Oh —Telly levantó las cejas—, impresionante. ¿Y a cuánta gente inocente has puesto en peligro? ¿O has hecho que maten?

La sangre me subió a la cabeza. Telly sonrió de verdad. Estaba disfrutando viéndome sufrir.

—¿Seth? ¿No tienes que ir a entrenar con Álex? —preguntó Aiden.

Seth siguió la corriente al repentino cambio de Aiden.

—Oh, sí. Perdónenos Patriarca, pero tenemos que...

Le mantuve la mirada a Telly.

—Una.

—¿Una qué, cariño?

Probablemente todos se quedaron sin respiración.

—He hecho que matasen a una persona inocente, y no sé a cuántas he puesto en peligro, quizá docenas.

Seth maldijo entre dientes.

Los ojos de Telly brillaron un segundo, sorprendido.

—¿Es eso cierto?

Increíblemente, fue Marcus el que vino en mi ayuda. Se puso delante de mí, bloqueando la mirada hostil del Patriarca.

—Patriarca Telly, hay algunas cosas que yo también querría discutir con usted. Si le parece, ¿sería este un buen momento?

Sin esperar una respuesta por parte de Telly, Seth me agarró del brazo y me alejó de la mesa. Esperó hasta estar al otro lado de las puertas.

—Dioses, es que nunca puedes mantener la boca cerrada.

—Bah —me solté y salí de allí.

La ropa de abrigo que llevaba no era suficiente contra el viento helado.

Seth ni se inmutó por el viento. Levantó una mano según íbamos por el laberinto y formó una pequeña bola azul de energía

sobre la palma de su mano.

—No es alguien que quieras tener como enemigo.

La bolita subía y bajaba sin parar sobre su mano. Mi yo perruno no podía dejar de mirar.

—Para empezar, creo que no le gusto.

—Aún así, no tienes que empeorarlo.

Su tono me cabreó.

—¿Pues sabes qué? Deberías mantenerte alejado de mi habitación. Ya tienes la tuya.

Sonrió.

—Ya lo sé. La veo a menudo. Aunque prefiero tu cama, huele mejor.

Hice una mueca.

—¿Que huele mejor? ¿A qué huele tu cama? ¿A arrepentimiento y mal gusto?

Seth rió.

—Donde duermes huele a ti.

—Dioses, es lo más perturbador que he oído nunca. Y eso... es mucho, Seth.

—Hueles a rosas y verano —lanzó la bola un poco más alto—. Me gusta.

Reí.

—¿Huelo a verano? ¿En serio? ¿A verano?

—Sí, ya sabes. A calor. Hueles a calor.

Dos puros pasaron a nuestro lado, mirando la pequeña demostración de poder de Seth. Empecé a sonreír al ver sus caras de sorpresa, pero entonces recordé que se suponía que estaba enfadada.

—Me da igual que te guste cómo huelo, tío raro.

—Marcus no va a entrar —la bola creció hasta ocupar toda su mano—. Por eso cerré la puerta. No va a interrumpir nuestro festival de achuchones.

—Esa no es la razón, ¡y aparta eso!

Seth estuvo en silencio un minuto entero, un nuevo récord en él.

—No te preocupes; algún día tú también podrás hacer esto. Y

me echarías de menos si no quisiese achucharte.

—Para nada.

Me miró de reojo, con unos ojos que decían que se acordaba de cómo *yo* le había abrazado la noche anterior. Gruñí y me dieron ganas de pegarle, pero apagó la bola de energía según salimos del laberinto y empezábamos a ver el coliseo. Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura me recorrió entera.

—¿Dónde vamos?

—Ahí no.

—Bueno, eso ya lo suponía —le seguí alrededor del edificio, sin querer mirarlo. Igual que los sirvientes con los que nos cruzábamos, que no nos miraban a nosotros.

Detrás del edificio del Consejo pude ver el Covenant. Una valla de hierro forjado rodeaba todo el campus. El nuestro parecía directamente salido de la Antigua Grecia, pero este parecía una fortaleza medieval, con torreones y torretas que aparecían en la niebla. Tras esa estructura, pude ver la parte superior de unos edificios grises que supuse que serían las residencias.

Me fijé en el diseño de la valla.

—¿Qué pasa con todo esto de la antorcha?

—¿Eh?

—Las antorchas están boca abajo —señalé una de la valla—, están por todas partes.

—Sí, ya me he dado cuenta. Son un símbolo de Thanatos.

—Uno de mis Instructores del Covenant la tiene tatuada en el brazo.

Apretó los labios.

—El Patriarca Telly también la tiene en el brazo.

—¿Cómo narices lo sabes? —atajamos a través del césped helado para llegar a uno de los pasillos cubiertos que conectaba los edificios más pequeños con el principal—. ¿También te has metido en su habitación a hacerle mimos?

—No estés celosa. Tú eres la única. Pero para que lo sepas, cuando llegué con Lucian, Telly estaba moviendo el brazo mientras le gritaba cosas a unos sirvientes. La manga de la toga se le echó hacia atrás y le vi el tatuaje.

—Me pregunto si pertenecerán a una sociedad secreta o algo así.

—Una sociedad secreta de capullos.

Reí.

—Algo así, seguro.

Nos cruzamos con dos mestizos que iban a clase y que se pararon de repente. Con los ojos bien abiertos, nos miraban sorprendidos. Uno le dio un codazo al otro.

—¡Es él! Y esa tiene que ser ella, el otro.

El otro chico abrió la boca de par en par.

—¡Así que es cierto! Hay dos Apollyons.

—Por los dioses —su compañero se llevó una mano al pecho—, mola un montón.

Seth les saludó.

—Mola muchísimo.

Puse los ojos en blanco y le hice seguir caminando. Todo este rollo de poder sentir a Seth empezaba a ser molesto.

—¿Dónde vamos?

—Como por las mañanas hace tanto frío, he pensado que podríamos hacer la primera tanda en un gimnasio y luego salir fuera.

Bajé los hombros.

—¿Tengo que entrenar contigo todo el día?

Seth se plantó frente a mí, con esa perpetua sonrisa de chulo en la cara.

—Tienes que pasar *todo* el día conmigo. Todos los días. Todo el tiempo que estemos aquí.

Le miré.

Dio una palmada y soltó un gritito al cogerme la mano.

—¡Ooooh, nos los vamos a pasar tan bien! ¿Verdad? Divertirnos, Álex, vamos a divertirnos.



No nos divertíamos.

Me di la vuelta, bloqueando primero la patada y luego el puñetazo. Estaba chorreando sudor y me dolían los músculos por la

interminable sesión con Seth.

Y aún así, prefería estas sesiones matutinas que las de la tarde. Durante estos últimos tres días, había comenzado a odiar los entrenamientos al aire libre. El tiempo no mejoraba mucho por la tarde y el suelo helado era implacable, incluso con esa hierba mágica que crecía a través de él.

Seth me lanzó una botella de agua.

—Cinco minutos.

Me retiré a un lado y di un gran trago. Seth, que nunca parecía tener sed, decidió entretener al cada vez mayor grupo de curiosos. En los cambios de clase, los estudiantes mestizos habían empezado a juntarse a las puertas. Seth las dejaba abiertas porque le subían el ego. Los mestizos eran bastante majos, la verdad, y no me trataban como los de mi Covenant. De algún modo, y estoy segura que era por culpa de Seth, sabían que yo ya había matado algunos daimons, lo que aumentaba mi estatus. Tanto estudiantes como Instructores miraban cómo intentábamos arrancarnos las cabezas.

Y es que, más o menos, eso era lo que realmente queríamos hacer.

Parece que el único momento en que no peleábamos era cuando dormíamos. No se había vuelto a repetir la noche en que usé a Seth de almohada, y creo que eso le había picado.

Crucé la sala a grandes pasos, pillando justo lo último que Seth le estaba diciendo a una mestiza guapilla con un estupendo pelo pelirrojo y un pecho que me hacía sentir como si yo llevase sujetador deportivo.

—Quizá después del entrenamiento podría enseñarte mis pelotas de...

Le tiré a Seth la botella de agua directa a la cabeza. Se giró y la cogió justo antes de que le diese. Dando un pequeño gritito, la chica dio un paso atrás y me miró. Me dio la sensación de que si yo hubiese sido otra cualquiera, me habría tirado de los pelos.

—Eso no está nada bien —Seth tiró la botella al suelo.

—Ya han pasado los cinco minutos —sonreí mientras andaba de espaldas.

Cross, un mestizo que se había vuelto un habitual por aquí, le

dio un golpecito con el codo a su amigo.

—Cien dólares a que al final de la semana acaban teniendo una lucha a muerte.

—¿Quién crees que ganará? —Will, otra cara familiar, sonrió.

—Yo apuesto que gana esa —Cross me señaló con la cabeza.

Eché la cabeza hacia atrás, sonriendo a Seth.

—Yo —dije en silencio.

Seth ponía cara de aburrido.

La Tetas dejó de tocarse el pelo cinco segundos.

—Oh no, yo diría que el Primero ganaría seguro.

Borré la sonrisa de mi cara y decidí ignorarlos. Me giré hacia Seth.

—¿Estás listo, *cariñín*?

Vino hasta mi, dándole la espalda a sus, nuestros, groupies.

—Siempre estoy listo para ti, *gatita*.

Logré que mi mano esquivase su bloqueo, dándole en el plexo solar. Se tambaleó hacia atrás y dio un gruñido.

—Has estado un poco lento ahí eh, Apollyon.

Para no defraudar a todos los *fans* que continuaban agolpándose a las puertas, empezó con los elementos. *Capullo*, pensé. La primera ráfaga de viento no me dio por un centímetro, pero la segunda se le fue tan lejos que tuve que parar para reírme. La tercera me dio de lleno en el pecho. Me di de golpe contra las colchonetas, pero me puse en pie antes de que me inmovilizase. Seguimos así hasta que hicimos una pausa para comer. A Seth le gustaba comer con los estudiantes. Tenía más oportunidades de hinchar el pecho.

Cross y Will nos invitaron a una fiesta que daban el sábado por la noche.

—Sería una pasada si pudieseis venir —dijo Cross—. Los puros estarán a lo suyo, así que no nos va a vigilar nadie.

Los puros estaban a lo suyo todas las noches. Incluso cinco pisos por encima, podía escuchar sus estridentes risas a altas horas de la madrugada. Pensarlo me mosqueó un poco. Me preguntaba si *él* sería uno de los puros de la fiesta.

Seth pensó que la fiesta era muy buena idea, y Tetas también. Yo no estaba tan segura, porque los calores pasivos que sentí de

Seth ya fueron bastante malos a distancia, y no quería experimentarlos en la misma habitación. Al final de nuestro entrenamiento al aire libre, Seth me cogió de la mano antes de que me pudiese escapar de allí sin él.

—¿Qué? —solo quería una larga ducha caliente.

Sin importarle el barro frío que tenía por toda la ropa, tiró de mí hacia él.

—Tienes que venir conmigo a la fiesta.

Arqueeé una ceja.

—No he dicho que vaya a ir.

—No lo has dicho y has estado gruñona toda la tarde.

—Eso es porque me pego contigo todo el día y toda la noche.

—No me lo creo —Seth se puso detrás de mí, y entonces me acercó aún más hacia él. Intenté apartarme un poco poniéndole una mano sobre el hombro, pero sonrió, con una sonrisa diferente, la que solía reservar para chicas como Tetas y Elena. Se despertó en mí cierta cautela, que se elevó al máximo cuando me cogió de la barbilla con su mano libre.

Mi pulso se aceleró.

—¿Qué estás...

Seth pasó su dedo pulgar por mi labio, lo que me provocó un montón de escalofríos. Me miró a los ojos, y sus ojos amarillentos brillaron.

—Tenías barro en el labio.

—Oh —me froté la boca con la mano mientras me deshacía de su abrazo—. Tengo...

Aiden estaba debajo de una estatua de Apolo, tan inmóvil y fiero como el propio dios. Me tuve que contener muchísimo para no darle un guantazo a Seth en toda la cara.

—Hombre, hola —Seth me rodeó—. ¿Qué, viéndonos entrenar? No temas; cuido bien de ella.

Lo decidí en ese mismo momento: lo primero que haría nada más despertar sería tirarle un rayo a Seth.

—Sí, seguro —dijo Aiden con voz fría.

Seth se puso al lado de Aiden y le cogió del hombro.

—¿Cómo van las sesiones del Consejo? ¿Cambiando el mun-

do?

La mirada de Aiden se dirigió a la mano de Seth y luego, lentamente, fue subiendo hasta su cara. Sea lo que fuere que Seth vio en sus ojos, debió de advertirle de que quitase la mano de ahí lo antes posible. Rió como si le pareciese divertido y me miró.

—Luego nos vemos, gatita.

Lo que salió de mi boca sorprendió a Aiden, pero solo hizo que Seth riese más fuerte según volvía hacia el campus.

—Hey —dije ruborizada, agradeciendo que el barro realmente me cubriese media cara.

Aiden se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones blancos.

—Ya veo que los entrenamientos van según lo esperado.

—Le odio, en serio.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte.

Levanté la barbilla.

—Lo entenderías si tuvieses que pasar cinco segundos con él.

Sus ojos grises se posaron en mi cara, y luego sobre mis labios, unos labios que él había visto cómo Seth me tocaba.

—Supongo.

—Bueno, ¿por qué has venido? —sonó duro, pero estaba enfada por la frialdad en sus ojos. Aún me estaba recuperando de las heridas emocionales que Aiden había abierto en mí.

—No te he visto desde hace días, y quería ver qué tal iba todo.

Sentí algo de calor a pesar del viento helado y me odié por ello.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿No puedo?

En secreto, mi corazón estallaba de alegría ante la idea de que Aiden viniese a verme. Pero mi cerebro, por otro lado, me ordenaba que me fuese de allí. Me quedé.

—Supongo que sí.

—¿Te acompaño?

—Si se puede, quiero decir, ¿no le importará a nadie que un puro vaya con un mestizo? No veo a muchos haciéndolo por aquí —hice una pausa y arrugué la frente—. De hecho, no he visto a nin-

gún puro hablando con un mestizo.

—El Patriarca Telly es un poco arcaico en el modo de llevar el Consejo y el Covenant de aquí. Quiere que las cosas sean como si no hubiesen pasado siglos de cambios, una separación completa de clases y razas.

Volvimos juntos hacia el edificio principal.

—Por eso no he visto a ningún mortal por aquí.

Aiden asintió.

—Creo que al Patriarca Telly le gustaría volver completamente a la antigüedad, a un tiempo en el que los nuestros basaban toda su vida en los dioses. Ni siquiera cree que debamos tener contacto con los mortales, ni mediante compulsiones.

—Bueno, ¿y cómo espera formar un ejército de mestizos para matar daimons? —me miró directamente. Y lo entendí—. Cree que los mestizos no deberíamos existir, ¿verdad?

—Cree que los puros deberían poder contenerse de esas actividades carnales que acaban llevando a la creación de los mestizos, y que nosotros mismos deberíamos poder defendernos de los daimons.

Me aparté de la cara un mechón de pelo acartonado por el barro.

—¿Y entonces qué pasaría con los sirvientes? ¿Os encargaríais vosotros de hacerlo todo?

Miró hacia el cielo.

—Hay suficientes mestizos en el mundo como para encargarse de los puros durante varias generaciones. Después, no sé qué tiene pensado Telly.

—¿Entonces quiere esclavizar a todos los mestizos? Qué bien. Sabía que había alguna razón para que pensase que era un capullo integral. No juzgo tan mal a la gente como pensaba.

Aiden me miró con cara de curiosidad.

—¿Por qué pensabas que juzgabas mal a la gente?

Le miré directamente.

Apretó los labios y asintió, tenso.

—Lo pilló.

Continuamos en silencio unos minutos.

—Y... ¿te gusta este sitio?

Me humedecí los labios mientras pensaba en Héctor.

—Echo de menos... mi hogar.

Aiden volvió a mirar hacia el cielo cubierto.

—Yo también.

Me acerqué más a él según nos aproximábamos al edificio del Consejo. Me dije que era normal. Aiden era mi amigo, solo un amigo.

—Todo este sitio me incomoda. Ojalá pudiese tener ya mi audiencia y acabar de una vez por todas. Es estúpido que tenga que estar aquí todo este tiempo cuando mi audiencia no está programada hasta el final del todo. Por cierto, ¿qué tal van las sesiones?

—Largas. El Consejo se pasa la mayor parte del tiempo discutiendo más que otra cosa.

Eso no me sorprendió.

—¿Aún no han hablado de que se pueda convertir a los mestizos?

De repente se quedó en blanco.

—Ese tema es el que provoca la mayoría de las discusiones, pero bueno. ¿Qué tienes pensado hacer esta noche?

—¿Que qué tengo pensado? —eché la cabeza hacia atrás y suspiré—. Darme una ducha.

Aiden rió, lo que hizo que sintiese por el estómago toda una serie de sensaciones cálidas y agradables. Me parecía que habían pasado años desde la última vez que le había oído reír.

—Ahora mismo estás hecha un asco.

Suspiré.

—Lo sé. Creo que tengo barro hasta en la boca.

—Bueno, pues tengo algo que te hará sentir mejor —se metió la mano en el bolsillo y sacó un tubo negro delgado de unos diez centímetros de largo.

—¿Qué es eso?

Aiden sonrió.

—Han estado trabajando nuevas armas desde que descubrieron que los mestizos podían ser convertidos. Esto es lo que han inventado.

—¿Un tubito negro? Guau.

Su sonrisa aumentó.

—Tú mira —sus dedos se movieron hasta el final del tubo, apretando un pequeño botón. De cada lado salió una hoja de titanio. Aiden agitó la muñeca y la hoja de la derecha se extendió y se curvó.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Guau. Me gusta.

Rió.

—Sé lo mucho que te gustan las cosas de clavar. Ten —me entregó el arma—, pero ve con cuidado. Está increíblemente afilada.

Cogí el arma, sujetándola con cuidado. Pesaba más de lo que me esperaba, pero aún así era muy manejable. Mis dedos se curvaron sobre el material frío del centro. Uno de los extremos era puntiagudo, mientras que el otro me recordaba a una hoz. ¿Por qué le habrían dado a la hoja esta forma?

Me sentí estúpida por no haberme dado cuenta enseguida. Avergonzada, señalé hacia el extremo en forma de hoz.

—Esto es para cortar cabezas, ¿no?

—Sí. No todos podemos usar akasha como Seth. Y ni siquiera él puede usarlo con todos los daimons, ya que consume mucha energía, así que solo puede cuando realmente lo necesita.

—Oh —la moví de lado a lado, sonriendo a pesar del acto macabro que eso representaba—. Me pregunto cómo será cuando despierte. Si le será posible usar akasha más fácilmente.

—No lo sé —Aiden miró hacia el arma con cautela—. Creo que es algo que tendrás que preguntarle a él.

Me acordé de lo que dijo Lucian a cerca de que Seth me lo quitaría todo cuando despertase.

—Seguramente me absorba entera —en el momento en que esas palabras salieron de mi boca, me quedé helada. Mamá lo dijo. ¿Era eso lo que iba a pasar?

Aiden notó que me pasaba algo.

—¿Estás bien?

Parpadeé.

—Sí, todo bien —pulsé el pequeño botón al final del tubo de

metal. El lado de hoz se estiró y ambos extremos volvieron a meterse en el tubo. Se lo devolví a Aiden forzando una sonrisa—. Gracias por dejar que lo viera.

—De nada —seguimos andando en silencio un poco hasta que volvió a hablar—. ¿Estás segura de que no te pasa nada?

—Sí —dije, prometiéndome que tendría una conversación seria con Seth muy pronto.

Aiden se puso delante y abrió la puerta del edificio principal. Una vez dentro, fuimos por las áreas menos transitadas hasta llegar a las escaleras. Pasamos por delante de otro de esos malditos cuadros con la antorcha, pero este tenía algo escrito en griego antiguo.

—Hey, tú sabes griego antiguo, ¿no?

Aiden paró y se giró hacia mí.

—Sí.

Señalé con un dedo sucio el cuadro.

—¿Qué pone ahí?

Se acercó un poco.

—Pone «Orden de Thanatos».

—Eso me suena de algo —cruce los brazos—. ¿Por qué hay tanta cosa de Thanatos por aquí?

Se apartó unos rizos rebeldes de la frente.

—La verdad es que no sé qué gracia le ven, pero la Orden fue un grupo místico que existió hace siglos. Está en el libro de Mitos y Leyendas que te dí.

—Sí, bueno, ahora sirve de tope en mi puerta.

Aiden sonrió, y me di cuenta de que no habíamos discutido aún ni nos habíamos dicho nada desagradable. Estábamos progresando.

—El grupo se disolvió hace siglos. No recuerdo mucho sobre ellos, pero eran bastante extremos respecto a la tradición y lo antiguo.

Pensé en los tatuajes que compartían el Instructor Romvi y Telly.

—¿Qué crees que significa que alguien lleve un tatuaje con el símbolo de Thanatos?

—Seguramente nada, muchos llevamos tatuajes con diferentes símbolos.

—Tú no —en cuanto dije eso, me arrepentí.

Sus ojos cambiaron de color, de gris a plateado, en un instante. Supuse que estaba recordando cómo podía yo saber que no tenía ningún tatuaje escondido.

—Lo siento —susurré.

—No pasa nada —Aiden dio un paso hacia atrás. Sus ojos cayeron hacia mis labios un segundo y luego levantó la mirada.

En esos tensos momentos, lo que había entre nosotros podría haber incendiado todo el edificio. Un profundo y poderoso sentimiento de añoranza creció en mi interior. Clavé mis dedos en mi propia carne, pero no sirvió para amortiguar el deseo que tenía de estar junto a él, de estar en sus brazos. Creo que vi lo mismo en su cara.

Cerré los ojos con fuerza, dejando que ese estúpido deseo causase estragos en mi corazón. Cuando los volví a abrir, Aiden se había marchado. Apreté los labios y me dirigí hacia las escaleras de servicio, estaba segura de que Aiden había ido por la principal, y estar a solas con él en una escalinata... bueno, mi mente ardiente se dedicó a imaginar posibles escenas que nunca pasarían. Al girar en el quinto descansillo casi me choco contra un sirviente que salía por la puerta de mi piso.

—¡Perdón! Tendría que haber...

Era el mestizo del primer día, el sirviente que tenía esos ojos tan familiares, me miraba fijamente, alerta. Solo pasó un segundo antes de que bajase la cabeza y saliese disparado por mi lado. Me giré, agarrándome al pasamanos.

—¡Hey!

Se paró.

Bajé un escalón.

—¿Te conozco de algo?

No contestó.

—Sé que puedes hablar, al menos tú sí —bajé un escalón más—, no pareces como los demás —se movió tan rápido hacia mí que me echó hacia atrás. Me miraba fijamente a la cara, pero seguía sin

decir nada. Respiré profundamente—. No tienes los ojos vidriosos como... como la mayoría de los sirvientes.

Inclinó la cabeza hacia un lado y subió un escalón.

Levanté las manos, con el corazón a mil.

—No voy a decirle nada a nadie. Soy totalmente del Team Mestizo. ¿Hay otros como tú? ¿Otros que no estén completamente drogados?

Probablemente no era la mejor palabra que podría haber usado, pero asintió.

Medité acerca de ello, estudiando sus rasgos. Probablemente había sido guapo antes de que la vida de sirviente se cobrara su precio, pero no podía dejar de mirarle a los ojos. Eran de un cálido color marrón.

—¿Por qué no me dices nada? —hice una mueca—. ¿Por qué no habláis?

Se agarró con fuerza a la barandilla hasta tener los nudillos blancos.

—Vale, no pasa nada —tragué saliva, nerviosa. ¿Estarían locos los sirvientes de aquí?—, me suenas de algo.

Parece no debía haberle dicho eso, porque le hizo retroceder.

—Espera, espera un segundo —de nuevo, se paró y me miró. Sus labios formaban una fina línea—, ¿cómo te llamas?

La puerta se abrió y oí la vez de Marcus.

—Álex, ¿eres tú la de las escaleras?

Los ojos del sirviente se estrecharon y desapareció escaleras abajo. Gruñí frustrada y subí los últimos escalones.

—Sí, soy yo.

—¿Con quién hablabas?

Negué con la cabeza, pasando a su lado.

—Con nadie.

Capítulo 17

Las carnes rojas y la política no se llevaban bien.

—Marcus, las cosas han cambiado, pero en algunos aspectos, no lo han hecho —Lucian hizo girar una copa de vino entre sus dedos elegantes—. La postura del Patriarca Telly acerca de la separación en lugar de integración está ganando adeptos.

—Únicamente porque él cree que los dioses están entre nosotros —Marcus se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Telly es un fanático, siempre lo ha sido.

Lucian dio un sorbo al vino.

—Estoy de acuerdo contigo pero por desgracia, la mayoría no.

—Me gustaría pensar que la mayoría ve que su pensamiento está errado —Laadan estaba sentada a mi lado. Llevaba el pelo recogido en un elaborado moño—. Estamos al borde de un cambio. La Orden de Razas también tiene que cambiar.

Clavé el cuchillo en mi filete, viendo cómo salían los jugos de él. Era una mierda estar aquí sentada y no poder decir nada. Me imaginé qué diría Seth si estuviese aquí, pero estaba desaparecido en combate.

Le echaba de menos o algo así.

Pusieron un plato de tiramisú frente a mí. Una vez dejada de lado la política, miré al puro de ojos grises que estaba sentado a mi lado. El que hizo la distribución de asientos merecía morir.

—Gracias —murmuré.

Aiden asintió y volvió a la conversación. Metí la cuchara en el bol e intenté no hacer mucho caso de su gesto.

—Nadia y yo haremos todo lo posible para asegurar que la Orden de Razas se cambie —dijo Lucian—, pero me temo que hay muchos que están en contra y no se detendrán hasta ver que todo sigue igual.

Me atraganté con el postre, y todo el mundo paró para mirarme.

—Lo siento —dije a media voz agitando una mano delante de

la cara.

Lucian puso cara de extrañado.

—¿Estás bien, cariño?

—Tú... ¿quieres que cambie la Orden de Razas?

—Por supuesto —respondió—, ya es hora de que los mestizos tengan representación en el Consejo. Hace solo unas horas le dije a Seth que, con vosotros dos, estamos más cerca que nunca de ese cambio. No seremos nosotros, los pura sangre, quienes consigamos esas maravillas. Seréis Seth y tú.

Levanté las cejas.

Lucian me dio unos toquecitos en la mano.

—Algunos pura sangre como Telly creen que los dioses favorecerán la vuelta a los viejos tiempos.

Miré la mano pálida de Lucian, incapaz de evitar las sospechas que siempre me producía todo lo que tuviese que ver con él. Me volvió a tocar la mano y sonrió.

—Cariño, ¿has pensado qué vas a ponerte para el baile de la semana que viene?

—¿Qué? —no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—El Baile Anual de Otoño... Estás invitada, lo cual es un gran honor para Seth y para ti. Seréis los dos primeros mestizos que asistan. Tendrás que ponerte algo bonito —miró hacia el otro lado de la mesa—. Laadan, ¿podrás ayudarla?

Asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

¿Baile? ¿Qué baile? Miré a mi alrededor, confusa. Aiden parecía ligeramente contento ante la idea de que yo asistiese a su baile. Arrugué la cara.

—Entonces está todo arreglado —Lucian se giró hacia Marcus, olvidándose de mí—. ¿Has recibido respuesta del Decano de Dakota del Sur?

Marcus negó con la cabeza.

—Convirtieron a un estudiante, un mestizo. Al puro no lo mataron.

¿Cómo demonios eran capaces de pasar de la política a una baile y luego a los ataques daimon? Aquí fue cuando me di cuenta

de que tenía el mismo nivel de atención que una hormiga puesta de Red Bull.

Aiden se inclinó hacia delante.

—¿Así que todos los Covenants han sufrido un ataque, pero el Consejo sigue pensando que no están relacionados?

Cogí la cuchara, fingiendo no prestar atención.

Lucián se recostó en la silla, estudiando a Aiden.

—No somos tan tontos como para pensar que los daimons no tienen algo pensado, ¿pero qué? No pensarán que pueden hacerse con los Covenants...

Aiden agarró con fuerza el pie de su copa.

—¿Acaso no lo han intentado ya, Patriarca? Lo único que he oído discutir en el Consejo es qué bebidas servir en el baile, si se debería abrir otro Covenant en el Medio Oeste y otros temas sin importancia.

Lucian le miró por encima del borde de su copa.

—Para ser alguien que tiene interés por su asiento en el Consejo, tienes muchas cosas que decir sobre las sesiones.

Dos brillantes manchas comenzaron a aparecer en las mejillas de Aiden. Sentí la necesidad de defenderle.

—Tiene cierta razón, ¿sabes? —cuatro pares de ojos se fijaron en mí. Mierda—. Mira qué pasó en casa. Lograron pasar a nuestros Guardias y... y mataron a gente. Están planeando algo grande. ¿No debería estar más preocupado el Consejo de esto en vez de en un estúpido baile?

Marcus me miró.

—Si ya has acabado la cena, puedes marcharte.

Solté la cuchara de golpe.

—Si no queréis mi opinión, quizá no deberíais hablar de estas cosas en mi presencia.

—Me lo apunto —Marcus vio mi mirada furiosa—. Buenas noches Alexandria.

Avergonzada por la forma en que me habían echado de ahí, me levanté. Ninguno de los puros que estaban sentados en el lujoso comedor miró hacia arriba al pasar por su lado, igual que tampoco lo hicieron los sirvientes que quitaban las bandejas y rellenaban

las copas. Recorrí con la vista toda la sala, pero el único sirviente que me interesaba no estaba ocupado con las mesas.

No podía hacer nada más que volver a mi habitación, y prefería meter la cabeza en un horno que volver ahí. Vagué por la sala sin rumbo, pasando tan desapercibida como todos los mestizos de este infierno.

Eché de menos Carolina del Norte aún más, y a Caleb. Dioses, ojalá pudiese meterme en Internet y hablar con él como habíamos pensado. Me sequé las lágrimas y entré en una enorme sala que olía a cerrado, una biblioteca.

Era raro verme en una biblioteca, porque la verdad es que leer no me gustaba demasiado. Unas cuantas sillas solitarias se situaban junto a unas lámparas antiguas que parecían estar llenas de polvo. Fui recorriendo las estanterías, pasando los dedos sobre los lomos de los libros. Igual encontraba alguna de esas novelas históricas obscenas, como las que leía mamá.

Seguramente no.

La sala parecía llevar intacta muchos años. No era capaz ni de descifrar muchos de los títulos. Pero seguí adelante, intentado evitar el dolor que me producía pensar en Caleb. Intenté pronunciar los títulos, pero me rendí al quinto. Suspiré, me recogí el pelo y me agaché.

—Impronunciable. Impronunciable. Impronunciable —ladeé la cabeza—. Totalmente impronunciable. Esta no puede ser una palabra de verdad. Oh, venga...

Mis dedos se pararon sobre un gran libro negro con caracteres bonitos. No sabía qué querían decir esas palabras, pero reconocí el símbolo del lomo, una antorcha boca abajo, empecé a sacar el libro.

Un pequeño escalofrío me recorrió el cuerpo. Levanté la cabeza y miré por toda la biblioteca. Sin duda estaba siendo observada.

—Alexadria, ¿estás por aquí?

Solté el libro y me puse de pie.

—¿Laadan?

Salió de entre unas estanterías. Bajo la tenue luz y con ese vestido blanco parecía etérea. Una sonrisa apareció en sus labios.

—No interrumpo nada, ¿verdad?

—No. Solo estaba buscando algo que leer, pero todo está en griego antiguo.

Miró hacia los libros con sus ojos grises.

—No sé por qué Telly guarda en la biblioteca tantos libros que la mayoría de nosotros no sabemos leer.

Me acerqué un poco, pero mantuve cierta distancia entre las dos.

—Pensaba que todos los puros sabíais leer el idioma antiguo.

Laadan rió suavemente.

—Nos lo enseñan a todos en el colegio, pero yo lo olvidé enseñuida. La mayoría de nosotros no sabemos.

Excepto Aiden, pensé. Pensar en él me recordó la primera vez que vi a Laadan, de pie al lado de Len e intentando convencer a Marcus para que me dejase quedarme.

—Nunca pude darte las gracias.

—¿Por qué?

—Convenciste a Marcus de que me diese otra oportunidad. Si no hubieses estado ahí, no creo que me hubiese dejado volver al Covenant —me mordí el labio y di otro paso hacia la última estantería—. ¿Por qué me defendiste? ¿Sabías... qué era?

Se pasó las manos por el vestido y miró hacia la puerta.

—¿Que si sabía que te convertirías en el Apollyon? No, pero de algún modo te conocía.

Realmente curiosa, salí de entre las estanterías.

—Cuando tenía tu edad estuve en el Covenant de Carolina del Norte. Tu madre y yo éramos muy amigas. Aún hoy sigo deseando que no nos hubiésemos separado, haberme quedado en Carolina del Norte. Quizá las cosas habrían sido distintas.

La sorpresa me dejó sin palabras. Laadan volvió a sonreír. De repente, las miradas nostálgicas que a veces me lanzaba cobraron sentido.

Asintió.

—Te pareces mucho a Rachele cuando tenía tu edad. Eres un poco más salvaje, pero eso es por parte de tu padre.

Me tensé.

—¿Conociste... conociste a mi padre?

—Sí —se acercó un poco más, bajando la voz—. Era mejor partido para Rachelle que Lucian, pero tu madre no tenía elección. Mucha gente te dirá que ella conoció a tu padre después de casarse con Lucian, pero no es cierto. Primero conoció a tu padre, *amó* a tu padre mucho antes de que Lucian entrase en escena.

—Pero... no lo entiendo. Se casó con Lucian de joven y eso fue al menos cinco años antes de que yo naciese.

En sus ojos se veía cierto aire de distancia al recordar un pasado del que yo no sabía nada.

—Entonces puedes imaginarte el escándalo que supuso tu nacimiento. Pero no dejes que eso empañe lo que tenían tus padres. Su amor era como el de esos libros tontos que tu madre solía leer. Alexander y ella empezaron como amigos, nosotros tres, de hecho, pero con los años su amistad fue creciendo hasta algo mucho mayor —escuchar el nombre de mi padre era raro y extrañamente maravilloso, como si fuese alguien real que existió algún día—. Rachelle intentó hacer lo correcto. Después de casarse con Lucian se mantuvo alejada de tu padre todo lo que pudo, esa boda era lo que se esperaba de ella. Estaba dispuesta a seguir las reglas de nuestra sociedad, pero un amor como el suyo no puede negarse durante mucho tiempo, por mal que esté —hizo una pausa—, Alexandria, ¿estás bien?

—Sí —moví la cabeza—. Lo siento. Es solo que mamá nunca me habló de él. Jamás. No tenía ni idea de que fuera como un amor de leyenda.

Juntó los labios y se dio la vuelta. Se dirigió hacia una de las lámparas con vidrios verdes y dorados y negó con la cabeza.

—Creo que era demasiado duro para tu madre hablar de él después de todo.

La seguí.

—¿Cómo era mi padre?

—¿Alexander? —Laadan miró hacia atrás con una sonrisa triste—. Un hombre bueno, leal hasta la muerte, muy guapo, y Rachelle era todo su mundo —se giró y puso sus esbeltos brazos sobre su cintura—. Te pareces mucho a ella, pero tienes la personalidad de

él. Cuando Marcus leyó tu informe en su oficina aquél día, no podía dejar de pensar en Alexander. Tenía mucho genio, era un tanto inconsciente y salvaje.

Por cómo hablaba de Alexander, como si aún estuviese aquí, me hizo pensar si sintió algo por él.

—Me pregunto qué pensaría de mí —me reí—. Ha sonado muy estúpido.

—No, para nada. Estaría orgulloso de ti, Alexandria. Espero que lo sepas.

—Bueno, soy un Apollyon.

Acercó su mano y me tocó el brazo.

—No por lo que te convertirás, sino por quién eres.

Los ojos comenzaron a picarme por las lágrimas, lo que me hacía parecer muy débil. Intenté distraerme jugueteando con la cadena de la lámpara.

—No lo sé. Tendría que haber hecho algo cuando mamá se fue del Covenant. Y no debería haber ido tras ella cuando se convirtió o al menos debería haber vuelto al Covenant cuando Caleb apareció, pero no lo hice. ¿En qué estaba pensando?

—Hiciste lo que creíste correcto —se puso a mi lado, apoyándose en la vieja mesa sobre la que estaba la lámpara—. Rachelle seguramente te habría dado un guantazo por hacer algo tan peligroso, pero te aseguraste de que encontrase la paz.

—¿Eso crees?

—Sí.

Me quité un poco de peso de encima, pero mi respiración aún iba a mil.

—La he cagado, mucho, muchas veces —apreté la cadena entre los dedos—. No creo que estuviese tan orgullosa.

Laadan puso una mano sobre la mía.

—Estaría orgullosa. Seguiste a tu corazón y sí, a veces las decisiones que has tomado no eran las correctas, pero ya lo sabes. Has aprendido de ellas. ¿Y atreverte a decirle a Telly qué le pasó a tu amigo? Fue valiente y maduro.

La admiraba, a una pura sangre. Todo esto me parecía muy extraño. Necesité unos segundos para asimilar mis propios senti-

mientos cruzados y todas las emociones que me había supuesto lo que acababa de decir sobre mis padres.

—¿Cómo se conocieron, mis padres? No hay muchos mortales alrededor de los Covenants. ¿Trabajaba en Bald Head?

La sonrisa de Laadan se desvaneció un poco, parecía casi nerviosa. Se apartó de la mesa y se acarició los brazos.

—Le conoció en Carolina del Norte.

Había más en esa historia, y eso me llenaba de curiosidad. Así que mamá había amado a un mortal durante mucho tiempo. No eran los primeros ni los últimos, supongo.

—¿Qué hacía el ahí? ¿Cómo murió?

Un fuerte golpe nos sobresaltó. Me giré, esperando ver en el suelo una pila enorme de libros.

Laadan rió nerviosa.

—Olvidé que hay cosas por aquí que se mueven solas.

La miré, desconcertada.

—¿Qué quieres decir? ¿Espíritus?

Pestañeó y volvió a reír.

—Sí, espíritus. Soy un tanto supersticiosa. Esta biblioteca tampoco ayuda mucho, da un poco de miedito. Creo que se ha caído una de las estanterías —Laadan se puso a mi lado, echando un vistazo rápido a todas las estanterías, un poco ansiosa—. Ocurre de vez en cuando. Pero bueno, si te pareces a Rachele, seguro que te encantan el helado y las tartas.

Me giré hacia ella.

—Tarta de vainilla...

—Y calabaza —acabó mi frase sonriendo—. Sé dónde podemos conseguirla. ¿Te apetece?

Se me hizo la boca agua.

—Siempre me apetece cualquier cosa relacionada con comida.

—Bien —me cogió del brazo—. Vamos a atiborrarnos de comida hasta que nos salga por las orejas.

En la puerta, sentí un escalofrío y miré hacia atrás. La sensación de que unos ojos me miraban seguía ahí, pero no había nadie, al menos nadie que pudiese ver.



¿Mi padre estaría orgulloso de mí, incluso después de todas las estupideces que he hecho y que probablemente seguiría haciendo? Me parecía difícil de creer, pero Laadan le había conocido y no tenía ninguna razón para mentirme.

—Álex, ¿me estás haciendo caso?

—¿Eh? —parpadeé, apartando la vista de mi roca. Estábamos en una zona boscosa lejos del laberinto, y llevábamos ya unas cuantas horas de entrenamiento vespertino—. Sí, te he oído. Esquivar. Correr. Cosas de esas.

Seth cruzó los brazos.

—¿Qué pasa? —me levanté y me rasqué la cabeza.

—Creo que te has quedado dormida. Y eso heriría mis sentimientos, si los tuviese.

—Perdón. Es que me aburres.

—Bien, vale. Entonces vamos a trabajar —Seth levantó una mano como si fuese a lanzar una pelota de baseball. En su palma se formó una bola de llamas azules. Soltó la diminuta bola directa a mi cabeza.

La esquivé fácilmente.

—Me aburro.

Seth soltó otra, pero esta vez la lanzó a mis pies. Salté sobre la roca y bostecé sin disimulo. Según se acercaba lentamente hacia mí, una sonrisa traviesa se le iba formando en la cara. En cuanto se puso a mi alcance, le di una patada en el hombro. Contraatacó lanzando dos bolas de fuego, una hacia mi cabeza y otra hacia mis piernas. Tuve que hacer ciertos malabarismos para esquivarlas, pero lo hice y conseguí seguir en pie sobre la roca.

Le saqué la lengua.

—Puedes hacerlo mejor.

Con sus manos me lanzó una ráfaga de viento que me dio de lleno en el pecho. No podía hacer nada para bloquear algo así.

—Recuerda: agacharte y rodar —gritó Seth riendo.

Si no hubiese estado volando por los aires, le habría dado una

buena. Sin embargo, no me acordé de agacharme y rodar. Caí con los hombros sobre la hierba fresca. No di ni tiempo a que mi cuerpo notase el impacto. Me puse en pie rápidamente, sospechando que Seth ya estaría haciendo su próximo movimiento.

Tenía razón.

Una bola de fuego me rozó la cabeza justo al moverme a un lado. Siguió así hasta que me dio con el elemento aire, me tiró al suelo y no me dejó levantarme. Atrapada contra el suelo, lo miré.

—Levántate —me ordenó mientras me sujetaba.

—No puedo levantarme. Ya lo sabes.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado y suspiró.

—Es lo de siempre, Álex. Eres estupenda en todo lo referente a la lucha, no tan buena como yo, pero, ¿a quién pretendo engañar? Nadie es mejor que yo.

Puse los ojos en blanco.

—Te encanta escucharte a ti mismo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? Y sí, me gusta.

—Por eso no tienes amigos.

—Y la última vez que lo comprobé, yo era tu único amigo.

Cerré la boca. Minipunto para Seth.

—Pero ese no es el tema. Estábamos hablando de que no puedes contra el elemento aire, y es el más común, el que todos los daimons y puros saben manejar. Es un problema.

—Uff, ¿eso crees?

Aumentó la presión del viento hasta que sentí como si alguien estuviese sentado sobre mi pecho. Me retorcí un poco, pero nada más.

—¿Qué te he dicho sobre los elementos, Álex?

—Algo sobre... que la magia... son todo imaginaciones —dije entrecortadamente.

—No. Los elementos son muy reales, obviamente. Tendrás que superarlo, Álex. Imponte.

Seguía sin saber qué quería decir con eso de «*imponete*», pero no dejaba de decírmelo cada vez que pasaba esto.

—Si no puedes imponerte, volverás a ser comida de daimon, Álex. Van a oler todo ese éter que tienes dentro de ti y se van a vol-

ver locos. ¿Estás segura de que quieres ser un Centinela?

Ahora ya me estaba cabreando.

—Cállate, Seth.

Se puso encima mío, con un pie a cada lado de mi cuerpo. Se agachó y acercó su cara a la mía.

—Recuerda, para ellos no eres un plato de comida rápida; eres el mejor bistec de todo el país.

—Lo dices... como si fuese algo bueno.

Seth sonrió, parecía que recordaba algo gracioso.

—Concéntrate. Tienes que concentrarte en seguir adelante. Imagínate levantándote, Álex.

Le miré.

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—Cierra los ojos e imagínate levantándote.

Suspiré entre jadeos e hice lo que me pidió. Cerré los ojos y me imaginé que me levantaba.

—Vale.

—Concéntrate en esa imagen. Mantenla en tu mente. Concéntrate.

Hice lo que me pidió, pero lo único que conseguí fue doblar una pierna. Y eso me dejó rendida.

—Es ridículo. Un daimon ya me habría matado.

—Un daimon ya te habría mordido por todo —mantuvo su mirada fija en la mía—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Solté un bufido de rabia. Mi piel prácticamente ardía al recordarlo, y Seth lo sabía.

—¿Cuántas veces te marcaron, Álex? —Seth bajó la mano y me apartó el pelo del cuello—. Puedo contar hasta tres en este lado del cuello.

—Para —dije entre dientes.

Sus dedos se movieron sobre las cicatrices del otro lado.

—Y veo tres más, Álex —luego pasó los dedos por el cuello de mi camiseta, buscando más marcas—. ¿Cuántas hay por aquí? ¿Dos o tres... o incluso más? ¿Quieres más? ¿No? Entonces levántate.

Lo intenté porque tenía unas ganas locas de pegarle bien fuer-

te. Tensé todos los músculos de mi cuerpo, pero no pude soltarme de él.

—Déjalo ya.

La frustración ardía en sus ojos.

—¿Cuántas hay en tus brazos?

—¡Déjalo! —algo cambió en mí, como un sentido de profunda cautela. De repente, todo a mi alrededor parecía haberse agudizado, era más intenso. El cielo nublado parecía más revuelto, el graznido de los cuervos parecía estar más cerca y el tono dorado de la piel de Seth tenía un brillo nacarado.

—¡Entonces levántate! ¡Suéltate, Álex!

Y entonces pasaron unas cuantas cosas.

Sentí crecer la rabia en mi interior, una bola de energía que comenzaba a desplegar. Era tan fuerte, tan vibrante, que imaginé que sería como el cordón que se enrolló entre Seth y yo la primera vez que nos tocamos.

Seth se acercó esta vez a mi brazo. Demasiado cerca, estaba *demasiado* cerca. La bola en mi interior creció, se me paró el corazón y algo, la roca en la que había estado de pie, salió volando.

El enorme bloque confundió a Seth lo suficiente como para que parase el fuerte viento que había creado. Todos los músculos de mi cuerpo habían estado luchando para levantarme, así que cuando me soltó, salí disparada tan fuerte que fui directa hacia él. El impacto de mi cuerpo tiró a Seth de espaldas contra el suelo. Inmediatamente me agarró con sus brazos.

Nos quedamos así abrazados durante un segundo, ambos intentando respirar. Yo no era capaz de procesar, ni siquiera de empezar a entender qué había pasado.

—¿Álex...?

Me aparté un poco y bajé la mirada hacia él. Las marcas del Apollyon se movían como locas por toda su cara. Nunca las había visto moverse tan rápido.

—Emmm....

Los ojos de Seth prácticamente brillaban.

—Yo no he sido.

—Ni yo.

—Y una mierda —lo dijo totalmente impresionado.

Tragué.

—Bueno. Igual sí que fui yo.

—¿Qué sentiste cuando pasó?

—No lo sé, como algo enrollándose en mi estómago.

Abrió los labios lentamente.

—No puede ser verdad, pero lo es. Ya estás despertando. No puedo creerlo, aunque explicaría por qué has sido capaz de sentir mis emociones.

—¿Qué? —empecé a levantarme, pero me cogió de la cadera y me dejó donde estaba—. ¿Qué quieres decir con que estoy Despertando? ¿Voy antes de tiempo o algo así?

Seth intentó reír, pero soltó un sonido ahogado.

—No. No lo sé. Bueno, ¿quién sabe? ¿No? Los otros dos Apollyons nunca estuvieron juntos antes de que Solaris despertase. Él solamente pudo sentir a Solaris *después* de su Despertar. Igual... igual está pasando. ¿Te había ocurrido algo así antes?

—Oh, sí, en mis ratos libres suelo levantar rocas. Leches, no —empecé a moverme de nuevo—. Seth, puedes soltarme.

Sonrió de esa forma en la que se le suavizan los rasgos.

—No creo que esté listo para hacerlo. Y quítate esa cara de susto. No es nada malo, Álex. No, para nada. Es bueno. Podemos empezar a trabajar en tus poderes y...

Dejé de escucharle. La cara de susto no tenía nada que ver con lo de levantar rocas. Hace tiempo que asumí que en algún momento iba a convertirme en un arma de destrucción masiva. Esa cara venía a que nuestros cuerpos se estaban rozando por todos los sitios estratégicos por los que les gusta rozarse.

—Álex, ¿me estás escuchando?

—Sí —miré las runas que recorrían su cuello. Cuando llegaban al centro, vibraban al ritmo de su pulso. Me moví. Un dolor agudo me recorrió todo el cuerpo. Quería tocarlas, necesitaba tocarlas. Estaba segura de que algo ocurriría si lo hacía.

—No me estás prestando nada de atención —Seth suspiró. Ese movimiento nos acercó más—. Sabes —dijo Seth—, esto abre tantas posibilidades. Nosotros...

Levanté la mano y toqué la runa de su cuello, donde le latía el pulso, con la punta del dedo. Salió una llama de luz azul crepitante. Sus ojos se abrieron por completo, enormes y ciegos. Los glifos de su cara cambiaban de forma y color, poniéndose de una tonalidad azul como la de cielo antes del atardecer.

El aire chispeaba y silbaba según la luz azul se iba extendiendo por el suelo, y de esa luz azul, salía otra que brillaba mucho más, más intensa.

Un cordón ámbar comenzó a surgir del glifo de su cuello, enrollándose rápidamente por mi dedo, mi mano, mi muñeca... tratando de conectarnos otra vez.

Capítulo 18

Aparté la mano y me siguió, una línea ámbar cruzaba el aire entre los dos. Tenía que levantarme, salir de ahí y marcharme lo más lejos posible, porque todo esto era demasiado extraño.

—Yo...

El cordón ámbar desapareció, y la luz azul también. Seth cayó al suelo, soltando un suspiro entrecortado.

—¿Seth? ¿Estás bien? —temblando, me llevé una mano al pecho. Seth no se movía ni hablaba. El miedo afloró en mi pecho. ¿Y si lo había matado? Ya sé que había dicho que me gustaría matarle, lo había dicho muchas veces, pero no iba en serio. No era verdad—. Seth, por favor, di algo.

Pasó una eternidad hasta que abrió los ojos.

—Ha sido... genial.

Un repentino mareo me azotó y me empezó a doler el estómago.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado, con una sonrisa vaga y desdibujada.

—Estoy bastante seguro de que ahora mismo podría parar un camión con las manos.

—Vale... —respiré profundamente—, eso no me dice nada. Quiero saber qué ha pasado cuando he tocado tus marcas...

Seth se giró y me puso de espaldas contra el suelo en un movimiento fluido. Se puso sobre mí, sosteniéndose con un brazo. Únicamente se tocaban nuestras piernas, pero aún parecía como... bueno, como si nos estuviésemos tocando por completo.

—Ángel, estos son los juegos preliminares del Apollyon.

—¿En serio?

—En serio —me apartó un mechón de pelo de la mejilla.

Tragué saliva.

—No lo sabía. Culpa mía, pero es que es un poco raro. Normalmente, con la mayoría de los tíos, hace falta más —ni idea de por qué dije eso.

Los dedos de Seth me recorrieron la mejilla y bajaron hasta la barbilla.

—¿Ah sí, ángel? ¿Y qué más hace falta?

Esta era una conversación que era mejor no tener con Seth, especialmente estando prácticamente tumbado sobre mí.

—Creo que precisamente tú deberías saberlo.

Su mano fue bajando por mi cuello.

—Tengo que contarte un secreto. No eran los juegos preliminares del Apollyon; te estaba tomando el pelo. No tengo ni idea de lo qué ha pasado.

—Dioses, te odio —me puse roja de vergüenza. Le aparté la mano de un golpe.

Seth me agarró la mano y se levantó, llevándose consigo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, un poco mareada.

Asintió.

—Pues a mi la piel sigue cosquilleándome. Tío, ha sido un subidón increíble. Nunca había sentido algo así —dio la vuelta a mi mano, poniendo la palma hacia arriba—, tendríamos que intentarlo... *¿pero qué narices?* —sus dedos recorrieron mi palma como si la estuviese estudiando, y de repente abrió los ojos de par en par—. Oh. Guau.

—¿Qué? —sostuvo mi mano levantada entre ambos.

—Mira.

Miré tan atentamente que biqueé.

—No veo nada —suspiró y giró mi mano. Me quedé boquiabierta. Una débil línea azul me marcaba el centro de la palma, cruzada por otra línea más pequeña. Se parecía a una cruz, solo que la línea horizontal estaba inclinada.

—Oh, dioses —aparté la mano y me eché hacia atrás—. Tengo una runa en la mano. Es una runa de Apollyon, ¿no?

Seth se puso las manos sobre las rodillas.

—Eso creo. Yo tengo una igual.

—¿Pero por qué sigue aquí? ¿Por qué la tengo? —giré la palma varias veces, la agité, pero el débil tatuaje azul seguía ahí—. Tú puedes verla, ¿verdad? Ahora mismo, ¿la ves?

—Sí. No ha desaparecido —Seth me cogió la mano—. Deja de agitarla como si fuese un Telesketch⁴. Así no va a desaparecer.

Le miré a los ojos.

—¿Y qué las hace desaparecer? Las tuyas lo hacen. No están ahí todo el rato. Aún no he Despertado, ¿verdad? ¿Y si lo he hecho? Desea algo, y así veré si yo también lo quiero. Venga. Inténtalo.

Levantó las cejas.

—Hey. Cálmate, Álex. Respira profundamente. En serio, respira largo y profundamente.

Inhalé y dejé escapar el aire lentamente.

—No hace nada.

Parecía querer reírse.

—Álex, deja de volverte loca. No has Despertado. Lo sabría, y en vez de eso siento algo distinto...

—¿Distinto como qué?

—Me siento como... más cargado, pero aún no has Despertado.

Solté el aire con fuerza.

—¿Entonces qué ha pasado?

Sus facciones se suavizaron y todos los restos de vanidad y frialdad desaparecieron de su cara, revelando una juventud y una honestidad que no había visto nunca antes.

—Creo... que es producto de la conexión que hay entre nosotros. Unos minutos antes, usaste el elemento tierra, Álex. Es uno de los elementos más poderosos y, no sé cómo lo hiciste, pero creo que probablemente alimentabas de mí. Tiene sentido.

—¿Ah sí? —asintió—.

—Eso creo, también es lo que ha pasado al tocarme, que por cierto, ¿por qué me has tocado?

Miré hacia abajo, avergonzada.

—No... no sé.

—¿En serio no sabes por qué?

Me encogí de hombros.

—No.

—Da igual —Seth no parecía creerme—. Bueno, no hay que

⁴ Popular juguete que consistía en dibujar sobre una pantalla con unos mandos y que al agitarla, se borraba.

asustarse, ¿cierto?

—Cierto.

—En realidad no ha cambiado nada, y todo está bien. ¿Me sigues? Todo está bien. Estamos juntos en esto.

En ese instante me recordó a Aiden, cuando descubrí que era un Apollyon él me guió. Me puse de pie. Mis piernas parecían de gelatina.

—¿Hemos acabado el entrenamiento?

Se quedó de rodillas y levantó la cabeza.

—Sí.

Asentí y me giré, pero Seth me llamó.

—Álex, no creo que debamos contarle esto a nadie, ¿vale?

—Vale —me parecía bien. Me dirigí hacia el edificio principal, dándole vueltas a todo. Ya tenía una marca de Apollyon. Me miré la mano.

Una marca que no parecía desaparecer.



Durante la cena, me excusé tras el primer plato. Siempre hacían comidas de cuatro platos y normalmente me quedaba hasta el postre, pero esa noche era diferente. Tenía la mente puesta en mi palma cosquilleante.

Aiden me miró, extrañado, pero no dijo nada de mi falta de apetito. Sin embargo, sentí que Seth se levantaba y me seguía fuera del comedor.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Seth.

Le miré a los ojos. Estaban extrañamente brillantes, como dos mini soles.

—Sí, es solo que no tengo hambre.

Me lanzó una mirada de complicidad y me cogió la mano derecha. Le dio la vuelta.

—Sigue ahí.

Asentí.

—Hace un rato intenté quitármela lavándome.

Seth soltó una risa breve.

—Oh, Álex, no puedes quitártela así.

Me puse roja.

—Sí, ahora ya lo sé.

Pasó el pulgar por la línea recta de la runa, lo que me hizo soltar un gritito ahogado. Sentí como si una mariposa me estuviese tocando todos y cada uno de los huesos de mis dedos. Solté la mano y me aparté.

Fijó su mirada en mí.

—¿Qué has sentido?

Cerré la mano, cubriendo la runa.

—Era raro.

Seth volvió a cogerme la mano, pero lo esquivé. Me miró enfadado.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Pensé en decirle que no era de su incumbencia.

—Estoy un poco alterada. Creo que voy a entrenar o algo.

Sonrió.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —negué con la cabeza—, necesito algo de tiempo a solas.

Increíblemente, Seth lo dejó estar y volvió al comedor. Yo salí corriendo escaleras arriba, cogí la sudadera y me dirigí hacia el gimnasio.

No me costó mucho ponerme a tono pegándole patadas a un maniquí. Seth prefería no trabajar con ellos. Le gustaba mucho más el contacto directo.

Qué raro.

No sé cuánto tiempo pasé pegándole una paliza al maniquí, pero cuando paré, estaba jadeando y cubierta de sudor. Apoyé las manos sobre las rodillas. El maniquí se mecía frente a mí. La pelea no había logrado hacer desaparecer la frustración general que sentía por... *todo*.

Me incorporé y giré la mano derecha.

La runa azul estaba muy débil, pero ahí estaba. Fui hacia donde había dejado la sudadera y me la puse.

Me dio un ligero escalofrío. Me giré y recorrí con la mirada la sala vacía. Era la misma sensación que tuve la noche que salí del

despacho de Marcus. Como una advertencia de que no estaba sola. No iba a ignorarla.

Las luces sobre mí parpadearon y se fueron, sumiendo a la sala en la oscuridad. Deseé haber tenido súper visión o algo así, porque no veía una mierda. Ni siquiera dónde estaba la puerta, y estaba deseando salir de ahí. Todos mis sentidos me pedían que me fuese de allí. Algo estaba mal, había algo que no...

Una corriente de aire se movió a mis espaldas, levantándome el pelo húmedo que tenía pegado al cuello, acariciando mi piel con el cuidado de un amante. Me giré, pero no le pegué a nada más que al aire.

Respiraba con dificultad y me salió la voz chillona.

—¿Quién está aquí?

Nada... y después escuché:

—*Alexandria, escúchame.*

Las palabras, oh, dioses, esas palabras se deslizaron por mi piel como fina seda. Dejé caer los brazos y se me cerraron los ojos. Una pequeña parte de mi cerebro seguía estando alerta y reconoció la compulsión, pero se desvaneció.

Sentí de nuevo el aire. Una mano se posó sobre la base de mi cuello, y una suave voz me susurró al oído. Mis pensamientos iban y venían hasta que quedaron vacíos de sentido, y entonces se llenaron de instrucciones que mi parte consciente no reconocía, pero que aún así iba a seguir.

—Vale —me escuché decir en una voz como de ensueño.

Poco, pero era consciente del aire a mi alrededor y de que las luces volvían. Floté hacia el exterior de la sala. Fuera, con esa temperatura tan baja, podría haber salido flotando hacia el cielo.

Creo que me gustaba.

Me vi frente a la entrada del laberinto. Debía estar ahí. Mi cuerpo lo sabía. Me agaché lentamente y me desaté los cordones. Me costó un poco, pero al final lo logré y me quité los calcetines también. Los puse uno al lado del otro en el suelo. Me quité la sudadera y la doblé cuidadosamente. La puse sobre los zapatos.

Y entonces entré en el laberinto, sonriendo mientras el aire frío me daba sobre los brazos desnudos, aún empapados en sudor.

Iba andando sin rumbo, sin ninguna idea clara excepto que tenía que seguir andando hasta que me cansase. Era lo que tenía que hacer: poner un pie delante del otro.

Empezó a nevar.

Unos hermosos y enormes copos caían del cielo sobre mis brazos. Era como si todo estuviese en su sitio, como si yo estuviese en mi sitio. La hierba crujía bajo mis pies según me adentraba más. La nieve se me pegaba al pelo y sobre la piel. Mi aliento se convertía en vapor, y cada vez se iba ralentizando más.

Debían de haber pasado horas, porque cada paso me costaba más que el anterior. Me caí al suelo con las rodillas y las palmas de las manos. A parte de por la nieve, mi piel estaba extraña. ¿Era azul? No del todo, pero era como si las venas bajo mi piel estuviesen destiñendo, dándole a mi piel un tono violáceo.

Estaba estupenda.

Me levanté y perdí un poco el equilibrio. Estaba cansada, pero aún podía andar un poquito más. Seguí caminando. Bueno, a duras penas. No sentía los dedos de los pies y tenía toda la piel agradablemente insensible. Volví a tropezar, esta vez sobre una estatua helada. Me deslicé sobre el mármol, sintiendo cómo los bordes rozaban mi piel. Debería haberme dolido, pero según estaba ahí sentada, me di cuenta de que no sentía nada.

De algún modo, me encontré tumbada de espaldas, mirando hacia la estatua alada. Me miró desde arriba, con el brazo extendido y la palma abierta. Intenté mover el brazo, pero no se levantó. Miré hacia la estatua, respirando profundamente pero sin llegar a llenar mis pulmones. El cielo se llenó de pequeños copos que iban cayendo hacia mí. Los párpados me pesaban demasiado, y la nieve me hizo bajar las pestañas. Creí escuchar un grito desolado en una hermosa lengua, pero luego no hubo nada más.

Capítulo 19

—¿Qué estaba haciendo ahí fuera?

—No lo sé. ¡Se me hace muy raro que pensase que era verano!
¿Por qué no se ha despertado aún?

Las voces me sonaban. Me ardía la palma derecha. De hecho todo me ardía, ardía un montón.

Alguien puso algo caliente y pesado encima mío. Me dolió por todo.

—Se pondrá bien —dijo una mujer—, solo necesita descansar.

—¿Necesita descansar? —me pareció que era Seth, pero no sonaba igual. Tenía un tono de voz distinto—. *Estaba azul* cuando Leon la trajo.

¿Leon me trajo? ¿De dónde? ¿Por qué había estado azul? Lo de azul no sonaba muy bien.

—Esta chica tiene suerte. Unos minutos más y habría perdido un dedo o dos, pero está bien —dijo de nuevo la mujer, notablemente irritada—. No podemos hacer nada más.

Espera ¿Qué demonios? ¿Perder dedos?

Oí cómo se cerraba una puerta, y la cama se hundió a mi lado. Alguien me apartaba el pelo de la cara. Seth. Intenté abrir los ojos, pero los sentía muy pesados.

—¿Dónde dijo que iba cuando salió de la cena?

Mi corazón se aceleró al reconocer la voz de Aiden. ¿Por qué no podía abrir los ojos? ¿Y por qué estaba tan cansada?

—Dijo que iba a entrenar —respondió Seth.

—¿Y la dejaste ir sola? —ese era mi tío. Solo él podía sonar tan frío y disgustado pero refinado al mismo tiempo.

—No soy su niñera —soltó Seth—. No quería que fuese con ella.

—Álex no debería vagar por ahí sola —la voz de Aiden estaba llena de odio—. Mierda, ya debería haber aprendido.

Seth resopló.

—Aunque Álex tienda a tener un comportamiento estúpido,

dudo seriamente que sea la responsable de esto —dijo Aiden.

Joder, gracias, pensé medio en sueños. Deseé que se callasen todos para así poder volver a dormir. Cuando estaba dormida no me ardía todo.

—No iría dando saltitos por un laberinto vestida como si estuviésemos en pleno verano y acabar a punto de morir de hipotermia —continuó Aiden—. Alguien le ha hecho esto.

—¿Estás sugiriendo que ha sido una compulsión? —Seth bajó la voz—. Ya sabes que los puros tienen prohibido usar compulsiones con los mestizos que no están esclavizados. ¿Podría haberse atrevido alguno?

—¿Tú que crees? —preguntó Aiden.

—Creo que voy a matar a alguien —respondió Seth como si nada.

Marcus suspiró.

—Hablaré con el Patriarca Telly a primera hora de la mañana. Me aseguró que aquí no pasaría nada.

Continuaron hablando unos minutos más, aunque sus voces se iban haciendo más y más lejanas según iba cayendo en una feliz inconsciencia donde no me dolía nada. Me desperté un poco después, temblando sin control. Cuando abrí los ojos, la habitación estaba oscura y en silencio.

Intenté levantarme para coger una camiseta, pero mis músculos no querían cooperar. Gimoteando, volví a tirarme sobre el duro colchón y deseé que una maravillosa manta calentita apareciese de la nada. Era una pena que no tuviese poderes así.

De repente, la cama se movió y una sombra oscura se inclinó sobre mí. Si no hubiese sido por sus brillantes ojos amarillos, habría gritado.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo f-frío —dije entrecortadamente.

—Te han traído más mantas. ¿Sigues teniendo frío?

—Ahá —estaba tiritando. Oí suspirar a Seth y sentí sus manos metiéndose por debajo mío, poniéndome de lado—. ¿Q-qué estás haciendo?

—Calentándote, que ya te hemos puesto todas las mantas ha-

bidas y por haber —me puso contra su pecho y me rodeó con los brazos—. Wow, estás helada como un polo.

Cerré los ojos.

—No era esto lo-lo que tenía pensado.

Puso la barbilla sobre mi cabeza.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, i-ir a por más mantas.

—Eso no sería tan divertido ni de lejos.

No respondí porque, para ser sinceros, Seth estaba muy caliente. Caliente en el sentido literal y platónico de calor corporal. En ese momento entrelazó su piernas con las mías y abrí los ojos de golpe.

—¡S-Seth!

—Solo me estoy asegurando que te estás calentando. ¿Funciona? —Seth movió los brazos bajo la manta, poniendo una mano sobre la curva de mi cadera.

Me mordí el labio. Sí, me estaba calentando.

—¿Álex?

—¿Sí? —me moví incómoda pero me paré en cuanto la mano de Seth se tensó en mi cadera.

—¿Qué estabas haciendo esta noche en el laberinto, casi sin ropa?

—¿Cómo? —grité.

—¿No... no te acuerdas? —Seth metió la mano por dentro de mi camiseta—. Tienes la tripa helada.

Y su mano estaba realmente caliente. Me dije a mí misma que esa era la razón por la que no le había partido el brazo

—N-no, no sé de lo que hablas.

—Vale. ¿Recuerdas haber hablado conmigo después de cenar?

Vaya pregunta más estúpida.

—Sí.

—¿Fuiste a la sala de entrenamiento?

—Sí.

—¿Qué pasó después, Álex?

—Estuve entrenando un poco con el maniquí y luego... —arrugué la frente. Y luego, ¿qué? Recuerdo haber ido hacia una esquina

y ponerme la sudadera—. Se fueron las luces.

—¿De la sala de entrenamientos?

Asentí, concentrada. La memoria se me iba escapando, como una palabra perdida en la punta de la lengua.

—No lo sé.

Seth se puso tenso.

—¿No recuerdas nada más?

Había un enorme hueco en blanco donde no había nada. Me puse de espaldas, aunque solo podía ver sus ojos en la oscuridad.

—¿Puedes ayudarme con qué me pasó?

—Pues esperaba que pudieses hacerlo tú, Álex. No sabemos qué pasó. Leon encontró tu sudadera y tus zapatos al principio del laberinto. Obviamente eso le preocupó y te encontró ahí tirada en el suelo, medio congelada.

—¿Qué? Yo no he hecho eso —moví la mano y la puse sobre la suya. Se estaba moviendo demasiado hacia arriba—. Bueno, no recuerdo haber hecho eso, y la verdad es que suena bastante estúpido.

Seth me pasó sus dedos sobre las costillas.

—¿Recuerdas haber hablado con algún puro?

—No. No recuerdo nada después de que se fuera la luz —hice una pausa y sentí ciertas náuseas al comprender por dónde iban las sospechas de Seth—. ¿Crees... crees que un puro usó una compulsión?

No respondió inmediatamente.

—Sí.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué un puro me haría caminar por el laberinto? De todas las cosas que me podría obligar a hacer y... —cerré la boca. No tenía ni idea de lo que el puro me había obligado a hacer. Igual caminar por el laberinto era solo una parte. Podría haber pasado cualquier cosa. La sensación de no tener ni idea de nada me dio náuseas. Una compulsión era una violación, simple y llanamente. Dejaba sin voluntad a una persona y sin capacidad de decir que no.

Era una violación de la mente.

¿Pero por qué no podía recordar qué había pasado? Única-

mente me lo habían hecho una vez y fue cuando Aiden me hizo dormir la noche que me encontraron en el almacén. Lo recordaba todo.

—¿Álex? —Seth sacó la mano de debajo de las mantas y me cogió la cara. Mi tripa la echó de menos—. ¿Te acuerdas de algo?

—¿Crees que me obligaron a olvidar la compulsión? ¿Es eso posible?

—Es posible. Las compulsiones no tienen límites.

Tragué.

—Llevaba algo de ropa puesta, ¿verdad? ¿Solamente me faltaban los zapatos y la sudadera?

—Sí —su voz sonó tensa—, creo que lo mejor será que no vayas nunca sin que te acompañe alguien, Álex. Sé que odias la idea...

—Me dejaron fuera para que me muriese de frío —dije paralizada al darme cuenta de la situación—. Estaría muerta si Leon no me hubiese encontrado.

—Como ya he dicho, creo que lo mejor es que no vayas sola a ninguna parte.

Tenía ganas de pegarle a alguien. También quería llorar. No me gustaba la sensación de impotencia, de no saber nada. Respiré hondo y solté el aire lentamente.

—Quiero saber quién es el responsable.

—Lo descubriremos. Confía en mí. Pero ahora tienes que descansar.

Dormir no era una opción válida en estos momentos, pero Seth se puso boca arriba para ayudarme. Yo estaba demasiado metida en mis pensamientos como para protestar por ello. Puse la cabeza sobre su pecho mientras miraba hacia la oscuridad.

A pesar de su silencio, sabía que Seth tampoco durmió nada esa noche.



Un día después, tras unas horas de entrenamiento, vinieron unos Guardias del Consejo y dijeron que el Patriarca Telly quería verme. Estaba claro que solamente se había requerido mi presen-

cia, pero Seth se negó a apartarse de mi lado.

La sesión del Consejo había hecho una pausa para comer y nos llevaron a un despacho decoradísimo en el edificio del Consejo. Nunca había visto tantas cosas doradas juntas. Estaba también presente lo que quedaba de mi familia: Marcus y Lucian. Estaban sentados en dos lujosas sillas de cuero. Yo decidí quedarme de pie, y Seth se puso justo detrás de mí.

Telly estaba mirando por una ventana redonda, con un vaso de vino tinto en la mano. Se giró y su mirada se dirigió directamente tras de mí, hacia Seth.

—Señorita Andros, lamento haber interrumpido el entrenamiento, pero quería expresar mi más sincero alivio al ver que un evento tan desafortunado no ha ocasionado ninguna lesión permanente.

No sonaba sincero.

—Alguien usó una compulsión sobre mí —dije—. No consideraría eso un *evento desafortunado*.

—Estoy de acuerdo —dijo Lucian—. Mi hijastra no suele inventarse las cosas.

Telly se apartó de la ventana, con los ojos fijos en mi padastro.

—Eso espero, pero puedo asegurar que no hay nadie aquí que sea tan atrevido como para usar una compulsión en un invitado mío.

—¿Qué está sugiriendo entonces, Patriarca? —preguntó Marcus. Hoy iba vestido con un traje azul oscuro. Mataría por ver a este hombre en vaqueros.

—Tengo la misma curiosidad que todos por saber cómo la Señorita Andros acabó en ese aprieto —dijo Telly—. Tengo a mis mejores Guardias investigando la cuestión. Quizá ellos descubran qué ocurrió en realidad.

—Lo dice como si de algún modo yo fuese responsable de lo ocurrido —dije, ganándome una mirada anodina por parte de Telly.

—Sé que somos poco estrictos respecto al tema de la bebida —Telly dio un sorbo al vino—. ¿Bebiste algo durante la cena?

Abrí la boca de par en par.

—¡No estaba borracha!

—Alexandria —Marcus movió la cabeza en mi dirección. Se giró hacia el Patriarca y sonrió educadamente—. Doy fe de que Alexandria no bebió nada durante la cena.

—Ummmm. ¿Y después? —preguntó Telly.

—Yo hablé con ella justo después y se fue directamente a la sala de entrenamiento —se notaba claramente el malestar de Seth por todo esto.

Telly levantó las cejas.

—Tú la encubrirías, ¿verdad? Ya que ella es tuya y vuestros destinos están íntimamente ligados.

—Yo no...

—¿Me está llamando mentiroso? —Seth me cortó, y su malestar pasó a ser enfado.

Lucian se puso de pie y se alisó la toga.

—Patriarca Telly, confío en que está llevando esta cuestión en serio. Si no, no puedo aceptar que Alexandria siga aquí.

—Tiene que dar parte al Consejo.

—También tiene que estar a salvo, y esa es la prioridad —respondió Lucian—, no su testimonio.

Telly volvió a beber, mirándonos a Seth y a mí.

—Por supuesto que me tomo su seguridad muy en serio. Después de todo, ella es toda una rareza, y no queremos que nada la pase a la preciada Apollyon del Consejo.



—*La preciada Apollyon del Consejo* —maldije, quizá más fuerte de lo que debería. No habían sido las palabras de Seth, pero él era el único blanco que tenía. Me esquivó de milagro—. Pues esta «preciada Apollyon» va a meterte el pie por...

Seth me cogió el puño.

—Álex, tranquilita, ¿eh? Que si no, lo dejamos. No sé por qué he aceptado pelear contigo si estás en este plan.

Di un paso atrás y me sequé la frente con el brazo.

—Me da asco su forma de hablar, la forma en que nos mira,

como deseando poder desintegrarnos.

—Y no deberías entrenar tan duro —Seth siguió como si no me hubiese escuchado—. Hace nada parecías un cubito de hielo. Tienes que tomártelo con calma.

—Deja de tratarme como a una cría. Me siento estupendamente —no era mentira, a pesar de que el viento helado que pasaba me estaba sentando un poco mal.

Seth suspiró. Se estaba volviendo todo un profesional suspirando. Este significaba «*A veces no sé qué hacer contigo*».

—Y además odia a los mestizos. ¿Lo sabías? —continuó diciendo mientras lanzaba una feroz patada hacia atrás. Seth la esquivó—. Me lo dijo Aiden. ¿Sabías también que le encantaría esclavizar a todos los mestizos? Hasta Lucian cree que le gustaría ver que todo vuelve a ser como en los viejos tiempos. Cabronazo, estúpido hijo de...

Seth me cogió de los hombros y me agitó un poco.

—Vale, ya lo pillo. Odias a Telly. ¿Sabes qué? Todo el mundo le odia, pero controla todo el Consejo, Álex.

Me costaba respirar ese aire tan frío.

—¡Ya lo sé!

Sonrió.

—Mientras él controle al Consejo no va a cambiar nada. La Orden de Razas seguirá igual. Como mucho, si cambia algo para los mestizos, será a peor.

—Oh, bueno, eso me hace sentir mucho mejor. Gracias.

—Pero... pero escúchame, Álex —en su cara se comenzó a reflejar cierto entusiasmo—. Cuando Despiertes, podremos cambiar al Consejo. Tenemos partidarios, Álex. Gente que te sorprendería —me quitó un mechón de la cara.

Le aparté la mano.

—No me toques. No necesito que me aparezcan más runas mágicas que nunca se van.

Seth apartó la mano, sonriente.

—¿Aún no se ha ido?

Le planté la mano en la cara.

—¿Sigue ahí?

—Síp.

—No tienes por qué parecer tan contento —me di la vuelta y paré. Teníamos compañía.

Cross, Will y Tetas estaban al otro lado del campo. Will llevaba una neverita en la mano.

—Se nos ocurrió que quizá os apetecería algo de beber, ya que os perdisteis la fiesta.

Seth empezó a charlar con ellos mientras yo me dedicaba a jugar con el cordón de mis pantalones. Esas «bebidas» no eran más que botellines de tinto de verano barato, del que Caleb y yo nos habríamos reído, pero tenía tanta sed que no me quejé. En cuanto Seth se calló lo suficiente para que otro pudiese hablar, Will me empezó a acribillar a preguntas sobre las peleas contra daimons que había tenido. Cross me lanzaba miradas llenas de admiración, distintas a las que me echaban en Carolina del Norte. Ninguno de los de aquí conocía toda la historia que rodeaba mi ascenso a la fama, o mi caída en picado hasta tocar fondo. Prefería dejarlo así. Me relajé sobre la roca, bebiendo tranquilamente mientras respondía a sus preguntas.

—¿Y cuántas veces te marcaron? —preguntó Cross con dos botellines en la mano.

Will se giró hacia su compañero.

—Tío, eso no se pregunta. Bocazas.

Me quedé helada. Sin querer, había dejado mi cuello a la vista al echarme el pelo hacia atrás. Me puse roja y eché la cabeza hacia delante para que el pelo me cayese por encima. Seth, que estaba inmerso hablando con Tetas, seguramente de sí mismo, se apartó y se giró hacia nosotros.

Cross hizo una mueca.

—Lo siento. No pretendía... ofenderte. Es solamente que me parece impresionante que hayas luchado contra daimons y hayas sobrevivido. No que te hayan marcado, claro. Eso no es impresionante. Es bastante horrible.

Will puso los ojos en blanco y gruñó.

—Mejor cállate, Cross.

—No. No pasa nada —me aclaré la garganta, y decidí que si yo

no le daba importancia, ninguno se la daría—. No sé cuántas veces. Unas cuantas, supongo.

Cross parecía aliviado, pero entonces Seth se levantó y Cross se apartó aún más. Le vi ponerse entre nosotros, dándoles la espalda a Cross y Will. Estaba frente a mí y no tenía ni idea de qué pretendía hacer, pero lo que salió de su boca desde luego no estaba en la lista de posibilidades.

—Baila conmigo.

Le miré.

—¿Qué?

Seth hizo una grácil reverencia y me extendió un brazo.

—Baila conmigo, *¿por favor?*

—¿Por qué quieres bailar en medio de un campo, Seth?

—¿Por qué no? —movió los dedos—. Baila conmigo, *porfa plis* —Seth sonrió—. Baila conmigo, Alexandria.

Detrás suyo, vi a Tetas observando toda la escena como disgustada y lloriqueando. No sé si fue eso lo que me hizo cogerle la mano a Seth o el hecho de que me estuviese dando vergüenza. Seth me puso en pie, me dejó un brazo semiflexionado y me puso el otro alrededor de su espalda.

Y luego empezó a bailar un vals por todo el campo, sin música.

Era tan ridículo que tuve que reírme. Rodeamos un pedrusco, tropezándonos por el suelo tan irregular de esa zona. Seth sabía bailar, de verdad, como la gente de las salas de baile. Con un brazo me hizo dar la vuelta.

Reí.

—¿Has aprendido esto viendo «*Mira quien baila*»?

—No te rías de mí —Seth me dio la vuelta, poniéndome con mi espalda contra su pecho—. Hieres mi sentimientos cuando lo que hago es ayudarte.

—¿Ayudarme con qué?

Seth me giró.

—Tienes que saber bailar sin una barra americana si quieres ir al baile.

Le di un golpe en el pecho.

—Para empezar, yo no bailo como una stripper, y además no

voy a ir a ese estúpido baile.

No contestó. Sonrió, subió su mano por mi espalda y me echó hacia atrás sobre su brazo. Me reí y dejé caer la cabeza hacia atrás. Vi a Tetas sobre su piedra. Lentamente, al asegurarse de que tenía durante un segundo la atención de Seth cuando me echó hacia atrás, se lamió los labios.

Seth me dejó caer.



Mucho después, ya tras la puesta de sol y cubiertos de barro, Seth y yo pasamos de largo del comedor. Nos movíamos en silencio, intentando no llamar la atención.

Me froté mi dolorido trasero y vi que Seth me estaba mirando.

—Es por tu culpa —susurré.

—Me lo vas a estar recordando toda la vida, ¿verdad?

—Me has tirado de culo.

Eché la cabeza hacia atrás y rió un poco.

—Culpa del vino.

—Culpa de Tetas.

Puso una sonrisa traviesa, me cogió de la mano y me llevó a toda prisa por el pasillo. Pasamos junto a varias habitaciones en silencio, y entonces escuchamos a Marcus claramente.

—¡No sé Lucian está planeando algo!

Paramos y nos miramos.

—¿No tienes tanta relación con él? —escuché que le preguntaba Telly.

—Lucian tiene muchos secretos, igual que todos vosotros —respondió Marcus enfadado.

Seth me echó hacia el hueco que había al lado de la habitación en la que estaban Marcus y Telly, apretándome contra la pared. No tenía por qué ponerse *tan* cerca.

—Vamos Seth. Ponte...

—Shhh —movió la cabeza hacia la mía, y sus mechones me rozaron las mejillas—, esto no tiene buena pinta.

Le lancé una mirada asesina.

—¡Sé que trama algo! —dijo Telly—. Cree que puede controlarle, pero es un estúpido si piensa eso.

Seth se incorporó un centímetro, arrugando un poco la boca.

—Ni siquiera Lucian es tan estúpido —respondió Marcus.

Telly hizo un sonido disgustado.

—Mi trabajo como Patriarca es protegerles, ¡es mi deber! Si sabes algo...

—¡No sé nada! —Marcus dio un manotazo a algo—. Se está volviendo paranoico, Patriarca.

—Tú lo llamas paranoico, yo lo llamo hacer planes de futuro. Hay ciertas precauciones que deberíamos tomar, solo por si acaso. Algo para asegurar que no estén amenazados.

Me pregunté sobre qué estarían hablando. Seth también tenía la cara contrariada, y casi me hizo reír. Quizá aún tenía vino corriendo por mis venas. Él debió sentir esa risita antes de que naciera, porque bajó la mirada hacia mí y sonrió.

—¿En qué está pensando, Patriarca?

—Hay formas de eliminar la amenaza, formas en las que nadie sale herido. Algunos miembros del Consejo piensan que es lo mejor que se puede hacer.

Cuando Marcus habló, sus palabras sonaron monótonas y frías.

—¿El Consejo ya ha actuado?

Telly habló con tono de burla.

—¿Qué estás insinuando, Marcus?

Hubo un momento de silencio.

—¿Y cómo eliminarían la amenaza, si se puede saber?

La tensión tras la pregunta de Marcus era tan densa que podía casi sentirla.

—Ya tenemos uno aquí —respondió Telly—, ¿por qué no tenerlos a los dos?

Hubo un momento de silencio.

—Eso está fuera de toda discusión. Lo siento, pero no puedo aceptarlo.

—Quizá lo que necesitas es un poco de tiempo y motivación. Tienes muchas ganas de tener ese asiento en el Consejo. Yo puedo

dártelo.

Seth agachó la cabeza y yo sentí su cálido aliento contra mi cuello. Intenté apartarme un poco hacia atrás, pero no tenía sitio.

—¿Sabes de qué están hablando? —susurró.

Por un segundo tuve que pensar en qué me preguntaba. Estaba un poco perdida.

—Ni idea.

—No creo que cambie mi opinión —respondió Marcus al final—. Es tarde, Patriarca. Y esta conversación se ha terminado.

Los labios de Seth me acariciaron el cuello, justo bajo mi oreja. Me aparté ante el inesperado roce, y le pegué en la tripa. Rió en voz baja.

Telly rió con tristeza.

—Mi oferta sigue en pie hasta el final de las sesiones.

—Buenas noches, Patriarca Telly.

Nos metimos en la habitación de al lado y cerramos la puerta justo a tiempo. Telly salió un segundo después, seguido por Marcus. Seth y yo nos miramos. Había algo más en sus ojos a parte de la malicia habitual. Se acercó a mí sonriendo.

Levanté la mano y la puse contra su pecho. Mi pulso se aceleró.

—Se acabó el juego, Seth.

Puso su mano sobre la mía.

—Vaya sobornos hay por aquí.

—No me sorprende —eché un vistazo a la habitación. Estábamos en otra sala de estar. ¿Cuántas había?—. Me sorprende lo poco que le gusta Telly a Marcus.

Seth se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Despejado —hizo una pausa y sonrió mientras miraba hacia detrás—. A no ser que quieras quedarte aquí un poquito más. Ese sofá parece cómodo.

Pasé por su lado.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

Me siguió hacia fuera.

—No, la verdad es que no.

—Guau. Eres tan polifacético, Seth.

Rió y se puso a mi lado, pasándome el brazo por encima de los hombros.

—Y tú eres una aguafiestas.

Capítulo 20

Durante los siguientes días, Seth me ocupó la mayor parte del tiempo. Vi muy poco a Aiden y Marcus. Una vez dejé de tener a Seth pegado a mi culo, salí un poco con Laadan mientras se hacía la manicura y pedicura para el baile. Opté por no participar en ese lujo.

Que alguien me tocara los pies me daba cosilla.

Seth y yo nos metimos en una de las salas de entrenamiento entre práctica y práctica, y estuvimos luchando con algunos de los mestizos del otro día. Creo que, más que otra cosa, lo que hicimos fue dejarlo todo hecho un caos, pero me lo pasé bien luchando con gente que no fuese Seth. Hacer el tonto un rato logró liberar parte de la frustración que tenía acumulada por estar en este sitio y el malestar que iba creciendo según se acercaba el día de mi sesión en el Consejo.

Pero ese tiempo con Seth no había sido únicamente diversión y juegos. Nos pasábamos la mayor parte de los entrenamientos trabajando en esquivar el uso de elementos en la batalla. El tiro de bolas de fuego no era un deporte de interior, así que teníamos que estar fuera.

También discutíamos. Mucho.

Se picó porque decía que un día que Aiden pasó a vernos durante el entrenamiento, no dejó de mirarle mientras entrenaba a nuestro lado. También decía que no dejaba de babear por él.

No era verdad.

Roja de vergüenza y enfado, me di la vuelta y le dejé plantado en medio del campo en el que entrenábamos. Algo menos de una hora después, Seth volvió a aparecer con hamburguesas y patatas fritas, mi comida favorita, y más o menos le perdoné. Tenía hamburguesas, no podía hacer otra cosa.

Seguía sin tener recuerdos de cómo acabé en el laberinto. No saber qué había pasado, o por qué un puro iba a hacerme algo así, seguía fastidiándome. Al igual que la conversación entre Marcus y

Lucian que oímos a medias. No podía quitarme de encima la sensación de que ambas cosas estaban ligadas.

Pero también podían ser solamente paranoias mías.

El entrenamiento de ese día fue muy corto ya que Seth tenía algo importante que hablar con Lucian. Cuando le pregunté sobre qué se trataba, me dijo que no me preocupase y que me fuese con Laadan.

Odio a los tíos.

Y no encontraba a Laadan por ninguna parte.

Aunque me irritaba que nadie quisiese que fuese por ahí sola, no quería volver a ser el juguete de ningún puro y sus compulsiones. Volver a pensarlo me puso tan furiosa que podría haber atravesado una pared de un puñetazo. Tras mirar en un millón de cuartos de estar, me rendí buscando a Laadan. Me esperaba otra larga y aburrida tarde en mi habitación, mirando el techo.

Sin ocultar mi fastidio, giré la esquina y me paré en seco.

Un poco más adelante, una sirvienta estaba de rodillas temblando. Se le había caído al suelo una pila de platos. El hombre que se alzaba sobre ella llevaba la inconfundible vestimenta de un Maestro. Yo solo había visto uno una vez, cuando Mamá me llevó frente al Consejo con siete años.

Nunca olvidaré sus togas de color rojo sangre o cómo se afeitaban la cabeza y *todo* el vello facial.

El Maestro dio una patada a uno de los platos vacíos, rompiéndolo en mil pedazos.

—Estúpida mestiza descuidada. ¿Acaso el llevar unos platos es demasiado difícil para ti?

Ella se encogió de miedo, bajando la cabeza y juntando las rodillas. No dijo nada, pero podía oírla sollozando por lo bajo.

—Levántate —dijo el Maestro disgustado. La chica no se movió tan rápido como él quería. Estiró el brazo hacia abajo y la agarró del pelo, tirándola por el suelo. Su grito sorprendido y de dolor hizo soltar una cruel risa al Maestro y algo más. Levantó la mano que tenía libre para pegarle.

Ni siquiera lo pensé.

La ira me hizo actuar. Fui directamente hacia el Maestro, aga-

rrándole el puño antes de que le pegase. El Maestro se giró. La falta de cejas le daba un aspecto casi cómico a su expresión de sorpresa. Se recuperó enseguida e intentó soltarse la mano.

Yo se la sujeté.

—¿Tu madre no te enseñó a no pegar a las damas?

Sus ojos brillaban de desprecio y furia.

—¿Osas tocarme e interferir en una situación que no te concierne? ¿Estás deseando tomar el elixir, mestiza?

Sonreí, sujetando más fuerte su puño hasta que sentí que los huesos de su mano se juntaban. El dolor le hizo juntar los labios, algo que me dio una enorme satisfacción.

—Oh, no soy una simple mestiza.

—Sé lo que eres —soltó la mano, con una mueca de disgusto en sus labios—. ¿Crees que eso va a salvarte? Como mucho, aseguro que un día estarás bajo el control de un Maestro... o peor.

Sus palabras deberían haberme asustado, pero solo me cabrearón.

—Que te den, tío raro sin cejas.

El Maestro rió mientras se giraba de nuevo hacia la chica que seguía en silencio, pero en ese momento se dio la vuelta tan rápido que no pude ni levantar las manos para taparme. El puño que parecía ir a por la sirvienta, acabó dándome justo en la mandíbula.

Un enorme dolor me recorrió toda la cara mientras yo me tambaleaba hacia la pared. Los ojos se me llenaron de lágrimas inmediatamente; el dolor palpitante me provocaba amagos de mareo. Me sujeté la mandíbula, segura de que me la había roto. Y entonces ahí estaba Seth, en frente de mí, un enorme infierno de rabia. No tenía ni idea de dónde había salido o cómo había llegado aquí tan rápido.

—Eso es lo último que harás en tu vida —soltó Seth. Echó la mano hacia atrás. No para pegar al puro, sino para *matar* al puro.

Durante los entrenamientos vi muchas veces cómo se iba formando akasha en su mano, pero siempre era solo una pequeña bola de energía. Cuando derribó a Kain, Aiden la bloqueó casi toda, pero ahora no veía nada más que eso. La energía azul le salía de por debajo de la manga, llenándole la mano por completo, chis-

porroteando y sacando fuego azul.

Olvidando el dolor, me aparté de la pared, y cogí a Seth del otro brazo.

—¡No! ¡No!

—Apártate, Álex, ahora.

Me puse en frente, poniéndome entre el Maestro y él. La marca del Apollyon destacaba en contraste con su pálida cara.

—¡No puedes hacerlo, Seth! Tienes que calmarte.

—Hazlo —apremió el Maestro—. Sella tu destino, Apollyon. Igual que el de tu zorrita.

Los ojos de Seth brillaron, sus labios se curvaron en una mueca. Akasha se extendió, escupiendo llamas.

—Ignóralo —puse las manos sobre su pecho—, ¡por favor! ¡No puedes hacerlo! —no funcionaba. Ni siquiera me estaba escuchando. Echó el brazo hacia atrás, preparándose para soltar el elemento más poderoso que el hombre conocía. Me di la vuelta—. ¡Vete de aquí! ¡Ahora!

La sirvienta salió corriendo, pero el Maestro se quedó, desafiando a Seth con su sonrisa, como si no tuviese instinto de supervivencia. Entonces lo entendí, quería que Seth lo hiciese, sabiendo que para un mestizo matar a un puro en cualquier situación, significaba la muerte.

Posiblemente incluso para el Apollyon.

Me giré hacia Seth, con las manos temblando. Las apreté contra su pecho, como si de alguna forma pudiese entrar dentro de él y hacerle entender que la multa por pegarme no era la pena de muerte. Podía sentir el miedo en mi garganta; el pánico era mayor que el dolor físico.

Seth se estremeció y envolvió sus brazos sobre mí. Casi lloro de alivio. La risa cruel del Maestro resonó a nuestro alrededor y parecía seguir flotando en el aire aún después de marcharse.

Bajó su mirada hacia mí, aún furioso.

—Quiero matarlo.

—Lo sé —susurré conteniendo las lágrimas.

—No, no lo sabes. Sigo queriendo matarlo.

—Pero no puedes. Ha sido mi culpa. Iba a pegar a una sirvien-

te y yo le paré. Él...

—¿Tu culpa? —dijo incrédulo. Estiró el brazo y me cogió de la barbilla, girándome la cabeza hacia un lado—. No, no fue culpa tuya.

Tragué saliva y cerré los ojos. Crisis evitada... por ahora.

—¿Me va a dejar moratón?

—Seguro que sí.

—Creo... que estoy metida en un buen lío —di un paso atrás, mirando hacia el suelo. Seth, este letal y duro Seth, era aterrador—. Tú también lo estás.

—Sí —Seth sonaba como si no le importase una mierda.

Me toqué el lado izquierdo de la cara y puse una mueca de dolor.

—Oh, joder.

Seth me apartó la mano de la cara.

—Creo que si llegamos a la cena sin que nadie diga nada, estamos a salvo.

—¿Tú crees?

Seth sonrió, pero había algo en él que parecía a punto de destruir algo.

—Sí.



No logramos llegar hasta la cena.

Veinte minutos después, Marcus y compañía entraron al cuarto de estar donde Seth y yo nos estábamos escondiendo. Aiden estaba con ellos y me encontró rápidamente con sus ojos. Me miró a la cara, parando sobre el moratón de aspecto horrible. Se paró por completo y respiró profundamente. De él salían oleadas de una potente ira, casi tan abrumadora como la que irradiaba del que estaba a mi lado.

—¿En qué estabas pensando, Alexandria? —preguntó Marcus.

Aparté mis ojos de los de Aiden, pero no miré a Marcus. En vez de eso miré a Seth.

—Sé que no debía haber parado al Maestro, pero iba a darle

una paliza a una chica porque se le cayeron unos platos. Tenía que hacer...

La puerta se abrió de par en par, apareciendo a través de ella el Patriarca Telly y una horda de Guardias del Consejo. Me puse tensa, pero Seth se puso de pie.

—¿Qué es esto? —preguntó, con los puños en alto—. ¿Qué es todo esto? —repitió Telly mientras avanzaba a largas zancadas por la sala, alto y elegante, con su toga verde ondeando tras él. Se paró frente a Marcus y Lucian—. ¿Qué es eso que he oído acerca de Alexandria atacando a un Maestro?

—¿Atacando? —solté—. No he atacado a nadie. Paré...

—Obstaculizó a un Maestro, pero no le atacó —cortó Marcus, lanzándome una mirada peligrosa—, sin embargo, él sí que pegó a Alexandria.

Telly me miró brevemente.

—Los mestizos saben que no deben entrometerse en el tratamiento de un Maestro hacia los sirvientes. ¡Hacerlo es una violación de la Ley de Razas!

Abrí la boca de par en par. ¿Me esperaba estar metida en problemas? Sí. Pero no esperaba ser acusada de violar la Orden.

—¿En serio? —Seth dio un paso al frente, entrecerrando los ojos.

—Controla a tu Apollyon ahora mismo, Lucian —dijo Telly secamente—, o lo harán mis Guardias.

Lucian se giró hacia Seth, pero sabía que no podía hacer ni decir nada. Le cogí del brazo y apreté fuerte.

—Siéntate —susurré.

Me miró desde encima del hombro, con las cejas levantadas.

—Prefiero estar de pie.

Dioses, no estaba ayudando para nada. No es que pudiese pararlo, pero me quedé agarrada a su brazo.

—Patriarca Telly, entiendo que Alexandria no debería haberse metido en medio, ¿pero acusarla de violar la ley? —Marcus negó con la cabeza—, creo que es un poco extremo.

—Esa mestiza es extrema —respondió Telly—. Ninguno de los dos tenéis control sobre ella. ¿Ahora va por ahí amenazando a

los Maestros? ¿Qué hará cuando sea Apollyon? ¿Matarlos a todos mientras duermen?

Reí. Todos me miraron.

—Lo siento, pero esto es ridículo. Lo único que hice fue evitar que le pegase a una chica. ¡Y ya está! No le pegué, pero él a mí sí —me señalé la mandíbula—. Y yo no mataría a nadie mientras duermo.

Telly se giró, dándome la cara.

—Tú, niñata, no has mostrado respeto por las leyes ni las reglas desde que empezaste a respirar. Oh, sí, he visto tu expediente.

¿Todo el mundo ha visto mi expediente? Buah. Me sentí expuesta.

—Eres incontrolable y un problema constante para el Consejo —Telly continuó, volviéndose hacia Lucian—, debería estar aquí, donde el Consejo pueda controlarla, ya que ninguno de vosotros ha logrado infundir el sentido del respeto en ella.

El miedo me paralizó por completo.

—¿Qué?

—Eso no pasará —dijo Seth en voz tan baja que pensé que nadie más lo habría oído. Pero todos se quedaron quietos.

—¿Me estás amenazando, Apollyon? ¿Amenazando al Consejo? —preguntó Telly. Habría jurado que parecía feliz, pero era una locura porque Seth podía matarle.

Seth podía restregarle la cara por todo el suelo.

Aparté mi mirada del Patriarca y vi cómo las marcas del Apollyon se movían en espirales por la cara de Seth. Me di cuenta también de que Aiden se había movido y se había puesto a mi otro lado. Di gracias a los dioses porque todo el mundo estuviese concentrado en Seth, temiendo que se volviese loco del todo. La cara de Aiden parecía decir que en cualquier momento podría matar a todos los de la sala.

Se me cayó el alma a los pies al verlos así. Esto no podía acabar bien de ninguna manera. Me puse de pie a pesar de que de me temblaban las piernas.

—Lo siento.

—No te disculpes. No has hecho nada malo —murmuró Seth.

—Sí que lo he hecho. No me debí entrometerme —miré a Telly a los ojos y me tragué mi orgullo—, olvidé... olvidé cuál es mi posición.

Seth se giró hacia mí tan rápidamente que pensé que iba a dispararme. Me miró furioso, pero mis ojos le pidieron que se sentase y se callase.

—Patriarca, como puede ver, Alexandria es consciente de que ha cometido un error —Lucian se puso frente a Seth, con las manos juntas—. Tiene un carácter fuerte y es testaruda, pero hoy no ha roto ninguna ley. Como ya sabe, si hubiese atacado al Maestro, dudo que estuviese tan bien como para ir soltando tamañas exageraciones.

—A veces piensa sin actuar —Marcus se le unió—. Es una inconsciente, pero nunca tiene malas intenciones. Y acerca de controlarla, le juro que ni siquiera hablará si no es su turno durante el tiempo que le queda aquí.

Abrí la boca, pero la cerré.

Telly tomó aire de nuevo antes de dirigirse a Lucian.

—Este tipo de comportamiento que muestra continuamente no solamente me preocupa a mí, sino al Consejo. Pero eso es algo que ya sabes, Lucian —hizo una pausa, observando a su alrededor. Me miró, lleno de repulsa—. No olvidaré esto —y con eso, se dio la vuelta y salió de la habitación a grandes zancadas. Los Guardias le siguieron, tensos y en silencio.

Me tiré sobre el sofá, cansada. Por poco no escapo de esta. Sentí que Seth se sentaba también, pero no le miré.

—Alexandria, ¿qué te hemos dicho una y otra vez? —preguntó Marcus.

—Ya vale —dijo Lucian—, forma parte del pasado. Ya está.

—Acaba de pasar —respondió Marcus—, y este de aquí ha amenazado con akasha a un Maestro, ¡por favor! Tiene suerte de que no le hayan denunciado.

—¿Qué esperabas? —contestó Lucian despreocupado—. Defiende lo que es suyo.

Le lancé una mirada mortal a mi padrastro.

—Yo *no soy suya*. ¿Podrías dejar de referiros a mí como una

posesión en vez de como una persona?

Lucian sonrió.

—Da igual, no se puede culpar a Seth por defenderla. ¿O habrías preferido que dejase que el Maestro siguiese pegando a Alexandria?

—¡Es ridículo, Lucian! —Marcus cerró los puños.

Durante un rato estuvieron con su tira y afloja. En un momento dado, me dolía la cabeza tanto como la mandíbula. Lo bueno es que Seth comenzó a relajarse y ya no parecía querer exterminar una ciudad entera de puros. En cuanto me di cuenta de que ya no estaba metida en *tantos* problemas, abrí las puertas y respiré un poco de aire fresco.

No me fui muy lejos, me quedé junto a la siguiente esquina después de la sala de estar. No dejaba de pensar en lo que había dicho el Maestro. ¿Mi destino ya estaba sellado? ¿El Maestro sabía algo o solo estaba burlándose de Seth?

—¿Álex?

Me giré por el sonido de la voz de Aiden. Sus ojos tenían un brillante color plateado.

—Hey —murmuré—, ya sé que la he vuelto a liar y...

—No he venido a gritarte, Álex. Solo quería asegurarme de que estás bien.

—Oh, perdón. Es que ya estoy acostumbrada a que todos me griten.

Inclinó la cabeza hacia un lado, ahora tenía los ojos gris oscuro.

—Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. En serio, no esperaba otra cosa de ti.

—¿En serio? —miré a mi alrededor, escéptica—. ¿Vas colocado?

Aiden sonrió, pero entonces me miró la mandíbula. La sonrisa desapareció.

—¿Te duele?

—No —mentí.

No pareció creérselo. Antes de darme cuenta de qué estaba haciendo, levantó el brazo y pasó sus dedos alrededor del moratón.

—Se está hinchando. ¿Te has puesto hielo?

La verdad era que sí, pero me había aburrido de sujetar la bolsa de hielo que Seth me había traído. Mirar a Aiden me hizo olvidar por completo lo que me acababa de preguntar. Sus dedos seguían sobre mi cara, y eso era lo único en el mundo que tenía importancia.

—Sigues mostrando una fortaleza enorme—una sonrisilla apareció en sus labios. Luego apartó la mano y la breve conexión se desvaneció—. Ningún otro mestizo hubiese sido capaz de hacer lo que tú.

—No sé por qué sigues diciendo eso —me apoyé contra la pared como si pudiese devolverme a la realidad.

—Porque es la verdad, Álex. Y no hablo de lo que hiciste por la mestiza. Es por lo que has hecho ahí dentro. Sé muy bien cuánto te cuesta pedir disculpas y decirles eso. Hace falta mucha fuerza.

—No ha sido por ser fuerte. Tenía un miedo enorme. Un poco irracional quizá, ¿sabes?

Aiden apartó la mirada, dirigiéndola hacia el laberinto. Desde aquí solo podía ver las puntas de las estatuas cubiertas de plantas.

—Me equivoqué.

La respiración se me atragantó.

—¿En qué te equivocaste?

Se giró hacia mí, con ojos plateados.

—En muchas cosas, pero siempre había pensado que tu irracionalidad era un defecto. Pero no lo es. Es lo que te hace fuerte.

Le miré, mi corazón no dejaba de hacer cosas raras en mi pecho.

—Gra... gracias.

—No me des...

—Ya lo sé —sonreí, aunque hizo que me doliese la cara—. Que no te de gracias por eso, pero lo hago.

Aiden asintió.

—Será mejor que vuelva ahí dentro. No te alejes demasiado, ¿vale?

Asentí mientras se daba la vuelta. Llegó hasta las puertas y paró. Se giró, con una expresión indescifrable en la cara pero pa-

labras precisas.

—Una parte de mí desea que Seth hubiese matado a ese Maestro por haberte tocado.



La noche del baile sirvieron la cena pronto y la locura incesante de sirvientes me hizo subir a la habitación. Tenía los nervios a flor de piel debido a mi inminente sesión con el Consejo, mi encontronazo con el puño de un Maestro, el poder asesino del akasha de Seth y las últimas palabras de Aiden.

«*Una parte de mí desea que Seth hubiese matado a ese Maestro por haberte tocado*».

Dos días después y aún no podía olvidar sus palabras.

Había sido una afirmación muy seria, pero, ¿qué significaba? ¿Era importante? Me dije a mí misma que no. Aunque le gustase a Aiden tanto como a mí me gustaba la tarta, daba igual. No había futuro para nosotros, solo muerte y desgracia.

Una suave llamada a la puerta me sacó de mis pensamientos. Como Seth nunca llamaba, sabía que no sería él. Salí de la cama y fui hacia la puerta.

Laadan estaba en el pasillo, con un vestido verde y largo, ceñido a la cadera que acababa volando a su alrededor debido a su suave y fino tejido. Tenía el pelo sujeto en un intrincado recogido, adornado por varias flores frescas.

Me miré. Ahí estaba yo con mi pantalón y mi sudadera. Dioses, nunca me había sentido tan aburrida y fea en toda mi vida. Y yo que pensaba que Lea era la única que podía despertar en mí tales sentimientos.

Laadan sonrió levemente.

—Si no estás ocupada, que ya sé que no, quiero enseñarte algo.

Eché un vistazo hacia mi cama y me encogí de hombros. No es que tuviese nada mejor que hacer. Por el camino hacia su habitación, en el piso superior, nos cruzamos con varios sirvientes a los que sonreía simpática.

Una vez en la habitación, me rodeó los hombros con su brazo

y me llevó hacia una silla al lado de su armario. Me senté y me encogí con las piernas hacia mi pecho.

—¿Querías... enseñarme la puerta de tu armario?

La risa de Laadan era contagiosa y no pude evitar sonreír con ella.

—Te pareces un montón a tu madre —agitó la cabeza mientras se apoyaba contra las puertas—. Cada vez que hablas, es como oír a Rachele.

Mi sonrisa se desvaneció un poco y me abracé las rodillas.

—Mi madre no decía ni la mitad de las estupideces que salen de mi boca.

—Te sorprenderías —hizo una pausa y su rostro se llenó de recuerdos—. ¿Sabes qué era lo que más le gustaba a tu madre de las sesiones del Consejo?

—No.

Laadan se dio la vuelta y abrió las puertas del armario de par en par. Dio un paso atrás y extendió los brazos.

—Los bailes y los vestidos hermosos.

Curiosa, me incliné hacia delante para mirar dentro del armario y casi me caigo de la silla.

—Guau. Es mucha ropa.

Me sonrió juguetona por encima del hombro.

—Una chica nunca tiene suficiente ropa. Venga, échale un vistazo.

Me levanté de la silla. Los vestidos me tenían hipnotizada. Como si estuviese en una compulsión que en un segundo me hubiese convertido en una chica femenina, di un paso al frente y pasé la mano por todos ellos y sus suaves telas.

—¿Te gustan? —cogió un vestido de terciopelo arrugado de color morado oscuro.

Mis dedos se pararon sobre un vestido de seda rojo. No podía ver el corte, pero el color era divino.

—Esta es la clase de vestidos por los que cambiarías a tu primogénito.

Rió, dejando el vestido morado y descolgando el rojo con cuidado. Lo sujetó delante de mí.

—¿Por qué eres tan contraria a ir al baile?

Me encogí de hombros, mirando el vestido sin mangas. Tenía ondas bordeando el corpiño, la cintura alta y el corte de la falda hecho para quedarse pegada a las piernas.

—No sé por qué iban a invitarme si los mestizos no van.

—Pero tú eres diferente —colgó el vestido de la puerta y alisó la seda—. Ser un Apollyon te hace diferente a los demás, Álex. En cuanto despiertes, me han dicho que, tanto Seth como tú, podréis ir a las sesiones del Consejo.

No lo sabía, pero tenía serias dudas de que con dieciocho años pudiese tener ese tipo de poder. La madurez no viene de la noche a la mañana. Tenía los ojos y la mente fijos en el vestido.

—No habrá nadie que conozca. Y, sin ofender, mi definición de diversión no es pasar la noche con un montón de puros.

—No pasa nada —Laadan apartó la falda. El rojo atrapó la luz, lanzando un suave destello por todo el vestido—. Seth estará por ahí. Y Aiden también.

La miré.

—¿Qué más me da que esté Aiden? Es un puro. ¿Dónde iba a estar si no?

Laadan sonrió levemente.

—¿Te gustaría probártelo?

—No, gracias.

—Hazlo por mí, ¿vale? Tu madre llevó un vestido parecido una vez, y no me queda mucho tiempo, tengo que bajar.

El ansia por querer probarme el vestido casi me dolía, pero negué con la cabeza. Laadan insistió hasta que me vi frente a un espejo de cuerpo entero con el vestido rojo de seda puesto. Ella estaba detrás de mí, con las manos sobre mis hombros.

—Estás preciosa.

El vestido era increíble. Parecía hecho a medida. La seda se ajustaba perfectamente a mí desde el pecho hasta las caderas, y luego se deslizaba por mis piernas. Me giré, sonriendo. La parte de atrás quedaba tan bien como la de delante. El rojo era mi color, definitivamente. Por un momento me abstraí en un sueño en el que Aiden me veía así de elegante y sexy.

¿Y si Seth me veía así? Ni en mis más sucios pensamientos podría describir su reacción de forma precisa.

—Debería quitármelo antes de que te lo estropee.

Laadan me apartó del espejo y me sentó frente a una mesita llena de maquillaje y otras cosas sospechosas. Empecé a levantarme, pero me detuvo con sus manos sobre mis hombros.

—Álex, no hay razón alguna para que te quedes esta noche en tu habitación mientras todo el mundo disfruta del baile. Así que quédate quieta y déjame hacerte algo en el pelo.

—No quiero ir —me giré para ponerme frente a ella.

Me volvió a dar la vuelta y cogió un cepillo.

—¿Por qué? ¿Porque tienes mañana la sesión? ¿Acaso no es esa una buena razón para relajarte y pasártelo bien esta noche?

Arrugué la frente e intenté ignorar lo relajante que era el paso del cepillo por el pelo.

—No es por la sesión de mañana. Es solo que... no quiero ir.

Me ignoró, cogió un rizador de pelo y empezó a enrollar mechones de pelo sobre él. Me rendí ante sus retoques bastante rápido, aunque seguía sin tener intención de ir al baile. Estaba bien que alguien me dejase guapa, a pesar de que todo el trabajo fuese a desperdiciarse sobre mi almohada. Mientras no paraba de hablar sobre mi madre, pasó al maquillaje, y cuando acabó casi no podía reconocer a esa chica de ojos pintados que tenía enfrente.

Laadan se había superado.

Había recogido los rizos a lo alto, pero había sacado varios mechones para taparme el cuello y bordear el escote. Los rizos parecían estar estratégicamente situados, ya que tapaban las cicatrices.

—¿Qué piensas? —preguntó, con una brocha en la mano.

No sabía qué decir. El colorete acentuaba mis pómulos, marcándolos más de lo normal. Había cubierto el moratón de la mandíbula sin llenarme la cara de maquillaje. La máscara y la sombra aplicada magistralmente hicieron que mis ojos tomaran un cálido color chocolate en vez del color sucio que solían tener. Mis labios estaban maquillados de un rojo que pedía ser besado.

—Guau. Mi nariz parece pequeña.

Laadan rió y soltó la brocha.

—Espera. Lo único que te falta es... —se dirigió hacia una cajonera y abrió una enorme caja de terciopelo. Se quedó de espaldas un momento y sacó una cadena de plata con piedras negras rodeando un rubí.

El collar posiblemente valía más que mi vida, pero lo pasó por mi cuello y lo cerró.

—¡Ya está! Ahora serás la más guapa del baile.

Me miré y deseé una foto de este momento. No creo nunca que volviese a estar tan... poco yo. Si Caleb pudiese ver esto, creo que me habría piropeado.

Laadan echó un vistazo hacia un reloj dorado.

—Hemos acabado justo a tiempo. El baile acaba de empezar y harás una entrada triunfal llegando ligeramente tarde.

Bajé la mirada.

—No puedo ir.

—No seas estúpida. Vas a estar más guapa que cualquier pura sangre, Álex. No vas a desentonar.

Negué con la cabeza, sin moverme.

—No lo entiendes, Laadan. Aprecio de veras todo esto, y ha sido muy divertido, pero no... no puedo ir.

Frunció el ceño.

—Puede que no lo entienda. ¿Me lo puedes explicar?

Lentamente, volví a mirarme al espejo. La chica que me devolvía la mirada era muy guapa si nadie miraba *mucho* ni desde *cerca*. Si lo hacían, esa imagen de perfección se desvanecería por completo. No había ni un solo vestido en todo el armario de Laadan que lo pudiese arreglar.

—¿Álex?

—Mírame —dije en voz baja—. ¿No las... ves? No puedo bajar y que todo el mundo me mire.

Laadan y su cara de preocupación aparecieron en el espejo.

—Cariño, todo el mundo va a mirarte porque estás preciosa.

—Todo el mundo va a mirarme las cicatrices.

Parpadeó y dio un paso atrás.

—No. Ni siquiera va a...

—Sé que lo harán —me di la vuelta, acariciando con los dedos la delicada cadena sobre mi cuello—, porque es lo primero en lo que me fijo yo. Y mírame los brazos, están horribles.

Y era cierto. La piel nunca había vuelto del todo a su tono original. Se habían difuminado, como todas las marcas de daimon, pero las diminutas marcas de los dientes era irregulares y rojas, alineadas por todo mi antebrazo, desde la muñeca hasta la sensible piel del interior del codo. La piel estaba tan irregular como la del cuello, pero por lo menos las cicatrices de la garganta habían acabado teniendo un tono o dos más claro que el mío. El poco escote del vestido las evitaba, pero los brazos estaban totalmente expuestos.

Laadan sonrió de repente, algo que me pareció totalmente inapropiado ya que debería estar compadeciéndose por lo horrible de mi estado. Se acercó a su armario y sacó una caja alargada de la estantería superior. La puso sobre la cama y sonrió.

—Tengo algo perfecto.

Lo dudaba, pero la seguí hasta la cama.

Levantó la tapa y sacó dos guantes largos de seda negra.

—Problema resuelto.

Cogí los guantes con cuidado.

—Voy a parecerme a Pícara, la de *X-Men*.

Arrugó la nariz.

—¿Quién? Da igual. Pruébatelos. Ahora quedan bien los guantes. Si fuese verano quedaría un poco más raro.

Me puse uno y la verdad es que cubría bastante bien las cicatrices, pero, ¿guantes? ¿En serio? Excepto las abuelas, ¿quién lleva guantes de estos?

—No estoy segura.

Laadan suspiró, negando con la cabeza.

—Es un baile formal, Álex. ¿Has estado alguna vez en uno?

—Um, no.

—Confía en mí cuando te digo que no serás la única que lleve guantes. Y ahora vamos. No tenemos tanto tiempo como para estar aquí compadeciéndonos de nosotras mismas. Estás preciosa, Álex. Incluso más que tu madre.

Moví los dedos dentro de los guantes, y por primera vez comencé a sentirme emocionada. Los mestizos no iban a los grandes bailes, y tampoco tenían a un hada madrina pura. Así que nunca había esperado ir a una cosa de estas, y mucho menos con este increíble vestido.

Pero aquí estaba.

Una pequeña sonrisa apareció en mi cara.

—¿Laadan?

—¿Sí? —paró junto a la puerta.

—Gracias.

Se llevó la mano al corazón.

—Cariño, no tienes que darme las gracias. Estoy encantada de poder hacerlo por ti.

—Lo tenías planeado desde que Lucian lo comentó en el desayuno, ¿verdad? Por eso este vestido me queda tan bien.

Laadan puso una media sonrisa.

—Bueno, siempre pensé que el rojo era tu color.

El baile estaba en su punto álgido cuando Laadan y yo bajamos. El suave rumor de una orquesta llenaba los pasillos según nos íbamos acercando a la sala de baile. Una fila de velas iluminaba el camino.

Toda la emoción se convirtió en nervios rápidamente. Nunca antes había llevado puesto algo así y asistir al baile iba en contra de todo lo que sabíamos los mestizos. Además, no me gustaba mucho la música de orquesta.

¿Querrán que baile un vals? La última vez, y única, fue con Seth y me tiró al suelo. Con este vestido no podía caerme, sería un sacrilegio. ¿Y quién iba a bailar conmigo? ¿Iba a quedarme abrazada a una columna toda la noche?

Y ahí es cuando empecé a sudar.

Laadan me cogió de la mano y me acompañó.

—¿Has luchado contra daimons y te da miedo un baile?

—Sí —susurré.

Rió, y su risa sonó como cascabeles.

—Vas a hacerlo estupendamente. Simplemente recuerda que tú sitio está allí. Más de lo que se piensan.

La miré con cautela.

—Te encantan algunos mestizos, ¿verdad?

Sus mejillas se pusieron completamente rojas.

—Yo... creo que todos somos iguales y que deberíamos ser tratados del mismo modo.

Dudaba que esa fuera la razón principal, pero no forcé más. Me sacó de las sutiles sombras del pasillo, pasamos junto a las furias heladas y entramos a la sala de baile. Me podía haber dado un mini ataque al corazón al ver aquello.

El salón era enorme, con las paredes de vidrio. En cada rincón, sobre cada mesa había unos jarrones de cristal llenos de rosas, y unas plantas llenas de flores colgaban de los candelabros encendidos, haciendo un juego de luces y sombras que se repartía por todo el techo. En el extremo más alejado de la sala, estaba la pequeña orquesta, de músicos mortales. Se diferenciaba bien a los mortales de los puros y los mestizos. Y no era solo por los atributos físicos. Sus movimientos eran torpes y lentos, mientras que los puros se deslizaban con elegancia a su alrededor. Comparada con la de los puros, sus caras estaban vacías. Probablemente estaban bajo una compulsión mientras tocaban, para que no notasen nada raro.

Los puros podían volverse un poco raritos con unas copas encima.

Detrás de la orquesta, Thanatos se alzaba sobre los mortales, acercándose a ellos como si de un ángel de la muerte se tratase. Su envergadura era de por lo menos dos metros y medio y habían esculpido en el mármol esa expresión triste que siempre tenía. Alguien había puesto una corona de rosas sobre la cabeza del dios.

Bonito toque.

Dos sirvientes aparecieron frente a nosotras. Uno llevaba una bandeja con copas de champán y el otro una con unos pequeños sándwiches y algo que olía a pescado crudo. De repente me entraron muchas ganas de comer nuggets.

Laadan aceptó dos copas de champán y me dio una. Me cogió la mano antes de que me bebiese la copa entera.

—Cuidado —me advirtió—, este no es champán mortal. Es mucho más fuerte.

Miré hacia el líquido burbujeante.

—¿Cómo de fuerte?

Inclinó la cabeza un poquito hacia una mesa en la que una pura reía históricamente mientras sus acompañantes la miraban enfadados. Tenía una copa de champán en la mano.

—Seguramente sea la segunda. Este champán se toma a sorbitos.

—Lo pillo.

Lucian salió de entre un montón de puros y me cogió la mano libre. Sus ojos me recorrieron entera, con una mezcla de estupor y examen.

—Laadan, te has superado. Está igualita que Rachelle cuando vino a este mismo baile.

Ya era oficial. Esto empezaba a acojonarme.

—Y no se le ven las cicatrices —continuó diciendo Lucian. Tenía un extraño brillo en los ojos y me pregunté si estaría borracho—. Un trabajo completamente increíble, Laadan.

Un poco avergonzada, intenté mantener una sonrisa educada.

—Eh... gracias.

Laadan parecía tan abrumada como yo. Suavemente, captó la atención de Lucian. Yo recorría toda la sala con la vista buscando caras conocidas mientras sujetaba con fuerza el pie de la copa.

Todo el mundo, todos los puros, estaban impresionantes en sus mejores galas. La mayoría de las mujeres llevaban el tipo de vestidos atrevidos que me encantaban, mostrando eones de piel perfecta y suave y largos cuellos.

Yo no era como ellas. Dijese lo que dijese Laadan, yo no era como ellas.

Respiré profundamente y recorrí con la mirada a la gente. De entre todos, reconocí a la Matriarca Diana Elders. Llevaba un vestido blanco y amplio que me recordaba a lo que podría llevar puesto una diosa. A su lado, mi tío parecía completamente interesado en lo que le estaba contando. Asombrada, le vi sonreír, y cuando se giraron hacia nosotras, esos ojos color esmeralda brillaron como joyas reales.

Bueno, hasta que me vio.

Marcus dio un paso atrás, parpadeando e increíblemente sorprendido. Reaccionó como si hubiese visto un fantasma. Se recuperó lentamente y junto con la Matriarca Elders se acercaron a nosotras. Saludó con la cabeza a Lucian y a Laadan.

—Alexandria, parece que al final has decidido a unirme a nosotros.

Incómoda, asentí y dí un *sorbito* al champán.

Diana sonrió amable, pero parecía nerviosa al dirigirse hacia mí.

—Señorita Andros, es un placer conocerla.

—Igualmente —murmuré a duras penas. Nunca se me dio bien intercambiar cumplidos, pero lo bueno es que los puros que me rodeaban se acercaban unos a otros y yo podía apartarme a un lado. Continué buscando entre la gente a... bueno, a Aiden, para ser sincera. Sabía que no me hablaría, pero quería... que me viera. Es estúpido, pero lo estaba deseando.

Qué raro que viese primero a Seth.

O él a mí. No lo sé. Sea como fuere, me sorprendió ver a Aiden y a Seth con un puro al que no conocía. Muchas puras estaban alrededor de ellos, seguramente fascinadas por el hecho de que un Apollyon mestizo estuviese allí, o igual era solo por el atractivo general del grupo.

Dawn Samos era una de ellas. Iba enfundada en un vestido por encima de las rodillas. Estaba al lado de Aiden y con su fino brazo bronceado le rozaba el suyo al hablar. No la había vuelto a ver desde el primer día de sesiones y me había olvidado de ella, pero ahí estaba.

Seth estaba de frente a Aiden y la entrada. Llevaba un esmoquin como el resto de los puros, excepto que él había logrado encontrar uno totalmente blanco y le quedaba genial. Sonreí.

Como si Seth necesitase ayuda extra para destacar.

Su mirada recorrió toda la sala y acabó sobre mí. La expresión de su cara fue casi cómica, con las cejas completamente levantadas y los ojos como platos. Parece ser que normalmente voy vestida como una paleta. Verme con un vestido debía ser una visión digna de admirar. Una sonrisilla traviesa reemplazó rápidamente su cara

de sorpresa. Asintió en forma de aprobación.

Levanté la copa hacia él.

Debió decir algo, porque vi como Aiden se ponía tenso bajo su esmoquin. Entonces lentamente y casi sin ganas, Aiden miró hacia atrás. Cuando nuestros ojos se encontraron, me sentí como Cenicienta.

Sus labios se abrieron mientras su mirada me recorría de un modo que hizo temblar la copa en mi mano. Cuando sus ojos volvieron de su recorrido, volví a respirar. Su plateado era tan intenso que me provocó una oleada de calor por toda la piel. Dejé caer la mano a un lado, con la copa de champán casi intacta colgando de mis dedos.

Aiden se dio la vuelta completamente y pude ver perfectamente cómo su pecho subía y bajaba violentamente. No sonreía, solo parecía capaz de mirar. Igual que yo, porque él estaba realmente estupendo en ese esmoquin, con su pelo cayendo en ondas sobre su frente y esos suaves labios que seguían abiertos por la sorpresa y los ojos hambrientos.

Como si estuviese en las nubes, Aiden cruzó la pista de baile, con sus penetrantes ojos fijos en mí. Sabía que estaba guapa, pero no *tanto*. No tanto como para que todo el mundo pareciese haber desaparecido para Aiden. Pensé acerca de lo que dijo fuera de la sala de estar, eso de que se había equivocado en muchas cosas.

Creo que sabía cuál era una de esas cosas en las que se había equivocado.

Estaba tan absorta en Aiden que no me había fijado en que Seth se había movido, pero le sentí antes de que me pusiese la mano sobre mi hombro desnudo. Aiden no pudo ocultar la ira. Se paró en seco, con sus ojos plateados fijos sobre mi hombro. Casi podía sentirlos en el aire, unos celos primarios, la necesidad de quitarle a Seth la mano de ahí.

Seth se acercó más y su aliento cálido me rozaba el pelo sobre cuello.

—La gente está empezando a mirar.

¿En serio? No es que me importase, y estaba mal, pero Aiden me estaba mirando, me estaba mirando con tanta pasión, con tan-

to anhelo que no podía pensar en otra cosa.

Entonces Aiden se calmó. Se paró a medio camino y cerró la boca. Sus ojos seguían siendo como plata líquida, ardiendo bajo la suave luz. Su mirada volvió a recorrerme entera una vez más. Me estremecí de lo intensa que era e imaginé que estaba grabando la imagen en su memoria.

La mano de Seth bajó por mi brazo y enlazó sus dedos entre los míos.

—Sabes que no es para ti.

—Lo sé —susurré. Y es que lo sabía; quizá por eso me sentía tan vacía por dentro.

Aiden se dio la vuelta, sonriendo por algo que le había dicho Dawn, pero era una sonrisa falsa. Conocía bien las sonrisas de Aiden, y es que yo vivía de ellas.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Seth.

Venir al baile había sido una mala idea. El vacío que sentía se extendió aún más, dejándome un agujero en mi interior. Yo no era como ellos, pero Aiden sí. Aiden era como todos estos puros, como Dawn. No como yo, no como una mestiza.

Aparté la mirada de Aiden y miré a Seth.

—No quiero bailar.

Los ojos ámbar de Seth se clavaron en mí.

—¿Quieres quedarte aquí?

—No lo sé.

Sonrió y se inclinó hacia delante. Al hablar, sus labios rozaron mi oreja.

—No tenemos por qué estar aquí. No somos como ellos.

Me hubiese gustado preguntarle dónde teníamos que estar, pero ya sabía cuál sería su respuesta. Diría que teníamos que estar *juntos*. No como me gustaría estar con Aiden, sino de otra forma. De alguna otra forma que aún no sabía cuál era.

—Vámonos —dijo suavemente para convencerme.

Podía quedarme aquí y hacer como que este era mi sitio, o podía irme con Seth. ¿Y luego qué? Me temblaba la mano al dejar la copa sobre una mesa. Dejé que Seth me sacase del baile. De repente sentí una tremenda pesadez, como si acabase de tomar una

decisión irrevocable.

Capítulo 21

—Hagamos algo estúpido.

Me giré hacia Seth, extrañamente nerviosa.

—¿Ahora quieres hacer algo estúpido?

—¿Se te ocurre un momento mejor para hacer algo estúpido?

Pensé en ello. La verdad es que tenía bastante razón.

—Vale. Me apunto a hacer una estupidez.

—Bien —echó a andar, llevándome a través del laberinto. Rodeamos las dependencias del Consejo y nos adentramos en el campus. Seth acertó hacia el silencioso y oscuro edificio en el que pasé la mayor parte de mi recuperación.

—¿Quieres entrenar?

Negó con la cabeza y apretó la mandíbula.

—No. No quiero entrenar.

Seth aceleró el paso. No tenía ni idea de qué tenía pensado hacer, pero hacía rato que simplemente le iba siguiendo sin pensar en nada más. La puerta del polideportivo estaba abierta. Una enorme sonrisa apareció en su cara al ver las puertas al final del pasillo.

—¿Quieres ir a nadar? —pregunté.

—Claro.

—Fuera estamos a cinco grados.

Seth abrió las puertas de par, llenándolo todo de olor a cloro.

—¿Y? Aquí no estamos a cinco grados, ¿no? Más bien a quince.

Me aparté de él y me acerqué al borde de la piscina. Miré hacia atrás y vi a Seth quitarse los zapatos. Vio que le estaba mirando y me guiñó un ojo.

—Eres ridículo —dije tratando de ocultar una sonrisa.

—Y tú también —se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo—, nos parecemos mucho, Álex.

Iba a negarlo, pero me paré a pensar en ello en vez de desecharlo. Había algo en Seth que despertaba mi lado más salvaje y, sí, el más estúpido también. Ambos éramos unos inconscien-

tes, un tanto salvajes y agresivos, y ninguno de los dos sabíamos cuando callar. Supongo que hay dos tipos de personas en el mundo, los que se sientan alrededor de un fuego a mirar las llamas, y los que encienden el fuego.

Seth y yo encendíamos el fuego y luego bailábamos a su alrededor.

—¿Tan obvios son mis pensamientos? —pregunté en voz baja.

Seth se estaba sacando la camisa de dentro de los pantalones, pero paró y miró hacia arriba. Parecía escoger las palabras.

—No se qué tienes en la cabeza, Álex, no puedo leerte la mente. Solo percibo tus emociones.

—Es bueno saberlo.

—Lo mismo digo —empezó a desabrocharse la camisa—, de todas formas, no necesito sentir tus emociones para saberlo. No creo que quieras saber qué parecía.

—No. Sí que quiero —cambié el peso sobre mi otro pie. Los tacones me estaban matando.

Seth movió la cabeza y suspiró.

—Lo estabas mirando igual que una tía fea mira al último chico mono de la discoteca antes de que enciendan las luces.

Casi me ahogo de la risa.

—Oh. Guau. Gracias.

Levantó las manos como en un gesto de impotencia, algo raro en él.

—Te lo dije.

—Ya veo —me aparté unos mechones de pelo del cuello—. ¿Así que le parecí una idiota a todo el mundo?

—No, todo el mundo vio una hermosa mestiza. Eso es todo lo que vieron.

Me giré hacia la piscina.

—Seguro.

—Te prefiero sin guantes —su aliento me hizo cosquillas en el cuello. No tenía ni idea de cómo podía moverse tan rápido.

—Oh —dije mirando a Seth ponerse a mi lado. Lentamente me quitó un guante, y luego el otro, y los tiró lejos del agua. Pasó los dedos alrededor de las cicatrices antes de soltarme el brazo y dar

un paso atrás. Mis cicatrices nunca le habían importado. Le miré.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Bajé la mirada hacia el vestido. Laadan estaría muy decepcionada si le estropease el vestido. Me di la vuelta lentamente, viendo mi reflejo en las ventanas de la piscina. No parecía yo. Parecía una muñeca, una copia exacta de mi madre. Tanto que hasta Lucian me miró de un modo que me hizo vomitar un poco. ¿Era eso lo que quería Laadan? ¿Vestirme como a esa amiga a la que perdió hace mucho tiempo?

—¿La seda puede mojarse? —pregunté.

Seth hizo un ruidito gracioso a mis espaldas.

—Yo diría que no.

—Qué pena —me quité los zapatos. Los dedos de los pies parecieron suspirar y darme las gracias.

—En serio vas a...

Me tiré de cabeza. El agua no estaba tan caliente como yo pensaba y fue todo un shock para mi cuerpo, pero tras unos segundos me acostumbré. Buceando, llegué hasta el otro extremo de la piscina.

El agua acabó inmediatamente con todo el duro trabajo de Laadan. Me giré y vi a Seth en el borde de la piscina, con una expresión entre divertida y satisfecha que le hacía parecer un poco más normal.

—Qué infantil, Álex. Le has estropeado el vestido.

La seda roja brillante ondeaba a mi alrededor mientras yo flotaba de pie en el agua.

—Ya lo sé. Qué mala soy.

—Muy mala —sonó más como una admiración que como un reproche.

Sonreí, volví a sumergirme y cerré los ojos. Bajo el agua, había todo un mundo de silencio y felicidad. No tenía que pensar, ni preocuparme... ni amar.

Volví a salir a la superficie y vi a Seth quitándose la camisa. Igual vi como un segundo de su torso desnudo antes de volver a hundirme a toda prisa. Su piel dorada y sus músculos duros no

estaban mal.

Verle el pecho tampoco era gran cosa, la verdad.

Las noches en que Seth se quedó a dormir conmigo, lo hizo completamente vestido, gracias a los dioses, pero era raro. Seth era raro, *yo era rara*, y no podía quedarme bajo el agua toda la noche. Me impulsé con las piernas desde el fondo de la piscina.

Seth se había movido hasta el centro de la sala. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los brazos estirados hacia arriba y estaba de puntillas.

—Deja de mirarme.

Floté un poco hacia delante.

—No estoy mirando.

Rió.

—¿Qué tal está el agua?

—Está buena.

Dejó caer los brazos.

—¿Recuerdas lo último que te dije en el entrenamiento?

Fui nadando hacia donde estaba él.

—Me dices muchas cosas mientras entrenamos. La verdad es que no te hago caso.

Resopló.

—Haces maravillas con mi autoestima.

Puse los ojos en blanco y me impulsé de la pared, quedándome flotando de espaldas. El vestido ondeaba a mi alrededor al moverse el agua sobre mi piel.

—Me siento como una sirena.

Seth ignoró mi comentario.

—Mañana, cuando te pregunten sobre qué pasó en Gatlinburg, responde únicamente a sus preguntas.

Suspiré.

—Ya lo sé. En serio, ¿qué creéis que voy a decir? ¿Que me encantan los daimons?

—Simplemente no te enrolles. Responde sí o no y ya.

—No soy estúpida, Seth.

Seth arqueó una ceja.

—No he dicho que lo fueras. Lo que pasa es que sé que sueles...

hablar mucho.

—Oh. Ni que tú fueras un...

Seth se zambulló, lanzándome una oleada de agua contra la cara que me hizo perder el equilibrio. Me volví a sumergir y le vi nadando directamente hacia mí. Reconocí su sonrisa traviesa e intenté echarme hacia atrás, pero me agarró el borde del vestido. Le pegué un manotazo para soltársela y salí a la superficie. Él también salió a uno pocos metros de mí y agitó la cabeza, lanzando gotas de agua en todas direcciones.

Le salpiqué.

—Tú hablas más que yo.

Fue hasta la orilla y pasó un brazo sobre el borde. Bizqueó entre el pelo y el agua y me hizo una mueca.

—Pareces un mono mojado.

—¿Qué? De eso nada —me pasé una mano por el pelo y otra por la cara. Ahora que lo pensaba, seguramente tenía unos ojos de mapache increíbles—. Espera. ¿En serio?

Seth asintió.

—En serio, estás hecha un asco. Ha sido una mala idea. ¿En qué estaría pensando?

—Cállate. Tu tampoco es que estés muy bueno ahora mismo.

Eso no era del todo verdad. Seth estaba bastante... bien, mojado. Que no llevase la camisa puesta ayudaba. Un poco. No mucho. Por alguna extraña razón, me acordé del día en que apareció la runa.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona y puso la mano sobre el agua.

—Mira esto.

Mientras tanto, yo seguía intentando que el vestido no se levantase hasta arriba todo el rato.

—¿Que mire el qué?

El agua bajo su mano comenzó a girar, como si hubiese un desagüe debajo. Luego salió disparada hacia arriba, llegando hasta el techo. El cono de agua giraba en el aire, luego formó un arco y volvió a bajar.

No pude apartarme suficientemente rápido.

El agua cayó girando sobre mí, haciendo que todo se moviese a mi alrededor. Luego paró. No podía ver nada a través del muro de agua. Eché la cabeza un poco hacia atrás y sonreí. Estar metida en medio de un tornado hecho por Seth era raro, pero también molaba. Por probar, pasé un dedo por en medio del muro. Mal movimiento. Todo cayó de golpe sobre mí.

El peso del agua me hundió y cuando volví a salir comenzó una guerra de agua. Estábamos actuando como dos niños aburridos que se han escapado de sus padres, pero era realmente *divertido*. No me importaba estar en completa desventaja en este ring acuático y que Seth pareciese decidido a querer ahogarme.

No pensaba ni en Aiden, ni en el Consejo, ni en *nada*.

Riéndome y tragando mucha agua, me aparté un poco mientras Seth se apartaba mechones rubios de la cara

—Pareces una tía. ¿Quieres que hagamos una pausa para que te retoques?...

—Tienes que rendirte —echó el brazo hacia atrás, pegando contra la superficie del agua—, no puedes ganarme. Nunca. A nada. Ríndete.

Nadé hacia atrás, me sumergí y volví a salir rápidamente.

—No me rindo, Seth.

Se acercó un poco más.

—Bueno, todos tenemos que aprender algún día. Excepto yo. Yo estoy seguro de lo maravilloso que soy.

—Más bien será que estás seguro de lo idiota que eres.

—Estás muerta —salió disparado por el agua y yo buceé. Intenté agarrarle las piernas, pensando que si se las podía coger, podría ganarle.

Pero no salió como pensaba.

Le agarré una pierna con el brazo y tiré. Seth contraatacó buceando él también y tirando de mí hacia arriba. En cuanto saqué la cabeza, peleé y maldije. Como era de esperar, un vestido largo y mojado dificultaba el uso de las piernas.

—Eso es trampa, Álex —Seth puso sus manos por encima mis caderas—, y ya sabes lo que les pasa a los tramposos.

Intenté quitarle los dedos de mi cintura.

—¡No te atreverás!

Me levantó hasta tener medio cuerpo fuera del agua. Miré hacia abajo y le vi con una sonrisa gigante en su cara mientras yo forcejeaba.

—Tienes frío ahí arriba, ¿eh?

—Sí, la verdad es que un poco sí. Tienes mucha tontería ahí abajo, ¿eh?

Seth levantó las cejas.

—Para ser alguien en una posición tan precaria, desde luego no sabes cómo ayudarte a salir de esta.

—Eso es porque es difícil razonar con estúpidos —puse una sonrisa descarada—, ¿para qué molestarse?

—¿Oh? ¿Conque esas tenemos? Bueno, mi pequeña Apollyon en prácticas, que tengas un buen vuelo.

—¡Seth! Te juro que...

Usando el elemento aire me lanzó fuera del agua, dejándome con la palabra en la boca. Subí... y seguí subiendo unos cuantos metros, y luego bajé de nuevo hecha un lío de brazos y seda roja. Se me metió agua por la nariz al hundirme hasta el fondo de la piscina.

Cuando salí a la superficie, empecé inmediatamente a gritarle a Seth cosas que solo él sabría apreciar. Toda una retahíla de insultos pasados de moda. El resultado fue que no dejé de salir volando una y otra vez.

—Vale. Vale —dije a duras penas colgando sobre él—. Eres increíble.

—¿Y...?

—Y... no eres un capullo... todo el tiempo. ¡Espera! —me quedé quieta en cuanto mis rodillas salieron del agua—. Eres un tío *estupendo*.

Seth arrugó la frente.

—Eso no ha sonado muy sincero.

Le solté las manos.

—Vale. Eres el mejor Apollyon que existe.

Inclinó la cabeza un poco hacia un lado.

—Soy el único Apollyon que existe de momento.

Sonreí.

—Pero eres el mejor.

Suspiró, pero volvió a bajar.

—Ahora sí que pareces un mono mojado.

—Gracias —fui hacia la zona menos profunda de la piscina, pero Seth se movía por la piscina como un maldito pez. Me pasó un brazo por la cintura y me echó hacia atrás de nuevo.

—¿Dónde te crees que vas?

Fui a empujarle del pecho, pero recordé que no había nada entre mis manos y su piel, así que opté por los hombros, aunque fue inútil.

—No vuelvas a tirarme.

—No voy a tirarte.

Lo pensé un momento.

—¿Entonces he ganado la guerra de agua?

—No.

—Mierda. Entonces supongo que tendré que dejar que seas mejor que yo en algo. Felicidades.

—Siempre soy mejor que tú. Soy...

—¿Egoísta? —dije ayudándole a completar la frase—. ¿Narcisista?

Me empujó hacia él y yo me aparté, intentando mantener todo el espacio posible entre los dos. No servía de mucho en el agua. Mis piernas flotaban hacia donde yo no quería como, por ejemplo, cerca de él.

—Yo también tengo algunas palabras para ti. ¿Qué te parece cabezota? ¿Imprudente? —fue enumerando mientras me iba acercando lentamente al borde de la piscina hasta que toqué con la espalda.

—¿«Imprudente» es la mejor que has podido encontrar?

Me puso un dedo sobre los labios.

—Bueno, pues sí. Si quieres hasta puedo utilizarla en una frase.

—No hace falta.

Apartó el dedo y puso las manos una a cada lado de mí, atrápidome contra la pared de la piscina. Miré hacia arriba y nues-

tros ojos se encontraron. Entre nosotros había de repente una atmósfera extraña. Era poderosa, casi como la descarga que nos atravesó a los dos cuando toqué su runa.

Algo que no pensaba volver a hacer nunca.

El ambiente ya no era ni animado ni tranquilo, y según iba creciendo el silencio, lo hacían también los nervios. Seth tenía *esa* cara, totalmente decidida, y estaba dirigida a mí. Le gustaba ton-tear, forzar la situación entre nosotros, pero esto... esto era distinto. Podía *sentirlo* en mi interior, despertándose y moviéndose.

De repente pensé en lo mal que me sentía por haber abandonado el baile.

—Creo... que deberíamos volver ahora. Tengo frío y se hace tarde.

Seth sonrió.

—No.

—¿No?

—Aún no he acabado de hacer estupideces —se inclinó hacia delante. Mechones de su pelo mojado me rozaron la frente—, de hecho, aún me queda mucha estupidez dentro.

En ese momento puse las manos contra su pecho para pararlo. Su piel estaba increíblemente caliente para estar en el agua. Abrí la boca para contestar algo, pero no tenía palabras. De repente me sentía irritada. Consiguí acercarse más a mí y yo... no le eché hacia atrás ni moví las manos. Seth pareció entender algo en ello, porque apartó las manos del borde de la piscina y me cogió de la cintura.

—¿Sabes qué? —sentí su aliento cálido contra mi mejilla— Hay muchas cosas estúpidas que hacer, pero la verdad es que quiero hacer la más estúpida de todas.

—¿Y cuál es?

—Quiero besarte.

El estómago me dio un vuelco.

—Eso es una locura. No soy Elena... ni cualquier otra chica.

—Ya lo sé. Quizá por eso quiero hacerlo.

Giré la cara hacia otro lado. O al menos eso creía. Era lo que había pensado, pero por alguna razón mi cabeza fue hacia el lado

contrario al que quería, hacia él.

—No quieres besarme.

—Sí que quiero —me rozó la mejilla con sus labios, provocándome unos escalofríos que no tenían nada que ver con el frío que sentía.

Aparté las manos de su pecho y me agarré al borde de la piscina.

—No, no quieres.

Seth rió hacia mí. Fue subiendo con sus dedos por mi espalda y curvó su mano sobre mi cuello.

—¿Estás discutiéndome qué quiero hacer?

—Eres tú el que está discutiendo conmigo.

—Qué tonta que eres —lo sentí reír al rozarme con sus labios sobre el moratón de la mandíbula—, es una característica tuya muy molesta pero a la vez curiosamente atractiva.

Mi corazón latía demasiado deprisa.

—Bueno... tú también eres bastante molesto.

Volvió a reír y me empujó hacia él. Mis dedos soltaron todo lo que me sujetaba a la realidad y cayeron al agua.

—¿Por qué seguimos hablando?

Apoyé la mejilla contra su hombro y cerré los ojos.

—Esta es tu única oportunidad de hablar sin que te diga que te calles, porque no vamos a... hacer nada más.

—¿Sabes que me parece muy graciosa? —cambió de posición, apretando mi espalda contra el borde de la piscina. Su mano abandonó mi cintura para bajar suavemente por mi cadera hasta el muslo. Me aparté y fui a cogerle la mano. Demasiado tarde, porque enlazó mi pierna con la suya.

—¿Qué... estás haciendo? —odiaba el sonido de mi voz cuando me quedaba sin aliento, confusa por la necesidad que sentía arder en mi interior.

—¿Sabes por qué me parece tan divertida? —me puso la mano sobre la pierna.

—¿Por qué?

—Porque sé que estás deseando que te bese —Seth me cogió la barbilla con dulzura y con su otra mano me echó un poco la cabeza

hacia atrás.

—Eso no es cierto.

—Mientes. ¿Por qué? No tengo ni idea —posó sus labios sobre mi mejilla, luego sobre mi cuello, mi hombro... La mano que tenía sobre mi pierna se escapó entre mis muslos. La sangre me bombeaba con fuerza y mi corazón iba como loco—. Puedo sentir lo mismo que tú. Y sé que quieres que te bese.

Le agarré los brazos.

—No es...

—No es, ¿qué? —levantó la cabeza y rozó su nariz contra la mía.

—Yo...

—Déjame que te bese.

Dioses, necesitaba que me besase. Necesitaba que siguiese haciendo lo que hacía con las manos. Pero, ¿esto tenía que ver con mi corazón... o con mi cuerpo? ¿O era simplemente por lo que había entre los dos? Esa conexión, esa unión, sea lo que fuere, que controlaba lo que deseábamos. Pero lo que sentía por Aiden no era producto de una conexión, y no desaparecía aunque él no sintiese lo mismo. Ni siquiera me cuestionaba qué era, ¿pero esto? Tenía que cuestionarme todo.

Abrí los ojos.

—¿Esto es real?

—Muy real —se echó un poco hacia atrás y me apartó algunos mechones mojados de la cara.

Quería besarle, y también quería agarrarme fuerte a él. Sus manos me quemaban, era difícil de ignorar, pero al mirarle y ver las runas bajando por su cuello yendo hacia mis manos, no supe si podía confiar en lo que deseaba. Había algo entre nosotros que ninguno de los dos podía entender completamente. No sabíamos qué era lo que controlaba esa conexión, qué podía hacernos desear.

Sentí su aliento sobre mi mejilla y luego sobre mis labios.

—Déjame besarte, ángel.

Con Aiden, en lo que sentía por él, no había nada externo, o interno, que me empujase hacia él excepto lo que *sentía* por él. Daba igual que estuviese prohibido o que él no me quisiera.

De repente Seth dejó caer las manos. Me di contra el borde e hice una mueca cuando el cemento me arañó la piel. La marca del Apollyon serpenteaba sobre su pecho, moviéndose y girando.

—Estás pensando en Aiden.

Me mordí el labio.

—No como tú crees.

Se pasó las manos por la cabeza y luego se echó hacia delante, poniéndose justo en frente mío.

—Sabes, no sé qué es peor, que haya sido tan estúpido como para querer besarte, o el hecho de que aún estés pillada por alguien que no te desea.

Pestañeeé.

—Guau. Eso ha sido duro.

—Es la verdad, Álex. Y aunque él te amase con locura, no podrías tenerle.

Me di la vuelta y me impulsé para salir de la piscina. Le miré desde arriba, con el vestido completamente empapado.

—Que no pueda estar con él no cambia lo que siento.

En un segundo él también estaba fuera del agua.

—Y si sientes este amor tan platónico por Aiden, ¿por qué tenías tantas ganas de besarme?

Me puse roja de enfado. De ese tipo de enfado que solo me provocaba Seth al dar con un punto que no podía rebatirle.

—¡No te he besado, Seth! ¡Eso debería responde a tu pregunta!

—Pero querías. Confía en mí, sé que querías —puso esa sonrisa engreída suya—, querías de verdad.

—¡No sé lo que quiero! —grité con los puños cerrados—. ¿Cómo lo sabes, Seth? ¿Cómo sabes que no es cosa de la maldita conexión que tenemos en vez de algo real?

En los ojos de Seth, el enfado fue reemplazado por sorpresa.

—¿Crees que es solo por la conexión? ¿En serio crees que eso es todo lo que siento por ti?

Reí.

—¡Lo dices a todas horas! Cada vez que haces algo por mí, dices que es nuestra unión la que te obliga a hacerlo.

—¿Nunca has pensado que iba en broma?

—¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? Dijiste que la conexión sería cada vez mayor —dije—. ¡Por eso querías besarme! ¡No es real!

—Sé perfectamente por qué quiero besarte, Álex, y no tiene nada que ver con que seamos Apollyons. Y al parecer tampoco debe estar relacionado con el sentido común.

Entrecerré los ojos.

—Oh, cállate. No me apetece seguir hablando...

—Ya sé por qué —Seth echó a andar, haciéndome retroceder hasta dar con la espalda contra la pared que tenía detrás. Él se quedó a pocos centímetros de mí—. No puedo creer que te lo tenga que decir así de claro.

Puse las manos contra la pared, tiritando de frío.

—No tienes por qué hacerlo.

—Eres la persona más frustrante que conozco.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y por eso quieres besarme? Estás pirado.

Sus ojos parecían oro líquido.

—¿Sientes ahora la conexión?

Arrugué la frente, en busca de indicios que me señalasen que la conexión estaba activa. No sentí ni un calor brutal ni estaba irritable, así que supuse que no.

—La verdad es que no, pero no sé qué se siente...

Seth me cogió la cara y juntó sus labios con los míos. Me quedé helada, sorprendida por que acabase besándome después de todo. Pero lo estaba haciendo. Besos suaves, tiernos, curiosos, como si lo estuviese haciendo por primera vez, algo de lo que estaba *segura* que no era el caso.

Sabía que tenía que pararle, porque dejar que me besase rebatía por completo mis argumentos en la discusión que acabábamos de tener. Pero en vez de eso, cerré los ojos. Luego se hizo más profundo, robándome el aliento y poniéndome el corazón a mil.

Los besos no eran nada del otro mundo, así que este no tendría que ser distinto. Pero, por los dioses, nunca me habían besado así.

Me abracé a su cuello, enredando los dedos por su pelo y devolviéndole el beso. Le besé con la misma pasión con la que él se había entregado a mí, y dioses, me gustaba besar a Seth.

Se le daba muy bien.

Seth me dio un mordisquito en el labio inferior mientras se apartaba lo justo para dejarme respirar.

—No puedes decir que no te ha gustado —volvió a juntar sus labios con los míos, ahogando mi respuesta—, y no te atrevas a decirme que no me has besado.

Mis manos bajaron hacia su pecho. Sabía que si abría los ojos vería las marcas.

—No... no sé qué ha pasado.

Rió y me rozó los labios con los suyos.

—Puedes elegir, Álex.

Abrí los ojos. Las marcas que se movían por su cara empezaban a desvanecerse, pero aun así tenía ese deseo irracional de tocarlas con mis dedos. Tuve que concienciarme para no hacerlo. Le miré a los ojos.

—¿Qué puedo elegir?

Puso las manos sobre mis hombros y bajó hasta mi cintura. Agarró la tela mojada, sujetándome con fuerza.

—Puedes elegir seguir perdiendo el tiempo con algo que nunca podrás tener.

Tragué saliva.

—¿O?

Sonrió.

—Puedes elegir no hacerlo.

—Seth, yo...

—Mira, sé que lo tuyo no se te va a pasar —dijo ese *suyo* como si fuese algún tipo de enfermedad venérea—, pero sé que te gusto. No estoy sugiriendo nada. No pido promesas ni etiquetas estúpidas. Sin expectativas.

Respiré profundamente.

—¿Qué propones?

—Que elijas ver qué pasa —Seth me soltó el vestido y dio unos pasos atrás, pasándose las manos por el pelo mojado—, entre nosotros, que nos elijas a nosotros.

¿Elegirnos a nosotros? Temblé y me abracé a mí misma. ¿Elegir entre qué? Aiden estaba completamente fuera de alcance y Seth

y yo, aunque teníamos que estar juntos, no podíamos pasar ni un día sin querernos arrancar las cabezas. No parecía una buena elección.

Seth sonrió levemente.

—Al menos piénsalo —se dio la vuelta y fue hacia donde había dejado su ropa.

Me apoyé contra el muro y suspiré. Seth había hecho bastantes cosas por mí. Se quedó conmigo cuando Caleb murió, me había defendido ante el Maestro. Pero luego estaba Aiden y todo lo que sentía por él, y cómo me había mirado esa noche.

Pero elegir a Aiden significaba elegir la nada.

Elegir a Seth significaba someterme a un destino de locura.

¿O no?

Me miré la mano. La runa en mi palma brillaba en un azul irizado, como si estuviese encantada con las sugerencias de Seth. Y la verdad es que no sonaban tan mal. Sin etiquetas. Sin expectativas. Sin sentimientos. Y eso estaba bien, porque mi corazón... mi corazón estaba en otra parte. Pronto volvería a Carolina del Sur, donde ya no estaría Caleb, ni mestizos que quisieran estar conmigo, ni Aiden.

Pero estaría Seth.

Me aparté de la pared. Seth me estaba dando la espalda, con la cabeza agachada como concentrado. *¿Qué estaba haciendo con mi vida?* Me paré unos metros por detrás, con el corazón en un puño.

—¿Seth?

Se giró un poco, con los dedos acabando de abotonar el final de la camisa.

—¿Álex?

—Te... te elijo a ti, o a eso que dices —me puse roja. Dioses, parecía estúpida—. Quiero decir, que elijo todo eso de ver qué...

La boca de Seth cortó la frase. Sus brazos me rodearon y dejó caer algo caliente y seco sobre mis hombros. Me di cuenta de que era la chaqueta de su traje, pero luego me puse a pensar en lo templado que estaba él. Antes de darme cuenta, estaba agarrándole de la camisa, apoyándome contra él, empapándome de su calidez.

Y entonces lo sentí despertar como si fuese un gigante dormi-

do, enviando chispas de electricidad por toda mi piel. La palma de la mano me picaba, en realidad me ardía. Me pegué a sus labios, jadeante. El beso no fue suficiente, así que metí las manos bajo su camisa, sobre sus duros abdominales.

Se echó hacia atrás, respirando con dificultad. Fugazmente puso una cara de satisfacción, pero fue tan rápido que no podía estar segura de haberlo visto. Entonces sonrió, y supe que no podía haber visto ese aspecto tan calculador en su mirada. La transformación que ocurrió no tuvo nada de increíble.

—Esta noche no vas a dormir en esa cama, en esa horrible habitación enana.

Capítulo 22

Sí que dormí en mi cama, en esa horrible habitación enana.
Y sola.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para convencer a Seth de que compartir cama no era una buena idea, algo difícil, sobre todo porque mi cuerpo pensaba que era una buena idea. Increíblemente, mi cerebro había ganado la batalla.

No sabía por qué había besado a Seth, una y otra vez. Joder, ni siquiera sabía por qué había accedido a *ver qué ocurre*. Lo más inteligente habría sido pegarle un puñetazo y salir corriendo.

Pero yo nunca hacía lo más inteligente.

—*Era un vestido bien bonito* —Laadan tenía el ceño ligeramente fruncido—. Supongo que hay muchas formas de estropear la seda, y creo que un baño a media noche debe ser una de las más atrevidas.

Me encogí, roja de vergüenza y me pasé las manos por el único par de pantalones de vestir que tenía. Estaban hechos de una tela negra y ligera, y me tapaban los pies, algo que no me gustaba nada. Incluso a pesar de haberle destruido el vestido, Laadan me dejó unos tacones negros muy sexys que me hacían parecer más alta.

—Siento lo del vestido, de veras —miré hacia las puertas adornadas con un águila dorada—. Tengo ahorrado algo de dinero, puedo pagarlo.

—No. No te preocupes —me dio un toquecito en el hombro—. Aunque tengo curiosidad por saber qué fue lo que te hizo abandonar el baile con tanta prisa y luego irte a nadar. Te fuiste con tu Seth. ¿Puedo suponer que te fuiste a nadar con él?

Mis mejillas se pusieron al rojo vivo al escuchar mencionar a Seth. Si *mi* Seth hubiese estado aquí para oírlo, no habría llegado a escuchar el final de la frase, pero él no podía entrar en el edificio del Consejo.

—Él no es *mi* Seth.

Marcus y Lucian aparecieron por la esquina antes de que Laa-

dan pudiese hacer algo más que lanzarme una mirada de complicidad. Por raro que sea, agradecí que apareciesen.

Lucian se deslizó hasta mí, cogiéndome una de mis manos he-ladas. ¿O es que su mano estaba tan caliente que la mía parecía congelada?

—Cariño, pareces muy nerviosa. No tienes nada por lo que preocuparte. El Consejo te hará unas cuantas preguntas y ya está.

Vi la mirada de Marcus por encima del hombro de Lucian. Parecía estar preocupado por algo. Solté mi mano y aguanté las ganas de frotármela contra el pantalón.

—No estoy nerviosa.

Lucian me dio unos golpecitos en el hombro y pasó junto a mí.

—Tengo que entrar y tomar asiento. Esto está a punto de em-pezar.

Esto era la única razón por la que había venido hasta aquí. Al ver a los Guardias sujetarle la puerta a Lucian, me di cuenta de que *no estaba* nerviosa. Solo quería que acabase y punto. Marcus tenía la boca tensa al mirarme. Le lanzó una mirada a Laadan, esperó a que ella asintiese con la cabeza y siguió a Lucian hacia el Consejo.

—Alexandria, espero que te comportes lo mejor que puedas. No dejes que te metan en ninguna discusión. Solo responde a sus preguntas, nada más. ¿Has entendido?

Estreché los ojos y crucé los brazos.

—¿Qué creéis todos que voy a hacer? ¿Volverme loca y em-pezar a insultar a todos?

—La verdad es que todo es posible. Eres famosa por tu tem-peramento, Álex. Seguro que algunos esperan que pierdas los ner-vios —dijo una voz grave conocida a mis espaldas.

Cada célula de mi cuerpo reconoció y respondió a esa voz. No importaba que la noche pasada hubiese elegido a Seth. ¿No era eso lo que había hecho? Mi cerebro le gritó a mi cuerpo que no se diese la vuelta, pero no hizo caso.

Aiden parecía totalmente un puro. Un mechón de su pelo os-curo le caía por delante, sobre sus espesas pestañas. Vestido con esas pintas de mafioso, todo de blanco, se me antojaba aún más intocable.

Marcus se aclaró la garganta, y me di cuenta de que me había quedado mirándole.

Roja como un extintor me giré hacia Marcus.

—Ya lo sé. Solamente contestar a sus preguntas, bla, bla, bla.

Lo capto.

Marcus me miró.

—Eso espero.

No sé qué más podía hacer para probarles que no iba a saltar de la silla y pegarle a alguien.

Marcus se miró el reloj.

—Tenemos que entrar. Alexandria, los Guardias te llamarán cuando el Consejo esté listo.

—¿No voy a entrar con vosotros? —pregunté.

Negó con la cabeza y desapareció en el Consejo, dejándome con Aiden y los Guardias silenciosos. No podía ignorarle.

—Bueno... ¿qué tal estás?

Aiden miró hacia un punto por encima de mi cabeza.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Asintió y miró hacia las puertas.

Me dolía lo raro que era todo.

—Puedes entrar. No tienes que esperar aquí fuera.

Por fin me miró.

—La verdad es que tengo que entrar.

Asentí, mordiéndome la mejilla por dentro.

—Lo sé.

Aiden se dirigió hacia la puerta, pero se quedó parado. Pasaron unos segundos antes de que se girase hacia mí de nuevo.

—Álex, puedes hacerlo. Sé que puedes.

Nos quedamos mirando a los ojos y tomé aire. Sin palabras, me quedé ahí quieta viendo cómo pasaba su mirada por toda mi cara. No recordaba si me había maquillado algo. ¿Un poco de brillo de labios quizá? Tenía el pelo bajo control, cayendo junto a mis mejillas y cubriéndome el cuello perfectamente. Me toqué los labios, contenta al descubrir que tenían brillo.

Se fijó en mis movimientos antes de decir algo, pasándose una

mano por la cabeza. Soltó un ruidillo y al hablar, lo hizo en voz tan baja que casi no pude oírle.

—Creo... que recordaré toda mi vida como estabas ayer. Dioses, estabas tan guapa.

Me podía haber desmayado ahí mismo.

Lo siguiente que sé es que desapareció tras las pesadas puertas del Consejo. Me dejó absorta y confusa. Amable y luego frío, cercano y luego distante. No lo pillaba. ¿Por qué me decía eso... y luego se iba? Como el día que dijo que deseó que Seth hubiese matado al Maestro por haberme pegado. ¿Por qué tenía que decir esas cosas?

Me apoyé contra la pared y solté un largo suspiro de cansancio. Este no era el momento de obsesionarme por los cambios de humor de Aiden. Tenía que concentrarme en...

La puerta a mi izquierda se abrió, saliendo de ella un Guardia del Consejo.

—Señorita Andros, su presencia ha sido requerida.

Vaya, había llegado antes de lo esperado. Me aparté de la pared y seguí al Guardia hacia el Consejo. Parecía diferente de lo que recordaba. Aunque claro, la única vez que lo había visto fue desde el balcón a lo alto, escondida de los puros. Unos adornos en titanio decoraban los bancos curvos que llenaban la parte baja del coliseo. Los símbolos grabados en las baldosas estaban bien hechos, no como esos garabatos de los caminos de fuera. Aquí todo tenía que ser más grande y mejor.

Los que estaban esperando se movían incómodos en sus asientos mientras yo iba hacia el centro. Crucé la mirada con otras claramente curiosas. Otras no lo eran tanto, más que curiosas eran hostiles y desconfiadas.

Me armé de valor y me concentré en el estrado elevado en vez de en cómo mi estómago daba vueltas. Los Patriarcas estaban sentados como si fuesen dioses a punto de impartir una increíble y horrible justicia divina. Me vieron avanzar, observando cada detalle en mí incluso antes de llegar a ellos. Solamente a uno parecía no importarle mi presencia. Reclinado en uno de los tronos más pequeños y vestido con una espléndida toga blanca, Lucian miró a

Telly. O quizá estaba mirando el trono de Telly, imaginándose a sí mismo en el asiento que ofrecía lo más cercano al poder absoluto que tenía nuestro mundo.

En frente de los Ocho, había una silla vacía dirigida hacia el público, justo en medio de los dos tronos ocupados por Telly, el Patriarca jefe y Diana Elders. Miré hacia el asiento, sin saber si tenía que esperar a que me diesen aprobación para sentarme o podía hacerlo sin problemas.

Me senté.

Un murmullo de desaprobación sonó entre los puros. Al parecer había escogido mal. Estaba empezando de maravilla. Levanté la vista y miré hacia el balcón, viendo una sombra por entre los barrotes.

Seth.

Sentí que Telly se levantaba a mis espaldas, pero no me atreví a mirar. De alguna forma supe que eso también llevaría a más murmullos censores. Tranquila, puse las manos sobre los reposabrazos de la silla y miré hacia la gente que tenía delante. Inmediatamente busqué a Aiden. Estaba echado hacia adelante, con los ojos fijos en los Patriarcas a mis espaldas.

—Alexandria Andros —el Patriarca Telly dio una vuelta alrededor de mi silla. Paró junto a mí, inclinando la cabeza un poco hacia un lado. Hizo una elegante reverencia hacia el público y sonrió tanto que parecía un querubín en sus horas bajas—, debemos pedirte que prestes juramento ante el Consejo y los dioses, jurar que hoy contestarás a todas las preguntas con la honestidad más absoluta. ¿Lo entiendes?

Asentí, mirando al Patriarca. ¿Era cosa mía o las canas de sus sienes eran cada vez más abundantes?

—Romper este juramento será un acto de traición, no solo hacia el Consejo sino también hacia los dioses. Hacerlo supondrá tu expulsión del Covenant. Supongo que lo has entendido, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, Alexandria Andros, ¿juras proveer toda la información que tengas acerca de los eventos que tuvieron lugar en Gatlinburg?

Le miré a los ojos.

—Sí.

Su sonrisa parecía frágil cuando me miraba.

—Bien. ¿Qué tal tu habitación aquí, Alexandria? ¿Ha sido de tu agrado? —Telly chasqueó la lengua suavemente—. Mírame solamente a mí, Alexandria.

Los brazos de la silla chirriaron al clavar mis dedos en la madera.

—Todo ha sido *precioso*.

Arqueó una ceja mientras se ponía al otro lado de mi silla.

—Me alegra oírlo. Alexandria, ¿por qué se fue tu madre del Covenant hace tres años?

Parpadeé sorprendida.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que ocurrió en Gatlinburg?

—Te he hecho una pregunta. No, no mires hacia el público. ¿Por qué abandonó tu madre el Covenant hace tres años?

—No... no sé por qué —esta vez le mantuve la mirada a Telly—. Nunca me lo dijo.

Telly miró hacia el público y se frotó el índice con el pulgar.

—¿No lo sabes?

—No —me oí decir mirándole la mano.

—Eso no es cierto, Alexandria. Sabes por qué tu madre lo abandonó.

Aparté la mirada de su mano y negué con la cabeza.

—Mi madre nunca me dijo por qué. Únicamente sé lo que me han dicho otras personas.

—¿Cuáles fueron esas razones?

¿Dónde quería ir a parar con todo esto? Seguí sus calculados movimientos. Me rodeaba.

—Se fue porque el oráculo le dijo que yo sería el próximo Apollyon.

—¿Por qué iba a irse por eso?

No pude evitarlo. Mi mirada se dirigió hacia el balcón, desde donde sabía que Seth me estaba viendo.

—¡Alexandria, no apartes la vista!

Ahora sabía por qué Marcus parecía tan preocupado. Mi cuer-

po entero estaba deseando plantarle el pie en la cara a Telly. Le miré.

—Quería protegerme.

Ahora habló alguien distinto. La voz de la Matriarca más vieja me rozó la piel como si fuese papel de lija.

—¿De quién habría querido protegerte?

¿Tenía que seguir mirando a Telly o a la Matriarca?

—No lo sé. Quizá tenía miedo de que los dioses se enfadasen porque hubiese dos de nosotros.

—Podría haberla preocupado —respondió—. No debería haber dos de vosotros en la misma generación.

—¿Qué otras razones podría haber? —preguntó Telly.

Las palabras salieron de mi boca. No eran ni buenas ni inteligentes.

—Quizá tenía miedo de lo que pudiese hacer el Consejo.

Telly se puso tenso.

—Eso es absurdo, Alexandria.

—Es lo que dijo.

—¿En serio? —levantó las cejas—. Creía que nunca te había dicho por qué te había sacado del Covenant.

Mierda. Podía imaginar la cara que habrían puesto Aiden y Marcus.

—Nunca me lo dijo antes de... antes de cambiar.

—¿Y te lo dijo tras decidir convertirse en daimon? —preguntó un Patriarca.

—¡Mi madre no eligió convertirse en daimon! —agarré los brazos de la silla de nuevo, tomando aire con fuerza varias veces—. Le obligaron a hacerlo. Y sí, me dijo que no habría sobrevivido si me hubiese quedado en el Covenant.

—¿Qué más te dijo acerca de por qué se marchó? —preguntó Telly.

—Eso es todo.

—¿Por qué no la denunciaste nunca durante los tres años que estuviste desaparecida?

—Era mi madre. Tenía miedo de que la castigasen.

—Y así habría sido —dijo la Matriarca más mayor—. Lo que

hizo fue imperdonable. Desde el momento que supo de tu verdadera naturaleza, su deber era comunicárselo al Consejo.

—Eso es cierto, Matriarca Mola —Telly hizo una pausa, poniendo una mano en el respaldo de mi silla—. ¿Cómo es que no sabías que tu madre había sido convertida?

El aire no me llegaba a los pulmones.

—La vi y pensé que estaba muerta. Maté al daimon que... que le estaba haciendo daño.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Telly en voz tan baja que pensé que nadie más le habría oído.

La garganta me ardía.

—Había otro daimon, y yo... corrí.

—¿Corriste? —repitió Telly en voz alta para que lo oyese todo el Consejo.

—Pensaba que estaba muerta —tragué saliva y miré al suelo—. Intenté volver al Covenant.

—¿Así que hizo falta que tu madre muriese para que recordases tu deber con el Covenant? —Telly no esperó mi respuesta, mejor, porque no sabía qué responder—. Te encontraron en Atlanta con cuatro daimons, ¿correcto?

¿Qué tenía que ver todo esto con lo que pasó en Gatlinburg?

—Me estaban siguiendo. No es que hubiese quedado con ellos ni nada parecido.

—Tu tono es insolente —soltó la Matriarca más mayor—. Te vendría bien recordar tu posición, *mestiza*.

Me mordí el labio hasta que saboreé la sangre.

Telly se puso a mi derecha.

—¿Sabías algo del paradero de tu madre tras tu vuelta al Covenant, Alexandria?

Una fina línea de sudor me recorría la espalda.

—No.

—Pero en agosto saliste del Covenant a buscarla, ¿verdad? Después de tomar parte en la masacre de Lake Lure. ¿La encontraste? —los labios de Telly se curvaron en una sonrisa cruel.

Telly había vuelto a acorralarme *otra vez*. Cerré los ojos y respiré.

—No sabía *dónde* estaba. Ni siquiera sabía que estaba viva hasta que Lucian me lo dijo.

—Ah, sí —miró detrás mío hacia Lucian—. ¿Qué hiciste cuando supiste que estaba viva?

Pegar y besar a un pura sangre, pero dudo que quisiese saber eso. Bueno, de hecho le encantaría saberlo; así podría usarlo para entregarme a los Patriarcas en un momento.

—Nada.

Telly chasqueó la lengua.

—Pero...

La ira me hervía por dentro, sentía los latidos en la sien.

—¿Qué tienen que ver todas estas preguntas con lo que mi madre me dijo que tenían planeado los daimons? Quieren tomar el Consejo. Convertir a todos los puros que puedan y mandarlos de nuevo a los Covenants, a matar. ¿Acaso no es eso más importante?

Sorprendentemente, Telly se tomó bastante bien mi locura temporal.

—Todo está relacionado, Alexandria. ¿Qué te hizo salir del Covenant a buscar a tu madre?

Tenía demasiadas ganas de mentir.

—Cuando me di cuenta de que había matado a gente en Lake Lure, me fui. Supuse que me encontraría y lo hizo. Sentía como que... ella era responsabilidad mía, mi problema.

—Interesante —Telly fue hasta el borde del estrado. Mirando hacia el público, elevó la voz—. ¿Es cierto que no luchaste contra Rachelle cuando la viste el Bald Head?

Miré la cabeza de Telly.

—Sí.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué?

—Me quedé paralizada. Era mi *madre*.

—Los mestizos podéis ver a través de la magia elemental. Nosotros no. ¿Cómo pudiste verla a través del monstruo en que se había convertido? —giró sobre sí mismo, sonriéndome—. No lo entendemos, Alexandria. Te fuiste de Florida diciendo que creías que estaba muerta. Volviste al Covenant y tu madre te siguió, dejando

tras de sí un rastro de pura sangres y Guardias muertos.

—¿Qué? Únicamente fue el ataque en Lake Lure. Ella no...

—Te han informado completamente mal —sonrió aún más—. Fue responsable de más de veinte ataques por toda la costa sures-te. Pudimos seguir su rastro justo hasta las puertas del Covenant de Carolina del Norte. Mandó un daimon mestizo al Covenant. ¿Lo hizo para sacarte de ahí?

¿Veinte ataques? Nadie me había dicho nada. Ni Aiden, ni Marcus, ni siquiera Seth. Ellos debían saberlo. ¿Por qué no me lo dijeron?

»¿Alexandria?

Levanté la mirada.

—Sí... supongo que quería sacarme de ahí.

—Funcionó. Te fuiste el día que Kain Poros volvió y asesinó a varios pura sangre —Telly caminó a grandes zancadas sobre el estrado—. Dime, Alexandria, ¿estuvo contigo también un mestizo llamado Caleb Nicolo en Gatlinburg?

Se me encogió el pecho.

—Sí.

Telly asintió.

—¿Intentó pararte en Bald Head?

—Sí.

—¿Es el mestizo que murió hace unas semanas? —preguntó la Matriarca—. ¿En un ataque daimon, mientras estaba con esta?

—Eso creo —respondió Telly.

—Qué oportuno —murmuró la Matriarca, pero sonó como si lo hubiese gritado—. Mientras estuviste en Gatlinburg con Rache- lle, ¿qué te dijo que tenían planeado los daimons?

Con un cierto malestar, le conté al Consejo lo que mamá había planeado. Recordé mis propias instrucciones y no les dije que fue Eric el que había pensado todo. Telly no cambió la expresión de su cara mientras me miraba. La verdad es que creo que le daba igual lo que le estaba diciendo.

—¿Planean atacar el Consejo y liquidarnos? —la anciana Ma- triarca rió—. Esto es ridículo. Todo esto lo es.

Telly rió.

—Lo es pensar que un puñado de adictos pueden planear algo así juntos.

—¿Adictos? Sí, son adictos al éter, pero son los adictos más peligrosos —dijo la Matriarca Diana Elders, que hablaba por primera vez—. No podemos descartar nada de lo que son capaces. Saber que pueden convertir a los mestizos cambia las cosas. Y obviamente los dioses están cuestionando nuestra habilidad para controlar a los daimons.

Esto comenzó una batalla de poder durante unos minutos. A unos cuantos Patriarcas no les gustaba la idea de ignorar los planes de los daimons, y los otros simplemente no se tomaban en serio la amenaza. Iban soltando sugerencias, como incrementar el número de Centinelas y enviarlos a dar con nidos de daimons, pero la mayoría de ellos no veían razones para hacerlo. Todas las conversaciones acababan volviendo a *mí*.

Sentía el miedo en mi estómago según iban llegando a un acuerdo. Telly y gran parte del Consejo claramente decidieron desestimar los planes de los daimons. De repente supe que las palabras de mi madre no eran la única razón por la que me habían ordenado venir a esta sesión. A Marcus le *habían informado completamente mal*. O igual él lo sabía. Como los otros Patriarcas lo estaban distrayendo, pude mirar hacia la gente sin que Telly me echase la bronca.

Aiden le susurraba algo a Marcus, con las manos tensas y los nudillos blancos de agarrar el respaldo del asiento que tenía enfrente. Levanté la mirada hacia el balcón. Podía imaginarme qué estaría pensando Seth de todo esto.

Telly al final volvió su atención a mí.

—¿Rachelle tenía pensado convertirte en un daimon?

Quería haber dicho «*joder, no*», pero preferí no hacerlo.

—Sí.

Telly levantó su nariz aguileña.

—¿Por qué?

Me froté la frente con la mano.

—Quería que me convirtiese en Apollyon siendo un daimon. Pensaba que así podría controlarme.

—¿Así que quería usarte? —preguntó Telly—. ¿Para hacer qué?

—Supongo que quería asegurarse de que no fuese a por ella.

—¿Qué tendrías que haber hecho para ella?

Nuestras miradas se cruzaron. Creo que esta parte se la sabía.

—Quería que eliminase al otro Apollyon... y que ayudase a los daimons con sus planes.

—Oh sí, ¿sus planes de liquidar al Consejo y esclavizar a los pura sangre? —Telly negó con la cabeza, sonriendo—. ¿Cuántas veces te marcaron, Alexandria?

Me tensé.

—No lo sé. Muchas.

Pareció pensar en ello.

—¿Crees que eran suficientes como para convertirte?

Aún seguía teniendo pesadillas por aquellas horas que pasé encerrada con Daniel y Eric. Recuerdo esa última marca, la que estaba segura de que sumiría mi alma en la oscuridad. Una marca más y habría pasado al lado oscuro. Una fina película de sudor frío me cubrió la frente.

—¿Alexandria?

Parpadeé, enfocando su cara.

—Casi lo fueron.

En mi garganta sentía una cierta desconfianza.

—Ser marcado es muy doloroso —continuó Telly, parándose a mi lado de nuevo—. ¿Por qué permitiste que lo hiciesen repetidas veces? Un mestizo haría cualquier cosa para evitar ser marcado.

—No podía luchar contra ellos.

Levantó las cejas incrédulo.

—¿No podías o no querías?

Cerré los ojos, luchando por mantener la paciencia.

—Le prometí que no lo haría si no mataba a Caleb. No tenía elección.

—Siempre hay elección, Alexandria —hizo una pausa, mirándome disgustado—. Permitir algo tan repugnante es un tanto sospechoso. Quizá querías que te convirtiesen.

—Patriarca —dijo Lucian—, entiendo que algunas de estas preguntas son necesarias, pero Alexandria no sufrió ninguna de

estas atrocidades voluntariamente. Sugerir algo así parece forzado y cruel.

—¿Lo es? —Telly me miró.

—Espera un segundo —dije cuando sus palabras me calaron del todo—. ¿Estás sugiriendo que quería que me convirtiesen en algo tan horrible? ¿Que yo lo pedí?

Telly levantó las manos con arrogancia.

—¿Cómo íbamos a interpretarlo si no?

Entonces miré hacia el público, viendo por un segundo una mirada de miedo en Marcus.

—¿Sabes que suena a lo que diría un violador? Llevaba una faldita corta, así que ella lo *quiso*.

Se oyeron pequeños gritos ahogados desde el público. Parece que la palabra «violador» era poco decente. La cara de soberbia de Telly fue desvaneciéndose poco a poco.

—Alexandria, te estás pasando de la raya.

En ese momento mi cerebro desconectó. Únicamente podía pensar en lo que Daniel me dijo antes de marcarme. Era como si Telly me estuviese diciendo lo mismo. Que *quería* que me marcaran, que lo disfrutaría. Me puse en pie.

—¿Dices que me estoy pasando de la raya?

—Nadie te ha dado permiso para irte —Telly se puso recto.

—Oh, no voy a irme —tenía todos los ojos fijos sobre mí. Cogí y me saqué la sudadera por la cabeza. En un momento dado pareció que nadie respiraba. Vi a todo el mundo boquiabierto; por un momento llegué a pensar que no llevaba nada debajo de la sudadera por las caras que habían puesto todos.

—¿Qué narices estás haciendo, Alexandria? —preguntó Lucian.

Le ignoré y me aparté de la silla con los brazos extendidos hacia delante.

—¿Acaso parece esto algo con lo que querría vivir? ¿Algo que habría pedido?

Contra su voluntad, docenas y docenas de ojos se fijaron en mis brazos. La mayoría se quedaron sin aliento y se estremecieron, apartando rápidamente la mirada. Otros no, como si no pudiesen

apartar la mirada de la piel roja y parcheada y su brillo poco natural. Miré al suelo y a Telly, a mi lado, parecía como si le estuviese dando un infarto. Vi a Laadan con la barbilla levantada, orgullosa. Unas cuantas filas por delante vi la mirada horrorizada de Dawn. Bastante más lejos, detrás de los miembros del Consejo, Marcus estaba pálido. Me di cuenta de que nunca había visto mis cicatrices, solo había visto parte de las de mi cuello. Creo que no sabía lo horribles que eran. Sentí cómo me iba poniendo roja, pero la mirada sorprendida y orgullosa de Aiden me dio la confianza de dirigirme hacia los Patriarcas.

Me pregunté qué cara habría puesto Seth. Seguramente estaría sonriendo. Le encantaba cuando me volvía así de irracional, y ahora *realmente* lo era.

Me fui girando para mostrarles mis brazos.

—¿Parece que duelen verdad? Pues sí. Es el peor dolor que os podáis imaginar.

—Alexandria, siéntate. Vemos qué quieres decir —Telly intentó cogermelo, pero me aparté de él.

Un Guardia entró en escena, recogiendo mi sudadera. La cogió y su mirada iba nerviosamente de Telly a mí.

Miré hacia los demás Guardias, esperando que no estuviesen planeando hacerme un placaje. Todos excepto uno eran mestizos, y ninguno de ellos parecía dispuesto a pararme. Incliné la cabeza hacia los Patriarcas, intentando no sonreír.

—¿Así que en serio pensáis que fui a buscar a mi madre? ¿Que quería esto?

Diana se puso blanca y aparto la mirada, negando con la cabeza, triste. Los demás Patriarcas reaccionaron como el resto del público. Sea como fuere, estaba bastante segura de que ahora me entendían de verdad.

Un tono rojo furioso cubría las mejillas de Telly.

—¿Has acabado, Alexandria?

Respondí a su ceño fruncido arrugando la frente. Tranquilamente, volví hacia mi silla y me senté.

—Supongo que sí.

Telly le quitó la sudadera al Guardia de las manos. Sé que es-

taba deseando tirármela a la cara, pero con un increíble auto control, me la dio en mano. No me la volví a poner.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Ibas por la parte en que me acusabas de querer convertirme en daimon.

Varios Patriarcas tomaron aire con fuerza. Telly parecía a punto de explotar. Se agachó para ponerse a mi altura y me habló rápido y en voz baja.

—Eres una aberración, ¿me entiendes? Un presagio de muerte para los nuestros y nuestro dioses. Vosotros dos.

Me eché hacia atrás con los ojos como platos.

—Presagio de muerte —sonaba bastante radical y a locura.

—Patriarca —le dijo Lucian—, no hemos podido escuchar su pregunta. ¿Podría repetirla?

Telly se puso recto.

—Le he preguntado si quería añadir algo más.

Me quedé con la boca abierta.

Sonrió.

—Hay otras cosas a parte de lo sucedido en Gatlinburg que me preocupan, Alexandria. Tu comportamiento antes de irte del Covenant y las peleas que has tenido desde tu regreso te ponen en una clara desventaja, me temo. ¿Y cómo es que la noche en que el Covenant de Carolina del Norte fue atacado tú estabas fuera de tu habitación tras el toque de queda impuesto para los mestizos?

Sabía perfectamente dónde quería ir a parar, así que fui al grano.

—Yo no fui quien les dejó entrar, si es lo que estás insinuando. La sonrisa de Telly se volvió amarga.

—Eso parece. Pero sigue estando el tema de tu comportamiento desde que llegaste aquí. Acusaste a un pura sangre de haber usado una compulsión en ti, ¿verdad?

—¿Que hizo qué? —chilló la Matriarca anciana—. Acusar a un pura sangre de tal acto es sin duda impactante. ¿Hay alguna prueba, Patriarca Telly?

—Mis Guardias no encontraron nada que sustentase su afirmación —Telly hizo una pausa dramática—. Y luego, además, ata-

caste a un Maestro que estaba impartiendo disciplina a una sirviente.

En ese momento varios Patriarcas parecieron volverse locos. Telly se pavoneaba mientras ellos hacían preguntas para saber exactamente qué ocurrió. Me imaginé a mí misma corriendo hasta el estrado y pegándole patadas en la entrepierna a Telly sin parar.

Cuando se calmaron un poco, Telly se dirigió al Consejo. Su voz sonó por todo el coliseo.

—Me temo que tenemos un peligro mayor que el de unos daimons que se organizan para atacarnos. Lo que ven sentada frente a nosotros puede parecer una mestiza normal y corriente, pero todos sabemos que no es así. En cuestión de meses, se convertirá en el segundo Apollyon. Si como mestiza es incontrolable, ¿qué creen que ocurrirá cuando Despierte?

Se me paró el corazón.

—Como Patriarca jefe, me duele tener que sugerir esto, pero me temo que no tengo elección. Tenemos que proteger el futuro de nuestros Maestros. Pido que Alexandria sea expulsada del Covenant y puesta bajo supervisión de los Maestros.

Me incliné hacia delante. No podía moverme más, ya que el miedo me tenía paralizada por completo y tenía un nudo en el estómago. Esto es lo que Telly quería, la única razón por la que yo estaba aquí. No tenía nada que ver con los planes de los daimons.

Desde arriba, sentí que se formaba una tormenta. Me recorrió toda la piel, poniéndome los pelos de punta. Seth era una tormenta a punto de explotar.

—Patriarca Telly, mi *hijastra* no ha cometido ningún crimen que la obligue a la servidumbre —objetó Lucian—. Tiene que ser declarada culpable antes de que se la pueda expulsar del Covenant y ponerla en servidumbre.

—Como Patriarca jefe...

—Como Patriarca jefe tienes mucho poder. Puedes expulsarla del Covenant, pero no puedes sentenciarla a la servidumbre sin una causa justificada o mediante voto del Consejo —dijo Lucian—, esas son las reglas.

Miré al frente, directamente hacia Aiden. Este era uno de esos

extraños momentos en mi vida en que sabía *exactamente* qué estaba pensando Aiden.

Me giré sobre la silla. Telly miraba a Lucian, pero vi que Lucian tenía razón. Telly podía expulsarme, pero no podía enviarme a la servidumbre a su antojo. Sería el Consejo el que lo tuviese que hacer, y tenía la sensación de que si lo aceptaban sería lo último que harían en su vida.

—Entonces pido una votación —dijo Telly con voz de hielo.

Calculé la distancia que había desde donde estaba sentada hasta la puerta a mi derecha. Mis músculos se tensaron cuando solté la silla y me giré hacia un lado. Se me cayó la sudadera del regazo. No quería hacerles daño a los Guardias mestizos, pero iba a pasar a través de ellos.

Y luego, ¿qué?

Correr como una loca.

—¿Cuáles son sus votos? —preguntó Telly.

El primer «sí» me produjo un escalofrío; el segundo hizo que el aire se llenase de electricidad. El público se movió incómodo cuando el tercer «sí» hizo elevar la tensión. Quise mirar a Aiden una última vez, pero no podía apartar los ojos de la puerta. Podía ser mi única oportunidad.

Tres de los Patriarcas votaron que «no» y Telly avanzó hasta el final de estrado. El siguiente dijo «sí» y el estómago me dio un vuelco. Quería gritar, pero el miedo me había oprimido la garganta. Enfrentarme a daimons era una cosa, pero una vida entera de servidumbre era mi mayor temor.

—Matriarca jefe Elders, tienes el último voto —oí una sonrisa en la voz de Telly.

La sala se quedó en silencio, los puros estaban paralizados y yo tenía los nervios a flor de piel. *Este es el momento... este es el momento...* Cerré los ojos y respiré profundamente.

—Está claro que es un... problema —dijo Diana con voz tan clara como la de Telly—, hay muchas cosas que me preocupan enormemente, pero tengo que votar en contra. Tiene que violar la Orden de Razas para ser llevada a la servidumbre, y no lo ha hecho, Patriarca Telly. Todo lo que se ha aportado ha sido circunstancial.

Me hundí en el asiento, soltando todo el aire de los pulmones. Una violenta energía se retiró, saliendo de mi piel para volver a su dueño.

Telly no se lo tomó bien, pero no podía hacer nada. Volvió a mi lado. Yo solo quería pegarle un golpe de kárate en todo el cuello.

—Entonces, señorita Andros, puedes continuar tal y como estabas, por ahora —Telly sonrió tenso—, un error más, Alexandria, una vez más y será la última. Irás a la servidumbre.

Capítulo 23

Tras el Consejo, Marcus me escoltó hasta mi habitación con instrucciones explícitas.

—No salgas de esta habitación si no vas acompañada.

¿Acaso había visto esta habitación? Parecía un castigo pasar el resto del tiempo que quedase hasta que Seth apareciese o viniese Laadan a compadecerse de mí. No había hecho nada malo. No era mi culpa que Telly fuese un lunático decidido a enviarme a la servidumbre.

Pero me pasé el resto del día y gran parte de la tarde en mi habitación, imaginándome la cara que pondría Telly cuando Despertase y le llenase de jugo de Apollyon hasta hacerle desaparecer en la nada. ¿Y a todos esos puros que miraban mis cicatrices con esa cara de asco? Les daría algo para que se asustasen de verdad. Bueno, vale. Igual estaba exagerando un poco. Pero esa actitud de Telly en contra mía me ponía de los nervios. Necesitaba salir, hacer algo.

Lo que en realidad necesitaba era pegarle a algo.

Justo cuando estaba a punto de volverme loca, alguien llamó suavemente a mi puerta. Corrí hasta ella y la abrí. Ahí estaba Laadan, con dos copas de cristal en la mano. Tenías las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

Por favor, que esté aquí para sacarme de esta habitación.

Sus ojos en realidad no estaban totalmente fijos en mí cuando sonrió.

—Supuse que te vendría bien estirar las piernas —dio un paso atrás—, ¿te vienes?

Gracias, dioses. Seguí su elegante cuerpo por todo el pasillo y bajamos las escaleras. Abajo, los puros estaban en plena celebración. Por los ruidos que venían de la sala de baile, ya iban bastante tocados. Nadie me prestaría atención, estaban demasiado ocupados festejando. Su actitud indiferente ante todo era exasperante y frustrante.

—Pensé que te vendría bien un poco de compañía —dijo despacio, hablando por primera vez desde que salí de la habitación.

Paramos frente a la sala de recepciones abarrotada. Laadan se quedó al lado de una pintura de la Diosa Hera. El parecido entre ambas era increíble. Me ofreció una copa de ese luminoso líquido rojo.

—Ten, te lo mereces después del día que has tenido.

El vaso estaba caliente.

—¿Qué es?

Sonrió con la mirada perdida.

—Es algo especial para una chica especial. Te va a encantar.

—¿Estás borracha? —reí.

Laadan sonrió como si estuviera en un sueño.

—Es una noche preciosa, Álex. ¿Te gusta tu bebida?

Levanté la copa y la olí, curiosa. Olía magníficamente, como a orquídeas, con un toque de miel y sésamo. Levanté la mirada y vi a Laadan flotando hacia la entrada de la sala. Fui tras ella, mirando hacia todo el mundo mientras me llevaba la copa a los labios. Vi a Marcus y Diana súper juntos. De nuevo, la sonrisa de Marcus me confundía. Nunca sonreía así, sobre todo conmigo cerca.

Me llamaron la atención unas risitas que sonaron por toda la sala. Unas puras jovencitas rodeaban a un puro muy guapo, peleándose entre ellas para estar más cerca de él. Varios Guardias estaban detrás de ese grupo, tan distantes como aburridos. Entre ellos estaba el Guardia pura sangre al que Telly había recurrido en la primera sesión. Me estremecí y cogí la copa con más fuerza. Luego mi mirada vagó hasta el fondo de la sala y vi a Aiden.

Dawn estaba a su lado, increíblemente hermosa y mirándole con unos enormes ojos color amatista. Verles juntos no transmitía nada. Él nunca había mostrado ni una pizca de interés por ella salvo, solo era amable, pero ella era el tipo de chica con la que Aiden podía salir, debería salir.

Quizá algún día se casase con ella, o con otra pura como Dawn. Sentaría cabeza y se comprometería. *Para ya*, me ordené. Eso no importaba, ni siquiera si tendría una docena de bebés pura sangre. Ya había aceptado que no podía estar con él. Además, ya había ele-

gido a Seth, o algo así. Pero el dolor se clavaba en mi pecho y me oprimía el corazón. Me merecía una patada por seguir ahí de pie, mirándole como si fuese una acosadora.

—Tu bebida, cariño, ¿no vas ni a probarla?

—Oh —miré hacia abajo. Aún la sentía caliente. La bebida me ardía en los labios y la punta de la lengua, pero entraba increíblemente suave. En realidad sabía un poco mentolada, como una especie de té—, sabe a...

Laadan se había ido.

Sorprendida por su desaparición repentina, miré por toda la sala, encontrando a Aiden en vez de a Laadan. Se había movido al final de sala, aunque en vez de con Dawn, ahora estaba hablando con otra pura, pero parecía tener la mirada fija en *mí*.

Su mirada de desaprobación llegó hasta donde yo estaba. ¿Era porque estaba fuera de mi habitación? Si era por eso, era un fastidio. Lo que también me fastidiaban eran los latidos que sentía en el pecho.

Aiden se separó de la pura, viniendo hacia mí con pinta de estar muy, muy enfadado. El corazón me latía a mil. Se estaba acercando a mí, no a Dawn, ni a ninguna otra pura, a mí. Las palpitaciones eran cada vez mayores.

Cualquier tipo de atención era buena.

De repente no me gustaba la idea. Odiaba el hecho de *conten-tarme* con eso. Levanté la copa y le di un largo trago. Era o eso, o tirarme al suelo lloriqueando y pataleando.

Tomé otro traguito, esperando que esta vez me ardiese todo. Pero estaba rico, muy rico. Levanté la vista de nuevo y vi que un puro alto y rubio le bloqueaba el paso a Aiden, pero aún así me siguió con su mirada furiosa. Le levanté una ceja y me volví a llevar la copa a los labios, tomando otro trago.

Aiden rodeó al puro y vino directo hacia mí.

De la nada, no exagero, Seth apareció y me tiró la bebida de las manos, manchándome el jersey de gotas rojas.

—¡Pero hombre! —me pasó la mano por la boca—. No hacía falta que lo tirases todo.

Seth se llevó la copa a la nariz y la olió. Maldiciendo entre

dientes, se la pasó a Aiden.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó Seth.

—¡Qué mas te da! Solamente es una bebida.

—Álex, ¿quién te ha dado esta bebida? —la voz tranquila de Aiden no me dio opción a hacer nada.

—Me la ha dado Laadan. ¿Qué sucede?

Seth abrió la boca de par en par, pero la reacción de Aiden fue mucho más fuerte.

—Mierda. Increíble.

—¿Qué? —les miré a los dos—. ¿Qué pasa?

—Malditos puros —soltó Seth—, no puedo ni imaginar qué esperaban conseguir con esto.

Parecía que la copa iba a estallar en la mano de Aiden. Estaba completamente furioso y sus ojos ardían, pero no me miraba. Ni un poco.

—Mierda. ¿Era tu primera copa?

—Sí —avancé un poco—, Aiden, ¿qué pasa?

Seth exhaló con fuerza.

—Media copa es más que suficiente.

—Laadan no ha podido darle esto —Aiden arrugó la frente—, sabe lo que hace esta bebida.

—Laadan me la ha dado. No miento. Pero decidme qué narices está pasando.

Seth se pasó una mano por la cabeza.

—Creo que le voy a pegar a alguien.

Miré a Seth. Él tampoco me miraba. ¿Había algo raro en mi cara? Me toqué la cara y lo único que noté es que estaba caliente.

—Yo no me puedo ir ahora —Aiden hablaba con palabras cortas, tajante—, Telly y los demás Patriarcas quieren que estemos aquí. No puedes dejarla sola.

Seth asintió.

—La tendré vigilada.

Aiden soltó una risa corta.

—Ya, no creo.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos? —preguntó Seth—. ¿Dejarla que vaya sola por ahí?

Ya no pude aguantar más. Agarré a Aiden del brazo, algo que no debería hacerle a un puro en público, pero actuaban como ni siquiera estuviese allí.

—¿Qué está pasando?

Aiden se dio la vuelta y me agarró la mano, poniéndome entre los dos.

—Laadan no ha podido darte esta bebida a propósito. ¿Te pareció extraña? ¿Como si actuase de forma distinta?

—Sí —susurré—, parecía borracha.

Sus ojos ardían.

—Le obligaron a darte la bebida.

—No puede ser, es imposible. Es completamente ilegal hacerle una compulsión a otro puro. Tienes que...

—Alguien te ha tendido una trampa, Álex, y tenía tantas ganas de hacerlo que incluso ha roto las reglas para ello. Todos los puros saben qué es con solo mirarlo. Te han dado una Poción de Afrodi-ta, Álex.

—¿Poción? Oh. *Oh*. Oh, dioses —sentí a la vez frío y calor. Me acaba de beber lo equivalente a un rofenol⁵ del Olimpo. No podía creérmelo—. Tenéis que estar equivocados. Un puro no usaría una compulsión con otro, y Laadan nunca me daría algo así. Me da igual lo que digáis.

—Álex —dijo Aiden de forma amable—, hay puros que saben que Laadan y tú os lleváis bien.

—Aiden tenemos que sacarla de aquí. Cuanto antes —dijo Seth. Le miré.

—Estoy bien. Será que no me he tomado tanto.

Seth soltó una risa seca.

—Claro.

Aiden me soltó la mano y miró a Seth.

—No me gustas, y mucho menos confío en ti.

Un músculo se tensó sobre la mandíbula de Seth.

—Ahora mismo no tienes más opciones. No voy a dejar que le pase nada, Aiden. Y no me... voy a aprovechar de ella.

Le lancé una mirada asesina.

5 Droga usada para cometer violaciones, ya que produce un efecto similar al del alcohol pero más fuerte y rápido.

—Nadie va a aprovecharse de mí a no ser que yo me deje.

Vaya, no había sonado demasiado bien.

—No lo dudaba —dijo Aiden en voz baja y amenazante.

—¿Sabes qué? Tú a mí tampoco me gustas. Pero no tienes más opciones. O sales de aquí o te fías de mí tanto como para saber que voy a vigilarla —Seth hizo una pausa, mirando a Aiden a los ojos—. Para mí hay tanto en juego como para ti.

Me rasqué la pierna.

—¿Qué hay en juego?

Me ignoraron.

Aiden soltó una especie de gruñido.

—Si le pasa... si le pasa algo...

—Ya lo sé —respondió Seth—. Me matarás.

—Peor —gruñó Aiden—. No la llesves a su habitación. Marcus no tiene por qué saber esto. Llévala... a tu habitación. Iré en cuanto pueda —se giró hacia mí y forzó una sonrisa. Odiaba esa sonrisa—. Todo va a ir bien. Tú solo, por favor, escucha a Seth, y pase lo que pase, no salgas de su habitación.

Miré a Aiden.

—Espera. Quiero...

Aiden ya se había dado la vuelta y desapareció entre el gentío. Luego Seth me cogió de la mano y me sacó de la sala. No sabía qué me iba a pasar. Había oído rumores en el Covenant a cerca de la Poción, sabía que supuestamente Lea la había probado, pero no había visto a nadie puesto.

Seth no dijo nada mientras íbamos por los pasillos y subíamos las escaleras. Tras muchos pisos, seguía encontrándome bien.

—La verdad es que me encuentro bien. No me pasa nada. Estoy segura de que puedo irme a mi habitación. No saldré.

Seth me empujó por el pasillo.

—Oye, ¿por qué no me hablas? Sobre todo teniendo en cuenta lo de la otra noche...

Me lanzó una mirada peligrosa.

—Esto no tiene nada que ver con lo de la otra noche.

Le devolví la mirada a pesar de que estaba pensando en lo increíblemente suave que estaba su mano.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Álex, no estoy enfadado contigo. Pero ahora mismo estoy cabreado. Es mejor que no diga nada. Puedo acabar tirando abajo el edificio entero —me soltó la mano y abrió la puerta de su habitación, haciéndome pasar—. Entra.

Le eché una mirada arrogante. En serio, estaban haciendo que esto pareciera más de lo que...

—¿Pero qué narices?

Seth cerró la puerta de una patada.

—¿Qué?

—¿Cómo has conseguido esta habitación tan increíble? —di una vuelta, asombrada por los techos de catedral, las mullidas alfombras y una enorme pantalla de televisión que ocupaba la mitad de la pared. Y la cama, era tan grande como un barco. Se me olvidó qué estaba diciendo.

—Y yo durmiendo en un armario. No es justo.

Tiró la llave a un cajón.

—Soy el Apollyon.

—¿Y? Yo también y me han dado una caja de cerillas. Incluso un ataúd habría sido más grande.

—Aún no eres un Apollyon.

Esa fue nuestra conversación durante varios minutos. Le vi caminar por toda la habitación y luego volver a la ventana. Y ahí se quedó.

—¿Qué haces?

Seth se apoyó contra el marco de la ventana, concentrado en lo que fuera que estuviese viendo fuera. De la coleta se le escapaban varios mechones de pelo y le tapaban casi toda la cara.

—Haz lo que quieras en la habitación. Pon la tele o vete a dormir.

Mi humor cambiaba por momentos.

—Eres un idiota.

No dijo nada.

Cambié de posición, incómoda, deseando haberme puesto una camiseta debajo de la sudadera. Sentía un montón de humedad en la habitación, era casi insoportable. Fui hacia la cama a sentarme,

pero me paré. Una extraña sensación me recorrió toda la espalda. Era algo raro, increíble. Era como una especie de descarga de... de felicidad. Sí. Como oleadas de rayos de sol y cosas buenas.

De repente todo estaba bien, genial.

Seth apartó los ojos de la ventana, con la mirada fija en mí.

—¿Álex?

Me giré lentamente. La habitación parecía más ligera, suave, bonita. Todo era bonito. Creo que incluso suspiré.

—Oh, dioses —gruñó Seth—, ya empieza.

—¿Qué empieza? —casi no reconocía mi propia voz.

Seth me miró desesperado. Me pareció gracioso, así que me reí, y fue como si hubiesen activado un interruptor. Solamente quería correr y bailar, y cantar, y eso que no sabía cantar, pero quería hacerlo, y quería... hacer cosas.

Se puso recto y su expresión se volvió más dura.

—Siéntate, Álex.

Eché la cabeza hacia atrás. Bueno, se me cayó hacia atrás, y me gustaba el peso de mi pelo sobre el vacío, ahí colgando. Me gustaba la sensación en el cuello.

—En serio, siéntate.

—¿Por qué? —levanté la cabeza y empecé a balancearme. La piel me hacía cosquillas, por todo, como pequeños calambres, igual que cuando Aiden me tocaba o cuando besé a Seth anoche. Eso también me gustó, pero prefería los besos de Aiden. Cuando Seth me tocaba sentía algo diferente. Dioses, mi cerebro no se callaba. Estaba todo el rato sin parar.

Se apartó de la ventana.

—Pareces tonta, Álex.

Dejé de moverme, sin saber muy bien por qué había empezado a mecarme hacia delante y atrás.

—Túuuuuu pareces máaas tonto —canturreé—. Estás de morros y no te pega.

Se frotó la barbilla mientras me iba siguiendo con la mirada, como un halcón acechando a su presa.

—Va a ser una noche muy larga.

—Puede —me acerqué más a él, porque quería estar cerca de

algo, de alguien—. Hey, has sonreído.

Bajó la mano.

—No lo hagas.

Reí.

—¿Que no haga qué?

—No te acerques más, Álex.

—Anoche no tenías ningún problema con tenerme cerca. ¿Por qué? ¿Me tienes miedo?

—No.

—Entonces, ¿por qué no puedo?

Durante un segundo le vi divertido, pero se le fue rápido.

—Álex, tienes que tumbarte.

Me puse a girar, porque de repente sentí la necesidad de bailar. Como cuando bailamos un vals en el campo, fue divertido. Quería volver a hacerlo, y quería que Seth lo hiciese conmigo. Bailar sola era un poco penoso.

—Álex...

—Vale. Ya me siento —y entonces corrí a por él. Le debí pillar desprevenido, porque no se movió, y venga, Seth podía haberse apartado si hubiese querido.

Pero no lo hizo.

Me agarré a su cintura como un pulpo, pero ya no quería bailar.

—Qué bien se está así —murmuré mientras me frotaba la cara contra su camiseta.

Al principio Seth no reaccionó, y *sabía* que a él también le estaba gustando. Luego me cogió los brazos y los desenredó de su cintura.

—Álex, por favor, siéntate.

—No quiero —intenté agarrarme a su cuello, pero se apartó. Fruncí el ceño—. ¿Por qué no dejas de apartarte de mí? ¿Es que ahora me tienes miedo?

—Sí. Ahora mismo, sí.

Me reí echando la cabeza hacia atrás.

—¿El gran Apollyon me tiene miedo? Tengo calor. ¿Puedes abrir una ventana?

Seth se dio la vuelta y fue hacia la ventana.

—¿Por qué me ofrecería a esto?

—Pooooor que te guuuustooooo —canté mientras giraba hasta marearme—. Te gusto mucho mucho. Dioses, tengo que beber esto más a menudo. Me encuentro genial.

Gruñó mientras buscaba el pestillo de la ventana.

—Luego no lo estarás.

—¿Eh? ¿Tú ya lo habías probado? ¡Sí! Oh, que malo eres, Apollyon —me tiré a la cama. Era *tan* cómoda—. Me encanta tu cama —me puse boca abajo, sonriendo—, me gusta tanto que me casaría con ella si pudiera.

Seth se rio en alto.

—¿Te casarías con mi cama?

—Mmmm —me puse de espaldas. Había una pintura en el techo de Seth. Había ángeles y otras criaturas aladas pintadas en colores pastel—. Lo haría si pudiésemos casarnos, pero no podemos. Ni siquiera los objetos inanimados pueden. Le quita la gracia a enamorarse.

—¿En serio? —murmuró Seth.

Me levanté de la cama, incapaz de estarme quieta. Seth seguía al lado de la ventana, pero ya se había olvidado de abrirla.

—¿Nunca te has enamorado, Seth?

Pestañeó despacio.

—No creo. ¿Cuenta quererse a uno mismo?

Reí.

—No, no cuenta. Pero buen intento. ¿Seth?

—¿Sí?

—Hace calor.

Movió la cabeza y se giró hacia la ventana.

—Ah, sí, a ver si encuentro como se abre esta mierda y se te pasa.

Hacía demasiado calor. Aquí hacía demasiado calor y ya no podía soportar lo mucho que me picaba la tela. Seth estaba tardando demasiado. Me quité la sudadera y la dejé caer al suelo. Inmediatamente me sentí mil veces mejor.

Seth se tensó y soltó un ruido ahogado.

—Por favor, dime que no te has quitado la ropa.

Reí.

—No.

Se pasó las manos por la cabeza. Se le escaparon más mechones de pelo por entre los dedos.

—Voy a lamentarlo. Voy a arrepentirme mucho de esto.

—No estoy desnuda, idiota —me aparté el pelo del cuello y empecé a enrollarlo—, además, llevas intentando verme desnuda desde que nos conocimos.

—Puede que sea verdad, pero no así.

—Desnuda es desnuda —dije con lógica.

Despacio, Seth se dio la vuelta y se quedó parado. Su pecho subía y bajaba rápidamente.

—Oh, por el amor de los dioses, Álex, ¿dónde tienes la camiseta?

No entendía por qué estaba tan preocupado por todo esto. Llevaba puesto el sujetador. No era como si... se me olvidó lo que estaba pensando.

—Es que estoy ardiendo. Dame una camiseta cualquiera, la tuya mismo.

—Sí... desde luego que estás ardiente —tenía la voz entrecortada.

Reí y me solté el pelo, pero seguía teniendo calor... y estaba fuera de control. La última vez que me había sentido así, besé a Aiden. Bueno, después de pegarle un puñetazo en la cara. Dejé de moverme porque no me gustaba la sensación nerviosa que tenía en el estómago. Miré hacia abajo, esperando ver cómo se movía algo dentro de mí. Me di un golpecito en la tripa, pero lo sentí como si lo hubiese hecho un millón de veces.

—¿Qué haces? —preguntó Seth.

—No lo sé. Siento la tripa muy ligera.

—Eso es la bebida. Te sentirás mucho mejor si te sientas. Voy a cogerte una camiseta, espera un momento.

Levanté la vista y vi a Seth junto al armario, revolviendo los cajones. Me estaba dando la espalda, una posición vulnerable, y parecía estar muy concentrado buscándome una camiseta.

Una nueva idea, aunque algo vieja, me comenzó a reconcomer. Creo que nunca me había movido con tanto cuidado y en tanto silencio. Estaba en modo ninja. Seth no se dio cuenta hasta que ya fue demasiado tarde. Se incorporó y se giró rápidamente, con los ojos bien abiertos.

—Álex, déjame cogerte una camiseta. Estate quieta —se movió hacia la izquierda.

Le seguí, imitando sus movimientos como en los entrenamientos. Dejé de buscar la camiseta y se apartó del armario, de mí. Pero yo fui más rápida. De nuevo puse los brazos alrededor suyo. Luego me vino otra idea mejor.

—¿Me besas? —le pedí.

Capítulo 24

Seth echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Álex, no quieres hacerlo. Es la bebida.

—No es cierto. No me pasa nada. ¿No quieres besarme?

—No tiene nada que ver con lo que *yo* quiera —me agarró los brazos—. No voy a hacerlo estando tú así.

—No estoy borracha —dije indignada.

—Hace cinco minutos estabas bailando como si fueses una ninfa del bosque. Te has quitado la camiseta y ahora estás pegada a mí como una lapa. Así que no me digas que no estás fuera de control.

Mierda. Dicho así, me paré a pensar en lo que estaba haciendo. Me duró unos cinco segundos, igual seis. Pensar estaba sobrevalorado.

—Quieres besarme ahora y te gustó besarme la otra noche.

Seth hizo un sonido gutural con la garganta y me cogió de los brazos, agitándome un poco.

—¿Sabes por qué te sientes así ahora? No tiene nada que ver contigo o conmigo —dijo—. Alguien te ha tendido una trampa, Álex. Querían que te pusieses así con un puro para poder echarte del Covenant y ponerte a servir. ¿No lo pillas? Esta, *esto* no eres tú.

—No. Soy yo, en serio. O es la conexión, pero, ¿qué más da? Quiero que me vuelvas a besar. Me gustas, Seth. No sé muy bien por qué. Eres arrogante y maleducado, pero me gustas. ¿No te gusto yo?

—Álex —dijo mi nombre como si fuese algún tipo de dolor agradable—, estoy intentando ser un buen chico, y tu actitud no ayuda.

—No quiero que seas un buen chico.

Casi se ahoga de la risa.

—Me lo estás poniendo realmente difícil.

Me apoyé más fuerte contra él.

—Eres tú el que lo hace más difícil.

Sus manos volvieron a deslizarse sobre mis brazos, dándome escalofríos. ¿Cómo podía tener a la vez tanto frío y tanto calor?

—Álex.

—Seth.

—Hay muchas cosas que me gustaría hacerte ahora mismo, pero no estaría bien.

Eché la cabeza hacia atrás y le miré a los ojos. Unas débiles marcas de Apollyon comenzaban a surcar su cara.

—¿No quieres besarme? —levanté la mano y le toqué los labios con los dedos—. Sé que quieres. Lo sé.

Seth me agarró más fuerte y cerró los ojos. Le metí una mano por dentro de la camiseta. Cogió aire y trató de echarse hacia atrás, pero yo le seguí... más cerca. Le agarré una pierna con la mía. Para ser normalmente tan ágil, ahora no lo era tanto. Se tumbó, medio de lado medio de espaldas.

Y yo, bueno, estaba justo donde quería. Reí y dirigí mi boca hacia su cuello.

—Bien por mí —murmuré contra su piel.

Seth apartó la cabeza, pero me cogió la cadera con las manos, metiendo los dedos por el borde del pantalón.

—¡Álex! Apártate...

Llevé mi boca hacia la suya. Seth me intentó apartar, pero le tenía bien sujeto y no apartó muy fuerte. Y luego dejó de intentar empujarme para tirar de mí hacia él, llevándome tan cerca suyo que casi me derrito. La compostura y las buenas intenciones se fueron al garete en cuanto mis labios rozaron los suyos. Este beso ya no fue ni suave ni intentaba explorar. Seth tenía los dedos enredados entre mi pelo y, por un momento, me perdí en ese beso, en todas las sensaciones de locura que me provocaba. Luego puso las manos sobre mis hombros, sobre mi espalda, y finalmente sobre el broche de mi sujetador. Sus labios no se apartaron de los míos ni por un segundo, ni siquiera cuando me puso de espaldas.

Todo se puso fuera de control en ese momento. Se quitó la camiseta. Mis vaqueros acabaron en la otra punta de la habitación. Mis dedos encontraron el camino hasta el botón de los suyos, etcétera. A pesar de lo raro que suena, Seth me apartó cuando intenté

acercarle más hacia mí, me levantaba cuando intentaba enrollarme en él. Y aunque mi cuerpo ardía y me pedía más, me lo ordenaba, una vocecilla en el fondo de mi cabeza me hacía preguntas que no quería responder. Me decía que esto *no era* real. ¿Lo era? Ya no tenía ni idea. Sabía que tenía que preocuparme por ello, pero no lo hice. Todo se basaba solamente en lo que sentía.

Los labios de Seth se movían por mi piel. Me cogió la cara con sus manos antes de volver hacia abajo, seguidas por las mías, repitiendo todos sus movimientos hasta que mis dedos dejaron de cosquillearme y empecé a no sentirlos.

Seth volvió a apartarse. Le costaba respirar mientras sus dedos trazaban la curvatura de mi cuello.

—No debería estar haciendo esto. No estando tú así, pero no puedo evitarlo. Esto dice muy poco de mí.

Sus palabras liaron aún más mi mente ya confusa, pero volvió a besarme. Era una beso de esos profundos e impactantes, de esos con los que tenía poca experiencia. Únicamente me habían besado una vez así.

Aiden.

Oh, *mi Aiden*. Mi corazón y todo el aire que respiraba pertenecía a Aiden. Pero su nombre había desaparecido ante el contacto con Seth. Me moví inquieta, intentando estar más cerca, y aunque creía que me había movido, no lo había hecho. Lo intenté de nuevo pero mi cuerpo no respondía.

—Deberíamos parar ahora —susurró Seth contra mis labios a pesar de haberme puesto una mano sobre la cadera y haberme acercado más hacia él.

Más cerca. ¿No era eso lo que había querido yo todo el rato? ¿Acaso ya no lo quería? Pero es que no podía acercarme más. Las manos se me soltaron de su espalda y los brazos cayeron como muertos a mis lados.

Seth levantó la cabeza y dos ojos brillantes, casi resplandecientes llenaron mi campo de visión. Estaban neblinosos, como cegados por la pasión. Creo que arrugó la frente, pero veía su cara borrosa.

—¿Álex? ¿Qué...? Oh, mierda.

La preocupación tomo el lugar de la lujuria, la pasión, o lo que fuera que sentía. Se sentó para ponerme contra su regazo, mientras los pantalones se le resbalaban por las caderas.

—Álex, ¿estás ahí? —me apartó el pelo de la cara.

—Estoy... muy cansada. Lo siento...

Sonrió, pero sonó falso.

—Lo sé. No pasa nada.

Tirité, pero no podía abrazarme a mí misma. ¿Dónde había ido a parar todo el calor?

Seth me pasó el otro brazo por encima y se levantó, llevándome auestas como si tuviese mucha experiencia en llevar así a las chicas. A juzgar por sus acciones recientes, creo que la tenía. Me puso en la cama y se inclinó sobre mí.

—¿Sigues ahí?

Parpadeé despacio. Su cara iba y venía.

—Tengo... sueño.

—Vale —Seth se echó hacia adelante y me dio un beso en la frente. Cerré los ojos con fuerza, y cuando se fue, tenía un nudo en el estómago.

Unos segundos después, volvió a mi lado y me ayudó a ponerme una camiseta que me llegaba hasta las rodillas. A partir de ahí todo es un tanto confuso. Tenía todo el cuerpo medio dormido, y llegué a pensar que había perdido las extremidades. No me podía mover, no podía decir más que unas pocas palabras a la vez, así que me quedé ahí tumbada intentando entender qué le estaba pasando a mi cuerpo.

La lujuria y todas esas sensaciones calientes desaparecieron. El adormecimiento también, y en su lugar me quedó una mala sensación en la boca del estómago. Volví a cerrar los ojos con fuerza e intenté respirar a pesar de las ganas de vomitar. No sirvió de nada. Me dieron unas fuertes sacudidas. Oh, dioses, esto era bueno. Iba a vomitar. Podía sentirlo, incluso el sabor, y no podía moverme. Un leve quejido salió de mis labios.

La cama se hundió a mi lado y una mano cálida me acarició la mejilla.

—¿Estás bien?

—Vomitara —dije a duras penas.

Seth me levantó en medio segundo y me llevó al baño. La parte de mi cerebro que aún seguía funcionando, se dio cuenta de que su baño era más grande que toda mi habitación, y mucho más bonito. No era para nada justo. Pero en ese mismo momento dejé de pensar. En cuanto me sostuve sobre el váter, empecé a soltarlo todo. Una vez empecé no pude parar.

La verdad es que no sé cuánto tiempo estuve ahí ni cómo narices Seth tuvo estómago para estar ahí todo el rato, sujetándome y apartándome el pelo de la cara. Y no pude parar hasta que todo me empezó a doler y los ojos me lloraban.

—¿Mejor? —Seth me arregló el pelo mojado que me caía por la frente.

—Quiero morir —gimoteé lastimosa—. Creo que... me estoy muriendo.

—No, no te estás muriendo —Seth negó con la cabeza—. Un poco de agua te irá bien. Tú quédate aquí así —intentó dejarme recta, pero me resbalé hasta el suelo—, bueno, o quédate tumbada, también sirve.

Apoyé la frente contra las baldosas frías. Sentaba bien para el calor, pero la cabeza me dolía de una forma increíble. Gemí y me abracé, haciéndome un ovillo.

Seth maldijo entre dientes. Lo sentí ponerse de pie y volver a la habitación. Deseaba que me dejase ahí. No quería volver a moverme nunca más. Podría pudrirme aquí mismo, siempre y cuando el dolor de cabeza pasase y la habitación dejase de dar vueltas.

Pero volvió unos segundos después y me obligó a sentarme. A duras penas me hizo beber una botella de agua entera a pesar de lo que luché, apartándole a manotazos como una docena de veces. Cuando Seth estaba a mitad de hacerme beber una segunda botella, alguien llamó a la puerta. Oímos cómo se abría.

Seth volvió a maldecir, puso la botella en el suelo y volvió a tumbarme sobre el suelo. Ah, el suelo frío era mi amigo, ¿amigo? Echaba de menos a Caleb. Lo echaba mucho de menos.

—¿Dónde está? ¿Seth? —oí la voz firme de Aiden desde el cuarto.

—Mierda —murmuró Seth poniéndose de pie—. Ya está mejor —dijo—, solamente necesita quedarse cinco minutos más contra el suelo.

Tuve ganas de pegarle.

Seth salió del baño y en la otra habitación se hizo el silencio y el aire se hizo más denso de la tensión acumulada. Mi mente me dejó imaginar que debía estar pensando Aiden sobre cómo estaba la habitación. Y sobre Seth sin camiseta y los pantalones desabrochados. Porque claro, *seguro* que Seth se había tomado cinco segundos para abrochárselos.

Escuché a Seth suspirar.

—Mira, sé que esto no pinta bien. Pero no es lo que crees.

—¿No es lo que parece? —Aiden gruñó, y la verdad es que nunca había escuchado su voz así, dura y monótona pero con un ligero temblor que prometía violencia—. ¿En serio? Porque creo que *esto* es de Álex.

Me encogí deseando hundirme en el suelo y desaparecer. En mi delicado estómago comenzaba a formarse un nudo de confusión y malestar. En ese momento Aiden se asomó por la puerta del baño y supe que debía estar fatal. El pelo húmedo pegado a la piel; la habitación oliendo a vómito, y yo con la camiseta de Seth puesta y poco más.

—Aiden —dije sin fuerzas—, no es...

—Seth, confíe en ti —la voz de Aiden era puro acero.

—Mira, ya lo sé. No ha sido...

De la otra habitación me llegó un ruido de un puñetazo contra alguien. Un cuerpo acabó estampado contra algo, ¿un armario? Algo pesado cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Me vino a la mente la preciosa televisión. Ambos no dejaban de insultarse.

Me levanté del suelo del baño, poniéndome en pie con las piernas temblorosas. Las paredes blancas y el espejo dorado se movieron en círculos durante unos momentos. Luchando contra el mareo, salí del baño como pude hasta el medio de una enorme pelea entre un Centinela muy bien entrenado y el Apollyon.

—Chicos, venga... estáis siendo estúpidos —me balanceé hacia la izquierda. Me caían sudores fríos por la frente.

O no me escucharon o no me hicieron caso. Aiden, que parecía increíblemente ileso, acorraló a Seth por la habitación. Embistió a Seth y lo tiró. Rodaron por el suelo mientras se pegaban puñetazos.

—¡Aiden! ¡Para! —fui dando tumbos hacia ellos, con el estómago del revés— ¡Seth, no le ahogues!

Seth logró situarse encima, poniendo a Aiden con la espalda contra el suelo. Echó un brazo hacia atrás. Una luz azul comenzó a brillar alrededor de su puño. *Akasha*. Me entró el miedo, aunque no era lo mejor que podía hacer teniendo en cuenta que mis reflejos y mi capacidad de andar no eran los mejores. Fui hacia ellos tambaleándome, para intentar apartar a Seth de Aiden, y luego apalearlos a los dos.

Cogí a Seth de la cintura en el mismo momento en que Aiden le lanzaba un puñetazo al estómago. Cuando Seth cayó de espaldas, yo hice lo mismo. Primero caí con el hombro sobre la esquina de la cama, y luego me cayó todo el peso de Seth encima. Volví a caer contra el suelo por segunda vez en la noche.

Aiden se puso de pie y agarró a Seth, echándolo a un lado. Yo me giré y ahí estaba mi sujetador, en el suelo, riéndose de mí. Cerré los ojos, muerta de vergüenza.

—¿Pero qué demonios? —exclamó otra voz. Una voz clara y diferente, que sabía que tenía que ser de Leon—. ¿Habéis perdido la maldita razón?

Seth se puso de rodillas y se pasó la mano por el labio, que le estaba sangrando.

—Oh, si solo estamos haciendo lucha libre.

Aiden le lanzó una mirada de odio y se arrodilló.

—Álex, ¿estás bien? —Me puso las manos bajo los brazos y me ayudó a ponerme en pie—. Di algo.

Traté de mirar a través del pelo que me caía por la cara.

—Estoy... genial.

Aiden me apartó el pelo de la cara.

—Lo siento. No tenía que haber...

—Aiden, sé que estás enfadado...

—¿Enfadado? Te has aprovechado de ella, Seth —Aiden se

puso de pie—. Hijo de...

—¡Parad ya! —ordenó Leon—. Vais a hacer que vengan todos los guardias del edificio. Seth, sal de aquí ahora mismo.

—Esta es *mi* habitación —protestó Seth poniéndose de pie—. Y si este capullo me hubiese dejado cinco...

Aiden gruñó.

—Te voy a matar.

—Oh, así que *esas tenemos* —Seth se giró, con los ojos ardiendo—. A ver cómo lo intentas.

Me tambaleé hacia Aiden. La habitación se movía en todas las direcciones, pero lo ignoré.

—No. Por favor. Seth no tiene... guau —de repente la pared empezó a dar vueltas.

—¿Álex? —dijo Aiden, pero sonaba muy lejos. Extraño, ya que estaba justo a mi lado. Intenté llegar a él, pero creo que caí redonda.



Al despertar me encontraba fatal, y eso que aún no había abierto los ojos. Tenía una batería tocando dentro de la cabeza y la boca seca como un desierto. Gruñí e intenté darme la vuelta, pero no podía moverme. Algo me lo impedía. Despacio, abrí los ojos como pude y miré.

Tenía un brazo musculoso sobre la cintura, y no era el mío.

Todo era un tanto extraño.

Giré la cabeza hacia un lado, parpadeé una vez, y luego otra. No podía ser él... Unas ondas oscuras le caían sobre la frente y la mejilla. Tenía la perfecta cara de Aiden a escasos centímetros de la mía, pero era como una versión más joven. Descansando, parecía vulnerable, tranquilo. Los dedos me pedían trazar la línea de su mandíbula, tocarle los labios entreabiertos y ver si era real. Tenía que ser un sueño, algo producto de mi imaginación, porque no podía ser cierto que estuviese aquí.

—Deja de mirarme —Aiden me habló con voz de dormido.

Me aparté un poco. Vale, igual no era un sueño.

—No lo estaba haciendo.

Abrió uno de sus ojos grises.

—Sí.

Acepté que era real y miré a mi alrededor. Seguíamos en la habitación de Seth.

—¿Dónde está Seth?

—No lo sé. Se fue hace horas —Aiden se dio cuenta de que tenía su brazo sobre mí. Puso cara de confundido, apartó el brazo y se levantó—. Me senté un rato a tu lado y supongo que me he debido de quedar dormido. ¿Cómo te encuentras?

Al principio todo era un poco borroso, pero luego, poco a poco, los recuerdos fueron formándose en mi mente: Laadan dándome esa bebida súper sexual, Aiden obligándome a ir con Seth, y luego... todo lo que pasó con Seth.

—Oh. Dioses —gimoteé—. Quiero morir. Ahora.

Aiden se puso a mi lado.

—Álex, no pasa nada.

Me cubrí la cara con las manos. Al hablar, lo hice con la voz apagada.

—No, sí que pasa. Voy a matar a alguien.

—Creo que vas a tener que ponerte a la cola.

—¿Habéis encontrado a Laadan? —pregunté—. ¿Está bien?

—Sí, la encontré en su habitación justo antes de... de venir a verte. Está bien, pero no recuerda nada. Es lo mismo que pasó la noche que Leon te encontró en el laberinto. Han tenido que usar una compulsión muy fuerte para hacer que se olviden las cosas. Y nunca se había visto que lo usasen contra otro puro.

Farfullé algo incoherente sobre mis manos. Me di cuenta demasiado tarde, pero Aiden había pasado la noche conmigo, en una cama. Y yo había estado inconsciente. Dioses, era una absoluta mierda, aunque no era tan malo como si alguien lo hubiese descubierto.

—¿Por qué te has quedado? ¿Y si alguien...

—Solo saben lo que ha pasado Seth y Leon. Y Laadan. Nadie más sabe que estamos aquí —me apartó las manos—. No iba a dejarte sola. Aún te quedaba droga en el cuerpo y no iba a arriesgar-

me a que te pasase nada. Volviste a vomitar en medio de la noche ¿No te acuerdas?

—No —susurré, tratando de ignorar el confort que me daban sus palabras—, no me acuerdo.

—Seguramente sea mejor así, fue bastante horrible.

—Genial —murmuré.

Sonrió un poco.

—También... has hablado mucho.

—Esto cada vez se pone mejor. ¿Qué he dicho?

—Me dijiste que te querías casar con la cama de Seth, y luego me dijiste que te casarías conmigo si te lo pidiera. Después, empezaste a...

—Ya basta —gruñí, deseando meterme bajo las sábanas.

Aiden rió.

—La verdad es que fue muy adorable.

Más avergonzada que nunca, me costaba mirar a Aiden. No se le veían signos de que hubiese peleado con Seth. Igual me lo había imaginado.

—Seth y tú... ¿os peleasteis?

Levantó una ceja.

—Oh, sí.

—Oh, dioses, Aiden, no fue culpa de Seth.

—Lo siento —dijo—, siento que hayas tenido que pasar por todo esto. No tienes que avergonzarte de nada. Tú no has hecho nada malo. Él sí.

—No te disculpes. Por favor. Nada de esto es culpa tuya —respiré hondo—. Y tampoco de Seth. Aiden, él lo intentó. En serio, lo hizo, pero yo... —no podía creer que fuese a decirle todo esto—. Yo no dejaba de forzarle. No podía parar, pero sabía lo que estaba haciendo. Simplemente no podía evitarlo.

—No importa, Álex. Seth debería haberse contenido. Él sabía que eras vulnerable, que no importaba con *quién* estuvieses —hizo una pausa y tomó aire—. Álex, mírame.

Levanté la cabeza despacio. Esperaba ver algún tipo de opinión en su mirada gris, o decepción, pero lo único que vi fue comprensión infinita, lo que hizo que la maraña de sentimientos encontra-

dos se hiciera aún mayor. Cerró los ojos por un momento. Cuando los volvió a abrir, brillaban de un color plateado poco normal.

—¿Él... vosotros...?

—No. No... hicimos nada. Él paró —supuse que era mejor omitir la razón real por la que paró.

Nos quedamos en silencio un rato. Mi mente no dejaba de repasar todo lo que había ocurrido esa noche y lo que implicaba. Alguien había querido joderme bien. Y llegar hasta ese extremo, solo la idea me ponía enferma. ¿Y si Aiden y Seth no me hubiesen visto?

—¿Crees que alguien estaba esperándome? —tragué el sabor a bilis que me empezaba a subir por la garganta y me estremecí—. ¿Esperando pillarme con un pura sangre?

Aiden me miró directamente.

—Sí.

Me costaba hacerme a la idea de que alguien hubiese intentado eso. Volví a estremecerme. Aiden me tapó con la manta, pero me levanté, estropeando su trabajo.

—¿Vuelves a tener ganas de vomitar? —se movió como para sacarme de la cama.

No estaba segura. Las paredes parecían juntarse a mi alrededor, pero no era efecto de la poción.

—Creo que me estoy volviendo loca.

Aiden no contestó, porque ¿qué iba a decir?

Mi mente no paraba. Había tantas cosas que podría hacer con el poder que iba a recibir. En el Consejo aprendí algo, tengo que poder hacer algo para cambiar la vida de los mestizos. Seth tenía razón; podríamos hacer algo si lograba llegar a los dieciocho sin que me pusiesen a servir. Si me daban el elixir, que era algo que acaban de intentar esta noche, esperando pillarme con un pura sangre, nunca Despertaría. Perdería esta oportunidad tan enorme, la mejor que haya tenido nunca.

Y alguien había intentado arrebatármelo al menos tres veces en las últimas semanas: ¿la compulsión, la sesión del Consejo y ahora esto? Telly me había advertido que si la liaba una vez más, me quedaría en Nueva York.

Dormir con un puro, voluntariamente o no, lo habrían consi-

derado como liada.

—Álex, ¿estás bien?

Le miré. No supe lo que vi en sus ojos. Ya no podía saberlo.

—¿Crees que quien lo hizo fue Telly?

Aiden parpadeó.

—¿El Patriarca Telly? No lo sé, Álex. Puede ser muchas cosas, ¿pero hacer esto? ¿Y por qué?

—No le gusto.

—Que no le gustes es una cosa, pero ¿destruirte? Para eso tiene que ser algo más que no gustarle. Tiene que haber una razón.

Aiden tenía razón.

—Entonces tengo que saber por qué.

—Encontraremos el porqué.

Asentí.

—Ahora solamente... solamente quiero irme de aquí. Quiero volver a casa.

Se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía, haciéndome soltar la manta que estaba agarrando con fuerza.

—Hay una sesión casi a la noche, y justo después nos iremos.

Lógicamente, eso no me alivió demasiado. Lo peor de todo esto era que ya no sabía de quién aceptar bebidas...y entonces me vino a la cabeza. Empecé a reír.

Aiden frunció el ceño preocupado.

—¿Álex?

Moví la cabeza.

—Estoy bien. Ese maldito oráculo tenía razón. Me lo advirtió, ¿sabes? Me dijo que no aceptase regalos de aquellos que quieren hacerme daño —volví a reír—. Por supuesto olvidó decirme que era un regalo de segunda mano que me iba a dar alguien que no quería hacerme daño. Dioses, si esa mujer siguiese viva le daría una leche. En serio.

Sus labios formaron una sonrisa tensa y su mano agarró la mía con más fuerza. Un antiguo dolor que ya conocía despertó en mí al ver su sonrisa, haciéndome apartar la mirada. Tragué saliva ante el deseo de saltar en sus brazos.

—¿Sabes dónde está Seth?

—No. Se fue cuando se dio cuenta de que no me iba a ir. Tiene que estar por aquí en algún lado.

Me pasó una mano por la cara. Me sorprendió que me hubiese dejado con Aiden, pero me alegraba que lo hubiese hecho. Porque eso me dio algo de tiempo con Aiden, en la cama. Aunque no tenía sentido.

—Tengo que encontrarle.

Aiden me soltó la mano.

—No te preocupes por él. Además, no quiero que vayas por ahí corriendo a buscarle. Este sitio ya no es seguro.

—Ya sé que no lo es, pero tengo que verle. No lo entiendes. Las cosas...

—¿Las cosas qué, Álex?

Me giré hacia él. Tenía la frente arrugada y los ojos de un gris oscuro.

—No lo sé. Las cosas son distintas con él —era todo lo que podía decir.

Aiden me miró un momento y luego se puso recto.

—¿Estáis... saliendo?

Me puse roja y de todos los colores.

Sus ojos se pusieron plateados durante un nanosegundo.

—Pensaba que estabas en contra de todo eso del *destino*.

—¡Y lo estoy! Pero... no sé. Las cosas han cambiado y... ha estado a mi lado —acabé de la peor forma.

Un músculo se tensó por toda su mandíbula.

—Y yo no. ¿Entonces has decidido quedarte con Seth?

Le miré con la boca abierta, pero entonces me salió el genio.

—No, tú no has estado. Pero no es eso por lo que me quedo con Seth.

—¿Es serio? —se levantó de la cama. De pie, se pasó la mano por el pelo—. Me cuesta creerlo, porque hace unos pocos días me dijiste que lo odiabas.

Me puse roja, en parte tenía razón y eso me sacaba de mis casillas.

—¿Qué más te da, Aiden? No puedes quererme, y no lo haces. E incluso tú dijiste que Seth se preocupaba por mí. ¿O eso no es

más que una de esas patéticas frases del estilo de «*no te quiero pero no quiero que estés con nadie más*»? Porque eso no está bien.

Dejó caer la mano.

—No tiene nada que ver con eso, Álex. Solamente no te quiero ver metida en algo... así de importante por las razones equivocadas.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Ardían y era lo que más se le veía en la cara.

—Tú me dijiste que no podíamos estar juntos, y lo sé. Sé que no podemos, pero...

Aiden se inclinó rápidamente, poniendo su cara a centímetros de la mía.

—Pero eso no quiere decir que tengas que conformarte con Seth, Álex.

Arrugué la manta entre mis manos.

—¡No me conformo con Seth!

Levantó una ceja durante medio segundo y me aguantó la mirada.

Luego caí, y el corazón se me aceleró.

—Esto no tiene que ver con Seth. ¡Tiene que ver contigo! ¡No quieres que esté con él ni con nadie! ¡Porque te sigues preocupando por mí!

Aiden dio un paso atrás y movió la cabeza.

—Claro que me preocupo por ti.

Respiré profundamente, intentando calmar mi corazón.

—Dímelo... dime que sientes lo mismo que yo siento por ti, porque si lo haces... —no podía lograr decirlo. Si me decía que sentía lo mismo, que me quería, entonces a tomar viento todo. Al demonio con todo, porque no iba, no podía ignorarlo. No importa lo mal que estuviese, lo decidida que estuve a dejarlo escapar, y no importaba lo peligroso que fuese para los dos. No podía hacerlo.

Aiden respiró fuerte.

—No lo voy a hacer.

—¿O es que no puedes?

Volvió a mover la cabeza, con los ojos cerrados. Hizo una mueca y me miró con cara triste.

—Es que no lo siento.

Solté el aire de golpe, deseando hacerme un ovillo y llorar. Pero no lo hice. Me lo había buscado yo solita.

—Vale.

—Álex, quiero...

—No. No quiero escuchar nada más —me levanté de la cama—. Lo que tenga con Seth no es de tu... —un mareo repentino me hizo tambalearme. Me agaché y me agarré al borde de la cama.

—¿Álex? —Aiden dio la vuelta a la cama para venir a ayudarme.

—¡No! —levanté la mano—. No hagas como que te importa. Eso te hace aún más cabrón.

Aiden se paró, abriendo y cerrando las manos.

—Tienes razón.

La habitación se estabilizó y me sentí segura para volver a moverme. Ignoré a Aiden y la necesidad que sentí de llorar como un bebé y empecé la vergonzosa búsqueda de mi ropa. Recogí los vaqueros y la sudadera y me los puse bajo el brazo. Aún no había encontrado algo muy importante y vergonzoso. Miré por todo el suelo desesperada.

—Creo que esto es tuyo.

Maldije entre dientes y me giré. Aiden sujetaba algo negro, pequeño y endeble con los dedos.

Me puse roja. Se lo quité de la mano.

—Gracias.

Aiden no sonrió.

—De nada.

Capítulo 25

Lentamente y aún un poco mareada comencé a arreglarme. Parte de mí quería hundirse entre las sábanas, otra parte quería estrangular a Aiden, y aún tenía que encontrar a Seth.

También tenía que lidiar con el hecho de que alguien no quería que llegase a los dieciocho. Dejé a un lado la maraña de emociones para afrontarla otro día, que seguro sería muy pronto, y abrí la puerta. Aiden estaba ahí, esperando. Estaba ahí porque obviamente no podía ir a ninguna parte sola, pero seguía queriendo darle un puñetazo en la cara.

El trayecto de las escaleras fue bastante incómodo.

Unos cuantos Guardias que habían estado presentes en la sesión del Consejo agacharon la cabeza en señal de respeto cuando pasé a su lado. Era una mejora sustancial, antes era ignorada. Aiden me dejó al llegar a las mesas. Supongo que pensó que estaba a salvo mientras me tuviese a la vista.

Miré el plato de croissants y bollitos recién hechos, pero tenía un nudo en la garganta. Creo que no iba a poder comer nunca más. Cogí una botella de agua y me moví hacia donde estaba Aiden sentado, al lado de Marcus. Marcus no levantó la vista de su periódico cuando me senté a su lado.

Podía sentir los ojos de Aiden sobre mí y me entraron ganas de darme un cabezazo contra la mesa. En vez de eso, me giré y miré hacia la cafetería. Hice como que estaba interesada en la pared hasta que vi a los dos sirvientes que estaban al lado.

Era *él*, el de los ojos claros que vi el primer día e intenté hablarle en las escaleras. Se inclinó hacia el otro mestizo. Me pregunté cómo los puros y los Maestros no veían lo despierto que estaba este Ojos Marrones.

Ojos Marrones debió sentir que lo estaba mirando, porque se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos. No era una mirada hostil, quizá era un poco curiosa. Rápidamente se giró hacia el otro sirviente. No sé por qué les estuve mirando tanto rato. A lo mejor

era por lo breve que parecía su conversación. Los sirvientes mestizos casi nunca discutían, ni entre ellos. Solían estar demasiado medicados como para poder llevar una conversación decente, pero estos dos eran distintos.

—¿Dónde estuviste anoche, Alexandria? Esta mañana no estabas en tu cama.

La pregunta de Marcus me devolvió al mundo real. Le dije lo único que sabía que no cuestionaría y que era cierto, en parte.

—Estuve con Seth. Estuvimos hablando y me quedé dormida.

—¿En serio? —señaló con cabeza hacia las puertas dobles que llevaban al patio. Seth estaba ahí, dándonos la espalda—. ¿Así que eres tú la que le puso el ojo morado?

—Eh... —ya me había puesto de pie—, os veo en un rato.

Marcus hizo un ruido que sonó como a risita y volvió a leer el periódico. Me preció un tanto alarmante que la idea de la violencia doméstica le pareciese graciosa.

Tomé aire, acorté por las mesas y seguí a Seth fuera, sin atreverme a mirar atrás para ver la cara de Aiden. Seth no se giró, pero sé que me sintió. Sus hombros se tensaron cuando se apoyó contra una de las columnas de mármol. El aire frío me dio un escalofrío y me pregunté por qué no me habría cogido una chaqueta. Me puse a su lado y miré hacia el horizonte. Los enormes muros que rodeaban este sitio sobresalían por encima de la copa de los árboles. Esperaba que él dijese algo primero, pero pasaba el tiempo y Seth seguía en silencio. No iba a ponérmelo fácil.

—Hey —dije sintiéndome estúpida.

—Hey.

Puse los ojos en blanco y me coloqué frente a él. Seth bajó la mirada con frialdad. Desde cerca, el cerco morado y azul alrededor de su ojo izquierdo parecía horrible.

—¿Duele?

—¿No crees que es una pregunta un tanto estúpida?

—¿Quieres otro ojo morado? —solté.

Levantó una ceja.

—Creo que me prefiero tu versión borracha. Es mucho más maja.

Di un paso atrás.

—¿Sabes qué? Olvídalo.

Seth me agarró el brazo.

—¿De qué quieres hablar? ¿De lo enfadada que estás conmigo?

—No —le miré sorprendida—, no iba a decir nada de eso.

Algo de la frialdad de su expresión se fue desvaneciendo, pero seguía mirándome con cautela.

—¿Entonces para qué quieres hablar conmigo?

—Quería hablar... de anoche —sentí cómo me ponía roja—, no fue tu culpa.

Levantó las cejas.

—¿No fue mi culpa?

—No —miré por encima de su hombro y vi al Guardia pura sangre del Consejo que eliminó a Héctor. Estaba al lado de la puerta de cristal que llevaba al patio, haciendo como que no nos miraba—. ¿Podemos ir a algún sitio privado?

Seth miró hacia atrás.

—Vamos.

Acabamos metidos en medio del laberinto. Estar ahí me dejó un mal sabor de boca, pero la verdad es que no había ningún otro sitio donde hablar en privado. Seth se apoyó en la pared de piedra y cruzó los brazos.

—Hablemos.

Tragué saliva, incómoda. Esto iba a ser muy raro.

—Quería disculparme por... bueno, por todo lo que pasó anoche.

—¿Te estás disculpando? —parecía sorprendido.

Cambié el peso al otro pie y asentí.

—Sé que intentaste que me sentara y no hiciese lo que yo quería hacer. Intentaste...

—Pero no lo *intenté* lo suficiente, Álex —se apartó de la pared—. Aiden tiene razón, dioses, no puedo creer que esté diciendo esto, pero tiene razón. Yo sabía que no eras tú, así que tenía que haberte parado.

Le seguí con la mirada. Arrancó una rosa de un arbusto que

estaba al lado de una estatua sin brazos de una mujer vestida con una toga.

—Paraste, Seth.

Me miró sin muchas ganas.

—Los dos sabemos por qué paré. No fui muy caballeroso.

No me lo creí, no del todo.

—Seth, tú no eres el malo de esta película. Tú también estabas como drogado, por culpa de nuestra conexión. Y luego cuidaste de mí.

Se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Me sujetaste el pelo mientras vomitaba. No tenías por qué hacerlo. Podrías haberme dejado en el baño. Eso significa bastante.

—También fue asqueroso. Para que lo sepas —Seth se giró sin mirarme a mí, sino a la rosa que llevaba en la mano.

Empecé a irritarme.

—¿Por qué actúas así? ¡Estoy intentando decirte que lo de anoche no fue tu culpa y tú te comportas como un gilipollas!

De su mano salió un fuego azul directo hacia la rosa. Soltó un humillo azul antes de desaparecer en la nada.

Aparté los ojos de su mano y traté de tener paciencia. ¿Todas las conversaciones de hoy iban a acabar en una discusión?

Movió los ojos y me miró.

—Parece que te cuidaron bien cuando me fui. ¿Estabas emocionada porque Aiden se quedara contigo? Seguro que sí.

Me sentí herida y confusa.

—No quiero discutir contigo.

Esta vez las llamas azules comenzaron a consumir la rosa mucho más despacio. Chispas azules saltaban por el aire.

—Entonces deberías dejar de hablar conmigo.

Di un paso atrás.

—¿Por qué estás siendo tan desagradabiloso?

Seth pestañeó y el fuego azul se evaporó, dejando la rosa entera.

—Creo que desagradabiloso no es una palabra real, Álex.

Esconderme bajo las sábanas todo el día comenzaba a ser una opción cada vez mejor.

—Muy bien, vale, ha sido divertido. Nos vemos.

Entonces Seth se movió. Me volvió a coger el brazo. La rosa le colgaba de la otra mano.

—Lo siento.

Le miré con los ojos como platos. Seth nunca se disculpaba. Jamás.

Y ocurrió lo imposible. La máscara que llevaba siempre puesta se le cayó. De repente parecía muy joven e inseguro.

—Esta mañana te he sentido. Estabas avergonzada y disgustada, y luego muy enfadada. Siento haberte hecho pasar por todo eso. Tenía que... haberme controlado.

Me costó un poco asimilar de que estaba hablando.

—No tenía nada que ver contigo, Seth.

—¿Por qué intentas hacerme sentir mejor?

—Seth, me da vergüenza. Estuve bailando por tu habitación y te acosé. Así que sí, todo esto me avergüenza un poco. ¿Pero todo lo demás que percibiste? Era por Aiden.

—¿Acaso no es siempre todo por Aiden? —me soltó el brazo y se apartó—. ¿Te ha confesado finalmente su infinito amor por ti?

Reí entrecortadamente.

—No del todo.

Seth me dio la espalda.

—Me cuesta un poco creerlo.

—Se quedó conmigo porque se quedó dormido.

Bajó la cabeza y yo me pregunté qué estaría haciendo.

—¿Y tú te lo has creído?

Intenté aguantar las lágrimas. Esta mañana lo habría arriesgado todo si Aiden hubiese dicho que me quería, pero no lo hizo.

—¿Acaso importa?

Se giró, estudiándome como si intentase averiguar algo.

—No lo sé. ¿Importa?

Una brisa repentina levantó las hojas del suelo y me puso el pelo en la cara. Me lo aparté pero volvió a ponerse donde antes.

—Seth, la otra noche me pediste que eligiera. Y lo hice.

Seth miró a la rosa antes de mirarme a través de sus tupidas pestañas.

—¿Y aún hoy sigues manteniendo esa elección?

Era una buena pregunta. ¿Cómo podía ser así si hace una hora lo habría dado todo por Aiden si me hubiese dicho que me quería? Pero no lo había hecho. Aparté la mirada de nuevo, preguntándome qué estaba haciendo. ¿Era justo para Seth? Porque Aiden tenía razón, me estaba conformando con él. Pero Seth no había dicho que sintiese nada fuerte por mí. Ni siquiera me había pedido que fuese su novia. Lo que él *había* sugerido era ver lo que pasaba entre nosotros, sin etiquetas y sin expectativas. Y si he de ser sincera, Seth me importaba. Mucho.

Me mordí el labio.

—Te elijo a ti. ¿Aún te sigue importando?

Rió de repente y luego se quedó en silencio. Podía ver cómo intentaba volver a ponerse la máscara, pero no podía. Nunca le había visto tan vulnerable. Intenté darle un poco de espacio, así que me fui hasta la pared y le miré.

—Sí, claro que me importa.

Algo se movió en mi interior.

—Vale, y entonces... um, ¿dónde nos deja esto?

En silencio, me dio la rosa. Me dio una pequeña sacudida en los dedos. El tallo era cálido al tacto y un débil destello azul seguía pegado a la flor, haciendo que los pétalos tuviesen una tonalidad violácea. Sin avisar, me levantó y me puso sobre la pared. Me puso las manos al lado de las piernas.

—Álex.

Miré alrededor, moviendo las piernas.

—¿Seth?

—Bueno, todo esto es un poco raro.

—Sí, sobre todo ahora mismo.

—Pues está a punto de volverse aún más raro. Prepárate.

—Genial —con una mano me puse a girar la rosa y con la otra me daba golpecitos en la pierna—. Lo estoy deseando.

Seth sonrió.

—Sé que estás desconcertada.

Entrecerré los ojos.

—¿Lo estás haciendo? Estás leyéndome, ¿verdad? ¿Cómo narices lo haces?

Me sorprendió que contestase.

—Simplemente abro mi mente, capto la conexión. Es como una señal de radio de dos sentidos. Tus sentimientos me vienen en oleadas, a veces muy fuertes. Otras veces, es únicamente una punzada al final de mi mente. Seguramente ahora podrías hacerlo si lo intentases.

—¿Va a ser siempre así? Cuando Despierte, ¿estaré constantemente sintiéndote y viceversa?

—Podrías proteger tus emociones.

Me incliné hacia delante.

—¿Cómo lo hago?

Seth rió suavemente.

—Podría enseñarte, trabajarlo en tus entrenamientos si quieres.

—¿Podemos empezar ahora?

En su cara apareció una pequeña sonrisa y agachó la cabeza.

—No es lo que quiero hacer ahora.

Algunas partes de mi cuerpo comenzaron a cosquillear, unas más que otras.

—Seth...

Seth me besó. No con besos profundos como los de la otra noche. Sus labios eran dulces y suaves. Con su mano me acariciaba la mejilla, luego la nuca, y después la pasó entre mi pelo. Cerré los ojos, empapándome de la calidez de sus labios. Durante un momento, no pensé en *nada*. Y eso era lo que más me gustaba de los besos de Seth. No pensaba ni quería nada. En sus brazos, con sus labios besando los míos, su presencia eclipsaba el dolor, haciendo que amainase.

De repente el cosquilleo comenzó a aumentar por todo mi cuerpo, como pequeñas chispas bailando sobre mi piel. Me picaba la palma de la mano, me ardía. Solté un gemido ahogado cuando su boca pasó a mi garganta, donde mi pulso había pasado de estar tranquilo a ir a mil por hora.

Dejó ahí sus labios, tomó aire y se apartó, poniendo sus dedos sobre mis mejillas.

—Interesante.

—Sí... ha sido diferente —dije sin aliento.

Rió.

—No me refería al beso. No me malinterpretes, también ha sido interesante, pero mira.

—¿Eh? —seguí su mirada y di un gritito. La rosa que tenía en la mano estaba ardiendo de nuevo. Unas llamas azules recorrían el tallo, rodeando los frágiles pétalos y haciéndolos arder hasta convertirlos en delgadas briznas azules. La rosa se estremeció y se colapsó sobre sí misma, dejando un fino polvo azul sobre mis manos.

—Akasha —dijo Seth en voz baja.

—Vale —solté un suspiro, relajándome por primera vez en muchos días, incluso semanas—, vale. No sé qué significa, pero vale.

Subió sobre el muro a mi lado. No sentamos un buen rato, con las piernas colgando por encima del suelo.

—¿Qué quieres hacer? Nos quedan unas cuantas horas hasta que te vayas.

—¿Tú no te vas después de la sesión?

—No. Lucian quiere partir por la mañana, así que me quedo aquí una noche más.

Mierda. Otro viaje de once horas con Aiden.

Seth me dio un toque en el hombro.

—¿Qué pasa?

—Esperaba que pudieses convencer a Lucian para dejarme volar contigo de vuelta.

Pareció sorprendido.

—Odias volar. Te da un miedo de muerte, flojucha. Pero no puedes quedarte aquí otra noche. Tienes que irte hoy con Aiden.

—Y Leon.

—Sí —suspiró, dando pataditas a la pared—. ¿Quieres ir a nadar?

Reí.

—No.

—Mierda. Esperaba que volvieses a picar.

Me quedé mirando hacia el camino cubierto de musgo, mientras daba pataditas en la pared con los talones.

—¿Seth?

—Dime.

—¿Quién crees que fue el responsable de darme esa bebida?

Su expresión se endureció.

—No creo que fuese decisión del Consejo.

—¿Y si no fue el Consejo entonces quién?

—Yo no he dicho que no fuesen uno o varios de ellos, pero sé que no fue algo aprobado por el Consejo. Lucian nunca habría permitido que ocurriese algo así.

Gruñí.

—Le das a Lucian demasiada credibilidad.

—No me malinterpretes, aún así sigue siendo un pijo —Seth sonrió—, pero no dejaría que algo así te ocurriese. Estoy seguro de que habrá sido un miembro del Consejo, pero sin el apoyo oficial del Consejo.

—Lo siento, pero es que no me fío de Lucian.

Seth se giró.

—Pues deberías empezar a confiar en él. Quiere asegurarse de que Despiertes, Álex. Y no haría nada para obstaculizarlo.

—Eso es otra cosa de la que no me fío. ¿Por qué querría Lucian dos Apollyons si todos los demás puros tienen miedo de eso?

—Porque Lucian quiere que haya un cambio, y nosotros somos el catalizador. ¿Quieres cambiar esta sociedad, hacerla mejor? Pues Lucian también.

—¿Desde cuando es Lucian tan amante de los mestizos?

—No conoces a tu padrastro, Álex. Nunca lo has intentado.

Negué con la cabeza.

—Perdón. Tú no has pasado catorce años con él. Lucian es frío, un conspirador y nunca ha sido muy fan de los mestizos. No vas a lograr que me crea lo contrario.

Seth suspiró.

—Yo diría que fue Telly, pero parece demasiado obvio y él es muy de la vieja escuela. Pero son uno o varios de ellos.

Me abracé al sentir un escalofrío cuando pensé en qué podía

haber ocurrido.

—No tenían que hacer algo tan malvado.

Estiró el brazo y me llevó hacia abajo, poniéndome la cabeza sobre su regazo. Al principio era extraño, pero tras unos segundos, me puse de espaldas y miré hacia las nubes grises.

—Lo descubriremos en cuanto nos vayamos de este maldito lugar. Lucian ya está...

—¿Se lo has dicho a Lucian?

—Tenía que saberlo —me apartó un mechón de pelo de la frente—. Y no hace falta decir que estaba realmente enfadado.

Gruñí y me puse las manos sobre los ojos.

—¿Tiró al suelo algo delicado? Normalmente suele tirar algo pequeño y caro.

Seth rió.

—Sí, la verdad es que sí. Creo que fue un huevo de Fabergé.

—Oh. Genial.

Me levantó el meñique y me miró.

—¿De qué te escondes?

Lo pensé.

—No lo sé. ¿De todo?

—Es un plan genial.

Me puse las manos sobre la tripa, pero Seth me seguía sujetando el meñique.

—Un tanto infantil, ¿no?

Me cogió de las manos.

—No pasa nada. Puedes esconderte un rato más, pero luego tendrás que enfrentarte... a todo.

—Ya lo sé.

Sonrió.

—Pero por ahora, relájate.

Una vez volvamos a Carolina del Norte habrá clases, y ahora Olivia me odiaba, y aún teníamos que averiguar quién me tendió la trampa anoche, y... mierda, el Instructor Romvi.

—¿Podemos quedarnos... aquí un poco más?

—Claro —se inclinó y me dio un beso en la frente—, si eso es lo que quieres.

En realidad no importaba lo que quisiera, pero de todas formas cerré los ojos y sonreí.



Cuando los sirvientes se pusieron a bajar mi equipaje ya se había puesto el sol. Seth y yo esperábamos en el pasaje de cristal. Intenté no mirar hacia las furias, pero no podía apartar los ojos de ellas.

—¿Crees que podré ver a Laadan antes de que nos vayamos?
—pregunté.

Seth se apoyó en la pared, enfrente de mí.

—Supongo.

Me fui deslizando contra el cristal y crucé las piernas.

—Quiero verla antes de irme. Espero que no se sienta... —paré mientras miraba a mi alrededor, antes de continuar— culpable ni nada de eso.

—Es comprensible —lanzó una mirada enfadada hacia la sala de baile—. ¿Cuánto tiempo va a durar esta mierda?

—¿Quién sabe? —murmuré. Telly había reunido a todos los puros para hacer alguna ceremonia de clausura estúpida. Estiré las piernas y miré a Seth. Se había puesto el uniforme de Centinella, con las armas y todo. Vi que tenía una nueva sujeta al muslo—. ¿Puedo verla?

—¿Eh? —miró hacia abajo y soltó el cuchillo—. ¿Esta?

Moví los dedos.

—Déjame verla.

Se acercó y me la dejó.

—Ten cuidado, los dos lados están afiladísimos cuando salen.

—Sí, ya lo sé. Aiden me ha enseñado una —me levanté y me imaginé cortándole la cabeza a un daimon con ella—. Sabes, usar esta cosa va a ser una locura.

Seth intentó coger el arma, pero di un paso atrás. Me dirigió una mirada divertida.

—Aún no la he usado, pero estoy seguro de que no será bonito. Corté el aire con la hoja en forma de hoz y en ese momento me

acordé de lo que me había dado cuenta cuando Aiden me la enseñó. Miré hacia Seth.

—¿Qué pasará cuando Despierte? ¿Tendrás el poder ilimitado de lanzar rayos, no?

—No lo sé —miró el arma con ojos precavidos—. Supongo que será diferente. Incluso ahora podría ser diferente. Recuerda que no sabemos todos los detalles.

Miré a Seth, pero seguía con los ojos fijos en el arma.

—¿Qué me pasará cuando saques de mí la energía?

Los ojos de Seth regresaron a mí.

—No lo sé.

Tensé la mano sobre el arma.

—No sé si creerte.

Me miró a los ojos.

—Nunca te he mentado.

Tragué con dificultad. Seth tenía parte de razón, pero si supiese que a mí me pasaría algo malo, ¿me lo diría?

Leon entró hacia el vestíbulo, parándose al verme con el arma en la mano.

—Por el amor de los dioses, ¿quién te ha dado eso?

Señalé con el lado puntiagudo.

—Seth.

Seth levantó una ceja.

—Wow. Gracias.

—Por favor, devuélvesela antes de que hagas daño a alguien —Leon frunció el ceño al verme girar el arma—. Vas a cortarte un brazo o una mano. La hoja curva es la más afilada de todas.

Puse los ojos en blanco y dejé de darle vueltas. Pero me la quedé en la mano. Me gustaba.

—¿Va a acabar pronto? Porque me estoy poniendo realmente...

En la distancia comenzó a sonar una sirena, primero en bajo hasta acabar por convertirse en un ruido ensordecedor que no parecía tener fin. Di un buen salto. Los tres nos miramos, compartiendo el mismo pensamiento. Aunque nunca había tenido la mala suerte de oír la sirena de un Covenant, sabía que solo podía signifi-

ficar una cosa: violación de la seguridad.

Normalmente una enorme y peligrosa violación de la seguridad.

Capítulo 26

Me giré hacia la pared acristalada que daba al patio.

Detrás de mí, varios Guardias aparecieron por la entrada, y de más allá llegaban voces asustadas que salían del salón de baile. Unos Guardias pasaron por delante nuestro, uno de ellos gritando.

—¡Aseguren las puertas! ¡Cierren la escuela!

Entonces las sirenas dejaron de sonar, y un escalofrío me recorrió los brazos.

—¿Falsa alarma?

—No estoy seguro —Seth me quitó el arma de la mano—, pero me quedo con esto de nuevo. Gracias.

Casi no le presté atención. Las luces de los postes de fuera comenzaron a parpadear y bajar de intensidad. Miré hacia atrás y vi a Leon con una hoz de estas en una mano y una daga en la otra.

—¡Que todo el mundo se calme! —un Guardia gritó por encima de las voces asustadas—. ¡La sirena ha parado! No pasa nada. Que todo el mundo se calme y permanezca aquí dentro.

Al entrar, Marcus y Aiden se cruzaron con un montón de puros asustados y curiosos. Mi imaginación hiperactiva me hizo pensar que Aiden buscó con la mirada entre la gente hasta encontrarme, y que entonces pudo verse un signo de alivio en su cara.

Aiden cruzó la sala, con la daga en la mano. Se debió haber cambiado antes de la ceremonia de clausura. Se puso al lado de Leon.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé —dijo Leon negando con la cabeza—, pero tengo un mal presentimiento.

Me giré hacia el cristal y bizqueé mirando hacia el fondo. A lo lejos, cerca de la zona arbolada, parecía que algo se movía, muchas cosas, de hecho. Supuse que eran Guardias y Centinelas.

Marcus se unió a nuestro pequeño grupo.

—Telly está dejando a todos los puros en la sala de baile como medida de precaución —hizo una pausa y me miró arrugando un

poco la frente, como si se hubiese olvidado de mí.

—Hola —moví mis dedos *desarmados*.

Marcus frunció el ceño.

—Álex, tú te vienes conmigo.

Arrugué la frente.

—No voy a esconderme en una sala con un montón de puros asustados.

Aiden se giró hacia mí, con sus ojos de color gris tormenta.

—No seas estúpida.

Le devolví la mirada.

—¿Puedo ser irracional?

Aiden puso cara de querer agitarme... o algo peor.

—Álex, no discutas con nosotros —soltó Marcus—. Vas a ir a esa sala.

No pude aguantarlo más.

—Puedo pelear si alguno me da una de esas armas tan chulas.

Seth me cogió del brazo.

—Muy bien, pequeña Apollyon que aún no está entrenada del todo y está a punto de convertirse en algo molesto, vete con tu tío.

Me solté el brazo y me giré hacia Seth.

—Puedo...

Las luces de fuera se apagaron del todo, sumiendo todo en la más absoluta oscuridad. Olvidada durante unos segundos, me giré hacia el cristal. Entrecerré los ojos para ver a través del reflejo, y vi las sombras de los Guardias formando una línea. Pero había algo que no parecía estar bien en la formación. Se movían hacia delante en vez de alejándose de la casa.

—Esto, chicos... —empecé a retroceder.

Leon dio un paso al frente.

—Señorita Andros, a la habitación. Ahora.

Alguien me agarró del brazo, tirando de mí hacia atrás. Miré hacia arriba, esperando ver a Seth, pero era Aiden. Tenía los ojos fijos hacia la pared de cristal.

—Álex, por una vez en tu vida...

Un fuerte crujido nos hizo volver a mirar hacia el cristal. Mi boca se abrió de par en par. El cristal se astilló y rajó por el impacto

de un cuerpo.

Di un salto atrás.

—¡Mierda!

El cristal explotó lanzando enormes esquiras por el aire cuando varios cuerpos cayeron sobre el suelo de mármol. El color de sus uniformes los hacía inconfundibles, pero sus camisas y pantalones blancos estaban llenos de sangre. Los Guardias del Consejo ni siquiera habían *desenfundado* sus armas. Les habían cortado la garganta de cuajo, dejando entrever un tejido gelatinoso y rosáceo. Algunos incluso tenían espasmos antes de que sus ojos se pusiesen vidriosos del todo.

Aiden me empujó hacia Marcus.

—¡Iros!

Marcus me agarró fuerte del brazo y empezó a cruzar la sala mientras iban entrando Centinelas, sacando sus armas, ¿armas? Me solté y salí corriendo en la dirección opuesta.

—¡Alexandria! ¡No! —gritó Marcus.

—¡Dame un segundo! —derrapé junto a uno de los cuerpos, intentando no mirarle demasiado. Haciendo una mueca, solté una de las armas curvas y una daga. De ningún modo iba a estar desarmada durante un asedio daimon.

Un estridente grito horrible se oyó por encima de todo el alboroto, engulléndolo por completo. Cuando esos aullidos sin alma llegaron a un nivel muy intenso, unos escalofríos de terror me recorrieron todos los músculos del cuerpo. Agarré con fuerza las armas y me incorporé. Unas sombras iban descendiendo, como una ola de muerte, y se movían increíblemente rápido.

Daimons, montones de daimons.

Ver tantas caras pálidas, con venas negras sobresaliendo bajo la fina piel y agujeros vacíos en el lugar de los ojos, me horrorizó por completo. Mis pesadillas se habían vuelto realidad con todo detalle. Había al menos una docena de ellos, gritando con esas bocas llenas de dientes afilados. Pero repartidos entre ellos había caras que no parecían diferentes.

Daimons mestizos.

Los Centinelas, Aiden y Seth incluidos, salieron corriendo ha-

cia ellos, desapareciendo entre el tumulto. Se oían las armas corriendo y cayendo al suelo, seguidas de gritos y chillidos mezcladas con el sonido de cortes en la tela y la carne.

—¡Alexandria! —gritó Marcus—. ¡Suéltame! ¡Tengo que ir a por ella!

Me giré. Un Guardia del Consejo llevaba a Marcus hacia la zona de recepción, la zona fortificada. Apareció otro Guardia que ayudó a poner a salvo a Marcus. Salí corriendo hacia ellos, llegando justo en el momento en que metían a Marcus en la sala y cerraban a cal y canto las puertas de titanio.

Marcus golpeó la puerta, y sus palabras eran amortiguadas por el grueso metal que nos separaba.

—Esta puerta no se vuelve a abrir —el Guardia me miró directamente a los ojos. Era el puro, el Guardia que seguía las órdenes de Telly.

—Gracias —dije entre dientes. Luego respiré hondo, me di la vuelta y vi el infierno.

Todo estaba hecho un asco, literalmente. En ese momento, supe que todos los ataques a menor escala en los Covenants de los pasados meses no eran más que ensayos. Estaban probando cómo infiltrarse en un Covenant, preparándose para un ataque a gran escala en el Consejo. Mamá me lo había advertido, y yo a los puros, pero lo ignoraron.

Idiotas.

Vi a Seth luchando contra un daimon mestizo. Le dio una patada en el pecho con la bota, tirándolo al suelo. En una increíble muestra de brutalidad y elegancia, hizo girar la hoja curva en el aire.

Luego estaba Aiden y Leon, espalda contra espalda, rodeados por cuatro daimons. Parecían estar bien jodidos.

En mi sangre estaba luchar, no correr. Aquí era donde tenía que estar y esta no era tampoco mi primera vez en el ruedo. Salí disparada por la sala, esquivando a los buenos, los feos y los definitivamente malos. Los que estaban acorralando a Leon y Aiden no me vieron venir. Le clavé la daga bien profunda por la espalda al daimon que estaba más cerca de Aiden.

Leon apartó a puñetazos a uno de los daimons. Aiden fue hacia los otros dos, intentando que se centrasen solo en él.

—¡Álex, detrás de ti!

Me giré, agarrando con fuerza la daga con la mano derecha. Una daimon se tiró hacia mí, pero la esquivé. Me giré y le di una patada en el pecho, igual que Seth. Cayó sobre una rodilla y yo me incliné hacia ella, clavándole la hoja en el estómago. Mirando el polvillo azul, le sonreí a Aiden.

—Ya van dos.

—Yo llevo cinco —gruñó mientras clavaba su daga en la garganta de un daimon.

Giré la daga.

—Bueno...

Unas manos me agarraron de los hombros y me tiraron hacia atrás. Caí al suelo sobre los cristales y la sangre, soltando la daga sin querer. Atónita, miré hacia arriba y vi una daimon mestiza.

—¡Álex! —gritó Aiden con voz asustada.

Se inclinó sobre mí y me olisqueó.

—Apollyon...

No me costó recordar qué ocurrió cuando intenté luchar contra el último daimon mestizo con el que me crucé. No salió bien. Intenté apartar esos recuerdos y gateé por el suelo. Los cristales se me clavaban en las palmas de las manos, mezclando mi sangre con la de los caídos. Mi mano dio contra algo húmedo y suave. Un montón de imágenes asquerosas de lo que podría ser pasaron por mi mente.

La daimon mestiza, una Centinela entrenada, abrió la boca y dio un aullido. Saltó en el aire, esgrimiendo una daga del Covenant sobre mi cabeza. Se oyó un chasquido y se convirtió en una bola de fuego cayendo sobre mí. Me aparté de su trayectoria al caer al suelo entre gritos y estertores.

Me acerqué a Aiden. Asintió con la cabeza, bajó la mano y le pegó a otro daimon. Volví a mirar a la daimon del suelo y me estremecí. Lentamente se puso en pie. No era más que un montón apestoso de piel y ropa chamuscado.

—Oh, dioses —murmuré con ganas de vomitar—, ni me toques.

Abrió la boca, y su cuerpo cayó hacia un lado y la cabeza hacia el otro. Leon estaba detrás suyo, con la daga en la mano.

—Señorita Andros —dijo educadamente—, ¿no tenías que haber ido a un lugar seguro?

—Sí, ese era el plan —miré a mi alrededor. Había un montón de cuerpos en el suelo, algunos de los mestizos convertidos y otros de los nuestros. Seth había acorralado a dos daimons y luchaba contra ellos bastante tranquilo. Sonreí, aunque era un poco retorcido hacerlo en estos momentos.

Aiden siguió mi mirada.

—Leon, ese cuenta medio para mí. Eso hacen seis y medio —giró sobre sí mismo y se dirigió hacia otro daimon que tenía a un Guardia contra el suelo.

Leon se encogió de hombros.

—Pues vale. Yo llevo diez, perdedor.

Un aullido me hizo darme la vuelta. Dos daimons mestizos atacaron, yendo directamente a por Leon. Era como si yo no estuviese aquí.

—Y están a punto de ser doce —dijo Leon como si nada.

—Once —me pasé la hoja curva a la mano derecha.

Leon me miró.

—Intenta que no te maten.

Y con eso, fuimos hacia ellos. El hombre, que por fin se había dado cuenta de mi existencia, intentó agarrarme el brazo, pero yo lo esquivé hacia la derecha. Él era mucho más grande que yo, igual que Aiden, y sabía que no podía dejar que me acabase llevando al suelo. Le di una buena patada, pero apenas se movió.

No era bueno.

Bloquéé su puñetazo, pero aún así me hizo retroceder unos cuantos pasos. Mantuve el equilibrio, moviendo el arma por los aires. Rápidamente se echó abajo, contraatacando con un giro para tratar de acabar conmigo. Sentí el viento de su arma zumbando junto a mi cabeza. Salté hacia un lado, pero el daimon mestizo se movía muy rápido. Me lanzó un puñetazo, dándome de lleno en la tripa. Me tambaleé hacia atrás, tratando de respirar.

El daimon mestizo rió.

—¿Estás preparada para morir?

—La verdad es que no —me incorporé—. Ese look pálido de adicto no sienta muy bien. Pareces un adicto. ¿Quieres un poco de éter?

Inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Voy a partirte en dos, estúpida...

Me agaché rápidamente y le hice un barrido a las piernas. Cayó, dejándome solo un instante para atacar. Salté y llevé la hoja hasta su garganta. No me costó nada.

Con los ojos como platos, levanté la hoja.

—Mierda, sí que *está* afilada —me giré para comentárselo a Leon y vi que tenía a un daimon puro justo en mi cara.

Se lamió los labios.

—Apollyon...

—Oh, venga, ¿en serio podéis olerlo? —giré la hoja por el lado curvo y se la clavé en el estómago.

—Hueles a calor y a verano —Seth apareció a mi lado—, te lo dije, hueles bien.

—Bueno, pues tú hueles a... a...

Seth esperó, con las cejas levantadas.

Abrí los ojos de par en par. Por encima de su hombro, pude ver al menos a cinco puros más viniendo por el pasillo.

—Daimons.

—¿Huelo a daimon? —parecía decepcionado.

—No, idiota, que vienen más daimons.

Seth miró hacia atrás.

—Oh. Vaya, mierda. Habrán logrado derribar la entrada.

—Eso no es bueno.

Otro sonido como de crujido resonó por toda la sala, pero distinto del sonido del cristal rompiéndose. Me recordó a un artista tallando en mármol. Seth y yo nos giramos a la vez, pero no sé cuál de los dos lo vio antes. Ambos dimos un paso atrás.

Una red de fracturas se extendía por todo el mármol blanco que atrapaba a las furias. Trozos de piedra se iban desprendiendo, cayendo al suelo. Una piel rosada y luminosa comenzó a aparecer a través de los huecos en el mármol. Una fina corriente de electri-

cidad me recorrió el cuerpo.

—Oh, dioses —susurré.

Seth estiró el brazo, clavando su daga en el pecho de un daimon puro sin ni siquiera apartar los ojos de las estatuas.

—Pues sí.

Una suave risa tintineante sonó por encima del ruido de la batalla, haciendo que todo el mundo parase. Como hipnotizada, vi cómo el resto del mármol se desprendía de la estatua, como una serpiente mudando de piel. Y ahí estaban las tres, flotando por encima del improvisado campo de batalla. Y oh, dioses, eran increíblemente hermosas.

Los dioses habían soltado a las furias.

Sus túnicas blancas vaporosas contrastaban con toda la sangre y violencia de su alrededor. Blancas, rubias y perfectas, las tres observaron la carnicería que tenían ante ellas con sus ojos blancos. Se iban moviendo por el aire con sus alas transparentes, con aspecto delicado y sin hacer un solo ruido. Las furias eran diosas menores, pero su presencia dominaba la sala.

Nunca antes había visto a un dios, así que mucho menos a tres, pero era tal y como me los imaginaba: atrayentes y hermosos. Aterradores. Incluso di un paso hacia ellas, casi sin darme cuenta de que Seth había hecho lo mismo. No podíamos evitarlo. Eran diosas, diosas aparecidas ante nosotros. Ninguno de los otros mestizos o puros se movió, parecían demasiado impactados como para hacer nada.

Por toda la sala, los daimons se apartaron de sus oponentes, fijando su atención únicamente en las furias y olisqueando el aire. Algunos empezaron a gemir, otros gritaban. Me di cuenta de que era por el éter que había en el aire. Si Seth y yo éramos como un bistec, las furias debían ser como el más succulento de los chuletones.

Uno de los daimons, un mestizo, soltó un aullido y salió corriendo hacia ellas.

La furia del centro bajó hasta el suelo, poniendo sus pies descalzos sobre la sangre y los cristales. Unos amplios rizos rubios flotaban en su cabeza según aleteaba silenciosamente. Su piel te-

nía un brillo nacarado, sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado. El daimon intentó agarrarla, pero ella simplemente levantó una mano y lo congeló a mitad de ataque.

Su sonrisa era inocente, infantil, pero tenía un toque oscuro que la hacía parecer cruel. Echó el otro brazo hacia atrás y atravesó con su mano el pecho del daimon. Se elevó en el aire llevándose al daimon con ella. Flotando sobre nosotros, cortó al daimon en dos.

Solté un grito ahogado.

—Vaya...

—...Mierda —acabó Seth.

En un instante, las furias cambiaron, mudando sus hermosos cuerpos. Su piel y alas se volvieron grises y lechosas, su pelo se oscureció y se juntó como en cordones negros que se movían a su alrededor. Me di cuenta de que eran serpientes, no cordones. ¡Su pelo eran *malditas serpientes!*

La del medio chilló, haciendo que se arrodillasen varios puros. Yo retrocedí y me choqué con Seth. Me pasó un brazo por la cintura y me atrajo hacia él. Una de las furias bajó en picado, agarró a un daimon y lo lanzó por los aires. Otra agarró a un Centinela con las garras de los pies y lo hizo pedazos mientras gritaba. La tercera aterrizó al lado de unos cuantos daimons, una de las serpientes de su pelo entraba y salía por el ojo de un Guardia mientras destripaba a un daimon puro.

Daba igual quién se cruzase en su camino, las furias mataban a todo el mundo.

Vi a Leon metiéndose debajo de un ala gris para poner a Aiden fuera del alcance de una de las furias. Aiden tenía una expresión de terror en su cara, a la vez que le clavaba una daga a un daimon que ni siquiera le estaba prestando atención.

Una furia recorrió el techo, con sus ojos blancos brillando casi igual que los de Seth cuando estaba enfadado. Un segundo después, la furia se encaró hacia nosotros, dando un chillido agudo. Nos miró directamente, con los brazos extendidos y las garras afiladas.

Seth me agarró la mano que me quedaba libre.

—¡Vamos!

Dejé que me arrastrase.

—¿Y qué pasa con Aiden y Leon?

—No tienen a una furia apuntándoles directamente. ¡Así que vamos!

Salimos corriendo hacia el recibidor. Los Guardias seguían sujetando las puertas, protegiendo a los puros. Miré hacia atrás y se me paró el corazón; la furia venía a por nosotros.

—¡Seth!

—Ya lo sé Álex, yo... —Seth paró al girar la esquina.

Me choqué contra su espalda. Miré por encima de su hombro, horrorizada. El recibidor estaba lleno de daimons. El suelo estaba testado de sirvientes mestizos con el cuello roto o rajados de arriba a abajo. Al estar tan drogados, estaban totalmente indefensos ante los daimons. Los Guardias luchaban contra la marabunta de daimons, intentando retenerlos.

La furia gritó y se lanzó hacia abajo. Seth se dio la vuelta y me tiró al suelo, poniéndose sobre mí. Me faltó muy poco para apuñalarle sin querer con mi arma. Tenía el corazón a mil por hora y el miedo me atenazó según las alas de la furia comenzaron a mover el aire a nuestro alrededor. Seth se tensó cuando la furia volvió a bajar en picado, pero cuando los daimons sintieron ese montón de éter a su alrededor, rodearon a la furia.

Poniéndose en pie de un salto, Seth me levantó y comenzamos a bajar por el pasillo. Pasamos por delante de un montón de salas llenas de sangre y desastrosas. En medio de todo el caos, vi a Ojos Marrones luchando contra unos daimons junto al mestizo más joven con el que había hablado en el comedor esta mañana. Se movía de forma tan elegante como un Centinela, y derribó a un daimon con un candelabro de titanio.

Seth y yo llegamos a la sala de baile en el mismo instante en que, de forma repentina, un montón de gritos de pánico y terror rodearon a los Guardias. En el momento en que abrieron las puertas, una estampida de puros arrollaron a los Guardias, empujando y arañando para salir de ahí. Y justo después, la horda de puros asustados llegó hasta nosotros y me soltaron de Seth. La ola de túnicas blancas y rojas impactaba contra mí desde todos los frentes.

Intentaba mantener el equilibrio y grité.

—¡Seth!

Los cuerpos me llevaban de un lado para otro, y uno de los Patriarcas me tiró al suelo. Un intenso dolor estalló en mi cabeza. Intenté levantarme, pero este grupo histérico no me dejaba. Solté el arma y me enrosqué sobre mí misma protegiéndome la cabeza. Así era como iba a morir, no en batalla, no por algo tramado por un Patriarca decidido a destruirme, sino atrapada hasta la muerte por un puñado de pura sangre. *De todas las formas posibles que hay de morir.*

Los perseguiría a todos ellos desde el más allá.

Me dolía un costado y estaba bastante segura de que me había roto una costilla. En su camino, los daimons iban corriendo y matando, y yo no tenía ni idea de dónde estaban las malditas furias. Cerré los ojos bien fuerte, gimiendo cada vez que me pisaban. Unos segundos después de pensar que ya no podía aguantar más, la gente disminuyó lo suficiente como para poder llegar a alcanzar mi arma.

Agitada y contusionada, mi puse en pie. Los puros abarrotaban la sala, que olía a humo, sudor y miedo. No veía a Seth por ninguna parte. Me tambaleé hacia la sala de baile, a contracorriente. Marcus estaba en esa sala, con Laadan y Lucian.

Dentro de la sala de baile, me abrí paso a través de la destrucción, observando los cuerpos que atestaban el suelo. Marcus y yo no nos soportábamos más de cinco segundos, pero era la única persona en este mundo que tenía mi misma sangre. No quería ver su cuerpo entre los del suelo. No sabía qué haría. No tenía ni idea.

Muchas de las puertas que daban a la recepción estaban rotas, y algunos daimons acechaban a los puros que quedaban como si fuesen sus presas. Vi a uno lanzarse hacia a una pura, una de pelo color cobre, súper bronceada y preciosa.

Dawn Samos.

Le clavó los dientes en el brazo. Gritando, intentó soltarse el brazo, pero el daimon la tenía bien sujeta. Aunque tuvo suerte. Podía haber ido a por su garganta. Una pequeña voz en el fondo de mi mente susurró, *déjala; le gusta Aiden.*

Pero eso estaba mal, muy muy mal.

Saqué fuerzas de donde pude, ignoré todos los dolores y me acerqué corriendo hacia ellos. Los únicos daimons fáciles de matar eran los que estaban marcando a algún pobre indefenso. Mis ojos se encontraron con los de Dawn, de color amatista, y clavé el lado puntiagudo del arma en la espalda del daimon. Explotó soltando un polvo azul por toda su túnica blanca.

Dawn se sentó en el suelo, aterrorizada. La ignoré y me puse de cara a la matanza. Los daimons, tanto los mestizos como los puros, estaban entretenidos alimentándose del éter de los caídos. Me dirigí hacia ellos, pero un chillido hizo que se me parase el corazón.

Me giré.

Las tres furias flotaban frente a la puerta, con su pelo de serpientes moviéndose por el aire. Un pobre Guardia estaba entre las furias y yo, pero no por mucho tiempo. La más fea de ellas, con el vestido lleno de sangre, le arrancó la cabeza.

Noté cómo el miedo y la ira me recorrían todo el cuerpo, haciendo que casi no notase el dolor que sentía en todos los huesos. Sentí cómo una energía se iba expandiendo por mi estómago y se extendía a todos mis miembros. Un relámpago de energía llegó hasta la palma de mi mano, llenándola de llamas. Subió por mi brazo y se metió en mi interior hasta llegar a un músculo que nunca había usado. Quizá era akasha, o algo más raro, más mortal, porque todo brillaba como una joya rojiza, como si alguien hubiese metido una brocha en ámbar y hubiese salpicado toda la sala.

Anduve un poco hacia delante, con los dedos tensos sobre el centro del arma. Una de las furias rió. Las otras dos se rieron nerviosas y se pusieron al lado de la fea. Detrás de mí podía oír cómo los Guardias peleaban contra los daimons, pero yo estaba concentrada en las furias.

Las dos se miraron y se lamieron los labios. Una de ellas habló.

—Pequeña Apollyon, te estás recargando con el Primero, ¿verdad? ¿O es él quien te está pasando su energía? Más le vale tener cuidado con eso.

—No será suficiente —dijo la otra—, no puedes matarnos.

—Puedo intentarlo —agarré el arma con fuerza.

La furia rió.

—Inténtalo y muere.

Y salieron volando hacia mí. Me giré y salí corriendo hacia la pared. Salté hacia arriba, me impulsé con la pared y salté sobre las dos furias, blandiendo mi arma hacia abajo, haciendo un gran arco.

Aterricé de rodillas detrás de ellas, con los brazos extendidos. Las dos furias se tambalearon hacia atrás, sus cuerpos cayeron hacia delante sin la cabeza. Un fuego azul salía de sus cuellos, consumiendo sus cuerpos por completo.

La furia fea se rió a carcajadas y yo me giré hacia ella. Flotaba a varios metros del suelo, y su pelo se movía furioso.

—No has matado a mis hermanas, pero Thanatos no estará contento cuando las vea volver.

—Siento oírlo.

Sonrió y volvió a su forma original, esa en la que era tan hermosa que casi dolía mirarla.

—Eres una amenaza y tenemos que luchar contra las amenazas. No es nada personal.

—Yo no he amenazado a nadie. No soy el problema.

—Aún no, pero lo harás. Sabemos qué vas a hacer —intentó cogerme el arma, era muy rápida.

Arremetí contra ella para apartarle el brazo.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Por qué luchas contra mí? Si me matas volveré —saltó hacia mí rápidamente y me cogió de la camiseta. Logré escapar de sus garras por muy poco—. Eso es lo que hacemos. Seguiremos volviendo para atraparte hasta que la amenaza haya sido erradicada.

—Genial, sois como el herpes. Un regalo que nunca dejas de disfrutar.

Pestañeó.

—¿Qué?

Le di una patada. Tuve que ignorar el intenso dolor que me provocó cuando me agarró el brazo con sus garras y me tiró hacia

delante. Usando ese impulso, fui hacia ella. La furia estuvo debajo de mí por un segundo y gruñó. Le clavé la rodilla y me deleité ante su cara de sorpresa.

Me miró, con su hermosa cara inocente.

—Vaya camino, vaya camino han elegido los Poderes. Serás su herramienta. Por eso eres una amenaza.

Me quedé helada.

—El oráculo dijo que...

La furia volvió a cambiar de aspecto, y me atacó con su pelo. Salté, le corté el cuello con el extremo en forma de hoz y rodé por el suelo. Unos segundos después comenzó a arder con llamas azules, pero su risa continuó en el aire. Durante un momento me quedé tumbada de espaldas, mirando al techo. ¿Eliminar a cada furia contaba triple? Seguro que era suficiente como para pulir a Aiden y Leon.

Me puse en pie y me pasé la manga de la sudadera por la cara. Me giré y vi una gran cantidad de montones de polvo azul y mestizos convertidos muertos. Solo quedaba un Guardia en la recepción, el pura sangre. De todos los que podían haber sobrevivido, tenía que ser precisamente él. Debería haberme sentido mal por pensar eso, pero no.

Suspíré y me acerqué al Guardia lentamente. Le estaba saliendo un moratón en la mejilla, pero por lo demás, estaba ileso.

—Ha sido una locura.

Hizo girar la daga sobre su mano y se dio la vuelta hacia los dos puros que quedaban. Dawn estaba agazapada tras una estatua de Temis, con el brazo pegado al pecho. La sangre le goteaba sobre su túnica. Un puro mucho mayor que ella le había pasado un brazo por encima de los hombros, y le susurraba algo. Parecía estar muy asustada. No podía culparla. Había estado *muy* cerca de conocer su final.

Me pasé la mano por debajo de la nariz y no me sorprendió ver sangre por toda mi piel.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el Guardia.

El hombre levantó la cabeza. Una profunda marca le sangraba justo en la unión entre el cuello y el hombro.

—Sí, eso creo. Tenemos que llevarla a que la examinen —me miró—. Has estado increíble. Nunca había visto algo así.

—Sí, ¿verdad? —murmuré, queriéndome sentir bien por haber ganado la pelea, pero las palabras de la furia habían dejado unos ecos en mi mente. Me había dado otra pieza del puzzle, completando lo que el oráculo me había dicho. Pero aún así no tenía mucho sentido. ¿Quiénes eran «los Poderes» y cómo iba a convertirme en una herramienta?

El puro se volvió hacia Dawn.

—Ya se ha acabado —le dijo calmándola—, ya se ha acabado todo.

Y era verdad, pero seguía sin querer soltar el arma, solo por si acaso. No dejaba de tener visiones como si de una película de miedo se tratase, con monstruos saltándome encima. Me dirigí hacia las puertas rotas y miré dentro. No se movía nada, lo que podía ser una buena señal. ¿Pero cuándo iban a volver las furias? ¿En cinco segundos? ¿En un día, una semana o un mes?

—Alexandria.

Me giré.

—¿Qué?

El Guardia sonrió.

—Lo has hecho muy bien. Te he visto. Debes de ser la primera persona en la historia que se ha enfrentado a una furia y ha sobrevivido. ¿Y has eliminado a tres? Ha sido... ha sido increíble.

Sentí un calor por todo el cuerpo. Que lo dijese un Guardia del Consejo significaba mucho, aunque le hubiesen ordenado matar a Héctor. Sonreí.

—Gracias.

Me puso una mano en el hombro y apretó.

—Lo siento mucho.

Mi sonrisa empezó a desaparecer.

—¿Por qué?

—Las furias tenían razón. No puede haber dos de vosotros. Eres un riesgo.

Un escalofrío de advertencia me recorrió toda la espalda. Di un paso atrás, pero el Guardia me sujetó con más fuerza, dejando-

me en el sitio. Le miré con los ojos bien abiertos. Solo pude articular una palabra.

—Por favor.

No había una pizca de arrepentimiento ni de duda en los ojos del Guardia.

—Tenemos que proteger el futuro de nuestra raza.

Y entonces lanzó su daga hacia mi pecho.

Capítulo 27

Va a matarme.

Esas palabras me aparecieron en la mente, y reaccioné por puro instinto. En el fondo, sabía que clavarle el arma en el pecho era muy distinto a clavársela a un daimon o una furia. La hoja parecía más pesada, el ruido de la piel rajándose por el puntiagudo metal se me antojaba más fuerte.

¿Y cuál era la mayor diferencia? Que los Guardias pura sangre no se derrumbaban y se desvanecían dejando tan solo un polvo azul. El Guardia seguía de pie, con una expresión horrorizada en su cara. Creo que pensaba que aún podía ser más astuto que yo, que no tenía un arma clavada en su pecho.

Grité y saqué el arma de su interior. Y luego cayó. Primero de rodillas, y luego de bruces contra el suelo de mármol. Levanté la cabeza, tenía el arma sangrienta bien sujeta a pesar de que la mano me temblaba. No sabía ni el nombre del Guardia... y lo había matado.

El puro se debió de haber puesto en pie en algún momento. Me miraba, igual de horrorizado. Abrió la boca pero no pudo decir nada.

—Tenía que hacerlo —alegué—, iba a matarme. Tenía que hacerlo.

Dawn gimoteaba desde detrás de la figura de Temis. La estatua había sido dañada durante la batalla. La balanza se había movido, ya no estaba equilibrada.

Había muchas normas que regulaban a los mestizos. No podía mantenerlas todas. Pero había dos que siempre recordaba: nunca te lías con un pura sangre, y nunca mates a un pura sangre. La defensa propia daba igual. La vida de un pura sangre siempre valdría más que la mía. Ser un Apollyon no me permitía saltarme la ley. Romper una de las reglas era ya bastante mala, ¿pero las dos?

Bueno, estaba bien jodida.

Se oyeron unos pasos entrando hacia la recepción, el único

sonido que me parecía más fuerte que mis latidos. De forma innata reconocí a ambos. ¿Cómo sabían dónde estaba? Claro, Seth siempre sabía dónde estaba.

Aiden fue el primero en atravesar la puerta. Ambos, él y Seth, se pararon a unos cuantos metros de mí. Podía imaginar qué estaban viendo: montones y montones de polvo azul, los cuerpos, las puertas rotas, y Dawn asustada bajo la estatua.

Luego me vieron a mí, de pie con el arma sangrienta en la mano y un Guardia del Consejo muerto a mis pies.

—Álex, ¿estás bien? —Aiden cruzó la sala—. ¿Álex?

Pasó por encima del Guardia caído y se puso frente a mí. Tenía un moratón bajo su ojo derecho y un arañazo por toda su mejilla izquierda. Tenía la camiseta rota, pero el arma que tenía sujeta en los pantalones no tenía sangre.

—Álex, ¿qué ha pasado? —sonaba desesperado y trataba de mirarme a los ojos.

Pestañeeé, pero no dejaba de ver la cara del Guardia en mi mente.

Seth recorrió con la mirada todo el desastre, con una mirada salvaje.

—Álex. Cuéntanos qué ha pasado.

Lo solté todo muy deprisa, de nerviosa que estaba.

—Había luchado contra las furias y me dijo que había hecho un buen trabajo, Aiden. Luego se disculpó. Tenía que hacerlo. Dijo que no podía haber dos de nosotros y que tenía que proteger su raza. Iba a matarme. Tenía, tenía que hacerlo. Ni siquiera sabía su nombre y lo he matado.

En los ojos de Aiden vi dolor y miedo, y luego tomaron un aspecto duro. Ardían con determinación y furia. Seth se arrodilló y dio la vuelta al Guardia.

—Está bien —Aiden alzó el brazo para intentar quitarme los dedos de la daga—. Dame el arma, Álex.

—No —negué con la cabeza—, tiene mis huellas. Es *mía*.

—Tienes que dármela, Álex.

Negué con la cabeza y la sujeté con más fuerza.

—Tenía que hacerlo.

Aiden fue soltándome poco a poco los dedos.

—Lo sé, Álex. Lo sé —miró hacia atrás antes de volverse hacia mí—. Ni una palabra de esto a nadie. ¿Me entiendes?

—Pero...

—Álex —alzó la voz—. Ni una palabra de esto a nadie. *Nunca*. ¿Me entiendes?

—Sí —respiraba poco a poco, medio ahogada.

Se dirigió hacia Seth.

—Sácala de aquí. Coge el jet de Lucian y llévatela a Carolina del Norte. Usa compulsiones si hace falta para salir de aquí sin él; no me importa. Si alguien os para u os pregunta por qué os vais, decidle que los daimons tenían planeado llevarse al segundo Apollyon. Que era demasiado arriesgado que se quedase aquí.

Seth asintió, con los ojos brillando.

—¿Y ellos?

Aiden miró hacia los puros.

—Yo me encargo —habló con voz baja—. Lo que ha pasado aquí nunca saldrá de esta sala. Confía en ello.

—¿Seguro? —Seth frunció el ceño—. Si cambias de opinión, Álex está perdida. Podemos hacerlo...

—No vamos a matarlos —susurró Aiden—. ¡Sé lo que me hago!

Seth abrió los ojos de par en par.

—Estás loco, estás tan loco como Álex. Si alguien descubre lo que vas a hacer, estás...

—Ya lo sé. Vete, vete ya, antes de que venga alguien más. Yo me encargo de esto.

¿Aiden iba a usar compulsiones en otro puro? Eso estaba prohibido, otra regla que iba a romper. ¿Cómo si no iba a mantener esto en secreto? Sobre todo Dawn. Era un miembro del Consejo, obligada a comunicar qué había sucedido de verdad.

Aiden iba a hechizar a los puros. Todo lo demás acabaría encajando. Los mestizos que habían sido convertidos usaban dagas. Encontrarían al Guardia y pensarían que un daimon mestizo le había matado.

Pero si alguien descubría la verdad en algún momento, Aiden sería declarado traidor.

Le matarían por ello.

Me lancé hacia él.

—No. No puedes hacerlo. No voy a permitirlo. No vas a morir...

Aiden se giró y me cogió de los hombros.

—Voy a hacerlo y tú me vas a dejar. Por favor, por una vez, no me lleves la contraria. Haz lo que digo —me miró a los ojos y cuando volvió a hablar lo hizo casi susurrando—. Por favor.

Cerré los ojos intentando evitar las lágrimas.

—No lo hagas.

—Tengo que hacerlo. Ya te he dicho que nunca dejaré que te ocurra nada. Lo decía en serio —Aiden se dirigió a Seth—. Idos ya.

Seth me agarró la mano bien fuerte. Había muchas cosas que quería decirle a Aiden, pero no había tiempo, no con Seth tirando de mí. Me volví para echar un vistazo.

Aiden ya estaba poniendo su plan en marcha. Se agachó junto a Dawn, hablando en voz baja y rápido, igual que me habló aquella noche en el almacén.

Una compulsión, estaba usando una compulsión con otro puro.

Seth tiró de mi mano.

—Tenemos que darnos prisa.

Los dos salimos corriendo por los pasillos, evitando las zonas con más gente. Pasamos por delante de habitaciones en las que solo se oían gemidos y llantos, por pasillos cubiertos de mestizos muertos. Mientras Seth le quitaba un manojito de llaves a un Guardia muerto, eché un ojo dentro de una sala oscura. El suelo estaba lleno de sirvientes mestizos, todos ellos muertos o muriendo, y nadie parecía preocuparse por ellos. Nadie les prestaba atención. Solo se oían gemidos y súplicas. Suplicando ayuda, una ayuda que nunca llegaría. Me dirigí hacia ellos.

—No tenemos tiempo. Lo siento, cariño. Es que no tenemos tiempo. Tenemos que irnos —Seth me sacó de la sala.

Estaba atontada, insensible por dentro. Tanto que ni siquiera sentía los moratones que me habían dejado las peleas, el dolor que me producía dar cada paso. No fue difícil encontrar un Hummer,

pero sí ignorar los sonidos de lucha a nuestro alrededor. El instinto me llamaba para que me lanzase hacia ahí, pero dudo que a Seth le gustase.

Miré a mi alrededor y me alivió ver que los Guardias seguían teniendo seguridad alrededor del colegio. Los daimons no habían entrado. Por lo menos los estudiantes estaban a salvo.

Pero, ¿y los sirvientes?

De camino al aeropuerto, Seth llevó a cabo el plan de Aiden. Tras varios intentos infructuosos., finalmente logró contactar con Marcus. Yo miraba por la ventana, aún en shock.

Seth dijo exactamente lo que Aiden le había indicado, explicándole a Marcus que los daimons habían intentado cogermé.

—Lucian está entre los supervivientes. Le pasaré la información.

Se me pasó parte de la tensión que tenía acumulada al saber que Lucian y Marcus estaban vivos, pero seguía habiendo muchos de quienes no se sabía nada. Había muchos cuerpos, muchos daimons. ¿Y Laadan?

Seth y yo no hablamos hasta que subimos al jet de Lucian. Me senté junto a una ventana mientras Seth *animaba* al piloto y los asistentes a despegar sin Lucian.

Apoyé la cabeza contra el cristal frío, cerrando los ojos con fuerza. Sentía el estómago vacío. En algún momento, tras despegar, dejé de pensar. Simplemente me quedé ahí sentada, en un mundo en el que igual no tenía ni futuro. En este momento podían ir tantas cosas mal. ¿Y si la compulsión fallaba? Entonces habría Guardias esperándonos para cuando el avión aterrizase. Y aunque Aiden lo lograra, las compulsiones a veces no eran permanentes. Podían desaparecer tras un tiempo.

¿Y entonces qué? Tanto Aiden como yo podíamos perderlo todo.

Seth se dejó caer en el asiento que tenía a mi lado. Levanté la cabeza y lo miré. Tenía dos vasos en la mano, llenos de algo que parecía licor.

—¿Qué es?

—No es poción —no era una broma muy buena, pero sonreí

levemente y lo cogí—, solo es whisky, igual ayuda.

Bajé el vaso y lo solté.

—Gracias.

—¿En serio paraste a las furias?

Asentí y le devolví el vaso.

—Les corté la cabeza. Pero dijeron que volverían.

—Solo un dios puede matar de verdad a otro dios —hizo una pausa—, o un asesino de dioses, pero si les cortaste la cabeza supongo que eso las dejará fuera de combate por un tiempo.

—Seth, dijeron que... que yo era la amenaza —me mordí el labio, temblando—. Oh, dioses, he matado a un puro.

—Shhh. No vuelvas a decirlo nunca más. Ya sabes lo que está arriesgando Aiden. No hagas que todo se vaya al garete —Seth se inclinó y me pasó un brazo sobre los hombros. Tras unos segundos, habló—. Él no es... no es como los demás puros, Álex.

—Lo sé —susurré. Aiden no era como ningún otro que yo conociese y de ningún modo podía aceptar que lo que había hecho esta noche era un sentido del deber.

Pero ahora ya no podía hacer nada.

Miré a través de la ventana enana, hacia la oscuridad de la noche. Por debajo, unas luces en forma de diamante se iban haciendo cada vez más pequeñas, volviéndose insignificantes y desapareciendo según nos adentrábamos en las nubes. Respiré profundamente, pero me quedé a medias. Había matado a un pura sangre y el hombre al que amaba estaba ahí, cubriéndolo todo, arriesgándolo todo por mí.

¿Qué había hecho?

Volví a pensar en esos segundos en los que vi al puro levantar su daga, sabía que tenía tiempo de evitar la estocada mortal. Fui rápida. Podía haberme apartado. Podía haber corrido. No necesitaba haberle *matado*.

El brazo que Seth tenía sobre mis hombros se tensó como si pudiese leerme la mente.

—Te estabas defendiendo, Álex.

—¿Ah sí?

—Sí, nos han declarado la guerra. No tenías otra opción.

—Siempre hay opciones —aparté la mirada de la ventana y miré a Seth. *Siempre hay opciones*. Tenía esta horrible costumbre de hacer siempre las peores elecciones posibles, y ahora tenía que lidiar con ello. Y Aiden. Y Seth.

Seth se acercó lentamente, como si tuviese miedo de asustarme. Me cogió la barbilla con la punta de los dedos. No dijo nada. No lo necesitaba, la conexión estaba ahí, viva.

Lo necesitaba ahora mismo, necesitaba a Seth.

Cerré los ojos y dejé que pusiese mi cabeza sobre su hombro. Y tras respirar por primera vez sin ahogarme, tras haber hecho mi elección, dejé que la conexión se completase del todo. La presencia de Seth, su calidez, me rodeaba. Me mecí sobre unas olas de comodidad que aliviaron los nudos de mi estómago. No conseguía llenar todos los vacíos ni recomponer todo lo que dejé en los Catskills, pero me llenaba lo suficiente como para sentirme un poco mejor, un poco más cuerda.

Nuestros libros

Encuentra todos nuestros libros, tanto en formato físico como en ebook en nuestra tienda online.

edicioneskiwi.com/tienda

Títulos publicados

Acero y Miel - Ana R. Vivo
Baile de Luciérnagas - Elena Castillo Castro
Buscando a la esposa perfecta - Amber Lake
Daimon - Jennifer L. Armentrout
Damas de la luz - Alba Navalón
Draculesti I: El legado del diablo - Cristina Roswell
Femenino Singular - VVAA
La canción más bella para mi enemigo - Beatriz Naveira
La senda del Guardián - Victoria Rodríguez
Los Guardianes de la Espada - Victoria Rodríguez
Melodía Inmortal - Olga Salar
Mestiza - Jennifer L. Armentrout
Puro - Jennifer L. Armentrout
Romance Inmortal - Olga Salar

